

AZUETA

Símbolo de Independencia y Soberanía



ALONSO SORDO NORIEGA
MURGUÍA

Alonso Lardo Noriega Murgula



AZUETA



SECRETARIA DE MARINA
OFICINA DE HISTORIA
Y CULTURA NAVAL
BIBLIOTECA GENERAL

**ASOCIACIÓN DE LA HEROICA
ESCUELA NAVAL MILITAR
MÉXICO**

Impreso en México

Octubre 2002

Secretaría de Marina-Armada de México

Dirección General de Investigación y Desarrollo

Dirección General Adjunta de Hidrografía y Cartografía

digahicar@semar.gob.mx

www.semar.gob.mx

*Al Señor Almirante
Ricardo Cházaro Lara*

El amor por la historia de México -mayúsculo recipiente de sus gestas y sus causas redivivas- hizo posible que en la actual Administración, el Almirante Ricardo Cházaro Lara, Secretario de Marina, dispusiera la creación del Archivo Histórico de la Armada de México, tarea que le fue confiada al Vicealmirante Mario Lavalle Argudín; biógrafo e historiador, cuyo auxilio y bondadosa disposición agradezco mucho.

ASMN.

Mi agradecimiento a los eficaces compañeros colaboradores de la Secretaría de Marina que pusieron todo su esfuerzo entusiasta y su trabajo intenso y por demás encomiables, haciendo posible la realización de esta obra: Señora Martha del Valle Urrutia, Guadalupe de Gilbert y Edith Coronel.

Agosto 1978 – Enero 1979

ASN.M.



COMODORO
Manuel Azueta Perillos.

Héroe de la Gesta del 21 de Abril.
Y el más Egregio de los Marineros Mexicanos.



CAPITULO I

EL NIÑO 1862

A unos metros del agua de ese brazo vivificador de la tierra veracruzana que es el río Pánuco, en una morada blanca, deliciosamente contrastada con el rojo incendiado de su tejado, nació en el año de 1862 Manuel Azueta Perillos.

Vino al mundo justo cuando se inicia la tradicional celebración de la Navidad. A las 12 de la noche del día 24 de diciembre, se produjo el primero y estentóreo sonido que inequívocamente daba el anuncio del advenimiento de una nueva vida.

Curiosamente ese mismo día, al atardecer, un viejo soldado del Ejército Liberal, ya veteranizado en las guerras de Reforma al lado de la causa del Benemérito Juárez, de nombre Maclovio, apareció en la casa de los Azueta, llevando auestas un enorme modelo a escala de un velero de tres palos, que destinaba como obsequio de Navidad, a sus queridos amigos y compadres.

El padre de Manuel Azueta, fue el Coronel Manuel F. Azueta y Brito que a la sazón tenía 34 años.

Maclovio, recio hombrazo de piel curtida por el sol, era también oriundo del pueblo de los Azueta; hoy denominado Ciudad Cuauhtémoc y entonces conocido simplemente como Pueblo Viejo.

La representación del velero fue colocada de inmediato sobre la sencilla mesa de pino del comedor, ante las exclamaciones de gusto y afecto de Doña Lina Perillos, esposa del Coronel.

Así, el destino, hizo que se produjera la casualidad de que el amigo Maclovio llevara el día del nacimiento de Manuel Azueta, el símbolo de lo que fue su existencia transcurrida en una brillante y excepcionalmente notable carrera naval: un barco.

Al lado de las dulces aguas fluviales y a un breve trecho del mar, nace Azueta. Arriba del Panuco, en Pueblo Viejo, entonces pequeña aldea de la Huasteca Veracruzana, localizada sobre la margen derecha del río.

Nacido en Veracruz, inescrutablemente la vida lo llevó a inmortalizarse defendiendo en el propio suelo veracruzano, la soberanía de México todo.

Doña Lina Perillos, su madre, fue una dama robusta, de tez morena, pelo completamente negro y con ojos igualmente negros, que guardaban la intensidad oscura del azabache. El tono de su piel más que morena, en el estricto sentido de la palabra, era de un matiz apiñonado, delator de una afortunada mezcla de sangre nativa y europea, predominando esta última. Además de Manuel tuvo dos hijas: Guadalupe y Adela.

Firme en su carácter, poseedora de un dinamismo incomparable, el día entero lo dedicaba a las labores de la casa y al cuidado de una diminuta granja que poseían, misma que dotaba a la familia de productos avícolas, leche fresca, hortalizas y algunos frutos.

La posición económica de los Azueta, si bien no era ciertamente de privilegio, sí se contemplaba lo suficientemente holgada, ya que nunca los excesos o los vicios visitaron ese hogar, presidido por un caballero de armas, enjundioso, recto, amante de su familia y celoso para con sus deberes de soldado de la República.

El Coronel Manuel F. Azueta, se distinguió en las filas del Ejército Liberal por su arrojo y valentía, disfrutando de la confianza de sus superiores y la estimación y el más grande respeto de sus subalternos. Es célebre su participación en la defensa de Pánuco contra las fuerzas del General Miguel Miramón, que pretendían adueñarse de este punto ribereño como preámbulo para cruzar el río y adentrándose en territorio Tamaulipeco, hacer contacto con fuerzas conservadoras acantonadas en Tampico. En esa acción el Coronel Azueta salvó milagrosamente la vida, al servirle su cabalgadura de escudo protector contra una granada, que derribó el caballo, para luego hacer segundo blanco en los muros que dan al poniente de la iglesia de la localidad.

Manuel Azueta nace cuando la Patria se ensombrece y convulsiona por la mortal herida provocada por la intervención francesa, de la que sale con vida, sólo merced a su soberana gallardía y temple heróico. Sólo unos meses antes, el 19 de abril de 1862, el Mariscal de Francia Lorencéz, desenmascara el ultraje, postergando su marcha hacia: Paso Ancho y Alcanzando tierra adentro, se dirige a Orizaba, con la declarada intención de adueñarse de la Plaza. Más tarde dirigirá a las huestes de zuavos rumbo a Puebla.

Justamente el año en que los valientes soldados liberales y los intrépidos Zacapuaxtlas, comandados por el General Ignacio Zaragoza, vencen a los llamados héroes de Crimea y Sebastopol, se prende en Veracruz la antorcha de Azueta.

Nacido en medio de la lucha nacional de defensa de nuestro territorio, en el México estremecido de 1862, Azueta, adviene para convertirse, años más tarde, en el nuevo y más cercano símbolo de esa lucha que los mexicanos hemos tenido que librar a través de nuestra historia, en custodia de nuestra soberanía e independencia.

La sencilla morada de los Azueta en Pueblo Viejo, aquel 24 de Diciembre, está impregnada de fervor patrio; hay en el ambiente las reflexiones relativas al triunfo de Zaragoza, cuando con soldados precariamente equipados e indios descalzos, rechaza a las cortes de Napoleón III, envanecidas por sus victorias en Magenta y Solferino.

Tres meses antes de su nacimiento, ese mismo suelo veracruzano, en pleno puerto jarocho, es pisado por el General Elie Frédéric Forey, quien arriba a bordo del "Turenne" el 21 de septiembre de 1862. La llegada de Forey, fue la respuesta de Napoleón III a los informes que le proporcionó, sobre la situación en México y el descalabro del 5 de mayo en Puebla un Oficial de su Estado Mayor; Comandante D'Ornat.

El General Forey llega a Veracruz procedente de Cherburgo, donde se embarcó el 29 de julio al frente de numerosas tropas. En su cartera guarda su nombramiento como Jefe Supremo del Ejército de Ocupación en México.

Paralelamente con Forey, atracan en los muelles veracruzanos los transportes de guerra franceses "Eylau", "Imperial" y "Finisterre", transportando un total de 2228 hombres perfectamente equipados, así como 31 piezas de artillería, municiones en abundancia y demás impedimenta bélica. Estos contingentes se suman a las fuerzas ya desembarcadas al mando del General Félix Charles Douay, quien arribó al país con los barcos "Seine", "Iphigénie" y "Abondance".

La presencia en suelo mexicano de Forey, no se hace esperar y por medio de un simple aviso dirigido a las autoridades conservadoras, da por terminado el gobierno sumisamente vergonzoso, de Juan Nepomuceno Almonte, que capitaneaba a los conservadores.

Posteriormente en una proclama firmada por él, conocida el día 24 de septiembre, cínicamente se dirige a la Nación en estos términos: "No es el pueblo mexicano a quien vengo a hacer la guerra, sino a un puñado de hombres sin escrúpulos y sin conciencia, que han pisoteado el derecho de gentes; gobiernan por medio de un terror sanguinario y no tiene reparo en recurrir, para sostenerse, al vergonzoso arbitrio de vender al extranjero el territorio Patrio".

Las márgenes del río madre de Veracruz, el Papaloapan, son holladas por las botas del Tercero de Zuavos y el Primer Regimiento de Cazadores de África, tropas éstas al mando del General francés Francisco Aquiles Bazaine.

En estos contingentes se apoya Forey para apoderarse, hacia el 19 de noviembre de Alvarado y su marcha no para hasta tomar Tlacotalpan. Sin embargo los valientes defensores de esta plaza, demuestran además de encomiable valor, un ingenio militar, que si bien intuitivo, es de lo más eficaz, mismo que logra procurar un serio descalabro a los invasores, no obstante que ellos cuentan con el auxilio naval proporcionado por la cañonera "Sainte-Barbé" surca en las aguas del Papaloapan. Su osadía cuesta a los franceses 7 muertos y 18 heridos. Forey ordena a Bazaine evacuar Tlacotalpan el día 22 de diciembre al atardecer.

Durante el mes de noviembre el Coronel Manuel F. Azueta, sumado a las fuerzas del General Liberal Desiderio Pavón, participa en la defensa del puerto de Tampico, asediado por los barcos invasores. La guarnición mexicana que defiende la Plaza suma a lo máximo 200 hombres medianamente armados.

El General Forey, urgido de fuerza de tracción para jalar sus carros militares y piezas de artillería, deficiencia que dificulta su marcha hacia el interior, recibe por parte de los conservadores un ofrecimiento de mil mulas, que podrían ser entregadas en las inmediaciones del Puerto de Tampico.

Ante tal información, destaca a Julien de la Gravière hacia dicho puerto, poniendo bajo su mando diez buques. El día 22 del mismo mes arriban a Tampico 1200 hombres a bordo de una Escuadra de diez embarcaciones de guerra, entre transportes, fragatas y cañoneras.

¡Diez barcos y 1200 hombres toman Tampico defendido por 200 soldados medianamente armados! El General Pavón, después de oponer toda la resistencia de que fue humanamente capaz, se retira a un lugar próximo al puerto, desde donde se dedica a hostilizar al enemigo empleando todas las formas posibles. En estos acontecimientos figuraba el padre de Manuel Azueta.

Una mañana, la gente de Pueblo Viejo se agolpa en la ribera del río: la cañonera "Lance", ostentando su moderna artillería, taja las aguas del Panuco, con la misión de apresurar la entrega prometida de las mil mulas.

Entretanto, los invasores en Tampico emplean todos los medios a su alcance para lograr el objetivo de las mil mulas, que finalmente se ve definitivamente frustrado por las fuerzas del General Pavón, que cristaliza su propósito de impedir a los franceses el acceso al ganado. Para ello provoca estampidas y sacrifica 2 lotes de 150 mulas cada uno muy cerca de las márgenes del Pánuco.

Un largo mes permanecen los franceses en Tampico al mando de Julián de la Gravière, en espera de obtener el preciado ganado.

En tanto los buques permanecen bien fondeados frente al puerto, o, como en el caso de las cañoneras, patrullando en las inmediaciones de la desembocadura, y sobre todo remontando el Panuco.

El día 2 de enero de 1863, de la Gravière turna a sus Comandantes, el parte que cumple la orden de Forey de regresar las tropas a Veracruz.

Ese día azota al puerto un fuerte norte, que dificulta el reembarque al grado de originar la zozobra de varias lanchas de desembarco cargadas de invasores. El mal tiempo, en tanto, prosigue su furia como si los propios elementos quisieran sumarse a la lucha contra los intervencionistas. Nutridos contingentes se ven obligados a permanecer días enteros en las playas sin poderse comunicar con la escuadrilla, a causa del temporal.

Sobre la arena tampiqueña, los Zuavos, llenos de nostalgia y también de estupor, con las conciencias revueltas ante los acontecimientos vividos, representados por un fenómeno para ellos inexplicable, como lo era su desembarco en este país de América, tan desconocido para ellos, durante el vivac en el anochecer del día 23, hacen planes para la celebración de la Noche Buena que se avecina para 24 horas después.

Los soldados cantan a la luz de las fogatas encendidas muy cerca de las olas y los oficiales disponen, con el auxilio de los despenseros, la cena para el día siguiente.

Llevarán productos conservados en las grandes cajas de madera que ostentan en las tapas el emblema napoleónico; jamones, embutidos, quesos, vinos y licores de distintos tipos.

Alguien asegura carne fresca, producto de un saqueo en las orillas de Tampico. Les llaman mucho la atención las frutas de la región tampiqueña, muy especialmente los mangos, manjar del que sólo algunos conocían una determinada variedad africana.

En el vivac hay risas y promesas de pasarla bien al día siguiente.

Aparecen los relicarios conteniendo el grabado o el mechón de pelo de la mujer amada, o del hijo tan ausente; sienten frío y esto aumenta su desconsuelo. En la mente de muchos está grabada la expresión de las gentes de Tampico al verlos entrar después del desembarco.

Su orgullo, la vistosidad de los uniformes y sobre todo la altivez de sentirse dueños del mundo o algo muy cercano, lejos de impresionar favorablemente a los habitantes del puerto, causó sólo expresiones de encono, de odio contenido y de desprecio.

Muy cerca de Pueblo Viejo, el día que se espera Navidad, la casa de los Azueta se estremece con el rugir de los cañones. Efectivamente, es como si un Ballet de metralla se enseñoreara de ese espacio, llenando de fulgor incandescente todos sus contornos.

La teja sobrepuesta en los techos de la casa, parece danzar al ritmo de las detonaciones tan cercanas, mientras todos los pájaros y aves marinas y semi marinas abandonan la comarca en busca de alivio y protección.

Permanecen en la margen del río un puñado de patriotas, entre los que se cuentan cuatro artilleros. La gallarda cañonera "Lance", llevada aventuradamente por su Comandante, se ha varado en el lecho del Panuco, que bajó el nivel de sus aguas.

La ocasión no fue desaprovechada por los valientes que se dieron a la pronta tarea de enfilear la metralla de sus piezas -dos- al costado de estribor de la "Lance". Desde la cubierta los franceses accionaban su artillería y la marinería hacía funcionar sus fusiles en dirección a ese modesto "nido" de cañones.

El fuego mexicano fue inclemente sobre la banda derecha de la "Lance", que en poco tiempo vio destrozado un buen sector de su casco, así como lesionado el puente de mando y la chimenea, que lanzaba al espacio grandes bocanadas de humo producido por el esfuerzo inaudito de la caldera a toda presión, puesta así, con la mira de hacer que el buque desencallara.

De pronto aparecieron surcando las aguas del río otras dos cañoneras francesas: la "Tempete" y la "Tourmente", que hicieron su entrada a escena vomitando proyectiles sobre las piezas mexicanas. Fue demasiado tarde, ya que para esos instantes la "Lance", visiblemente escorada de estribor, no resistía severas vías de agua ocasionadas por los impactos producidos por los cañones liberales.

Ante tal situación, los franceses ordenan evacuar la "Lance" y la dinamitan, quedando así sus despojos sumergidos en las aguas del Pánuco, como advertencia a la petulancia extranjera y como emotivo reproche de un pueblo que jamás permitirá ser ofendido perdiendo su libertad.

Por aquellos tiempos, México no dispone de Armada, ni siquiera de un regular grupo de embarcaciones guerreras. El Gobierno juarista, fiel a la legitimidad y el honor patrios, no puede valerse de embarcaciones que luchen contra el invasor oponiendo la enseña tricolor con el águila al centro.

Es por ello que los invasores patrullan nuestras costas, empleando sus modernas y bien artilladas cañoneras, que abren paso a los grandes buques de desembarque y a las fragatas y goletas. Así pueden tomar y saquear a su arbitrio, los puertos de ambos litorales. De esta manera, caen Acapulco, Manzanillo, Guaymas, Mazatlán y Ensenada, apenas distinguible este último. En el Golfo, son dueños de Veracruz y Tampico desde el principio y poco después de Campeche y todos los demás.

No obstante, el heroísmo de los hombres de la costa, se manifiesta constante en acciones de hostilidad o de franca guerrilla en perjuicio de los invasores en poder de los puertos, o bien demorando, interfiriendo sus avances o retiradas.

Son incontables los actos plenos de valor de mexicanos habitantes de las costas, en contra de los intervencionistas franceses durante esos años, tan difícilmente dramáticos para el país, sólo sostenido, por el amplio espíritu de sus hijos, avivado por el ejemplo del Presidente Benito Juárez.

Pocos días después de que los franceses evacuaron Tampico y se dirigieron de regreso a Veracruz, se hace presente frente al puerto de Acapulco, hacia el 8 de enero de 1863, una escuadrilla formada por cuatro buques invasores, al mando del Contralmirante Bonet.

El barco que portaba la bandera insignia, o sea donde navegaba Bonet, era la fragata "Bayonnaise", acompañada por el "Diamant" y la goleta "Galathée".

La pretensión del Contralmirante Bonet era que el jefe militar de la plaza -en poder de los liberales- desmintiera, por documento firmado de su puño y letra, una determinada publicación aparecida en un periódico chileno, que daba cuenta de excesos cometidos por los tripulantes de la "Bayonnaise" en perjuicio de pobladores civiles mexicanos. Esta información publicada por la prensa chilena, se refería a tiempos relativamente cercanos, cuando los franceses se adueñaron por primera vez del puerto de Acapulco.

Por otro lado en el parte dirigido a las autoridades militares mexicanas, los franceses exigían aprovisionamiento de víveres, carbón y agua para la escuadrilla. La respuesta fue una negativa.

Ante el rechazo de las demandas por parte del jefe militar de la plaza, a la sazón Don Diego Alvarez, pariente del bizarro General patriota Don Juan N. Alvarez, el Contralmirante ordena a sus barcos abran fuego sobre el puerto.

Esto ocurre el Día 10 de enero del citado año de 1863.

Piezas de artillería rayadas de 64 y 80 milímetros, abren fuego sobre la ciudad. ¡60 cañones vomitan, durante tres días consecutivos, sus proyectiles infernales sobre un puerto casi inerme, custodiado escasamente en términos militares!.

Los barcos franceses no reciben un sólo impacto por encontrarse a distancia y fuera del alcance de las piezas mexicanas. Su potencia de fuego es infinitamente mayor tanto en calibre como en alcance.

Las construcciones acapulqueñas quedan casi totalmente ruinosas.

Asimismo los templos, escuelas y hospitales son alcanzados por el inclemente bombardeo de tres días. Sólo el fortín que lleva por nombre "Alvarez" queda en pie de lucha. En su interior, sus moradores se alistan para luchar cuerpo a cuerpo cuando se produzca el desembarco. Sin embargo, los opulentos invasores, no abandonan sus buques y se dan por satisfechos, ante la contemplación del puerto en ruinas.

El día 12, la escuadrilla se hace a la mar sin lograr ninguno de los objetivos pretendidos, pero dejando una inmensa siembra de dolor y muerte en Acapulco. Durante el bombardeo naval, quedan destruidos los montajes de artillería en los fortines "Guerrero", "Iturbide", "Galeana", "Hidalgo" y "Morelos".

La Bandera mexicana sigue flotando sobre los techos del fortín "Alvarez", comandancia del jefe militar de la plaza, el aguerrido General Diego Alvarez. En el parte rendido al General Don Juan N. Alvarez, el Jefe Militar de Acapulco le expresa textualmente: "los fuegos enemigos acribillaron con sus proyectiles nuestro hermoso pabellón tricolor, dejándolo hecho trizas; pero se ha salvado ufano sobre el asta, ostentándose siempre con noble altivez"...

Volviendo a las costas del Golfo de México, el ya mencionado La Gravière, dispone el ataque a Coatzacoalcos, lugar a donde envía 4 buques de guerra, que hacen desembarcar tropas en la barra y se introducen por las aguas del río remontándolo.

Poco después de esta acción, dos barcos franceses, la "Tourmente" y la "Tempete", ambos a las órdenes directas del jefe francés Conrad, fondean a mitad del Coatzacoalcos. En las márgenes, imitando instintivamente el ejemplo bizarro de los pobladores de Tampico y Pueblo Viejo, muchos bravos hostilizan al enemigo, disparándole con fuego de escopetas y fusilería.

El Comandante de la plaza de Coatzacoalcos, de nombre Elguera, se retira al vecino Cosoleacaque.

Cabe mencionar la actitud de un modesto empleado de la Aduana, de nombre Eulalio Vela, que organiza una guerrilla y causa perjuicios a los invasores acabados de desembarcar.

Aprovechando la maleza de las márgenes, el intrépido empleado civil, en unión de un puñado de patriotas, acribillan a varios Zuavos apenas desembarcados. En rápidas acciones Vela y su gente, recogen las armas de los invasores muertos, así como los cartuchos y con ellos les es factible seguir la refriega, protegidos por su conocimiento sobre el terreno, obviamente sorprendente para los invasores.

Hacia el 10 de febrero de 1863, los intervencionistas al mando de La Gravière, arriban a Isla del Carmen, a bordo de las fragatas "Dryade" y "Darien".

Varios historiadores coinciden en que en Isla del Carmen, los esperaba, prodigándoles un trato por demás amistoso, Tomás Marín, en cuya compañía y valiéndose de la información que éste entregó al invasor, deciden, en provecho de la estrategia general de la intervención, no hostilizar en un plazo perentorio a los Departamentos del Sureste: Tabasco y Yucatán, prefiriendo concentrar su fuerza sobre los territorios más cercanos y en los que ya habían empezado a hacer sentir su presencia ignominiosa. Tomás Marín, conocedor de la debilidad defensiva de las fuerzas armadas estacionadas en el Carmen, logra ganar tiempo mostrándose pacifista y amistoso con los invasores, de manera que evita un enfrentamiento armado que hubiese sido desastroso y aniquilador para los mexicanos, ya que no se encontraban organizados en ese momento, para defender ese punto estratégico y si en cambio da lugar a que se prepare un movimiento de ataque contra los intervencionistas poco tiempo después.

En Isla del Carmen pronto se enciende el sentimiento patriótico y de esta manera sus habitantes, lejos de hacer bandera de los rumores difundidos por los imperialistas, en el sentido de que "llegó el momento de hacernos justicia y terminar de una vez por todas con nuestro abandono, en el que nos han tenido las gentes del centro desde el principio de la vida independiente", se levantan en contra del invasor logrando hacerle un considerable daño.

Este pasaje de Isla del Carmen, es de suma importancia en lo que se refiere a la hondura del sentimiento nacional, siempre vigente, de defender a toda costa, aún de la vida misma, el territorio nacional.

Así advertimos que el mencionado sentimiento, no sólo ha sido, o lo fue en esos días aciagos, patrimonio exclusivo de los mexicanos de los territorios tradicionalmente transitados, socorridos por el movimiento vital de toda índole, como son los casos de las costas tamaulipecas o del mismo Veracruz, llamado con justicia por varios estudiosos, "la puerta de nuestra historia" o de los habitantes de tierra adentro hasta llegar al altiplano, sino que en definitiva, ese sentimiento de defensa de nuestra integridad, ha animado y animó grandemente a los valientes compatriotas de lugares apartados, como Isla del Carmen.

También lo vemos eficazmente demostrado entre los pobladores de Tabasco, con la egregia representación del Coronel republicano Gregorio Méndez que dirige la defensa de Villahermosa.

En esos mismos días de 1862, en que nace Manuel Azueta, podemos recordar que si bien de La Gravière, convencido por Tomás Marín, decide no hostilizar a los Departamentos de Tabasco y Yucatán, el intento de permamanecer en calma, se ve frustrado, ya que Victorio S. Dueñas Gobernador de Tabasco, asume su responsabilidad histórica y no tarda en demostrar acento guerrero contra los primeros franceses que en avanzada de su ejército, empiezan a incursionar por la tierra tabasqueña.

Por esas fechas Julien de La Gravière, posiblemente por la desesperación temprana, que sobre el desarrollo de los planes de la intervención, asaltó a Napoleón III, regresa a Francia, dejando el mando de las tropas en el Golfo y Mar Caribe al Contralmirante Bosse.

El asedio a los territorios de Tabasco es dirigido por este jefe francés, quien valiéndose del transporte de guerra "Orénoque" y la fragata "Dayre", desembarca 400 hombres en aquellas tierras.

Volviendo a Isla del Carmen, dos bravos patriotas, Carlos M. González y Nicolás M. Ferrer, no cejan en su labor antiimperialista, llevando a cabo innumerables reuniones que culminan con una proclama que excita al pueblo carmelita a sostener las ideas republicanas y rechazar á los invasores. En tanto, Tomás Marín se refiere a ellos llamándolos “los amigos franceses”, “nuestros amigos de Europa” o “nuestros aliados”. Tomás Marín nada hizo por defender la plaza en el instante de la agresión, pero con su actitud dio tiempo para que los patriotas mexicanos tuviesen oportunidad de organizarse y luchar contra el intervencionismo egresor.

En tanto el Coronel Manuel F. Azueta, a las órdenes directas del General Desiderio Pavón, participa en la defensa de los intereses del país, operando en la zona del Panuco en lo general y en Pueblo Viejo y Tampico en lo particular.

Don Desiderio Pavón, nativo de la villa de Pánuco, fue un rico comerciante que improvisadamente convertido en soldado de la República, volcó buena parte de sus caudales en la compra de armas y el abastecimiento del reducido ejército que él comandaba en aquellos tiempos de aflicción para México.

La amistad unió desde muchos años atrás, alrededor de la década de los cincuentas, a Pavón y a Manuel F. Azueta, quien también se dedicaba a las cuestiones del comercio, por afición heredada de algunos de sus antepasados.

Azueta combinaba su actividad comercial, con el trabajo inherente al cuidado de unas tierras ganaderas y de sembradío que poseía muy cerca de Pueblo Viejo.

Prácticamente dejó ambas cosas al sumarse al ejército de la República, desde los años de la guerra de Reforma. Manuel Azueta, el mayor de los tres hijos del matrimonio Azueta Perillos, al nacer justamente la noche de la Navidad y merced a las creencias, piadosas de su madre Doña Lina, se convierte, curiosamente, en el niño Dios “de bulto” de la parroquia de Pueblo Viejo.

Durante las refriegas entre invasores y patriotas, a fines de diciembre, la artillería francesa toca repetidas veces la cúpula de la iglesia, que termina por desplomarse casi por completo, así como la torre del campanario que se dañó considerablemente.

El hecho causó marcada desmoralización entre los pobladores, que vieron de pronto esfumarse una obra de la que estaban orgullosos, además de ser el símbolo religioso casi general en la localidad.

Por ello, el cura de la Diócesis, conocido como el padre "Tacho", organizó, casi al terminar las hostilidades, un comité para desalojar el atrio y la nave del templo de los escombros.

Su ingenio y la caritativa ayuda de las mujeres de Pueblo Viejo, hicieron posible la colocación de una burda estructura de madera a la que se le adosó un entarimado que sostuvo un techo de teja.

Este techo improvisado en pocos días, con el auxilio de trabajadores voluntarios, permitió que la nave del templo no se viera desprotegida y que las pocas imágenes que no habían sido dañadas, pudieran seguir en sus altares guarecidas de la intemperie.

Después de lo dicho, el cura "Tacho" integró un grupo dedicado a rehacer el nacimiento, arreglo Tradicional que año con año era colocado al lado izquierdo del altar mayor.

De esta forma, en poco tiempo el nacimiento, protegido por el techo de teja puesto días antes, lucía hermoso, adornado con elementos tales como troncos de formas caprichosas, grandes macetones de flores naturales; jarrones con floridos arreglos realizados en tela y en papel, musgo arrancado en las riberas del Pánuco y muchas cosas más que daban al pequeño escenario vistosidad y alegría.

Por cierto, en aquella ocasión el Cura "Tacho", decidió que para acompañar el nacimiento durante determinadas horas del atardecer, en que se iniciaba en forma el rezó cotidiano, con motivo del año nuevo, se introdujeran en la iglesia una vaca, un becerro y un pequeño

y manso borrico, que dieran un matiz de realidad a la piadosa representación del nacimiento de Jesús.

Y el niño nacido la noche de la Navidad, es decir, Manuel Azueta, fue designado para ocupar el lugar del "Niño Dios".

Manuelito, como pronto se le conoció cariñosamente en Pueblo Viejo, fue un niño robusto que recibió una esmerada educación de sus atentos padres. Sus risas y juegos llenaron alegremente la vieja y grande casa de los Azueta, que siempre se contemplaba pictórica de parientes y amigos, gracias a la hospitalidad de la familia; el trato desenvuelto y cordial de Doña y la magnética personalidad del Coronel Juarista.

Años atrás, el padre de Manuel Azueta, encabezó a las autoridades civiles del Cantón de Ozuluama, cuyo asiento residía, precisamente en Pueblo Viejo.

El niño Manuel transcurrió sus primeros años obedeciendo a la instrucción elemental impartida en la Parroquia, donde realizó su "Primera Comunión", asombrando al Cura "Tacho" con sus conocimientos sobre las escrituras Bíblicas, ya que su incipiente poder de concentración, así como su naciente afición a la cultura, hicieron posible que aventajara a todos los demás niños de Pueblo Viejo, en el aprendizaje del Evangelio.

"Buen soldado o buen Cura será Manuelito decía en repetidas ocasiones el Sacerdote a Doña Lina.

El destino eligió su camino, haciendo de él, además de un sobresaliente marino de guerra, el hombre símbolo en la defensa de la integridad nacional.

Muy de mañana Manuel Azueta, previo permiso de su madre, corría a la laguna en cuya ribera se halla Pueblo Viejo. Su cotidiana intención era embarcarse con los buenos pescadores en los cayucos y acompañarlos durante varias horas matinales, en sus tareas de captura de peces, jaibas y camarones.

Siendo muy niño, su piel empezó a cobrar un tono bronceado oscuro, por los efectos de los rayos solares que generosamente recibía durante varias horas del día.

Uno de sus juegos preferidos lo era volar "papalotes" a las márgenes del río o a la orilla de la laguna. En cosa de adquirir estos "aéreos juguetes" no tenía muchos problemas, ya que bien se los obsequiaba su padre, o él mismo los confeccionaba con madera de balsa, abundante en las riberas del Pánuco y papel delgado y algunos agregados de tela ligera.

La dificultad a la que se enfrentaba, era el conseguir suficiente hilo que permitiera a sus "papalotes" volar alto. Para corregir esta deficiencia en sus maniobras "aerofluviales", empezó a asaltar el costurero de su madre, que un buen día lo descubrió en plena acción.

Después de reprenderlo severamente, le explicó que el contenido del costurero, las agujas, los botones, la tela y los hilos, significaban gran importancia para la familia, ya que valiéndose de estos elementos a ella le era posible arreglar su ropa y la de todos los integrantes del clan hogareño.

A los 7 años, después de una reprimenda procurada por Doña Lina, el niño Manuel exclamó: "creo que es más importante el hilo que hace que mi "papalote" llegue al cielo, que tenerlo en mis pantalones".

Su carácter en esos años infantiles, empezó a perfilarse enérgico, serio y con firmeza. Atento escuchaba siempre a su padre, del cual aprendió el poder de la decisión, el sostenimiento de una determinación. Ya desde entonces se empezó a vislumbrar su facultad organizativa, elocuentemente reflejada cuando configura una especie de pelotón de pilotos de "papalotes" y se inician así, vuelos colectivos de estos juguetes entre los niños de Pueblo Viejo.

Su imaginación hizo posible que a cada "papalote" se le pusiera un nombre que lo distinguiera individualmente; el de Manuel Azueta, se llamaba "El Pánuco". Había otros con nombres propios, de países extranjeros y asimismo algunos más, ostentaban los nombres de héroes de la Patria.

A la edad de 8 años es enviado por sus padres al cercano Tampico, con el objetivo de que curse su educación primaria. En el puerto estudia por las mañanas y las tardes

las dedica a los entretenimientos propios de su edad, a los que se entrega después de realizar las tareas que cotidianamente le deja su maestro.

Vive entonces en casa de unas amistades de su familia, de apellido Ortíz. El año de 1874, al llegar de la escuela, es notificado por la señora Ortiz de la infausta noticia: su padre había muerto.

Presumiblemente de un ataque al corazón falleció el Coronel Azueta, enlutando su hogar y causando consternación en la pequeña Villa donde gozaba de bien merecido aprecio y franca estimación.

Este fue un duro golpe para el niño Manuel, que profesaba además de un enorme cariño a su padre, una admiración sin límites. Pocas semanas estuvo en su tierra natal, después del sepelio de su progenitor, ya que, sobreponiéndose al dolor, Doña Lina Perillos Viuda de Azueta, prefirió desprenderse de nuevo de su hijo, en aras de que éste siguiera con sus estudios primarios en Tampico, a donde retornó bajo la custodia y amparo de la familia Ortiz.

Todavía en vida de su padre, se distinguió el rumbo de su existencia: la carrera de las armas. El Coronel Juarista abrigaba el propósito de que su hijo continuara sus estudios para, con el tiempo, hacerse un profesional de las armas.

Este propósito lo hizo suyo Doña Lina Perillos. Dos años más tarde, en 1876, se le dirige una petición al Presidente Porfirio Díaz, en el de que el joven de 15 años, Manuel Azueta Perillos, pudiera ingresar al Colegio Militar de Chapultepec. La solicitud es contestada favorablemente y es así como, de manera formal, se inicia la vida militar del héroe.

Dejaría para siempre sus simples distracciones y los elementales estudios; ya no volvería a saber de las palabras bondadosas del buen Cura "Tacho", ni a dejar su imaginación fantasiosamente infantil, correr con rienda suelta, ante la contemplación de sus "papalotes" a la vera del Pánuco.

Había llegado el momento de la realidad verdadera; el encuentro de su destino empezaba. La meta de su padre el

Coronel republicano, comenzaba a alcanzarse, al marchar el joven Manuel, hacia su cita en el Colegio Militar. Se embarcó en un vapor en Tampico e hizo la travesía hacia Veracruz.

¡Por fin navegaba!

Su mente de niño-joven, se impregnaba de ensoñaciones, cuando perdía la mirada sobre la inmensidad del mar a bordo del barco rumbo a Veracruz. Su memoria le procuraba los datos guardados desde tiempo atrás; la guerra de Reforma y las acciones de su padre contra las huestes de Miramón, los franceses invasores que llegaban a bordo de la "Lance" que se hundió hasta perderse en las aguas del Pánuco.

Las imágenes llenas de color y con destellos mágicos, se adueñan de su mente fresca, abierta a las emociones. Entonces Manuel Azueta, apoyado en la barandilla de popa del vapor, recuerda a su querido padre luchando contra los intervencionistas.

Su corazón palpita con las añoranzas del Coronel que salva la vida al ser protegido por su caballo, que recibe la bala de cañón tirada por los conservadores.

Se hunde, se pierde en los relatos de su padre sobre los acontecimientos de la Intervención; las muertes, el fuego de la metralla, los actos de valentía, el sentido del honor militar.

Y de entre estas añoranzas encendidas con colores de tono púrpura y oro, sobresalen las figuras de los héroes, de sus admirados próceres; Juárez, Zaragoza, Mariano Escobedo...

De repente, en un vaivén del barco, asalta su mente un fragmento de historia grabado en su corazón con letras que jamás se borrarán. Se trata del recuerdo de la epopeya del 47: el ejemplo de los héroes niños defensores de su Colegio de Chapultepec contra las fuerzas invasoras norteamericanas. ¡Qué ejemplo de valor sin límites de esos jóvenes patriotas! Pensaba el joven Azueta.

¡Yo estaré ahí y vestiré en unos días el mismo uniforme que cubrió tan grandes corazones de valientes! Se decía asimismo el hijo del compañero de Desiderio Pavón en

la defensa de Tampico y Pueblo Viejo y luchador contra las fuerzas de Miramón en la Reforma.

Retrotrayéndonos un poco, podemos decir que el apellido Azueta es quizá de origen italiano -Azuetti- o posiblemente proviene del francés -Azuéte- lo cierto es que el primer Azueta instalado en Pueblo Viejo y que representa el tronco de ese árbol genealógico, es Don Federico Manuel Azueta, establecido como comerciante en Pueblo Viejo hacia fines del siglo XVIII.

Este antepasado de Manuel Azueta, muy probablemente arribó a México entre los comerciantes europeos que recalaban en Tampico o que, entrando por la desembocadura del Panuco, remontaban el río para ofrecer sus mercaderías y establecer intercambios de variados productos.

Manuel Azueta llega a Veracruz y al día siguiente aborda el ferrocarril con destino final en la ciudad de México. Le espera Chapultepec, lo aguarda el Colegio Militar, heroico nido de aguerridos aguiluchos que en 1858 fue trasladado al antiguo colegio de San Gregorio, en 1861 reabierto por Benito Juárez en el convento de San Fernando y en 1867 reinstalado por Decreto del propio Benemérito, después de estar cerrado, mudo y ausente, durante los años oprobiosos de la ocupación imperialista.

Este es el recinto que eligió Manuel Azueta para formar su vida de hombre y de patriota: el immaculado recinto del honor de la dignidad nacional, cubierto con los laureles áureos de la gloria, en los epónimos días de la defensa de Chapultepec.

CAPITULO II

EL CADETE AZUETA 1878

El año de 1878 ingresa Manuel Azueta al Colegio Militar, cumpliéndose así, el caro anhelo del Coronel Juarista, su padre, que tanto hubiera deseado la fortuna de ver a su hijo transponer el umbral de ese prócer Establecimiento.

El Cadete Azueta en esos años de su primera juventud, lucía una gallarda figura; su complexión era delgada, nariz afilada y rostro cortado en alargados ángulos, entonces frecuentemente acompañado por una alegre sonrisa.

El pelo completamente negro, de un tono intenso y los ojos grandes, expresivos y más que nada profundos, lo mismo que de miradas directas e inquisitivas. Sus movimientos eran ágiles; era dado a accionar las manos acompasadamente, siguiendo el ritmo y la intención de sus palabras.

Sus finos modales provincianos, se recalitraron y volvieron seguros y convencidos, al recibir el influjo de la educación militar profesional.

El Colegio Militar entonces tomaba las normas y métodos de la escuela europea, con un marcado sello prusiano. Aún los uniformes y equipo personal de los cadetes, guardaba determinada semejanza con los estilos castrenses propios a los sajones.

Los domingos, el Cadete Azueta abandonaba Chapultepec y cruzando las hermosas veredas en medio de los bosques de altísimos fresnos y centenarios ahuehuetes, bajaba a la ciudad de México, empleando para ello modestos transportes públicos. Muy excepcionalmente abordaba los carruajes propiedad de las familias de algunos de sus compañeros de instrucción, que por regla general los

domingos, los dedicaban a pasarlos en sus casas, en compañía de sus familiares.

En algunas ocasiones accedía a invitaciones de sus amigos y disfrutaba de agradables veladas en las mansiones de familias acomodadas. Más al Cadete Azueta, le atraía la contemplación de la vetusta ciudad; sus edificios, monumentos, plazas y avenidas.

Era muy afecto a visitar los cafés y restaurantes céntricos, donde casi siempre tenía trato con intelectuales, artistas, músicos y poetas, que tenían agradables conversaciones que le procuraban intensas vivencias en las que se enteraba de la realidad nacional y mundial, en cuanto a asuntos tales como la cultura, la ciencia, la vida pública y el arte.

En alguna ocasión le manifestó a un compañero cadete: "un militar tiene doble obligación; por una parte sus deberes propios y la instrucción y por otra la cultura, el conocimiento del país".

Aferrado a estas ideas sobre la universalidad del pensamiento y de los conocimientos, gustaba de acercarse a gente pensante, intensa y enterada.

Seis días a la semana los dedicaba a su preparación dentro del Colegio Militar y el séptimo, prefería invertirlo en el estudio de la vida civil, a través de pláticas de interés, asistencia a diversos eventos en la ciudad, o bien visitando los lugares de más trascendencia en la capital.

En esto último, en poco tiempo se convirtió en un verdadero conocedor de la arquitectura capitalina, al grado de identificar estilos y poder disertar con amplitud acerca del historial de los más notables edificios, templos, calles, bibliotecas y demás lugares públicos.

En esos años primeros en el Colegio Militar, inició la lectura de diversos libros; los temas que más atraían su atención eran ciertamente los de carácter histórico.

Cuantas veces podía y le era permitido por sus superiores, visitaba la Biblioteca del Plantel donde pasaba la mayor parte de sus horas francas, entregado a la lectura de sus temas predilectos, extasiándose en el conocimiento de las

figuras históricas que más poderosamente capturaban su mente de adolescente.

Llegó a poseer notables conocimientos sobre las guerras antiguas, manejando eruditamente todo lo relativo al helenismo y a la época de los romanos. La figura de Julio César lo atraía mucho, pero fundamentalmente su admiración en cuestiones guerreras, se cifraba en Napoleón Bonaparte.

Leyó todos los libros que en la Biblioteca existían sobre el Gran Corso y cuando agotó la literatura sobre este particular, llegó a cometer una cierta acción, que más tarde referiremos, impulsado por su anhelo, por su sed de saber más cosas sobre la historia y vida del Emperador Napoleón.

Muchas ocasiones sorprendía a sus compañeros cadetes, al término de los ejercicios o después de la comida del medio día, asaltándolos con-preguntas sobre temas napoleónicos y expresándoles conjeturas propias sobre el desarrollo de las grandes acciones militares de Bonaparte.

Entre esas conjeturas suyas, estaba una que involucraba una expresión de Napoleón, supuesta o verídica, referente a que "si tuviera tres Morelos conmigo, el mundo sería francés, hoy.

Estas palabras se le han atribuido a Bonaparte, presumiendo que el Gran Corso tuvo información sobre el sitio de Cuautla, sostenido por el Generalísimo de los Ejércitos Insurgentes contra el jefe realista Félix María Calleja del Rey.

Esta hipótesis fascinaba al Cadete Azueta, que veía con admiración la estatura de Morelos, al extremo de ser alabado por el mismísimo genio de la guerra, en los inicios del siglo XIX.

Otro personaje que mereció la rendida admiración suya, fue Don Antonio de Oquendo, a quien se le conoce como Almirante General de la Armada del Mar Océano. Por tratarse de una figura que capturó, más que eso, subyugó la fértil mente del Cadete Azueta, y quizá sembró, su estudio, la idea de abrazar la carrera de Marino de Guerra,

atenderemos aquí, aunque sea de forma somera, el historial de esa importante figura del siglo XVII en España.

El Almirante Antonio Oquendo nace en San Sebastián, España, hacia 1577. Era hijo de un prestigiado Capitán de la Armada española también nativo de la Coruña de nombre Miguel de Oquendo.

A los 16 años pide a su padre su ingreso a las Galeras de Nápoles, que por ese entonces comandaba Don Pedro Toledo. Muy pronto se distinguió por su talento militar. Cuando no cumplía aún los 18 años -quizá estos datos despertaban la admiración y el deseo inaudito de emulación, por parte del Cadete Azueta- se le confió el mando de los bajeles ligeros "Delfín" y la "Dobladilla" de bandera española.

En 1604 sale de Lisboa, Portugal, con la orden superior de dar termino a las fechorías de un determinado corsario de nacionalidad inglesa que con una fuerza naval de dos barcos, atracaba y asolaba vasta región en Andalucía, Galicia y el propio Portugal.

El 7 de agosto del mismo año, al amanecer, encontró a su enemigo en el Saco de Cádiz; el intrépido corsario ordenó el abordaje metiéndole poco más de cien hombres dentro de su barco el "Delfín".

Oquendo al cabo de dos horas de combate, batió a todos, dejando la cubierta plagada de cadáveres y conquistando un triunfo total sobre el pirata.

Acto seguido el corsario intentó desaferrarse, hacerse a la vela y huir del escenario de su derrota, pero Oquendo en una rápida acción le regresó el abordaje, capturándolo.

El otro buque inglés que se había estado batiendo al cañón con la "Dobladilla", huyó a toda fuerza de su velamen y no se logró alcanzarlo.

Los españoles quedaron seriamente averiados, recalando en Cascaes. Más tarde Oquendo fue recibido triunfalmente en Lisboa, felicitado personalmente por su Rey Felipe III así como por su Capitán General Fajardo.

Todavía no cumplía los 21 años, cuando por fallecimiento del General Martín Bertendona, se convirtió en el Comandante General de la Armada de Vizcaya, con el título de Gobernador.

Con esta fuerza naval guardaba las costas españolas contra las frecuentes incursiones de los barcos holandeses, que venían dispuestos a incendiar los buques españoles en sus propios puertos.

En 1607 fueron puestas a su disposición y comando las Armadas de Guipúzcoa y Cuatro Villas, que junto con la de Vizcaya que ya capitaneaba, compusieron la legendaria Escuadra del Cantábrico.

Poco después, Don Antonio de Oquendo es nombrado por el Rey de España, Comandante de la Escuadra de Nueva España.

Al regresar de esta comisión, se pone a las órdenes del Príncipe Filiberto de Saboya, que ostentaba el grandilocuente título de Príncipe de la Mar y fueron tan grandes los servicios que Oquendo prestó a este personaje, que le valieron la intervención de Filiberto de Saboya cerca del Rey, quien le confirió el hábito de Santiago, siendo armado caballero en nombre del Rey de España.

Es notable el proceso que se formula a Don Antonio de Oquendo, por la pérdida de los célebres barcos; el "Espíritu Santo" y la "Santísima Trinidad" -que desaparecen frente a las costas de La Florida, lo que hoy conocemos como tal- llevando al fondo del mar un impresionante cargamento de oro y piedras preciosas.

Hay algo en la vida y las acciones de Oquendo que excitaba al Cadete Azuela: como el talento y el valor militar, que en ocasiones determinantes, son capaces de vencer a una fuerza superior ya material o humana.

Probablemente su admiración a Oquendo nació al advertir que este personaje, valiéndose de su valentía e inteligencia, era capaz y lo demostró reiteradas ocasiones, de sobreponerse a las circunstancias y merced a su coraje militar, avasallar a enemigos infinitamente superiores numéricamente.

En esto hay algo que se envuelve, que se entrelaza con las primeras impresiones de su vida, allá aún en su solar de Pueblo Viejo, cuando atento escuchaba las narraciones de su padre sobre los célebres combates contra los franceses y

muy especialmente la victoria del 5 de mayo en Puebla, cuando Zaragoza mutila el poder ensoberbecido de las huestes de Napoleón III.

Arraigada profundamente a su espíritu estaba la lección expuesta por su padre, en el sentido de que "el valor aplasta más que los cañones".

Perenne convicción en Azueta fue el sostenimiento de los valores de la nacionalidad, como armas poderosas capaces de vencer al enemigo más imponente.

¡Es Juárez deshacedor de un Imperio!

¡Son Zaragoza, y Escobedo y González Ortega, venciendo al Ejército Napoleónico!

Volviendo a su admiración a Oquendo, relataremos sucintamente un célebre combate naval del que sale victorioso este Almirante español, venciendo todo pronóstico:

Hallábase el Almirante Oquendo en Lisboa, cuando se reunió una Escuadra bajo su propio mando, para socorrer las costas del Brasil contra los frecuentes ataques de los holandeses, muy especialmente las plazas de Pernambuco y de Todos los Santos.

Componían la Escuadra española 16 naos; cinco de ellas no llegaban a las 300 toneladas y a reunir cuarenta hombres a bordo, cinco no llevaban más que la mitad de infantería que les correspondía y quedaban seis que eran mejores, pero del mismo modo precarias en elementos y en dotación.

Arbolaba Don Antonio su insignia en el galeón "Santiago". Partió de Lisboa el 5 de mayo de 1631 convoyando una flota de barcos mercantes portugueses y de doce carabelas, que llevaban 3000 hombres de transporte para reforzar las guarniciones de las plazas brasileñas.

Llegó a la Bahía de Todos los Santos, después de sesenta y ocho días de travesía y procedió a desembarcar las tropas que reforzaron la guarnición, siguiendo hasta Pernambuco con veinte naos mercantes que se agregaron al convoy.

El 12 de diciembre fue avistada una escuadra holandesa que, mandada por Adriaen Hans-Pater, acababa

de saquear la Isla de Santamaría. Los barcos piratas casi al mismo tiempo, advirtieron la presencia sobre las aguas del nutrido convoy resguardado por Oquendo.

El Almirante holandés tuvo el gallardo, pero a la vez presuntuoso gesto, de ordenar que sólo atacasen a los españoles 16 barcos, el mismo número, es decir, que los que sumaban los españoles; téngase sin embargo en cuenta que la Capitana y la Almiranta holandesas, eran barcos de 900 a mil toneladas, con 50 cañones de calibres entre 48 y 12 y, en cambio, los españoles no pasaban, como queda dicho, de 300 toneladas e iban armados con cañones de 22 a 8.

Antes de trabarse el combate pasó muy cerca de la Capitana de Oquendo la carabela en que iba el Conde de Bayolo, Jefe Supremo de la Infantería, y al estar a la voz propuso a Oquendo reforzar los buques con sus soldados.

Oquendo con tono humorístico, señalando las velas enemigas dijo: ¡Son poca ropa! Después dejó el paso de los soldados en sus barcos, razonando que la orden era conducirlos a Pernambuco para refuerzo y que no quería — por si ocurría cualquier accidente— que se impidiera volverlos a las carabelas.

El Conde recibió la orden de unirse al convoy y acercarse con él hacia la costa. El encuentro tuvo lugar por los 18 grados de latitud sur y 240 millas de los Abrojos.

La escuadra holandesa avanzó a todo trapo, desplegada en arco; con hábil maniobra consiguió Oquendo aferrarse a la Capitana enemiga por barlovento de tal modo que los fuegos y humos fuesen hacia el holandés. Hans-Peter trató de desasirse, más no pudo, pues el Capitán Juan Castillo saltó al barco holandés y, aparte de los garfios, lo aseguró con un calabrote que amarró a su palo. Pronto le quitaron la vida y lo mismo sucedió con sus soldados, pero el fuego que desde las cofas del “Santiago” se hizo, impidió a los holandeses desamarrarlo.

Otro galeón holandés, se colocó por la banda libre del “Santiago”, pero también acudieron los españoles y portugueses en auxilio de su General. El combate había

empezado a las 8 de la mañana y aún estaba indeciso a las 4 de la tarde.

Al fin un taco encendido, disparado por un cañón del "Santiago" prendió fuego a la Capitana holandesa; la Almiranta de Massibradi acudió y dio remolque al "Santiago", apartándole del peligro de la explosión del holandés, que al fin sobrevino. Hans-Peter encontró la muerte en el agua, a donde se había arrojado con gran número de los suyos.

Oquendo se apoderó del estandarte de Holanda y puso en completa fuga al enemigo, quemando a éste los tres mayores galeones y haciéndole 1900 muertos, entre ellos, como queda dicho, el propio Almirante. Los españoles por su parte, perdieron 3 barcos y la vida de 585 hombres.

Días después los avistaron galeones pertenecientes a la Armada Holandesa pero el Almirante Thys, sucesor del infortunado Hans-Pater, optó por cambiar de rumbo y así eludir el combate.

Envuelto en la fascinación ardiente hacia las cosas del mar, arraigado su espíritu al conocimiento de hechos heroicos y relevantes, gestas guerreras que tuvieron por escenario las aguas de los océanos, el Cadete Azuela, por cuyas venas corría sangre de marino, ya que debemos recordar que sus antepasados por línea paterna fueron navegantes europeos, decide abrazar la carrera de Marino de Guerra, entonces recién instalada en el propio Colegio Militar de Chapultepec.

Pero recordemos el ingreso de Manuel Azuela:

El 1 de octubre de 1877 se recibe en la Dirección del noble Plantel una solicitud de admisión, firmada por el propio Manuel Azueta, relativa a una plaza como alumno.

La carta-solicitud es firmada por un antiguo y querido amigo de su padre, el señor General Julián Cerda. El 5 de enero del año siguiente, 1878, es admitido por aprobación superior.

Enseguida expondremos la hoja de filiación levantada en Chapultepec.

En la parte superior; República Mexicana, Colegio Militar, Primera Compañía.

“Filiación del Alumno Manuel Azueta Perillos. Hijo del C. Manuel F. Azueta y de Doña Lina Perillos. Natural de Pueblo Viejo, Estado de Veracruz. Su edad 17 años. Sus señas éstas: Pelo negro, cejas castaño obscuro, ojos pardos, nariz afilada, color moreno, frente grande. Señas particulares: Ninguna.

Fue admitido de alumno por orden del C. Ministro de Guerra el 5 de enero de 1878 y fue impuesto a sus obligaciones conforme a Reglamento y Ordenanza General del Ejército. Como asimismo no podía ser ascendido a oficial sin haber cursado las materias que marca esta filiación. Siendo testigos los C. Sargentos Segundos Francisco Díaz y Francisco Zepeda”. Firma el Director del Plantel General Manuel Quintana. Esta hoja de filiación fue recibida en la Tesorería General de la Nación, el día 7 de enero de 1878 y en ella aparece también la firma del Oficial Mayor de la propia Tesorería, señor Antonio Lozano.

Por estas fechas el Cadete Azueta visitaba con regularidad, sus días francos, a la familia del señor General Cerda, propietario de la Quinta Elena, en el barrio de San Pedro de Los Pinos, en Tacubaya, muy cerca de Chapultepec, donde se hallaba el Colegio Militar.

El transcurso de sus estudios marchaban con un normal y muy aceptable ritmo de eficiencia, durante el año de 1878 y el siguiente de 1879.

Este último año, hacia octubre, tuvo que ser conducido a la Quinta Elena, aquejado de “fuertes calenturas”. Allí fue atendido con dedicación y diligencia amorosa por la esposa del señor General Cerda.

El 24 de octubre del año ya señalado, Manuel Azueta dirige esta comunicación al Secretario de Guerra:

“M.A. Alumno de la Primera Compañía del Colegio Militar, ante usted, respetuosamente y por los conductos de ordenanza, expone: Que hallándose atacado de unas calenturas, según consta al médico del Establecimiento, a usted, C. Secretario, suplica se sirva concederle licencia para

pasar a jalapa a restablecer su salud bastante quebrantada, pidiendo se le expida su pasaporte respectivo en lo que recibirá especial gracia".

La comunicación, redactada en su lecho de enfermo en la Quinta Elena de Tacubaya, recibe la copia-contestación firmada por el General Manuel Quintana:

"C. Secretario de Guerra; informado tengo la honra de remitir a usted, para su superior aprobación, la solicitud que hace el alumno de la Primera Compañía, Manuel Azueta Perillos, para pasar a Jalapa, y permanecer en esa ciudad durante el tiempo necesario para curarse de las calenturas que padece. Libertad y Constitución, Chapultepec, octubre 26 de 1879."

Al día siguiente le fue remitido su pasaporte, documento imprescindible para realizar el viaje solicitado.

El 28 de octubre se traslada a Jalapa, donde es recibido por la familia Huesca Mejía, emparentada con el señor General Cerda.

La fuerte afección bronquial que minaba su salud empieza a ceder, bien por el clima veracruzano, bien por las atenciones dispensadas y los unguentos, jarabes de raíces y "friegas" de alcohol con esencia de eucalipto, que le fueron procurados cariñosamente.

En aquellos años, Jalapa, ya bien merecía ser llamada "La Atenas de America". La capital del Estado de Veracruz, por esas fechas vivía acontecimientos de verdadera importancia en lo que se refiere a la cultura y la educación. En este segundo renglón, los esfuerzos de verdaderos pensadores y especialistas en las disciplinas de la enseñanza, marchan vigorosos por la senda dejada abierta, apenas unos años atrás, por el Primer Congreso Pedagógico celebrado en 1873, en la ciudad de Jalapa, a instancias de Don Francisco Landero y Coss, Gobernador del Estado.

Este gran impulsor de la educación en Veracruz, se constituyó como un inmejorable guiador nacional hacia los rumbos de la enseñanza y es así, como en la Convocatoria respectiva al Congreso, advierte: "Los males en la educación necesitan un remedio radical, y éste no puede aplicarse con

éxito por el Ejecutivo, sin una Ley Reglamentaria de Instrucción Pública que provea a la formación de instructores competentes para las escuelas primarias; que determine el modo de propagar la enseñanza elemental, con especialidad entre la clase de labradores e indígenas, para evitar el monopolio; que ponga en armonía la instrucción con el sistema democrático y con los principios de la moral, teniendo como punto objetivo la formación de buenos ciudadanos; que uniforme el método y distribución de asignaturas en los colegios preparatorios y profesionales y provea por último, de juntas auxiliares que secunden eficazmente los esfuerzos del Gobierno por el adelanto y progreso de tan importante Ramo.”

Así concebía el Gobernador Landero y Coss, la estructura educativa y la misión del Estado en ella y estos documentos inherentes al Primer Congreso, son los que marcan la pauta seguida a la perfección, los años posteriores, al grado de volcar toneladas de talento, de emoción creadora, de aportaciones fundamentales, en el marco social de Jalapa, en los años en que el Cadete Azuela, coincidentalmente vive ahí cerca de tres meses.

Volvamos a dar un repaso al contenido de la Convocatoria de Landero y Coss, para mas adelante explicar su relación con el desarrollo de los juveniles años del que más tarde se convirtió en el bizarro defensor de la tierra mexicana contra los invasores norteamericanos en 1914.

Landero y Coss, en su propuesta incluye el testimonio de un franco anhelo de reforma educativa, al expresar: “El Gobierno que desea la mayor circunspección y acierto en negocio tan grave y trascendental, teniendo en consideración que para ordenar un proyecto de ley de esta naturaleza, no puede haber personas más competentes que los profesores, que por razón de sus funciones han adquirido la experiencia que tan necesaria es en casos como el presente; que han justificado su patriotismo, desinterés y amor a la juventud, inaugurando nuevos planteles y sosteniendo los ya establecidos, luchando con toda clase de dificultades, sin abandonar por ellas tan noble empresa, cree que sólo a ellos

debe encomendar la obra y por esto acordó se dirija a usted la presente nota para que, reuniendo la Academia de Profesores de ese Colegio, discuta las bases generales para la formación de un plan de estudios y que fijadas éstas, elija a pluralidad de votos a uno de los mismos profesores que represente a ese Colegio en la reunión que tendrá lugar en Veracruz el día 10. de enero de 1873."

Dicho Congreso inició sus labores el día 9 de enero y se designó a los distinguidos veracruzanos Silvestre Moreno Cora y José María Carvajal, para que estudiaran las bases presentadas por el Instituto Veracruzano.

Jalapa, en aquella década de los ochentas del siglo XIX, estaba convertida en una verdadera fragua de la educación y la cultura; los metales estaban representados por la metodología, la división de los grados, las nuevas formas de enseñanza y las bases de una moderna pedagogía general. En tanto figuraban como diligentes herreros, personalidades como Don Silvestre Moreno Cora y José María Carvajal -ya anotados- Enrique Laubscher, quien se encargó en aplicar la reforma educativa; Apolinar Castillo, fundador de la Escuela Modelo de Orizaba; Francisco Landero y Coss, convocante del Primer Congreso Pedagógico; Don Enrique C. Rébsamen, Director Fundador de la Escuela Normal Veracruzana, Manuel M. Oropeza; el General Juan Enríquez, fundador de la Academia Normal; Antonio P. Castilla, impulsor de la Reforma Educativa, y muchos otros ilustres hombres de Veracruz que marcaron caminos a seguir en las cuestiones relativas a la educación y las formas del aprendizaje.

La Legislatura del Estado acogió de buen grado la iniciativa formulada por el Gobernador Landero y Coss, la que adquirió rango de Ley, el 10. de agosto y entró en vigor el 10. de enero de 1874.

La Ley Orgánica de Instrucción Pública hizo posible, por primera vez, hasta entonces, una clasificación metódica y racional de las escuelas, dividiéndolas en escuelas de instrucción primaria, secundaria, superior de facultades profesionales y escuelas, para estudios especiales; las

primarias fueron subdivididas en primaria elemental y primaria superior.

Casi en lo general esta misma estructura es la que se ha contemplado en los años posteriores hasta alcanzarnos hoy día.

El Cadete Azueta arriba a Jalapa, como hemos dicho hacia fines de 1879 y le es posible integrarse al gran "clan" de educadores e intelectuales veracruzanos, cuando aún no cumplía los 18 años.

Sin duda esta experiencia en su primera juventud hizo que se plasmaran en su mente y espíritu conceptos elevados tendientes a inspirar en él, propósitos de engrandecimiento. Llamaban poderosamente su atención las palabras de los letrados en referencia a la necesidad de dividir la educación en artesanos bien específicos, a efecto de permitir orden y cierto equilibrio que proporcionaran al educando una "escalera educativa", con peldaños científicamente definidos.

Azueta, siempre inquisitivo, acucioso y permeable a los conocimientos, sabe escuchar a los ilustres hombres de Veracruz y lee con detenimiento los documentos sobre la naciente reforma educativa, entonces apenas en fragua.

Esos años fueron fundamentales para el desenvolvimiento posterior de los programas más ambiciosos. Por ejemplo, poco tiempo después, llega al país el gran Maestro Don Enrique C. Rébsamen; el 18 de mayo de 1883.

Rébsamen, quien acude por invitación de los educadores veracruzanos, con los que mantenía comunicación desde mucho tiempo atrás, estudió en la Escuela Normal de su tierra natal, Kreuzlingen, perteneciente a la provincia de Turgovia, en Suiza. Por cierto esa Escuela Normal, estaba dirigida por el propio padre de Rébsamen, de nombre Ulrich. Posteriormente el ilustre educador, toma la especialización en las universidades de Lausanne y de Zurich. Pocos años después de su llegada fundó la Escuela Normal veracruzana.

A Azueta le cautivaban esas demostraciones de la inteligencia, que llegaban a él un tanto confusas, vagas, con el tono incierto de lo que logra captar un muchacho de 17 años, ya empeñado en abrirse paso hacia su engrandecimiento.

Recuerda la estructura educativa castrense; acuden a su mente las escenas del Colegio Militar y en torbellino lo invaden los rubros de las asignaturas; matemáticas, idiomas, ciencias militares, geografía, historia, gramática, prácticas de guerra.

Ante el diluvio de expresiones sobre la reforma educativa veracruzana que capta y se graba, es muy posible que empiece a germinar en su mente el proyecto que más tarde abrigó con pleno convencimiento y con la autoridad propia, de la más completa información y estudio. Es lo referente a la fundación de una escuela que específicamente estuviera dedicada a la formación de los profesionales del manejo de las cuestiones relativas a la Marina de Guerra.

Antes de los 18 años, el Cadete Manuel Azueta ya se adelantaba a su tiempo, meditando sobre la necesidad de instalar, en provecho del país, una escuela naval. Esta inquietud empieza a ser expresada a sus buenos amigos de la familia Huesca Mejía, tanto como a las personalidades de la docencia con los que hace contacto en Jalapa. Para ese entonces se reafirma en Azueta, la intención firme de seguir la carrera de Marino de Guerra, la que sigue en el propio Colegio Militar de Chapultepec.

Para ilustrar un poco acerca de la relación de acontecimientos en el caso de la paulatina formación de elementos físicos y morales destinados a la preparación de nuestros Marinos, expondremos algunos datos muy reveladores a continuación.

Probablemente el antecedente más lejano de carácter formal de la educación naval militar, en México, data del año de 1717, cuando el 7 de febrero se establece en España la Institución de la Real Compañía de Caballeros Guardias Marinas, con el propósito de dotar a la Armada Peninsular y de Ultramar de los oficiales necesarios. A esta institución

advienen algunos jóvenes criollos, provenientes de la Nueva España.

En 1728, por disposición expresa del Rey de España, se equiparan a los Guardias Marinas con los llamados Corps o Guardias de la Real Persona.

Estas experiencias peninsulares empiezan a florecer en la Nueva España, cuando el 10. de mayo de 1769, el Visitador General de los Virreynatos americanos, Don José de Gálvez, en su paso por la península de la Baja California, funda un Colegio de Marina, en Loreto, que se advierte como el más lejano vestigio de establecimiento docente naval en México.

Volviendo a España, en 1780 acontece un hecho que pone en relieve a las compañías de Guardias Marinas, establecidas formalmente en El Ferrol y en Cartagena, se trata de la instalación de observatorios astronómicos destinados al aprendizaje de los futuros oficiales de la Armada.

El General José Joaquín de Herrera y Ricardós, en 1823 ordena el traslado de la recién fundada Academia Militar, de la capital de la República, a la fortaleza de San Carlos de Perote en Veracruz, marcando así un hecho significativo ocurrido ya en nuestra vida independiente.

El 11 de agosto de 1824, la Superioridad ordena se imparta la cátedra de matemáticas en Perote, siendo nombrado titular de esta asignatura el Profesor Mariano Alcocer.

El 24 de noviembre del mismo año, José Blengio, a la sazón Comandante Militar de Perote, ordena la salida de 18 Cadetes, que "voluntariamente" pasan en calidad de primeros y segundos aspirantes a la Marina Nacional. Se dirigen, con pasaporte militar, a Tlacotalpan.

El 14 de enero de 1825, llegan los caballeros Cadetes a Tlacotalpan, al mando del Capitán de Infantería de Marina Don Miguel de Medina. Por cierto que es quizá, la primera vez que en alguna relación histórica podemos hallar la designación de "La Infantería de Marina".

El 3 de noviembre de 1825, salen de Tlacotalpan con destino a Acapulco, 9 aspirantes a la Marina con el fin de embarcarse para la iniciación de sus servicios a la Nación, en el barco "Congreso Mexicano".

Fecha trascendental para las cuestiones del Mar, es el 19 de enero de 1854, cuando Antonio López de Santa Anna, dicta el Decreto que establece la "Creación de la Marina de Guerra Nacional".

Por cierto que en lo que trata de la formación de los futuros oficiales, en el artículo 8 del propio Decreto, deja asentado:

"En el Colegio Militar se admitirán 20 alumnos, precisamente aclimatados en las costas, destinados al servicio de la Marina. Estos harán sus estudios en esta forma: en el primer año estudiarán el primer curso de matemáticas, idioma francés, dibujo lineal y de cartas; en el segundo, el segundo curso de esa ciencia e idioma inglés, continuando el mismo dibujo; en el tercero estudiarán mecánica, óptica, electricidad, principios de geografía, cosmografía e inglés. Concluidos estos estudios pasarán a bordo de los buques de guerra nacionales para hacer el aprendizaje del pilotaje y marinería en clase de primeros aspirantes. Los haberes de estos alumnos serán los mismos que los del Colegio Militar y vestirán el uniforme de segundos aspirantes, con capona y cordones".

El 28 de diciembre de 1854, Santa Anna, satisfecho con los resultados obtenidos en la experiencia, apenas lograda de los 20 Cadetes en el Colegio Militar, dispone el establecimiento de una Escuela Náutica, en Isla del Carmen, Campeche, "para la enseñanza de la juventud que se destine al servicio de la Marina Nacional".

En octubre de 1861, el Colegio Militar, contando con 18 aspirantes al servicio de la Marina de Guerra, es instalado por disposición del Presidente Benito Juárez, en el ex-Convento de San Fernando en la ciudad de México, bajo el nombre de "Escuela Militar de Infantería y Caballería".

Hacia fines del año referido, se abandona el nuevo nombre y al volverse a incluir el estudio de los Guardia Marinas para dotar a los buques de guerra, se reinstala de

nueva cuenta en el Castillo de Chapultepec y ostenta otra vez el nombre de Colegio Militar.

Tras la intervención francesa y el fugaz reinado de Maximiliano de Habsburgo, por decreto del Presidente Benito Juárez, se reinstala en 1867 el Colegio Militar, con la misma estructura, es decir, se sigue contemplando la formación de los oficiales para la Marina de Guerra.

Dos años después del ingreso de Azueta al Colegio Militar, se establece la cátedra de "mecánica aplicada a la navegación" que aumenta considerablemente el acervo de conocimientos navales de los Cadetes destinados al servicio de la Marina.

Hemos dicho de las inquietudes juveniles de Azueta en todo lo que tiene relación con la preparación específicamente profesional de los futuros oficiales de la Marina, de esta manera las cosas, podemos señalar que sus meditaciones primero y después sus expresiones y señalamientos ante compañeros, amigos y superiores, coincidieron y basados en el estudio y la investigación de la figura de Azueta, coadyuvaron de alguna forma en la configuración de la Escuela Naval Militar.

Es dable aseverar que sus experiencias de Jalapa, durante el año de 1879, su trato con los educadores e innovadores de la educación, señalaron en su vida el surgimiento de una fundamentada intención, sostenida durante toda su existencia, en relación al perfeccionamiento de las disciplinas propias a la Marina de Guerra.

Con su humor blanco de adolescente, Azueta decía repetidas veces a las jovencitas amigas suyas de Jalapa, así como a las que trataba en la Quinta Elena, en la ciudad de México: "sí, estoy embarcado en Chapultepec".

¡Era ya la tierna, pero firme resolución de sumarse a una esfera de cambio en provecho del país, mejorando la instrucción naval militar, dándole el rango y el sitio que merecía!

Sus aspiraciones legitimadas por el estudio, la observación y el constante marchar -con férrea disciplina- por las brechas del conocimiento, se ven cristalizadas cuando, un distinguido militar, a quien Azueta conoció y

trató estrechamente, gracias a su relación con el General Julián Cerda, dirige un proyecto al Presidente Porfirio Díaz en que propone la creación de la Escuela Naval Militar; esto ocurre el 19 de abril de 1897.

Y el 21 de abril, Porfirio Díaz aprueba la iniciativa, expidiendo, el 23 de abril de 1897, el Decreto que establece en Veracruz "un plantel en que se impartirá la instrucción científica, militar y accesoria, a los jóvenes que se dediquen a las carreras de oficiales de guerra y maquinistas de la Armada Nacional, el que se denominará Escuela Naval Militar".

Manuel Azueta regresa a fines de 1879 a Chapultepec, totalmente repuesto de su afección bronquial y escribe a su madre radicada en Pueblo Viejo: "Hoy regresé de Jalapa totalmente curado de las "calenturas" que mi salud quebrantaron durante mucho tiempo. Que bueno que pasaron los días de cama, cuando sentía muchos dolores y me sentía tan débil que no podía hacer nada. Quiero que sepas que le manda muchos saludos el señor Huesca y lo mismo Doña Idalia. Me trataron siempre como si fueras tú misma. Estoy lleno de orgullo por oír hablar de mi padre con tanta admiración y respetuosa actitud, no sólo por el señor Huesca, que dice que lo conoció en Panuco, sino por muchas otras personas, entre los profesores de aquí que me han hablado también de cosas que llenan mi alma de asuntos grandes. Lo que siento de veras es que he engordado bastante y el uniforme que me acabo de poner apenas me cupo. Me hicieron algunas burlas en la revista, pero todas de amigos a quienes quiero y estimo. Me llevo muy bien con todos y creo que el que me hayas mandado al Colegio, es lo mejor que pudo pasar. En cuanto pueda disponer de vacaciones o algunos días francos quiero ir a verte. Extraño mucho a mis hermanas y a ti también. Ya te dejo porque ahora necesito estudiar y hacer todo doble. Quiero distinguirme de verdad; por mi padre a quien nunca olvido y parece que siempre está conmigo, por ti a quien quiero mucho y por mí que no voy a fallar..."

Tu Cadete Manuel Azueta.

El 29 de junio de 1880, Manuel Azueta ya firma un documento, ostentando el grado de Sargento Segundo del Cuerpo de Cadetes, como es el caso de esta solicitud que dirige al Secretario de Guerra y Marina: "Manuel Azueta, Sargento Segundo de la Primera Compañía de alumnos del Colegio Militar, ante usted, respetuosamente y por los conductos de ordenanza expone: que teniendo necesidad de pasar a México a arreglar un negocio de importancia con persona próxima a salir de esa capital, a usted suplica, C. Secretario, se sirva librar sus órdenes para que se me concedan 24 horas, veinticuatro horas, salir franco de este Establecimiento, en lo que recibirá especial gracia. Tacubaya, 29 de junio de 1880".

El permiso se le concede en comunicación firmada por el Coronel del Cuerpo de Ingenieros Manuel Quintana, Director del Colegio Militar:

"En virtud de lo que expone el interesado y en atención a su buena conducta, no hay inconveniente por parte de esta Dirección en que se le conceda el permiso que solicita, si la superioridad lo tiene a bien".

Su ascenso a Sargento Segundo, data del 6 de abril de 1880. Hasta ese día Manuel Azueta figuraba como Cabo de la Primera Compañía. Se le informa de su ascenso por medio de un documento firmado por el Capitán Juan N. Duran, Comándante de la señalada Primera Compañía, en el que se alude a "su buena conducta y honradez en su proceder" y más adelante asienta: "Manuel Azueta, Cabo de la Primera Compañía, atendiendo a su aplicación, estudio y demás circunstancias necesarias, con arreglo a lo dispuesto en el Tratado Segundo, Título veinticuatro, artículo 11 de la Ordenanza General del Ejército y a la contenida en el Reglamento particular del Establecimiento".

Azueta substituyó como Sargento Segundo de la Primera Compañía al Cadete del mismo grado, Rafael Cuéllar, quien pasó a servir en la Tercera Compañía. Cuéllar fue amigo cercano de Azueta en esos años y con frecuencia lo acompañaba los días francos a la Quinta Elena o, bien, en los

ciudadinos recorridos dominicales por las avenidas, plazas, cafés y demás sitios de interés para ambos jóvenes.

Cierta ocasión fueron invitados a dar un paseo campestre al lado del río, muy cerca de Popotla, en compañía de dos jóvenes dieciochoañeras; Martha y Patricia Eugenia Schinder. En el grupo iban asimismo varios colegiales y Don Ildefonso Schinder, recientemente enviudado.

El elegante carruaje quedó como a trescientos metros del pequeño río, que por entonces existía en esos terrenos; fueron conducidos a su vera, grandes canastos conteniendo variada y exquisita provisión de alimentos y bebidas, ya que el buen señor Schinder, acaudalado Suizo propietario de varias joyerías en la capital, era dado a los placeres de la buena y generosa mesa.

Ya instalados junto al río, bajo la sombra enorme de un gigantesco sauce "llorón", salieron a la luz los avíos de pesca, dotados de anzuelos a los que se les sujetaron diversas carnadas. En ese sitio el río sufría una desviación que, aprovechando una depresión del terreno, había originado una pequeñísima laguna natural. Por espacio de una hora más o menos, el señor Schinder y los dos jóvenes colegiales, trataron de hacer que los peces "picaran" sin resultado alguno.

Martha Schinder, rubia muchacha de 19 años, fastidiada ya por la operación por completo frustrada, se acercó a Azueta diciéndole: "creo que si alguno de ustedes fuera buen nadador podría sacar los peces con la mano". Acto seguido el joven cadete, ocultándose entre el follaje del lado opuesto, a donde se encontraba el grupo, se despojó de su ropa y con la agilidad de quien desde muy pequeño ejercitaba la natación y el buceo en el Pánuco y la laguna de Pueblo Viejo, se lanzó de clavado a las aguas, perdiéndose en su profundidad, para salir regularmente a la superficie a respirar.

Armado de un esbelto cuchillo, Azueta aparecía sonriente para luego sumergirse en la pequeña laguna, ante la expectación de sus amigos y la contemplación extasiada de Martha.

Por fin, de repente, dando gritos regocijados, mostró un pez atravesado de lado a lado por el filoso cuchillo. Después de esa ocasión siguió frecuentando a Martha Schinder que, presumiblemente, fue la primera mujer en capturar los sentimientos de Manuel Azueta en su temprana juventud.

Por esas fechas escribía a su madre: "Tengo mucho contento por conocer a una señorita que se llama Martha y que creo que la estoy queriendo como ella me quiere a mí. El domingo pasado fuimos de paseo a Popotla con su padre que es joyero de la capital. Fueron su hermana Patricia y otros amigos suyos que no fueron de mi especial afecto; también Cuellar fué. Me lancé al agua y con un cuchillo de muy buena punta y filo saqué un pez, lo que casi no quería creer Martha si no lo hubiera visto con sus propios ojos.

Su padre y los dos amigos de ellos, estuvieron largo rato queriendo vanamente pescar en la lagunita que está junto al río. Me acordé cuando era chico allá en la casa ¿te acordarás cuántas veces te llevé pescado y jaibas sacadas con mis propias manos de la laguna? Cuellar es muy amigo mío, hemos hecho una amistad verdadera. Pensamos casi igual y en todo nos ayudamos".

En páginas anteriores nos hemos referido a la afición que por los libros animaba a Azueta y hemos expuesto su admiración a Napoleón Bonaparte, que lo indujo a dar lectura a cuantas obras relativas al Gran Corso había en la biblioteca del Colegio Militar.

Pues bien, cierta ocasión, se le presentó una peregrina oportunidad. En una librería cercana al Zócalo de la ciudad de México, encontró un libro relativo a Napoleón; bellamente impreso en magnífico papel y cubierto con unas elegantes pastas de becerro rojo con letras doradas. Preguntó el precio y se cercioró que no alcanzaba a cubrirlo. Regresó a Chapultepec pensando en el libro y después de la cena del lunes, encontró un libro de texto de inglés, que no tenía ningún nombre que identificara al dueño. Preguntó a sus compañeros y nadie le dio razón; lo dejó en una cómoda del comedor olvidándose de que existía.

Al día siguiente lo vio en el mismo lugar y no resistió la tentación de tomarlo de nuevo y de acuerdo con el cadete Mondragón, el domingo siguiente lo entregó en prenda, acompañado de algún dinero, a cambio del deseado libro sobre Napoleón. Su intención manifiesta, era dejar el texto de inglés en la librería, para más tarde recuperarlo y quizá dejarlo displicentemente en la misma cómoda del comedor, sin embargo los acontecimientos no lo favorecieron.

Reproducimos aquí, el acta que se levantó y que da cuenta de este incidente en el que participaron dos adolescentes, llevado el primero por su ansiedad de conocimientos sobre un tema que lo subyugaba y el segundo por su amistosa lealtad hacia Azueta.

“ACTA DE LA JUNTA GUBERNATIVA DEL COLEGIO MILITAR”

En el Colegio Militar a 2 de julio de 1880, reunida la Junta Gubernativa, conforme a Reglamento, presidida por el C. Coronel Director, Manuel Quintana, se leyó el parte que dio a la Dirección, el C. Subdirector, en el que transcribe el que recibió del C. Capitán de la Primera Compañía, en el que da parte de que el Sargento Segundo Manuel Azueta Perillos, enagenó un libro de texto de la clase de idioma inglés, el cual pertenece al Sargento Segundo Manuel Lira Arroyo, quien lo extravió.

El C. Coronel Subdirector, expuso que habiendo hecho las averiguaciones correspondientes en aclaración de los hechos que se refieren, consta que el Sargento Segundo Manuel Azueta, ha cometido la falta de disponer de un objeto que no le pertenece y de no haber dado el parte a quien corresponde. El C. Coronel Director dispuso que compareciera el Sargento Segundo acusado Manuel Azueta a quien le interrogó respecto de la procedencia del libro y demás pormenores, a lo que este contestó: que el libro se lo entregó el alumno Mondragón, quien lo encontró en el comedor. Que preguntó Azueta al salir de quien era y ninguno le dio razón. Lo guardó en la cómoda de la clase de topografía que tiene cristales, quedando por consiguiente a la vista. Que después encargó a Mondragón que lo enajenara.

Se llamó en seguida a Mondragón y a Lira Arroyo. Declaró el primero lo mismo que refirió Azueta. El segundo justificó su propiedad.

El C. Coronel Subdirector expresó que el castigo por la falta cometida debería ser el de la suspensión por dos meses. Firma el acta el señor Jesús Monterde, Secretario de la Junta Gubernativa”.

Esta fue la única acta por faltas, levantada a Manuel Azueta en su larga carrera al servicio de las armas nacionales.

El incidente, que motivó el levantamiento del acta, así como el castigo correspondiente, más bien se encuadran en el impetuoso impulso de un adolescente, altamente motivado por el estudio, que pretendía valerse unos días del recurso que el libro de texto representaba, que la deliberada acción de dañar.

El Castillo de Chapultepec, en los años en que cursó su carrera Manuel Azueta, era un vetusto edificio que manteniendo la secular estructura colonial que le dio el Virrey de Gálvez -su constructor- mostraba los decorados internos y externos, así como las nuevas dependencias y agregados que le fueron impresos durante la estancia tristemente célebre de Maximiliano y Carlota.

Al tiempo que era recinto del Colegio Militar que ocupaba determinadas alas y secciones, servía de residencia oficial del Presidente de la República, Porfirio Díaz. Muchas ocasiones contempló el Cadete Azueta la figura de Díaz, que por esos años, conservaba todo el brío del que fuera héroe de “La Carbonera”.

Porfirio Díaz, de gran bigote negro, piel ligeramente cobriza, andar seguro y erguido, representaba, además de lo inherente a su alta investidura, el nexa con los batalladores que al lado de Juárez, como sus brazos armados, expulsaron a los franceses, barrieron con el absurdo II Imperio y restauraron la República en el año de 1867.

La hoja de servicios del joven Azueta, hasta el 30 de noviembre de 1880, expresa:

“COLEGIO MILITAR”

Hoja de servicios del Sargento Segundo Manuel Azueta, Edad: 19 años. Natural de Pueblo Viejo, en el Estado de Veracruz. Su estado: Soltero. Sus servicios y circunstancias, los que a continuación se expresan:

FECHA EN QUE OBTUVO LOS EMPLEOS Y TIEMPO EN QUE HA SERVIDO EN CADA UNO:

MESES	AÑOS	EMPLEOS	AÑOS	MESES	DIAS
Enero	1878	Alumno	1	11	3
Diciembre	1879	Cabo	1	3	22
Marzo	1880	Sargento 2o.	1	8	22

CUERPOS DONDE HA SERVIDO:

En el Colegio Militar desde el 5 de enero de 1878 hasta la fecha en que se cierra esta hoja.

NOTAS:

VALOR: Se le supone

CAPACIDAD: Buena

APLICACIÓN: Buena”.

En un documento fechado el 18 de marzo de 1881, en Tacubaya y firmado por el Director del Colegio Militar, General de División Sóstenes Rocha, que substituyó en el mando al Coronel de Ingenieros Manuel Quintana, se expone al Secretario de Guerra y Marina, la propuesta para ascender al grado de Sargento Primero al Sargento Segundo Manuel Azueta, en substitución del C. Joaquín Mier.

De esta manera Manuel Azueta siguió sirviendo en la Primera Compañía con grado de Sargento Primero, siendo su superior el Capitán del Cuerpo de Alumnos del Colegio Militar, C. Juan Duran.

El 7 de diciembre de 1881 obtiene licencia de la dirección del plantel para disfrutar del período anual de vacaciones. Es así como pasa una temporada en Pueblo Viejo, en compañía de su madre y hermanas.

Esas vacaciones las emplea en distracciones tales como pescar y nadar en las aguas del Pánuco o en la laguna de Pueblo Viejo; recuerda al buen Cura "Tacho", ya fallecido entonces, sus paseos a la vera del río y sus prácticas infantiles con los "papalotes".

Durante esas fechas visita en Pánuco a Don Desiderio Pavón Hernández, el aguerrido General que se distinguiera en la organización de la defensa de Tampico contra las fuerzas napoleónicas, mismo que fue amigo y compañero de armas de su padre.

El General Pavón, entonces de 65 años de edad, recibe complacido la visita del Sargento Primero Manuel Azueta, quien lo saluda militarmente, portando el uniforme de gala del Colegio Militar. Lo acompaña su madre Doña Lina.

Se sirve café y el General invita a los Azueta a tomar asiento, en la breve terraza fronteriza a la casa típicamente veracruzana de la región norte; así se inicia una larga conversación en la que el cadete revive todos los acontecimientos que de manera tan elocuente ha admirado durante su vida.

Don Desiderio vuelve a relatar, ahora a un Sargento Primero del Cuerpo de Cadetes del Colegio Militar, todos los hechos, acciones, combates y escaramuzas referentes a los días del año de 1862 en que Azuela nace. El viejo militar evoca la memoria del Coronel Manuel F. Azueta y narra los pasajes de su vida de soldado juarista.

Ciertamente este reencuentro con su origen, reafirma en el alma de Azueta sus íntimas y más profundas convicciones, al tiempo que lo incita a la continuación de su carrera en base a las experiencias que hasta ese momento ha podido reunir.

Esa ocasión habla con el General Pavón de sus inquietudes en torno a la carrera de Marino de Guerra y le informa sobre los cambios y proyectos que en el Colegio Militar se gestan, en el sentido de dar rango y fortaleza a los cuadros de la Marina de Guerra.

Muy especialmente le dice acerca de los rumores que en la capital circulan, en esferas allegadas a la Secretaría de Guerra y Marina, que tienen que ver con la compra de buques de guerra, el proyecto de especificar la carrera naval militar y la posibilidad de que los Cadetes Marinos mexicanos pudieran hacer sus prácticas a bordo de los buques.

El General Pavón, de clara inteligencia natural y eminentemente perceptivo, coincide en todo lo fundamental con Azueta, a quien felicita por sus propósitos expresándole que efectivamente el mismo contempla la proximidad de tiempos en que la Marina de Guerra mexicana pudiera cobrar verdadera importancia.

“Siempre nos han agarrado desprevenidos, impreparados y desarmados” manifiesta Pavón, en medio de sus reflexiones acerca de la historia militar de México, sus tropiezos, sus mutilaciones y las asechanzas internacionales que de manera permanente ha padecido”.

Aquí encuentra Azueta la respuesta a muchas preguntas.

¡Sabe que no está equivocado y se emociona al participar en una etapa de cambio que de alguna manera él está impulsando con su pensamiento cerca del mando en la capital!

Es claro su aserto de que el país requiere una fuerza protectora mediante el fortalecimiento de su fuerza guerrera. Nítidamente el joven Sargento contempla los pasajes oscuros de nuestra historia a partir de la Independencia.

En su mente se repite como un campaneo interminable la triste relación:

1847 y la mutilación de nuestro territorio, con todos los pasajes contrarios a México durante la época santanista; “las ranas pidiendo rey” y su culminación en la invasión de México por parte del Ejército de Napoleón III... el 5 de mayo, el II Imperio y el triunfo.

¡Por fin! de las armas republicanas.

Hasta ese momento Azueta es un Marino en potencia solamente, ya que no conoce todavía la experiencia de estar embarcado en un buque artillado. Podemos apreciar esos años como de enjundiosa espera; en tanto aguarda el día tan ansiado, se prepara, estudiando sus materias en el Colegio Militar, así como a través de pláticas conferenciales, intercambios de ideas y manifestación en círculos oficiales de su pensamiento respecto al futuro de la Marina de Guerra y el perfeccionamiento y mejoramiento de los elementos propios a las características de los aspectos navales militares.

Desiderio Pavón, fue un hombre conocedor de la construcción de embarcaciones, ya que siempre vivió al lado del mar y en un punto tan progresista como Tampico. Por ello supo entender los proyectos del Sargento Azueta en lo que trataba de la necesidad de instalar modernos astilleros capaces de fabricar buques artillados para la Armada Nacional.

El Sargento Azueta participaba entonces en la corriente manifiesta por lograr una subdivisión de fuerzas, a partir de la instalación de una Escuela Naval Militar. Esta corriente encabezada por el Brigadier José María de la Vega, que ocupó el cargo de Jefe del Departamento de Marina, tuvo su cristalización el 10. de julio de 1897, al inaugurarse la Escuela Naval Militar en el puerto de Veracruz, siendo su primer Director el Capitán de Navío Manuel E. Izaguirre.

Años más tarde, correspondería al propio Manuel Azueta el honor de ocupar la Dirección, en repetidas ocasiones, de la Escuela Naval Militar, para cuya fundación él participó, aportando sus ideas o aún, como simple propagandista en los círculos enterados.

Merecida y justificadamente alcanzó ese honor; tener el mando en la Escuela. El destino lo pondría en 1914 frente a la disyuntiva de actuar o esperar y bien conocida fue su valerosa e inmediata decisión. ¡La Patria está en peligro... a las armas!

Poco menos de 50 alumnos integraron el pie veterano de la Escuela Naval en 1897 entre ellos se puede contar a dos Izaguirre, Luis y Rafael, así como a José Rodríguez

Malpica; todos estos apellidos impresos para siempre en la historia de la Marina de Guerra Mexicana.

A su regreso a la ciudad de México Azueta encuentra en su casillero, dentro de un sobre lacrado y ostentado el Escudo nacional, resguardado por una fajilla que decía: Secretaría de Estado y del Despacho de Guerra y Marina" ...su Despacho como Subteniente del Cuerpo de Cadetes del Colegio Militar.

Un documento de la época, fechado el 7 de diciembre de 1881 y firmado por el General Sostenes Rocha, Director del Colegio Militar, dice a la letra:

"Expídanse Despachos de Subtenientes a los alumnos del Colegio Militar, a favor de los individuos siguientes":

A los Sargentos Primeros:

Manuel azueta
Rafael Cuellar
Carlos Dunclant
Alberto González
Luis Salgado
Eduardo Gortari
Luis Palacios
Cosme M. Salgado
José Legorreta
Rafael Dávila
Ignacio de la Barra

De Subtenientes de Artillería
Permanentes

Carlos Benítez
Enrique Gortari
Juan Valdez
Joaquín Orihuela

De Subtenientes de Artillería
Permanentes:

Eduardo Paredes
José Bocanegra
Agustín Villalobos
Alberto Gortari
Luis Gil
José Canalizo
Rodolfo Franco

Y aquí, el Despacho -copia fiel- de Manuel Azueta:
Dos timbres cancelados, con sello que dice:

Secretaría de Guerra y Marina. México, diciembre de 1881. Un sello que dice Administración Principal de la Renta del Timbre del Distrito Federal. República Mexicana. Las Armas de la Nación. "Manuel González, Presidente Constitucional de los Estados Unidos Mexicanos: En atención al mérito y aptitud del C. Manuel Azueta Perillos, Sargento Primero de Alumnos del Colegio Militar, le confiero el empleo de Subteniente alumno del mismo Establecimiento.

En cuya virtud la autoridad militar a quien tocare, dispondrá que se ponga en posesión de este empleo, haciendo que le guarden las consideraciones que le correspondan con arreglo a las leyes y que sus subalternos merezcan las órdenes, que en asuntos del servicio les daré por escrito o de palabra. El Jefe de Hacienda respectivo dará asimismo las suyas para que tomando razón de este Despacho, en las oficinas que está prevenido, se le forme el asiento del sueldo de \$ 55.00 mensuales, asignado a dicho empleo con arreglo a la Ley de 28 de junio último, que gozará desde el día que tome posesión de este empleo, conforme a lo dispuesto en circular de 24 de agosto de 1842.

Dado en el Palacio de Gobierno Nacional, en México, a 7 de diciembre de 1881. Sexagésimo primero de la Independencia y sexagésimo de la Libertad".

El ya Subteniente Azueta continuó sus estudios en el Colegio Militar, poniendo especial énfasis en lo que tiene relación a las cuestiones de la navegación de buques de guerra y la artillería naval.

La hoja de servicios, hasta el 30 de octubre de 1882, señala 4 años, 1 mes y 23 días en el servicio al Colegio Militar. Su edad entonces: 20 años.

En cuanto al tiempo de servicios, la hoja mencionada establece: Expedición de su Despacho como Sargento Primero, en marzo de 1881, sirviendo en este grado 1 año, 8 meses y 19 días.

En octubre de 1881 su Despacho de Subteniente alumno, sirviendo con este grado 1 año, 11 meses y 23 días.

En la parte del documento referente a "campanas y acciones en que se ha hallado y servicios meritorios que ha contraído" se puede advertir:

PREMIOS QUE HA OBTENIDO	Historia, Primer año. Noviembre de 1878.
DIBUJO NATURAL	Obtuvo Diploma. 20 de Noviembre de 1879.
DIBUJO DE PAISAJE: PILOTAJE Y ASTRONOMÍA NÁUTICA:	Diploma. 20 de Noviembre de 1879. Mención Honorífica 28 de Octubre de 1881.
MECÁNICA APLICADA A LAS MAQUINAS DE VAPOR: ARTILLERÍA CIENTÍFICA	Diploma. 14 de de Octubre de 1881. Diploma. 20 de Noviembre de 1882.

Ese mismo año, pocos días después del levantamiento de esta hoja de servicios, Azueta se halla, jubiloso, en el terreno que siempre quiso pisar; adentrado en la vereda vital que buscó desde niño.

¡Recibe Despacho de Guardia Marina!

En oficio firmado por Miguel Monasterio, el 28 de noviembre de 1882, se expone: "Dispone el C. Ministro de Guerra y Marina, que al Subteniente Alumno Manuel Azueta y a los alumnos del Colegio Militar Arturo Schafer, Godofredo Sarbide y Francisco Alarcón, se les expidan Despachos de Guardia Marinas por esa sección, con fecha 17 del presente y con el haber mensual a cada uno de \$ 50.00 que a dichas plazas señala la partida 11852 del presupuesto vigente.

En el concepto de que los interesados deberán recibir sus Patentes el día de los premios del citado Colegio. Lo que comunico a usted para los efectos expresados".

El día 8 de diciembre de 1882, Manuel Azueta concluye sus estudios en el Colegio Militar, después de 5 años de dedicación y aplicada intención en todas las disciplinas.

Ostentando el grado de Guardia Marina, obtiene de la dirección del Establecimiento, licencia por dos meses, con goce de sueldo, para dirigirse a su natal Pueblo Viejo, donde se reproducen las escenas de sus charlas con el viejo General Pavón, sus paseos, los ejercicios de natación y la cariñosa atención a su querida madre Doña Lina Perillos Viuda de Azueta.

¡Es... el fin del principio!

CAPITULO III

EL MODERNO ARGONAUTA

1883

Manuel Azueta, concluidos sus estudios en el Colegio Militar, merece la gran oportunidad de su joven existencia al ser nombrado, al lado de sus compañeros Guardia Marinas, para continuar sus estudios navales en España, en calidad de Guardia Marina mexicano en curso de instrucción en el extranjero.

Sus reclamos tantas veces emergidos de su conciencia, siempre aguda y pertinaz, veían ahora, muy cerca el objetivo perseguido, que durante tanto tiempo fue incitación y llamado.

¡Se embarcaría y navegaría por los mares del mundo!

El 29 de marzo de 1883, Don Miguel Monasterio, en un oficio que exhibe el sello de la Secretaría de Estado y del Despacho de Guerra y Marina, expone:

“Dispone el C. Ministro que la sección respectiva libre las órdenes correspondientes para que la Tesorería General suministre a los Guardia Marinas, Manuel Azueta, Arturo Schafer, Godofredo Sarbide y Francisco Alarcón, pagos anticipados de sus empleos a cada uno, o sea los que les corresponden en los meses de abril, mayo y junio próximos, con cargo a la partida del Presupuesto vigente, a fin de que puedan marchar a España a continuar sus estudios.”

El 7 de abril del mismo año, Manuel Azueta firma un recibo que dice: “Recibí del señor Secretario la cantidad de \$ 252.00, valor del pasaje y gasto de viaje para España”.

A fines de este mismo mes, Azueta y sus compañeros Guardia Marinas abordan en Veracruz un vapor que los llevaría al viejo Continente.

El 1o. de mayo del año referido, José Ortiz Monasterio, a la sazón Jefe del Departamento de la Armada Nacional, en oficio de la Sección Tercera y con número 14243, expresa: “que con ésa se libra orden para que desde el mes de

julio, de ese año, se sitúen en Madrid, por trimestres adelantados, a la orden del Ministro Plenipotenciaria de México, los haberes que corresponden al Guardia Marina Manuel Azueta.

Ya para el mes de julio se halla recibiendo los cursos en la Armada Española, como lo revela un comunicado fechado el día 30, en Cádiz, firmado por el Cónsul General de la República de México en ese lugar, que contiene una "recomendación de la aplicación y buen comportamiento del Guardia Marina Manuel Azueta, en la Armada Española".

Esos años en que transcurrió su carrera naval de ultramar, fueron fechas trascendentales para el desenvolvimiento de Europa entera, basta dar una revisión, aunque sea muy parcial, a los panoramas que se ofrecían entonces para cerciorarnos de la riqueza de fenómenos, de cambios sociales y políticos, de acciones tremendas y otras sublimes, que en conjunto revelan los síntomas de un mundo que se eclipsaba para dar lugar a otro que emergía potente, moderno, devastador y constructor, pleno de creatividad y auxiliado en gran forma por la tecnología científica en esos momentos creciente y con caudales de pujanza e imaginación productiva.

De entre las grandes figuras de la época, que integraban la pléyade de personajes mundiales en los años que pasó en Europa el Subteniente Manuel Azueta, destacaba sin duda alguna, el llamado Canciller de Hierro Otto Von Bismarck, que desde el año de 1871 había creado "a sangre y hierro" el Imperio Alemán, puesto en manos de Guillermo I, hasta entonces sólo Rey de Prusia y cuya cabeza coronada con la tiara imperial, significaba la unión estrecha de Wurtemberg, Baviera, Badén y el Gran Ducado de Hesse a los Estados del Norte.

Esta confederación de Estados alemanes que lograron, por la tenacidad inflexible de Bismarck, dar pábulo al Imperio de Guillermo I, que ya para entonces tenía 73 años, pareció ser el cumplimiento del visionario pronóstico de Napoleón I, que dejó escrito en Santa Elena: "La unión de los Estados alemanes llegará más tarde o más temprano, por la

fuerza de las cosas... Si el cielo me hubiera hecho nacer príncipe alemán, hubiera gobernado infaliblemente a los 30 millones de alemanes... Después de mi muerte, no habrá en Europa otro gran equilibrio posible que la unión y la confederación de los grandes pueblos”.

1883 ofrece, en Europa, el reinado de la Reina Victoria en Inglaterra, de Francisco José en Austria-Hungría; Francia era una República, que se instituyó después de la caída de Napoleón III -de desagradables recuerdos para México-; en Rusia gobernaba el Zar Alejandro III.

Durante la estancia del Subteniente Azueta en Europa, ocurren cosas importantes en el desarrollo de la política europea y mundial, de las cuales anotaremos las más relevantes, con la intención de situar la circunstancia histórica del momento.

El "Post" de Berlín el 10. de febrero de 1887, publicó un artículo sensacionalista titulado "Bajo el filo del Cuchillo", diciendo que el General Boulanger, entonces Ministro de Guerra de la República de Francia, preparaba a toda prisa sus armas para la invasión de Alemania, habiendo corrido el rumor de que el Mariscal Bismarck había pedido al Landtag -Parlamento- un crédito de guerra de 300 millones de marcos, las bolsas de París y de Berlín tuvieron un momento de verdadero pánico.

Poco después, en marzo de 1887, la prensa europea toda, daba cuenta del noventa aniversario de Guillermo I, Emperador de Alemania, y de los colosales festejos que con tal motivo tuvieron lugar en Berlín y demás ciudades importantes de Alemania.

Por esos tiempos, Francia convertida en República, es vista con desasosiego por las monarquías del Este europeo. Síntoma de esto es la célebre reunión del joven Zar Alejandro III con el Emperador de Alemania.

El 9 de marzo de 1887, muere el Emperador alemán y el Canciller Bismarck dirige su voz al Parlamento para exclamar... ¡Señores... que la heroica valentía, el elevado sentimiento del honor nacional y, ante todo el cumplimiento

leal, laborioso, del deber al servicio del país y el amor a la Patria, encarnados en nuestro difunto monarca, sean para nuestra Nación la herencia imperecedera que nos deje el Emperador que acaba de abandonarnos!

Más tarde Bismarck se sienta y oculta la cabeza entre sus manos. El Canciller de Hierro llora.

En menos de noventa días se suceden tres Emperadores en Alemania, que cada día parece crecer en su potencia militar y económica.

A la muerte del anciano Emperador, asciende al trono el Kronzprinz -Príncipe heredero- Federico Guillermo, quien fue un hombre culto, inteligente, amante de las ciencias y las artes; buen Comandante del Ejército Alemán, que dirigió de 1866 a 1870, teniendo como Jefe del Estado Mayor al brillante General Blumenthal.

Fue coronado cuando tenía 55 años de edad.

En junio de 1887, Londres celebra con gran pompa y la asistencia de todas las cabezas coronadas de Europa, el jubileo de la anciana Reina Victoria, suegra de Federico Guillermo.

El 15 de junio, sacudido por fuertes accesos de tos, fallece "el rey noble", como lo llamó su pueblo. Asciende al trono de Alemania, con el nombre de Guillermo II, su hijo, cuando contaba con 29 años de edad.

Este hombre "Kayser" de Alemania, cree en un Dios alemán, que sólo a los alemanes eligió como la raza superior, llamada a la conquista del mundo entero.

El desata años más tarde la Primera Guerra Mundial y es el antecedente directo de las teorías de predominio universal y de la "raza aria", que inspiraron, a partir de la década de los treinta de este siglo a Adolfo Hitler.

Al mismo tiempo que estas cosas ocurrían, los adelantos en la maquinaria de guerra se hacían patentes, cada vez con perfiles más sofisticados y destructores.

En el aspecto de los asuntos navales militares, los alemanes, bajo el Imperio del envanecido y déspota -campeón del nacionalismo ofensivo- Guillermo II empiezan a perfeccionar un arma devastadora en los mares: el submarino.

Paralelamente adelantan los trabajos científicos en las fábricas de armas y astilleros de Alemania, Francia, Italia e Inglaterra, de un artefacto explosivo de fuerza asombrosa: el torpedo.

El Subteniente Manuel Azueta, recibiendo su instrucción a bordo de los buques de la Armada española, muy pronto conocería a fondo estas armas de las que llegaría, con el tiempo, a ser un verdadero especialista, merced al aprendizaje en las instalaciones navales de España.

“Navegar por los mares del mundo, conocer y dominar un buque de guerra, visitando los más insólitos rincones del Universo, es lo que pronto tendré para mí”...

Escribiría Azueta a bordo del barco en el que hizo la travesía a España.

El anhelo se cumpliría el 18 de mayo de 1883, fecha en que se embarcó en la fragata “Carmen” de la Real Armada Española. Un documento signado a bordo de la mencionada nave, en el puerto de Cartagena, el 31 de diciembre de 1883, da cuenta de las calificaciones propias al Guardia Marina Manuel Azueta. Cabe hacer mención de los siguientes renglones por la significación de su contenido:

MATEMÁTICAS Y COSMOGRAFÍA:	Bueno
PILOTAJE TEÓRICO Y PRACTICO:	Bueno
MANIOBRA:	Bueno
CONOCIMIENTOS DE MAQUINAS DE VAPOR:	Bueno
IDIOMAS	Traduce el inglés y el francés
VALOR MILITAR	Se le supone
CARÁCTER	Enérgico
CELO Y AMOR AL SERVICIO:	Mucho

En ese primer viaje a bordo de un buque de guerra de bandera española, pudo conocer Cádiz, Málaga y Barcelona, además de Cartagena.

Otra hoja calificatoria de Azueta, firmada a bordo de la mencionada fragata el 31 de marzo de 1884, expresa:

“A bordo de la “Carmen”, en la Mar; el Guardia Marina, M. Azueta de la Armada Mexicana, sigue mereciendo el mismo buen concepto que se consignó en informes anteriores, prometiendo ser un excelente oficial de Marina”...

Y se suceden los partes referentes a sus estupendas aptitudes y dedicación al servicio... “a bordo de la “Carmen”, en la Bahía de Cádiz, 30 de septiembre de 1883: el Guardia Marina de la Armada Mexicana, Manuel Azueta es muy recomendable por su excelente deseo de aumentar sus conocimientos en cuantas ramas son útiles al oficial de Marina; muy celoso en todo servicio tanto militar como marineroy con visible aprovechamiento. Puede esperarse que será un brillante oficial”.

Una tarde de domingo, después de desembarcar de la “Carmen”, paseaba Azueta por las calles de Cartagena, base de operaciones de los cuadros de la Armada Española en lo relativo al aprendizaje de los Guardia Marinas, al igual que “El Ferrol”, cuando encontró a Ismael Pola y Yunta, compañero suyo de embarque en la fragata, quien lo invitó a hacer una visita que muy probablemente “se convertiría en cena”, a no dudarlo por “la simpatía que en aquella casa le dispensaban”.

Se enfilan rumbo al centro de la ciudad y después de trasponer una Plaza bellamente engalanada con tres bellas fuentes de piedra, qué lanzan al aire cálido de esas fechas, refrescantes chorros de agua, llegan a una antañona mansión, de gran portón de madera labrada que ostenta un impresionante escudo heráldico en la fachada, justo en la parte superior del marco del portón.

Pola y Yunta da tres golpes a la aldaba y ambos jóvenes aprovechan el compás de espera en tanto abren, para ajustarse el uniforme y nerviosamente alisarse el cabello.

Los recibe una vieja sirvienta, que sabedora de la estimación que se le prodiga en la casa, al joven Ismael, no vacila en hacerlos pasar a la sala principal, situada al lado derecho de un lindo patio, cuyo piso esta revestido de viejísimas baldosas de cantera, en cuya superficie hay

infinidad de macetas y macetones con flores de todos tipos, colores y formas.

No tarda mucho en aparecer Doña Manuela, la dueña de la casa, quien dando voces de regocijo saluda a Ismael y estrecha la mano de Azueta.

...Conque has venido de tan lejos para estudiar estas cosas del diablo de los barcos y los mares; en fin, hijo, yo que he sufrido tanto por la tragedia de mi marido, si me preguntaran si me volvería a casar, en caso de que él resucitara, no dudando de nada, me volvería a casar, ni hablar con un Marino”.

Exclamó Doña Manuela a Azueta, que no pudo contener una expresión de azoro, así como dos o tres palabras que no alcanzó a escuchar la buena señora.

La realidad del caso era que Doña Manuela casó con Don Joaquín Abad, Capitán de la Marina Mercante, muerto en el naufragio de su barco, en medio Mediterráneo.

“Bueno, nada de cosas tristes, hijos, que les tengo una buena nueva; no tardan en llegar mis dos sobrinas, las hijas de mi hermano Pablo, el de la casa de trajes.

De modo que, nada... se quedan a cenar con nosotras”.

La cena transcurrió alegre, eminentemente festiva, por origen de la animosidad de las dos muchachas; Micaela y Magda, el trato gentil y esmerado de los jóvenes marinos y, sobre todo, por la iniciativa afectuosa y simpática de Doña Manuela.

Pero... falta nombrar a otra personita que hizo su aparición en esa cena en casa de la familia Abad; se trata de Manuela, entonces una niña hermosa y atenta, llena de ternura, de 13 años de edad. Con seguridad, el joven Subteniente Azueta, dedicado a la conversación con las primas, no se imaginó que 4 años más tarde esa linda criatura sería su esposa.

En junio de 1884, Azueta se halla embarcado de nuevo en la fragata “Carmen”. Ese mismo día, su Comandante Capitán José Reguera, informa en un parte dirigido a las autoridades mexicanas: “...incansable en todo lo que sea el cumplimiento de su deber. Muy entusiasta por

su carrera. Es el primero en asistir a todo lo que en el buque sirva para su instrucción. Su comportamiento y buen trato le hacen acreedor al afecto de sus jefes y prometen llegue a ser un distinguido oficial. En la mar”.

Los meses de agosto y septiembre de ese año, Azueta se embarca en la nave señalada anteriormente, para realizar el viaje anual de prácticas en compañía de los Guardia Marinas españoles.

En los llamados “Informes Reservados”, correspondientes al mes de septiembre, expedidos a bordo de la “Carmen” y firmados por el Capitán Don Eduardo Guerra, se establece el aprovechamiento y capacidad -justo es señalarlo en esta obra- de quienes fueron compañeros de Azueta durante su instrucción a bordo de ese buque de guerra español. Sus compañeros Guardia Marinas fueron: Arturo Schafer, Francisco Alarcón, Manuel Trujillo, Daniel Pérez, Miguel Pozo y Francisco Gamón.

Todos sus compañeros son reportados en el Informe con muy estimables calificaciones, como en las asignaturas: Táctica de Artillería, Nociones de Práctica Naval, Conocimientos de Máquinas de Vapor, Maniobras, Pilotaje Teórico y Práctico, Matemáticas, Cosmografía.

No hay una sola materia en la que alguno de estos Guardia Marinas figure con calificaciones siquiera “regular”. En todos los rubros aparece la palabra “bueno” y “mucho”.

Ahora bien, a todas luces Manuel Azueta llevaba delantera en todas las fracciones de la instrucción. En varios documentos su comportamiento y dedicación son calificados por los oficiales españoles de “excelentes”, “brillantes” y “ejemplares”.

En 1885, el Subteniente Azueta termina los cursos de embarque en los buques españoles; han y transcurrido ya los dos años de la instrucción reglamentaria.

Le es posible volver a México a servir ya como Oficial de la Armada Nacional.

De hecho ese es el requerimiento inmediato: volver al país, como lo marca el calendario de las cuestiones docentes en la Secretaría del despacho de Guerra y Marina.

Sin embargo Azueta se las ingenia para quedarse a seguir aprendiendo. Al respecto escribe. "...apenas me doy cuenta de la magnitud de lo que representa la Marina de Guerra".

Su voluntad férrea es convertirse en un argonauta moderno y cumplir al pie de la letra sus objetivos marcados cuando navegaba con destino a España.

Para la conquista de su meta, reflejada en navegar, deseaba reunir todas las horas posibles así como singladuras; en ese afán, el Subteniente Azueta dirige una carta al General Ramón Corona, radicando en Madrid, cuyo texto íntegro reproducimos ahora en esta obra:

Legación de los Estados Unidos Mexicanos en España.

Señor General Don ramón Corona.

8 de febrero de 1885.

Particular.

A bordo, Rada de Santa Pola.

Destino: Madrid.

Mi respetable General:

"Habiendo concluido su tiempo reglamentario de un año de embarco en esta fragata "Carmen", de la Real Armada Española, 18 Guardia Marinas españoles y no teniendo donde embarcarlos supuesto que, como usted sabe, la Escuadra de Instrucción se compone de los barcos la "Victoria" y la "Carmen", su Excelencia ha propuesto a Madrid que dicha promoción sea embarcada muy próximamente para Ultramar con destino a Cuba y Filipinas, siendo aprobada dicha propuesta. Ahora bien, como algunos compañeros españoles no quieren ir porque dicho viaje es siempre voluntario, podría usted, mi General, proponer al señor Ministro de Guerra y Marina, que tendría verdadera satisfacción en prestar mis humildes servicios en Filipinas, haciendo de esta manera más útil nuestra estancia bajo España.

"Creo que no valgo nada, pero cuanto me fuese posible me esmeraría en dejar bien puesto el nombre de México.

México en aquellos lejanos países que pocos muy pocos han pisado.

“Visto dicho viaje bajo el punto de vista científico, es inmenso para personas como nosotros, que venimos ávidos de aprender y distinguirnos”

“Aquellos mares no son como el mediterráneo; constantemente se esta navegando y de cuando en cuando se comprenden ciertas cosas que los libros, por más que nos lo digan, se necesitan circunstancias especiales para comprenderlas, formando el espíritu marinero y desarrollándolo con esos viajes de verdadera instrucción por los mares de China. Así pues, mi General, espero que correspondiendo a la justa petición que estoy seguro no sería mal vista por el Ministro, obtendría usted mi respetuoso y profundo agradecimiento.

“Además, siempre será un lugar menos en esta fragata, pues muy en breve embarcará esta promoción procedente de “El Ferrol”.

“Voy a cumplir dos años de embarco y el más antiguo de las últimas dos promociones embarcadas en estos buques.

“Si usted me manda a Filipinas, cumpliré mi tiempo allá, siempre que el Gobierno lo considere así, efectuando mi regreso a México por el Océano Pacífico y dando de esta manera la vuelta al mundo. No me juzgue de atrevido, mi General, al dirigirme a usted en este sentido, porque sé los lazos de amistad que le unen a nuestro digno Presidente y quedaría por bien hecho.

“En cualquiera disposición de usted, acerca de uno de sus respetuosos subordinados y S. S. Q. S. M. B. Madrid, febrero de 1885.

Guardia Marina de la Armada Nacional.

Manuel Azueta”.

Claramente se demuestra el influjo de su fuerza interna, de su decisión de marchar por los caminos cuesta arriba, en lugar de preferir las veredas en trecho plano; sus palabras expresadas al General Corona, como se puede advertir, están plenas de emoción juvenil y más que eso, de ansiedad por no perder la ocasión propicia para hacerse un

marino de verdad, poseedor de conocimientos suficientes, para igualar o aún superar al mejor oficial de una Armada poderosa.

¡Empiezan los periplos del argonauta moderno!

El día 31 de marzo de 1883, la Secretaría de Guerra y Marina turnaba al Ministro de México en Madrid, un oficio en que se autorizaba al Subteniente Azueta a realizar el citado viaje de instrucción en aguas de Cuba y Filipinas; así quedaba la prueba fehaciente de un gesto noble y alto, dispensado por el General Ramón Corona en beneficio de un joven y brillante Marino con el corazón henchido de amor a su profesión.

El 9 de febrero de 1885, Azueta se embarca en Barcelona en el vapor-correo "Manil" con destino a Filipinas. Ya en esas islas, transborda, por instrucciones de la Armada Española, al buque de guerra "Velasco" de la real flota.

Filipinas abrumba el espíritu de Azueta. Su clima; la exuberante vegetación, la arquitectura de Manila, con sus palacios y mansiones blancas como la nieve contrastando con el verde esmeralda de la naturaleza, sus quioscos y alamedas, pero más que nada y sobre todas las cosas, la gente de Filipinas, de enorme calor humano, devota del arte, amante de las formas bellas y estéticas. El delicado sentido de los filipinos para contemplar la vida, conmueven en grado máximo al Subteniente Azueta, que se mezcla con los grupos de artistas y de pintores y de poetas y escritores.

En Filipinas ocupa sus días francos en visitar a sus ya numerosos amigos, siguiendo su habitual costumbre de no desaprovechar el tiempo y tratar de aprender, de cultivarse, de hallar nuevas y no conocidas sensaciones.

En los tiempos en que Azuela muy brevemente radica en diversos lugares de Filipinas, realiza su acción patriótica, en pro de la Independencia de su Nación, un hombre altamente cultivado; maestro de muchas disciplinas, escritor y notable poeta. Sublime libertador de Filipinas, hecha las bases del arraigo de la nacionalidad.

Por esos días en Filipinas circulan los poemas y las prosas más bellas; se habla del amor a la libertad; del derecho natural a ser libres.

“...somos la propia naturaleza y ella, la naturaleza, nos hizo libres para servirla, para amarla: cantemos al amor, cantemos a la libertad”.

Decía el pueblo, ante la recelosa actitud de los marinos de guerra españoles y la actitud respetuosa de Azueta, que recorría mentalmente los pasajes de la historia de México y se hacía conjeturas.

El hombre símbolo de las nuevas ideas en Filipinas durante esos años, fue José Protasio Rizal y Alonso, quizá el hombre más valeroso que haya producido la raza malaya.

José Rizal fue médico, poeta, lingüista, escritor y político. Pudo haber sido una de las personalidades de mayor relieve en el mundo científico y literario de su tiempo, y hacerse un gran porvenir con su ciencia, su acción fecunda, pero prefirió ser el libertador de Filipinas y convertirse en el símbolo máximo de los anhelos del pueblo.

De ese prodigioso archipiélago, José Rizal es el héroe total. Ciertamente realizó una de las obras de humanismo más puras que podamos encontrar en las legítimas luchas de los pueblos por exigir su derecho a la libertad. Es ejemplo no sólo para los filipinos, sino para las juventudes de todos los Continentes.

José Rizal nació en Calamba, provincia de Laguna, el 19 de junio de 1861.

Poeta nato, ya para los 8 años de edad componía versos de inspiración y corte perfecto.

Atentos a su educación, sus padres, en 1872, lo llevaron a Manila, centro del movimiento cultural filipense y lo matricularon en el Ateneo Municipal, que por esos tiempos dirigían los padres jesuitas.

Se le confirió con honores, el grado de bachiller de artes, cuando apenas tenía 16 años de edad.

Sus impulsos creadores lo llevaron por el campo de la ingeniería, al grado de convertirse años más tarde, en 1876, en Perito Agrimensor.

En un importante certamen literario organizado por el Liceo-Artístico y Literario, logró su primera recompensa de renombre nacional, al recibir la Pluma de Plata, por su trabajo "A la Juventud Filipina".

Su célebre obra, ampliamente difundida en todo el Medio y el Lejano Oriente, "Consejo de los Dioses", mereció el Primer Premio, en 1880, en la conmemoración de la muerte de Don Miguel de Cervantes Saavedra.

En 1882 era Doctor en Derecho y para 1885, Doctor en Medicina.

Un año después publica su notable novela "Noli Me Tangere".

Perseguido entonces en su suelo natal, emigró a Japón, China y los Estados Unidos, viviendo algunos meses en Londres, Inglaterra.

Su vida, más tarde, se vuelve triste hasta llegar a su sacrificio. Poco antes de su muerte, José Rizal escribe su poema "Mi último adiós", cuyas primeras líneas son éstas:

Adiós Patria adorada, región del Sol querida,
perla del Mar de Oriente, nuestro querido Edén,
a darte voy alegre, la triste mustia vida;
si fuera más brillante, más fresca, más florida.
¡También por ti la diera, la diera por tu bien!"

Hoy día se levanta un singular monumento en el centro de Manila a este poeta, escritor, científico y libertador, José Rizal; el monumento es, un verdadero santuario de la Patria filipina.

Así Azueta acumula experiencias en su periplo de instrucción naval militar. Esos años que vive Azueta en su juventud son, de verdad interesantes en el desarrollo de casi todos los pueblos del mundo, por ello las sensaciones de recorrer variados países en esos años formativos, procuran a Azueta un panorama muy general del mundo y de los valores y su apreciación en cuanto al equilibrio de la justicia, la democracia y la libertad.

Filipinas y México durante más de dos siglos estuvieron cercanamente conectados a través del Pacífico, durante la dominación española, hasta llegar 1821, en que

nos independizamos y esos lazos con el pueblo filipino de pronto se rompieron.

Desde 1576 hasta 1815, todo el comercio filipino se encauzaba por México, baste recordar que las islas estaban bajo la jurisdicción del Virrey español de México y de esa forma, la mayoría de los gobernadores españoles en Filipinas procedían de aquí.

Todos estos descubrimientos hacia en sus días francos Azueta, que antes de llegar pensaba encontrar un lugar por completo alejado de lo que él sabía o conocía.

¡En el Mar de Oriente se reencuentra con México!

Azueta se sorprende con los hallazgos que logra a cada paso, al conocer las estrechas ligas que esas islas orientales guardaron durante dos centurias con su Patria. Los galeones de hace siglos unían a Acapulco y a Filipinas. La famosa "nao de China" que llegaba cargada de sedas y mil mercaderías de Oriente, mismas que surtían a los habitantes de la ciudad de México y de muchos otros puntos de la Nación Mexicana, provenían precisamente de Filipinas.

Hermanada a México por largos trechos de la historia, Filipinas fue descubierta por el joven Azueta como otro pedazo de panamericanismo; como el único baluarte del hispanismo bajo los cielos asiáticos.

"La Perla de los Mares de Oriente" como la llamaron los poetas y escritores; el Archipiélago se forma con 7107 islas, grandes, medianas, pequeñas y otras apenas perceptibles en la geografía.

Filipinas hace recordar y sumergirse en la leyenda; vivir los tiempos en que los galeones españoles salidos de las costas mexicanas, llegan a estas islas para conquistarlas y extender así el dominio de España. Podemos recordar que los habitantes precolombinos de esta nación, no integraban un cuerpo sólido, sino que estaban divididos en tribus, algo parecido a las culturas mexicanas; aztecas, chichimecas, mayas, tarascos y zapotecas.

Don Andrés de Urdaneta -y el valor de marinos y soldados mexicanos que formaron parte de la expedición del

español Miguel López de Legazpi- logró en 1565, la colonización de las Filipinas.

El célebre navegante portugués al servicio de España, Don Hernando de Magallanes -a quien Azuela quiso imitar proponiendo un viaje alrededor de la tierra en su carta a Ramón Corona- encontró la muerte en Filipinas, cuando el primer hombre en circunnavegar el Globo, en su propósito de completar la ruta de las especierías, cae en la batalla contra los valientes guerreros de Lapulapu, Rey de la isla de Mactan, adyacente a Cebú.

El pueblo filipino, que encontró el Guardia Marina en 1885, estaba identificado, por su origen en la historia, con sus hermanos asiáticos de China, Japón, Indonesia, India y Birmania, sin embargo, espiritualmente, unido con amor, a sus hermanos hispanoamericanos, muy particularmente con México y Perú.

Una fiebre tropical ataca al Subteniente Azuela, manteniéndolo por espacio de dos semanas en el lecho, según se informa el 5 de mayo de 1887, al Ministro Plenipotenciario de México, en un parte dirigido a Madrid y fechado en Manila.

A continuación, la reproducción de un interesante documento signado a bordo de la fragata "Victoria" de la Real Armada:

EL VAPOR GENERAL DE LA ESCUADRA DE INSTRUCCIÓN.

Certifico: "que el Guardia Marina de la Armada Mexicana, Don Manuel -Azuela, embarcó en la fragata "Victoria" de depósito, hasta que en oportunidad pudiera efectuarlo en la "Carmen". A bordo, en la Mar. 18 de mayo de 1883.

Al día siguiente realizó el trasbordo a este último buque, en el que permaneció hasta el 8 de febrero de 1885, que en virtud de orden telegráfica de la Superioridad, desembarcó a disposición del Excelentísimo señor Capitán General del Departamento de Cartagena, a fin de ser pasaportado para el apostadero de Filipinas.

Por certificación del señor Mayor General de dicho apostadero, de veintiuno de octubre último, consta que este

Guardia Marina llegó a Manila el 4 de abril de 1885 de transporte en el vapor-correo "Isla de Cebú", en cuya fecha transbordó al crucero "Velasco" para su dotación y al nombrado Mayor el 5 de septiembre del mismo año.

El 9 de febrero de 1886, lo efectuó al vapor "Manil" y a la corbeta "Doña María" el 18 de abril, permaneciendo en ese buque, hasta el día 30 del mismo mes, en que transbordó al vapor-correo "Isla de Luzón", con objeto de que regrese a la Península para presentar examen de oficial.

Embarcó en la fragata "Numancia", buque insignia de esta Escuadra, el 9 de junio del corriente año, y el 10. de septiembre desembarcó a disposición del Excelentísimo señor Capitán General del Departamento de "El Ferrol", para presentar examen de oficial. Por esas mismas fechas, el Comandante de la fragata blindada "Numancia", Don Manuel Gálvan, expide parte a Azuela para que se dirija a "El Ferrol".

Otro documento firmado a bordo y que da cuenta de las acciones de Azueta hacia esas fechas, dice:

"Don Joaquín María Lezaga y Garay, Coronel graduado del Ejército, Capitán de Fragata de la Armada y Segundo Comandante de la Fragata de Guerra "Nuestra Señora del Carmen", de la que es Capitán el señor Capitán de Navío de Segunda Clase, Don José Reguera y González Pola; CERTIFICO, que el Guardia Marina mexicano Don Manuel Azueta y Perillos, a quien con acertado tino elegí, el 10. de abril del corriente año, para auxiliar los trabajos del Detall de este buque, ha adquirido con brillante y excepcional aprovechamiento, cuantos conocimientos van anexos a esta Dependencia, debido a su incansable jactividad y predisposición al estudio de cuanto se relaciona con la honrosa carrera a que se dedica.

"Su varia ilustración, esmerada educación, fino trato, unidos a su constante amor al servicio y a la voluntad inquebrantable con que siempre ha desempeñado cuantas comisiones le fueron confiadas, le han hecho digno no sólo de mi particular aprecio y estimación, sino también del general, de sus jefes y compañeros, por lo cual considero en mi un

deber ineludible (al cesar en mi actual destino) de hacerlo así constar en el presente documento, como justa remuneración a sus buenos merecimientos y cuyos notables conceptos, al dejarlos consignados en el libro de informes de este buque, le sirvan a la vez de justa recomendación en la Patria a la que pertenece”.

A bordo de la expresada, fondeadero de Puntales (Cádiz) 18 de septiembre de 1884.

El 8 de febrero de 1885, el Comandante de la fragata “Victoria”, surta en aguas de Cartagena, expide pasaporte a Manuel Azueta para trasladarse a Madrid y Barcelona. Por cierto que el pasaporte incluye el siguiente texto: “tiene derecho al beneficio de medio billete en las líneas férreas”. El Comandante de la “Victoria” Francisco Llano”.

Debe haber reparado Azueta en esto del pasaje, ya que en México tratándose de comisiones militares el descuento, entonces, era de la totalidad del importe...

Del 24 al 31 de enero de 1887, el Subteniente Azueta presenta sus exámenes finales, en la Real Escuela Naval de “El Ferrol”, obteniendo la aprobación unánime del Jurado Examinador, según consta en el acta respectiva, levantada en aquella oportunidad.

Al mes siguiente podemos hallar un hecho muy significativo, no en su vida militar, sino particular y sentimental; se casa con la señorita Manuela Abad, la hija de Doña Manuela y del marino mercante fallecido en el naufragio de su barco en el Mediterráneo. La boda se efectúa el 9 de febrero del mismo año en “El Ferrol”, cuando Azueta tenía 24 años y su novia 17.

Se instalan en Cartagena debido a que, de nuevo la fuerza de voluntad del Subteniente, logra que la Secretaría de Guerra y Marina de México y otra vez por los buenos oficios de Don Ramón Corona, le permita¹ hacer el curso de torpedos en la Escuela Especial de esa ciudad.

Un documento fechado el 2 de marzo de 1887, expresa que Azueta ingresó -una vez terminada su instrucción naval- en la Escuela Especial de Torpedos de Cartagena, lugar a donde se le remitieron sus sueldos y haberes.

Durante su estancia en Cartagena, Azueta es conducido por sus compañeros españoles a una elegante tienda de ropa, ampliamente recomendada, por el esmero con que cortaban toda clase de prendas para caballero.

Se trataba del taller de sastrería y camisería de "Lario Sobrino", ubicado en el 13 de la Avenida Marina Española. Este establecimiento se ufanaba en ofrecer géneros extranjeros de novedad y efectos militares, así como ser especialista en la confección de uniformes para los miembros de la Armada.

Una nota de la época, que incluye 2 pantalones, listados de primera, una levita, 2 metros de galón, un terno cazadora y el envío del bulto a la Coruña, suma la cantidad de 282 pesetas 50 céntimos.

A bordo de una torpedera española estuvo presente en las prácticas que se efectuaron en el Mediterráneo.

El Comandante de la Escuadrilla fue el Capitán de Navío Segismundo Bermejo, quien además era el Director de la Escuela Especial de Torpedos. Ya para entonces, Azueta conocía perfectamente el funcionamiento de éstos, habiéndolos activado en diversas prácticas anteriores efectuadas en la mar.

En el mes de mayo de 1888 formó parte de una comisión de oficiales que visitaron la Exposición Universal efectuada en Barcelona y donde se dieron cita, frente al puerto, más de un centenar de embarcaciones de todos tipos, especialmente bélicas, pertenecientes a diversas Armadas de Europa. Los oficiales arribaron a Barcelona a bordo del Aviso "Legaspi" que los condujo desde Cartagena.

El 6 de marzo de 1887, habiendo terminado sus estudios con brillantez en la Escuela Naval de "El Ferrol" y ya inscrito en el curso de torpedos, recibe un comunicado que le turna la Legación de México en Madrid, donde se le informa que fue ascendido a Segundo Teniente de la Armada Nacional, asignándosele un sueldo de \$100.00 mensuales, que durante 9 meses recibió en Cartagena.

Durante su estancia en Cartagena nace la primera hija del matrimonio Azueta Abad; Rosario, el 27 de agosto de 1888. Apenas unos días después, recibe un cablegrama de la Secretaría de Guerra y Marina donde se dan por enterados de que terminó el curso de torpedos y se le ordena retorne al país.

Su suegra, Doña Manuela, que hasta entonces vive en compañía del matrimonio, prefiere quedarse en España. Así termina la vida del joven marino Azueta en el viejo Continente; el moderno argonauta ha recorrido, navegando en buques de guerra, el Atlántico y el Pacífico, el Mediterráneo, el Mar Rojo y de las Antillas, el Océano Indico y Golfo de México.

Sus experiencias navales suman las travesías a bordo de más de 20 buques de bandera española, siendo los más importantes; la fragata blindada "Numancia", "Almanza" y "Asturias"; el "Cebú", "Velasco", "San Quintín", crucero "Aragón", "Manil", corbeta "Doña María" y el transporte "Isla de Luzón".

En sus viajes visitó Portugal, Marruecos, Islas Canarias, Madeira, Islas Marianas y Carolinas; navegó por el recién abierto Canal de Suez, conociendo Egipto y más tarde Singapur y la Isla de Ceylán.

A bordo de la "Velasco" arribó a las costas de China. En Hong Kong presencié todas las tareas de reparación, que en los astilleros de ese puerto tuvieron lugar, sobre el casco de la "Velasco", levantando una memoria de los trabajos verificados, misma que hizo llegar a la Legación de México en Madrid.

El General Comandante de la Plaza de Veracruz, Jefe Interino del Departamento del Golfo Mariano S., en despacho firmado el 18 de julio de 1888, comunica a Azuela: "que se le ha dado de alta en el cañonero de primera "México", cargo que ocupará en cuanto termine su instrucción en la Escuela Especial de Torpedos de Cartagena España"...

El Ministro de México en España, en oficio número 94, del 26 de septiembre del año referido, se dirige al

Secretario de Guerra y Marina en México, comunicando: “que el 12 del mismo mes se presentó a esa Legación el Segundo Teniente de la Armada Nacional de México, Manuel Azueta, manifestando haber terminado sus estudios, que por orden del Gobierno estaba haciendo en la Escuela Especial de Torpedos de Cartagena. Por lo tanto se le entregaron \$300.00 para que hiciera el viaje de regreso a México”...

En compañía de su esposa Manuela y su hija Rosario, se embarcó en la Coruña en un vapor de bandera francesa “Phateau Margol” que hizo el viaje directo a Veracruz, zarpando el 4 de octubre de 1888.

¡Empezaba a gestarse el perfil del Héroe!

CAPITULO IV

EL BRILLANTE MARINO DE GUERRA 1888

El 27 de octubre de 1888, atraca en los muelles del puerto de Veracruz el "Phateau Margot".

Azueta se sorprende ante las obras portuarias levantadas en Veracruz durante el tiempo que estuvo ausente en Europa; maravillado, contempla los nuevos muelles, las bodegas, las obras de la Aduana, el arreglo a San Juan de Ulúa y el Malecón.

¡Cuán diferente era el Veracruz de 1883!

Ahora todo le parece diferente, hermoso y con un sello que habla de progreso, del advenimiento de una etapa de modernización.

Por esos años Veracruz ya había sido convertido en el principal puerto del país, que ante las carencias materiales de los demás, de hecho capturaba todo el tráfico de carga y pasajeros en la República, valiéndose del Ferrocarril Mexicano, que ofrecía interminables corridas cotidianamente.

El puerto hervía en actividad creadora; se habían multiplicado los hoteles y restaurantes. El pequeño comercio existente años atrás, ahora se ostentaba pujante y muy próspero.

El Jefe del Departamento del Golfo, Batista, dirige una comunicación al Secretario de Guerra y Marina, la misma fecha del arribo del "Phateau Margot":

"Tengo el honor de comunicar a usted, que hoy se ha presentado en este Departamento, procedente del extranjero, el Segundo Teniente de la Armada Nacional, Manuel Azueta, continuando viaje para esa capital".

El día 29 llega Azueta a la ciudad de México y se instala en el hotel "Del Bazar".

Permanece hasta diciembre del mismo año; esas semanas tiene la oportunidad de volver a ver a sus viejos amigos, entre ellos los integrantes de la familia del General Julián Cerda.

De nueva cuenta visita la hermosa Quinta Elena en Tacubaya y recuerda sus años de Cadete; sus paseos por la ciudad, sus contactos con el mundillo cultural y literario y, sobre todo, los días en que componía parte del Cuerpo de Cadetes del Colegio Militar.

El día 22 de diciembre se le ordena embarque como excedente en el cañonero de segunda "Libertad", para prestar en ese buque los servicios propios a su clase.

Así cambiaría su vida de Marino; ya no más navegación en barcos de instrucción extranjeros, ni torpederas de bandera española. En lo sucesivo ¡En mares mexicanos y bajo la bandera tricolor!

Marcha de nuevo a Veracruz y se embarca en el "Libertad", teniendo el gusto de encontrar a bordo a antiguos compañeros suyos de los tiempos de su instrucción en el Colegio Militar. Su comisión dura cerca de dos meses, a bordo de este buque.

Sus días francos en Veracruz -donde reside su familia- los emplea para estudiar la situación del país, al que abandonó por varios años, por sus comisiones en el extranjero.

Da un repaso concienzudo, cerciorándose de los adelantos materiales registrados en ferrocarriles, obras portuarias, caminos, minería y educación.

Su temperamento enérgico y recio de militar formado en los cánones más rígidos de la Marina de Guerra, deja, sin embargo, hueco a la sensibilidad; gusta de la literatura y tiene una especial inclinación hacia la poesía.

Esos años son ricos para México en existencia de grandes bardos. José María Esteva, Luis G. Ortiz, Agustín F. Cuenca, Antonio Zaragoza, Adalberto A. Esteva, José María Bustillos, Jesús E. Valenzuela, Laura Méndez de Cuenca, Manuel Gutiérrez Nájera, Efrén Rebolledo, Enrique González Martínez, Amado Nervo y Salvador Díaz Mirón,

integran el formidable catálogo de poetas contemporáneos de Azueta.

A bordo del "Libertad", recostado en la litera, da lectura a la obra de todos estos ilustres hombres creadores de la lírica que floreció hacia las postrimerías del siglo XIX.

Desde años atrás, había conocido a Salvador Díaz Mirón, en la ciudad de México, en sus tiempos de cadete; en esta oportunidad en el puerto, reafirmó sus lazos de fraternidad con el gran jarocho, a quien siempre le prodigó afecto sincero y admiración a su obra poética. Muchas tardes el Marino de Guerra se reunía con el poeta, bien en la casa de este último, bien en alguno de los tantos lugares frecuentados por el maestro; ahí, en medio de un clima de marcadas emanaciones culturales y de talento, estallaba la inspiración del gran veracruzano, cuyo genio formaba sus poesías, en las reuniones, los bailes, los cafés o en la misma calle.

Emocionados y plenos días aquellos en Veracruz, al calor de la amistad de Díaz Mirón.

"...los claros timbres de que estoy ufano"

Han de salir de la calumnia ilesos.

Hay plumajes que cruzan el pantano y no se manchan..., ¡Mi plumaje es de esos!

¡Fuerza es que sufra mi pasión! La palma
crece en la orilla que el oleaje azota.

El mérito es el naufrago del alma:

¡Vivo, se hunde; pero muerto flota!

El 22 de febrero de 1889, el General E. Carrillo, Comandante Militar de la ciudad de México, informa al Secretario de Guerra y Marina que: "procedente de Veracruz y con el pasaporte respectivo, se presentó el Segundo Teniente de la Armada Nacional, Manuel Azueta, con 7 aspirantes. Ellos vinieron a esta capital en comisión del servicio y Manuel Azueta se halla alojado en Tacubaya, Colonia San Pedro de los Pinos, en casa del señor General Cerda..."

Dos días después recibe su primer cargo administrativo, al ser nombrado Jefe de la Sección de

Buques Mercantes de la Secretaría de Guerra y Marina. Entonces cuenta 27 años de edad. Ese mismo año, tiene la gran satisfacción de regresar a su amado Colegio Militar, en calidad de profesor.

Todos los días tomaría el camino de Tacubaya a Chapultepec, para asistir a su cotidiana cátedra. El 10. de julio de 1889, el Coronel Director del Colegio Militar, firma un oficio que dice:

“...habiendo participado a esta Dirección el Profesor de Instrucción Naval y Cálculos de Situación, Ángel Ortiz Monasterio, que tiene que marchar a los Estados Unidos en comisión del Supremo Gobierno y que sólo espera recibir recursos y pasaporte, con objeto de que entre la separación de éste y el nombramiento de persona que lo substituya, no transcurran varios días sin que los alumnos reciban clase, tengo el honor de proponer a esa Superioridad que, si lo tiene a bien, se nombre profesor substituto de la clase mencionada, por el tiempo que dure fuera de la República el profesor propietario, al Segundo Teniente de la Armada Nacional, Manuel Azuela, individuo que por haber estado estudiando seis años en este Colegio y practicado casi otros seis años en la Armada Española, desempeñará bien la práctica de que se trata, pudiendo prestar algunos servicios en los demás ramos de la Marina”.

Tengo el honor, mi General, de hacer a usted presente mi subordinación y respeto.

Libertad y Constitución.

Chapultepec.

(Oficio dirigido al C. Secretario de Guerra y Marina).

El 2 de enero de 1890, solicita a la Dirección del Colegio Militar, se le proporcione un préstamo con cargo a su sueldo, exponiendo que... “teniendo un grave cuidado de familia, ha erogado fuertes gastos que le han originado un desnivel consiguiente en su presupuesto personal”.

El motivo estaba representado por la enfermedad de su hija Rosario, que cayó en cama con fiebre ocasionada por una infección de las vías respiratorias.

Su familia entonces residía en Veracruz, así que para aprovechar verla, solicita una comisión relativa a conducir al puerto un cargamento de armamento y fornituras, que entrega el día 29 de enero al Jefe del Departamento de Marina del Golfo, Capitán de Fragata Alejandro Cerisola.

A su regreso al Colegio Militar, el 12 de abril, se hace cargo de otra cátedra que dejó libre el Capitán de Navío José M. de la Vega, por haber salido en Comisión del Servicio. De esta forma Azueta se responsabiliza de la clase de "Movimiento de Bajales".

Sin embargo, al poco tiempo empieza a experimentar la nostalgia por el mar y los buques. Marino ya reciamente formado a bordo, no puede tolerar estar tierra adentro por mucho tiempo.

"...me mareo en tierra", confesaría al General Julián Cerda, durante la cena en la Quinta Elena.

Esa noche conversa largamente con su estimado amigo, el viejo militar, sobre su impaciencia de regresar a bordo. Para él ya son suficientes las experiencias administrativas que ha tenido; desea volver al mar. El General le recomienda que haga manifiestos sus propósitos, por ampliamente legítimos y justificados, empleando la forma oficial de un oficio solicitud a las autoridades.

El 12 de julio de 1890 firma el documento dirigido a la Superioridad, solicitando su reincorporación a la dotación del "Libertad", "dado que desde que regresé de España, he tenido comisiones en la capital de la República como Jefe de la Sección de Barcos Mercantes y como Profesor del Colegio Militar".

Su vehemencia en lo tocante a la manifestación de sus deseos de ser reembarcado, utiliza el argumento de que "mucho costó a la Nación mi preparación, tanto en el Colegio Militar como en Europa, para no aprovechar esos conocimientos en el área natural: los asuntos de la Marina de Guerra a bordo de los buques".

Parece ser que su propósito ocasionó determinada fricción, según se desprende de estas partes:

Con fecha 21 de junio de 1890, el Teniente Rafael Rosas, se comunica al Capitán del Navío José María de la

Vega, "que siendo las 9.15 de la mañana del 21 de junio, se presenta arrestado el Segundo Teniente Manuel Azuela".

Posteriormente, a las 5 de la tarde del mismo día, el Capitán de Navío José María de la Vega, le dirige un parte al citado Teniente Rodolfo Rosas, donde le expresa: "Enterado por el parte que sirve usted dirigirme acerca de haberse presentado arrestado en la Comandancia de esa Guardia, el Segundo Teniente de la Armada Nacional, Manuel Azuela. De orden mía, he de merecerle se sirva comunicarle que queda en libertad y debe presentarse ante este Departamento a continuar sus labores con normalidad..."

Después de este incidente, sigue insistiendo sobre sus anhelos de ser reembarcado. Se entera de una interesante travesía próxima a realizarse y es entonces cuando vuelve a la carga:

Con fecha 28 de junio eleva una petición al C. Secretario de Guerra y Marina, donde expone:

"Que se encuentra prestando sus servicios como Jefe de la Sección Segunda del Departamento Central de Marina -de la propia Secretaría- del que es Jefe el Capitán de Navío José María de la Vega. Que teniendo 3 años de antigüedad en el empleo de Segundo Teniente, y deseando llenar las condiciones que marca el Decreto del 15 de diciembre de 1886, para su ascenso al grado inmediato, cuando el Supremo Gobierno lo considere conveniente, suplica al C. Secretario de Guerra y Marina, se sirva permitirle el viaje de regreso que hará, a la vela, el buque destinado para escuela de Grumetes y que debe salir próximamente de Inglaterra para el puerto de Veracruz. Manifestando que dicha práctica le será muy útil a su carrera, por efectuarse la travesía indicada en los meses más peligrosos del año.

Se permite además, llamar respetuosamente la atención de la Secretaría a su digno cargo, respecto a que la presencia de un oficial de la Armada Nacional de México, en aquel buque contribuiría a la mayor seguridad de los intereses de la Marina". (Su nombramiento como Jefe de la Sección Segunda del Departamento Central de Marina, data del 26 de febrero de 1889).

La solicitud no merece una resolución favorable para Azueta, no obstante, las autoridades estudian el caso y deciden darle una brillante oportunidad.

¡De todas formas navegaría y volvería a Europa, cruzando el Atlántico!

El 9 de julio de 1891, se le expide su Patente como Primer Teniente Permanente de la Armada Nacional y se le comisiona para recibir la corbeta escuela "Zaragoza" que sería entregada en el puerto francés de El Havre.

Conjuntamente con Manuel Azueta, ascienden Rafael Hoyos, Francisco S. Carrión y Onofre Moreno. Asimismo, en el cuerpo de auxiliares, ascienden Hilario Rodríguez Malpica y Juan R. Mills. Como Segundos Tenientes Permanentes, ascienden Agustín R. Toro, Francisco Ochoa y Cristóbal González.

El personal anteriormente citado, fue comisionado para prestar sus servicios en la siguiente forma:

El Primer Teniente Rafael Hoyos y Segundo Teniente Agustín R. Toro, a bordo del cañonero "Independencia"; el Primer Teniente Hilario Rodríguez Malpica y Segundo Teniente Cristóbal González, a bordo del cañonero "Libertad". El Primer Teniente Juan R. Mills, a bordo del cañonero "Demócrata". El Primer Teniente Onofre Moreno, como Secretario de la Jefatura del Departamento de Marina en el Pacífico.

Son sus compañeros en la comisión de recibir la "Zaragoza", el Primer Teniente Francisco Camón y el Segundo Teniente Francisco Ochoa. Antes de hacerse a la Mar, en el puerto de El Havre, el Comandante de la "Zaragoza", Don Ángel Ortiz Monasterio, nombra a Azueta Jefe del Detall del buque. Como tal, hace la travesía de regreso a Veracruz, donde son recibidos con visibles muestras de júbilo por el personal de la Armada y del Ejército y por el pueblo veracruzano en general.

A su regreso a México, nace su hijo Manuel el 27 de febrero de 1892.

Azueta, ocupando el cargo de Jefe del Detall de la "Zaragoza", permanece algún tiempo en Veracruz, que más o

menos por esas fechas festeja el hecho de que el Jefe Político del Cantón, Don Miguel Reyes Torres y el Secretario del Ayuntamiento, Don Enrique Orduña, en sesión extraordinaria del Cabildo, firmaran el contrato con la señora Doña Cástula Hernández Viuda de Murphy, para proveer de luz eléctrica a la ciudad y puerto de Veracruz.

El 30 de enero de 1892 se le impone a Azueta, la condecoración de Segunda clase por la Reina Regente de España, en ocasión del Cuarto Centenario del Descubrimiento de América.

Hace buena amistad con Don Ángel Ortiz Monasterio, y tanto a bordo como en el puerto de Veracruz, conversa con él largamente acerca de las cuestiones relacionadas con el Mar.

Por aquellos años los Estados Unidos empezaban a fortalecer su fuerza naval, que poco después llegó a mostrar una potencia casi irreductible.

La construcción de buques de guerra se adelantaba en todo el mundo, naciendo el llamado "acorazado", denominado así por las gruesas planchas que componían su casco de acero y también por su artillería.

Ese mismo año de 1893, el Almirante brasileño Mello se sublevó y embarcándose en el "Aquidaban" se hizo a la mar. El torpedero "Sampayo" le dio alcance y, merced al lanzamiento de dos torpedos, lo hundió con relativa facilidad.

Se demostraba así el poder de esta arma submarina que Azueta conocía perfectamente por haberla estudiado en España. Los torpedos que entonces utilizaban los buques de guerra, eran de 408 milímetros de diámetro y llevaban alrededor de 60 kilos de algodón pólvora.

Un año después los japoneses, gracias a la eficacia de los torpedos -de 450 milímetros de diámetro y 75 kilos de algodón-pólvora- hicieron añicos a la flota china, durante la guerra entre ambas naciones de 1894-1895.

Para los inicios del siglo XX, los torpedos ya tenían un alcance de 1600 metros; su velocidad llegaba a los 38 nudos y la carga de explosivos alcanzaba hasta los 100 kilos.

Otro de los inventos a los que Azueta siguió dedicando tiempo para su estudio, era el Submarino, cuyas

pruebas presencié en España años atrás. Recordaba en sus pláticas con Ortiz Monasterio, las lecciones en la Escuela Especial de Torpedos de Cartagena, cuando se le explicaba que Narciso Monturiol, en "El Ferrol", en 1859 construyó. "El Ictíneo", ya empleando máquina de vapor que lograba la inmersión mediante el uso de unos cartuchos con zinc, peróxido de manganeso y clorato potásico, lo que le permitía generar oxígeno en lugar de consumirlo.

Lo mismo el empleo de los submarinos tipo "David" por los Estados Unidos, hacia los años sesentas, que eran verdaderos buques de súper inmersión, de 10 a 15 metros de eslora, de dos a tres metros de diámetro y hasta de 1000 toneladas de desplazamiento, dotados de máquina de vapor.

En 1893 el Ingeniero Naval Romazzotti, en Italia, construye el submarino "Gustavo Zedé", en el que se introducen notables mejoras: dos lastres en los extremos del casco, para poder equilibrar el buque en inmersión; tres partes de timones horizontales, para su gobierno en profundidad y una tórrela, bastante amplia, con una pequeña superestructura, prolongada hasta cerca de la proa, para mejorar las cualidades marineras del submarino en superficie.

En la misma década de los noventas del XIX, Estados Unidos y Francia, al contemplar las fantásticas posibilidades guerreras del submarino -como el torpedo sumergible que podía hacer uso tan fácil como seguro de una devastadora fuerza explosiva- anuncian en 1893 y 1896, respectivamente, un concurso para la construcción de un Submarino prototipo. Todos los proyectos presentados y los que paralelamente se desarrollan en oirás naciones, dejando a un lado las experiencias aisladas más o menos ingeniosas e interesantes, dan lugar a varias tendencias o tipos principales de submarinos.

En los Estados Unidos, los científicos perfeccionan -y hacen pruebas con él en aguas del Golfo de México- el tipo "Holland" caracterizado por un casco único con doble fondo para dar espacio a las cámaras de lastre líquido; dos tanques de lastre en las extremidades para lograr equilibrar el submarino en inmersión; limones horizontales situados a

popa, complementados, a veces, con dos pares más situados a proa y en el centro.

El "Holland" ya perfeccionado, dispone de una máquina de vapor, para navegar en superficie y dos motores eléctricos para navegar en inmersión. Dispone asimismo, de dos tubos lanza torpedos en montaje gemelo.

En esas fechas los Estados Unidos se dedican a mejorar la ciencia guerrera submarina, empezando a construir su flota submarina, con la que se mostraron orgullosos al rayar el siglo XX, pudiéndose mencionar entre los más potentes y eficaces, a las unidades: "Adder", "Mocasín", "Grampus", "Purpoise", "Pike" y "Shark".

Todas estas noticias sobre los avances en las técnicas bélicas en el área naval, eran analizadas cuidadosamente por Azuela, que se suscribió a las mejores revistas de Estados Unidos y de Europa, así como logró que algunas de las Legaciones de México en el extranjero, le hicieran llegar material ilustrativo sobre temas navales militares.

El 27 de septiembre de 1894, recibe su Despacho como Teniente Mayor Permanente y por motivo de que Don Ángel Ortiz Monasterio, salió a una comisión del servicio al extranjero, la Secretaría de Guerra y Marina lo designa Comandante Interino de la corbeta "Zaragoza".

¡Su primer mando a bordo, a los 32 años de edad!

Una de sus comisiones iniciales, en tales condiciones, es dar la vuelta al Continente Sur y situar la "Zaragoza" en el Puerto de Acapulco.

Testimonio de su estadía en ese lugar, son unos partes que tratan de un curioso asunto.

El 29 de enero de 1895, el Administrador de la Aduana Marítima de Acapulco, telegráficamente informa a sus superiores en México, de la Secretaría de Estado y del Despacho de Hacienda y Crédito Público,.. "que el señor Manuel Azueta, Comandante Interino de la "Zaragoza", trae para su uso, a bordo del mismo buque, un ajuar que dice compró en Guaymas y que viene dicho ajuar sin documento alguno. Suplico a la Secretaría informarme si permito el desembarco".

Horas más tarde llega la contestación de México: "Puede usted permitir el desembarco del ajuar del señor Azueta, Comandante Interino de la "Zaragoza", a que se refiere un telegrama anterior. Todo lo que tengo el honor de comunicar a usted para su conocimiento y fines que considere convenientes".

Del 27 de abril de 1894 al 12 de abril de 1895, en que entregó el mando de la "Zaragoza" al Brigadier Ángel Ortiz Monasterio en el puerto de Guaymas, a bordo de dicha corbeta escuela y otros barcos realizó un viaje de prácticas con Guardia Marinas mexicanos, tocando las lejanas y legendarias Islas del Archipiélago Revillagigedo.

Ángel Ortiz Monasterio, recibió el mando del buque y de inmediato procedió a habilitarlo y surtirlo de pertrechos y vituallas para la realización de un espectacular viaje...

¡Circunnavegar la tierra!

Saldría por Guaymas y regresaría por Veracruz, dando así una vuelta completa al globo terráqueo.

Esta había sido la ilusión más cara de Azueta desde su juventud en Europa; ciertamente no podía perderse esta oportunidad. Parece ser, a saber de algunos testimonios verbales, que Azuela conversó al respecto con Ortiz Monasterio y lo hizo saber a la Secretaría de Guerra y Marina. Y, es presumible que contara con la autorización superior, dados sus eficaces y firmes servicios a la Nación.

El año de 1894 fue el de la gran travesía, comisionando la Marina Inglesa al Capitán Reginald Carey Brenton, para actuar como instructor cerca del Comandante Ortiz Monasterio. Testimonios sobre este particular, ofrecidos por viejos marinos, aseguran que Azuela se embarcó en la "Zaragoza", teniendo todo listo para acompañar a Ortiz Monasterio. No obstante, el mismo día de la salida abandonó el buque y se dirigió al puerto de Acapulco, lugar donde residía temporalmente su familia.

El 30 de abril nació su hijo José, que más tarde se convertiría en héroe -al igual que su padre- durante los acontecimientos de la invasión norteamericana a Veracruz.

El 12 de abril de 1896, tomó el mando del cañonero de primera "Demócrata", hasta el 27 de diciembre siguiente, que lo entregó al Primer Teniente José Urgel y Vilá, en virtud de haber sido llamado a la capital de la República, donde lo esperaba una honrosa comisión.

Se le envía a Inglaterra con el encargo de traer al país el velero "Yucatán", ordenado en astilleros ingleses por el Gobierno Mexicano.

Un parte fechado en Veracruz, en enero de 1897, por el Comandante Militar de la Plaza, informa a la Secretaría de Guerra y Marina: "que se presentó en este cuartel de la Comandancia Militar, el Teniente Mayor Manuel Azueta, procedente de la capital y en tránsito para Inglaterra..."

Acompaña a Azueta en este viaje a Europa, el Segundo Teniente Eduardo Olivar. El 1o. de julio del mismo año, recibe su Despacho de Capitán de Fragata del Cuerpo Permanente de la Armada Nacional.

Ese mismo año, el 11 de agosto, es solemnemente inaugurada, en Veracruz, la Escuela Naval Militar, siendo su primer Director el Capitán Manuel E. Izaguirre. Muy pronto habría de llegar Azueta a ese recinto para comandarlo e imprimirle un sello magistral; a ese mismo Establecimiento que desde sus años de cadete ya imaginaba al servicio de la Nación.

El plantel que como hemos dicho anteriormente, se debió a los esfuerzos e iniciativa del Brigadier José María de la Vega, se crea por Decreto del Presidente de la República, siendo Secretario de Guerra y Marina el General Felipe G. Berriozabal, el 21 de abril de 1897.

Reproduciremos en esta obra, en atención a su importancia histórica, las relaciones de autoridades y Cadetes que formaron el pie veterano de la más tarde HEROICA Escuela Naval Militar de Veracruz.

Director:	Capitán de Navío Manuel E. Izaguirre
Subdirector:	Capitán de Fragata Ignacio Hajar
Jefe del Detall:	Primer Teniente Gabriel Carvallo
Jefe de la Primera Brigada:	Segundo Teniente Vicente Solache

Horas más tarde llega la contestación de México: "Puede usted permitir el desembarco del ajuar del señor Azueta, Comandante Interino de la "Zaragoza", a que se refiere un telegrama anterior. Todo lo que tengo el honor de comunicar a usted para su conocimiento y fines que considere convenientes".

Del 27 de abril de 1894 al 12 de abril de 1895, en que entregó el mando de la "Zaragoza" al Brigadier Ángel Ortiz Monasterio en el puerto de Guaymas, a bordo de dicha corbeta escuela y otros barcos realizó un viaje de prácticas con Guardia Marinas mexicanos, tocando las lejanas y legendarias Islas del Archipiélago Revillagigedo.

Ángel Ortiz Monasterio, recibió el mando del buque y de inmediato procedió a habilitarlo y surtirlo de pertrechos y vituallas para la realización de un espectacular viaje...

¡Circunnavegar la tierra!

Saldría por Guaymas y regresaría por Veracruz, dando así una vuelta completa al globo terráqueo.

Esta había sido la ilusión más cara de Azueta desde su juventud en Europa; ciertamente no podía perderse esta oportunidad. Parece ser, a saber de algunos testimonios verbales, que Azuela conversó al respecto con Ortiz Monasterio y lo hizo saber a la Secretaría de Guerra y Marina. Y, es presumible que contara con la autorización superior, dados sus eficaces y firmes servicios a la Nación.

El año de 1894 fue el de la gran travesía, comisionando la Marina Inglesa al Capitán Reginald Carey Brenton, para actuar como instructor cerca del Comandante Ortiz Monasterio. Testimonios sobre este particular, ofrecidos por viejos marinos, aseguran que Azuela se embarcó en la "Zaragoza", teniendo todo listo para acompañar a Ortiz Monasterio. No obstante, el mismo día de la salida abandonó el buque y se dirigió al puerto de Acapulco, lugar donde residía temporalmente su familia.

El 30 de abril nació su hijo José, que más tarde se convertiría en héroe -al igual que su padre- durante los acontecimientos de la invasión norteamericana a Veracruz.

El 12 de abril de 1896, tomó el mando del cañonero de primera "Demócrata", hasta el 27 de diciembre siguiente, que lo entregó al Primer Teniente José Urgel y Vilá, en virtud de haber sido llamado a la capital de la República, donde lo esperaba una honrosa comisión.

Se le envía a Inglaterra con el encargo de traer al país el velero "Yucatán", ordenado en astilleros ingleses por el Gobierno Mexicano.

Un parte fechado en Veracruz, en enero de 1897, por el Comandante Militar de la Plaza, informa a la Secretaría de Guerra y Marina: "que se presentó en este cuartel de la Comandancia Militar, el Teniente Mayor Manuel Azueta, procedente de la capital y en tránsito para Inglaterra..."

Acompaña a Azueta en este viaje a Europa, el Segundo Teniente Eduardo Olivar. El 1o. de julio del mismo año, recibe su Despacho de Capitán de Fragata del Cuerpo Permanente de la Armada Nacional.

Ese mismo año, el 11 de agosto, es solemnemente inaugurada, en Veracruz, la Escuela Naval Militar, siendo su primer Director el Capitán Manuel E. Izaguirre. Muy pronto habría de llegar Azueta a ese recinto para comandarlo e imprimirle un sello magistral; a ese mismo Establecimiento que desde sus años de cadete ya imaginaba al servicio de la Nación.

El plantel que como hemos dicho anteriormente, se debió a los esfuerzos e iniciativa del Brigadier José María de la Vega, se crea por Decreto del Presidente de la República, siendo Secretario de Guerra y Marina el General Felipe G. Berriozabal, el 21 de abril de 1897.

Reproduciremos en esta obra, en atención a su importancia histórica, las relaciones de autoridades y Cadetes que formaron el pie veterano de la más tarde HEROICA Escuela Naval Militar de Veracruz.

Director:	Capitán de Navío Manuel E. Izaguirre
Subdirector:	Capitán de Fragata Ignacio Hajar
Jefe del Detall:	Primer Teniente Gabriel Carvalho
Jefe de la Primera Brigada:	Segundo Teniente Vicente Solache

Jefe de la Segunda Brigada:	Segundo Teniente Francisco J. Rivadeneira
Segundo Jefe de la Primera Brigada:	Subteniente de la Armada José Ornelas
Segundo Jefe de la Segunda Brigada:	Subteniente de la Armada Tristán Canales
Secretario y Bibliotecario:	Subteniente de la Armada Francisco Rivadeneira

CUERPO DE CADETES

Procedentes del Colegio Militar

Ignacio Galindo	Enrique Artiga
Rodolfo Figueroa	Luis P. Florencia
Ignacio Arenas	Gabriel Covarrubias (quien Murió en la Escuela ese mismo año de fiebre amarilla)
Eduardo Loeza	Saturnino Almada
Rafael Carrión	Juan Manuel Hernández
Leopoldo Hernández Aceves	Arturo Limón
Manuel J. Urrea	Luis G. Izaguirre
Carlos Jiménez	Alonso Elizondo
Manuel Portilla Villar	
Manuel Escudero	
Abelardo Antiga	

Procedentes de la Escuela de Maquinistas Navales:

Leopoldo Correa	Palemón Serrano
Manuel A. Silva	Enrique Vázquez
Carlos M. Peralta	Abel Conde de la Torre
Miguel Avila	Manuel Hinojosa. (muerto en La Escuela ese mismo año de fiebre amarilla)
Pedro Reynaud	
Osear Arenas	
Sotero Rodríguez	

De inscripción directa:

Luis Hurtado Mendoza	Pastor Herrera Perea
José Rodríguez Malpica	Rodolfo Cano Zamudio
Guillermo Acosta	Rafael Benitez

Gonzalo Sierra
Rafael Izaguirre
Julio de Lara. (murió el mismo
año de fiebre amarilla).
Manuel Garza Leija
Luis Rebattet
José González Williams

Omar Ortiz
Arturo A. Medina
Ángel Bouturini
Manuel Carvajal
Ricardo Silva

El 10. de julio de 1897, el General Berriozabal expide un oficio que dice: "Dispone el C. Presidente de la República que el Capitán de Fragata Manuel Azueta, que actualmente tiene la comisión de traer al país el velero "Yucatán", adquirido por el Supremo Gobierno, continúe en esa comisión hasta su llegada a Veracruz, donde embarcará en la corbeta escuela "Zaragoza", como Segundo Comandante.

¡De nuevo a la "Zaragoza"! Parece como si estuviera atado por poderosas ligas a esta esbelta y orgullosa embarcación de la que ya había sido Jefe del Detall, Comandante Interino y ahora Segundo Comandante propietario... después sería también Comandante.

No se había designado el buque que marcharía a Inglaterra para llevar a la dotación del "Yucatán". Para sorpresa agradable y emotiva de Azueta, el barco señalado fue precisamente su querida corbeta "Zaragoza", que levó anclas con destino al viejo mundo, el día 11 de julio de 1897.

Ya a bordo del "Yucatán", en el puerto de Liverpool, Azueta recibe el cablegrama que le informa de su ascenso a Capitán de Fragata. Este contesta al General Berriozabal... "Recibido su telegrama. Muy agradecido. Azuela".

Por cierto, por aquellos tiempos de postrimerías del siglo XIX, la compañía de telégrafos que conectaba con los cables submarinos transcontinentales se llamaba la "Mexican telegraph Company" y los cablegramas ostentaban en la parte superior "Vía Galveston".

El 12 de enero de 1898, el General Rosalino Martínez, Comándame Militar en Veracruz, acusa recibo a la Secretaría de Guerra y Marina... "recibidos Despachos del Capitán de Fragata Manuel Azueta, y aspirantes de Primera Ángel del Corzo, Agustín Guillé, Leonardo Zepeda y

Francisco Murguía (homónimo del distinguido General Don Francisco Murguía), mismos que les serán entregados en cuanto arribe a este puerto la corbela "Zaragoza", a cuya dotación pertenecen".

Azueta permanece sirviendo en la "Zaragoza" hasta el mes de septiembre en que recibe la siguiente comunicación: "El Presidente de la República ha tenido a bien disponer marche usted a Nueva York en compañía del señor Ingeniero Naval Carlos Fernández Várela, con objeto de reconocer el yate que el señor W. K. Henrst, ha propuesto en venta al Gobierno; dar documento de su estado, condiciones marineras y demás pormenores, sirviéndose disponer asimismo, el Primer Mandatario, que aprovechando la estancia en Nueva York, se encarguen ustedes de buscar un buque transporte. Para ambas comisiones que se les confían al celo, eficacia y patriotismo de ustedes". Este oficio data del 21 de septiembre.

El 28 del mismo mes, entrega su cargo en la "Zaragoza" al Capitán Francisco Carrión.

Por esas mismas fechas el Capitán de Fragata Azueta, se hace cargo, por instrucciones del Gobierno, en Liverpool, de una embarcación construida totalmente de hierro, de nombre "Palaus", de fabricación noruega.

Un cablegrama de Azueta dice... "Palaus" actualmente se encuentra en "Sandon Graving Dock" en este puerto, mientras hacen modificaciones ordenadas Superioridad. Probablemente lista salir a la Mar rumbo México fines presente o principios entrante. Azueta".

Otros cablegramas afirman... "Fin dicho barco sea reconocido autoridades marítimas de puerto como perteneciente a Armada Mexicana he estado ocupado dar aquí pasos necesarios. Desde momento que Aduana Liverpool reconozca como perteneciente Armada Mexicana barco gozará todas ventajas y franquicias buques de guerra extranjeros. Azuela".

El 14 de enero de 1899, a su regreso del extranjero, se realiza su ambicionado propósito: ser Comandante de la "Zaragoza". En el mes de julio sale rumbo a Progreso a bordo

de la "Zaragoza", donde había encallado, hallándose seriamente averiado el velero "Yucatán". Su pericia y el conocimiento de ambos barcos hacen posible que se rescate al velero, para después rehabilitarlo, ya que registraba varias vías de agua.

Por esas fechas pide licencia al General Berriozabal para poder viajar a la ciudad de México, donde asiste en compañía de su esposa, al casamiento de la hija del Brigadier José María de la Vega, entonces Jefe del Departamento de Marina.

El 28 de mayo del año con que empezó el siglo XX, Azuela entrega interinamente el mando de la "Zaragoza" y marcha a la capital para presentarse a sus superiores a efecto de recibir instrucciones sobre una Comisión del Servicio.

Lo recibe el General Don Bernardo Reyes, Titular de Guerra y Marina, quien le informa que por instrucciones del Presidente de la República, se le ordena viaje a Nueva Orleans, donde se reuniría con los señores Schmidt y Ziegler a fin de realizar una inspección en las embarcaciones propuestas para su compra a la Secretaría, ya que el Gobierno de México se interesaba en dos remolcadores necesarios para la operación portuaria en el Golfo.

De la ciudad de México retorna a Veracruz, donde recibe de nuevo el mando de la "Zaragoza", mismo que entrega el 3 de junio al Segundo Oficial del buque, Primer Teniente Rafael Pereyra.

El 10. de septiembre de 1900, el General Bernardo Reyes libra oficio a la Secretaría de Hacienda, en que dispone... "transmito órdenes del Presidente de la República para que la Secretaría a su digno cargo se sirva expedir disposición correspondiente para que se sitúen al Capitán de Fragata Manuel Azueta, por conducto del Cónsul de México en Nueva Orleans, sus haberes, asignación de embarque, asignación de mando y gratificación mensual de \$ 70.00 que le corresponden por el presente septiembre y octubre próximo, en moneda de oro conforme a las Partidas del Presupuesto vigente".

Terminada esta comisión del servicio, Azueta retorna a Veracruz, donde lo espera un parle del General Bernardo Reyes que le ordena vuelva a lomar el mando de la "Zaragoza" y que, para no entorpecer la comisión que tiene dicho barco frente a las costas de Campeche, la entrega del mando se haga a bordo, durante la navegación en los términos del artículo 953 de la Ordenanza de la Armada, nombrándose interventor de la Secretaría de Guerra y Marina, al Teniente Coronel Miguel Girón y, por parte de la Secretaría de Hacienda, al Contador del propio barco.

En abril de 1901 es comisionado para conducir, de Nueva Orleans a La Habana, Cuba, un vapor adquirido por el Gobierno de México para su oficial servicio y construido por la firma "Iron Work Lid".

Su alta preparación, capacidad, honradez y eficiencia, lo hacen el jefe más autorizado para tratar asuntos importantes y delicados en lo que se refiere a comisiones en el extranjero. Azuela, esos años se ha convenido en el Jefe más confiable y las comisiones ya desempeñadas con tanto éxito hacen de él una señalada y admirada figura de la Armada Nacional.

El 18 de junio de 1901 recibe el nombramiento como Jefe del Primero y Cuarto Grupos de la Comisión Inspectorá en la construcción de los cañoneros transportes "Veracruz" y "Tampico", en los astilleros "The Crescent", situados en Elizabeth, Estado de Nueva Jersey, en los Estados Unidos.

Su jefe en esa comisión en el extranjero fue, como máximo responsable de la misión, el Coronel Flaviano Paliza.

Al término de esos servicios en el extranjero, radica unas semanas en la capital del país, en la Quinta Elena, de Tacubaya, donde nace su hija Leonor, quien fue bautizada con este nombre en señal de cariño a una prima del brillante Marino; Leonor Azueta Viuda de Ligarte, esposa de un rico hombre de empresa de Tampico, muerto trágicamente al descarrilar el tren en que viajaba en las cercanías de Biarritz, Francia.

El 25 de enero de 1902, por acuerdo del Presidente de la República, se le expide Diploma de Honor por 25 años de

servicios a la Nación. La comunicación la recibió por conducto de su amigo, el señor General Comandante de Veracruz, Rosalino Martínez.

Vuelve a bordo; ahora como Comandante del flamante cañonero "Tampjco", cuya construcción él mismo supervisó en los Estados Unidos. Se hizo cargo del "Tampico" el 25 de febrero de 1903. Con este barco sucedió lo mismo que con la "Zaragoza"... "los vio nacer".

Poco después marcha a Elizabeth, Nueva Jersey, en una comisión relativa a la construcción de unidades a flote para la Armada.

Se entusiasma ante el empuje de la industria estadounidense y pone especial interés en la construcción y diseño de la moderna artillería naval.

El 28 de marzo de 1903, el Teniente Mayor, Jefe Accidental, de la Comisión en Elizabeth, Wilebaldo Miranda, dirige una comunicación al Secretario de Guerra y Marina:

"Tengo el honor de poner en el superior conocimiento de usted, que según la opinión facultativa, de los Doctores que asisten en su enfermedad al señor Capitán de Fragata Manuel Azuela, las condiciones de una notable mejoría se acentúan y esperan que en poco tiempo quedará completamente restablecido. Igualmente me honro en participar a usted que el mencionado Jefe ha sido motivo de atenciones y cuidados por parte de personas particulares en esta población y muy particularmente por el Mayor O. J. Ryan, Primera Autoridad Política en ella, quien además de sus frecuentes visitas personales, ha puesto de su parte todos los medios para que el Capitán Azueta sea atendido distinguida y eficazmente.

Como miembros de la Junta Directiva del Hospital en que se encuentra dicho Jefe, ha propuesto y obtenido sean convocados en junta especial, los médicos del mismo hospital a fin de que fuera estudiada la enfermedad del Capitán Azueta y resolver el procedimiento para restablecerlo en el menor tiempo posible. Al participar a usted las condiciones en que se encuentra el Capitán Azueta, creo de mi deber manifestarle que por sus indicaciones se ha dado cuenta esa

Superioridad, del comportamiento que para él, especialmente ha tenido el citado Mayor Ryan”.

Tengo el honor, mi General, de hacer a usted presentes mi subordinación y respeto.

Libertad y Constitución. Elizabeth, Nueva Jersey.
Marzo 28 de 1903.

El Teniente Mayor, Jefe Accidental de la Misión, Wilebaldo Miranda.

En realidad el padecimiento de Azueta era simplemente tifoidea, entonces muy común en México y absolutamente desconocida en los Estados Unidos. La enfermedad, en estado latente la llevaba desde aquí y en Elizabeth se declaró y, al no conocerla los médicos de allá, Azueta estuvo verdaderamente grave y delicado.

El 3 de abril, el propio Wilebaldo Miranda informa... “tengo la honra de poner en el superior conocimiento de usted, que a mediodía salió del hospital general de esta población, el Capitán de Fragata Manuel Azueta, continuando aún su convalecencia”.

El parte fue contestado por la Secretaría de Guerra y Marina... “en respuesta manifiesto a usted que el Gobierno ve con gusto la noticia del mejoramiento que alcanza el Capitán de Fragata Manuel Azueta”.

En Elizabeth, vivía acompañado por su familia en el 204 So. Broad St.

El 22 de abril, el Jefe del Departamento de Marina, Joaquín Beltrán, expide el oficio dirigido a Elizabeth que expresa:

“Consta en el libro de registro de la condecoración creada por el Estado de Yucatán, por Decreto de 17 de abril de 1902, para los que combatieron contra los indios mayas rebeldes, que dicha condecoración le fue conferida al Capitán de Fragata Manuel Azueta y le será impuesta en Nueva York el 30 de octubre de 1903, expidiéndole el Diploma correspondiente.

Libertad y Constitución.

Efectivamente, éste comunicado se refería a la condecoración que había recibido Azueta por su participación

en los hechos de la rebelión de los indios mayas, conocidos como la “rebelión de los mayas” ocurrida el año de 1901.

En esa ocasión llegó a las costas de Yucatán a bordo de la “Zaragoza”, siendo su Comandante. Sus órdenes eran tratar de tomar el Castillo de Tulum, lo que logró arribando por mar. Desembarcó con cerca de 150 hombres, entre marinos y soldados del Ejército, enfrentando la ofensiva de los rebeldes que reciamente armados dirigieron el fuego de sus armas en dirección a los desembarcados.

Su habilidad hizo posible rodear a los rebeldes, aislándolos del Castillo de Tulum, de donde recibían refuerzos y municiones. Al término de la refriega, capturó 13 hombres y obtuvo la rendición de los acantonados en Tulum.

El 5 de agosto de 1904 entrega el mando del cañonero “Tampico” al Teniente Mayor José Servín. Se le llama a la capital de la República para recibir instrucciones.

¡Ha llegado el más grande honor que anhelaba como Marino de Guerra!

Ser nombrado Director de la Escuela Naval Militar...

Entonces cuenta con 42 años de edad.

¡Azqueta emerge como singular patricio del Mar!

CAPITULO V

¡Honor y Patriotismo!

DIRECTOR DE LA ESCUELA NAVAL MILITAR 1904

El 17 de agosto de 1904, el Capitán de Fragata Manuel Azueta, toma posesión de la Dirección de la Escuela Naval Militar, siendo el segundo hombre en la historia del plantel, en figurar como Director al sustituir en el mando al Capitán de Fragata Don Manuel E. Izaguirre.

Esta es la reproducción del acta levantada en tan señalada fecha:

“En la Plaza de Veracruz, a los once días del mes de agosto de 1904, reunidos en la sala de la Dirección de la Escuela Naval Militar, los C.C. David Knox, Capitán de Fragata Manuel Azueta y el Subteniente Secretario, J. Rodríguez Malpica, con el objeto de otorgar la protesta de Ley al tomar posesión de la expresada Dirección, el Capitán de Fragata Manuel Azueta, ante el Coronel David Knox ya referido, Interventor nombrado por la Comandancia Militar de esa Plaza para intervenir en la entrega que de dicho Establecimiento, hace el Capitán de Navío Manuel E. Izaguirre; el citado Coronel Interventor acompañado del Subteniente J. Rodríguez Malpica, nombrado Secretario para la expresada entrega, y en presencia de los C.C. Jefes y Oficiales de dicho Establecimiento, interrogó en voz alta al mencionado Capitán Azueta, en la siguiente forma: ¿Protestáis, sin reserva alguna guardar y hacer guardar la Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos, con sus adiciones y reformas, así como las demás que de ella emanen y desempeñar leal y patrióticamente la comisión de Director de la Escuela Naval Militar, que el Supremo Gobierno de la Nación se ha servido confiaros? Y habiendo contestado: ¡Sí protesto!. El mismo Coronel Interventor repuso: si así lo hicieris la Nación nos lo premie y si no nos lo demande.

Con lo que se dio por terminado el acto, mandando que para cumplimentar los preceptos de la Ley, se levantara por triplicado la presente acta que firmaron ante el Secretario:

El Interventor Coronel David Knox, el Capitán de Fragata Manuel Azueta, el Secretario Subteniente J. Rodríguez Malpica”.

Cabe aclarar que el primer día que despacha como Director del plantel es el 17 de agosto. Así se convierte en el directamente responsable de la formación de los jóvenes marinos de guerra; marchando ya por la senda que él mismo ayudó, desde muchos años atrás, a abrir en provecho de la educación naval en México.

Imprimiría, con sello indeleble, sus creencias patrióticas, enseñando a los Cadetes el supremo valor de la lealtad a las instituciones y el seguimiento estricto de la teoría de dedicar la vida toda al servicio de la Nación, aún a costa de la propia existencia. Su paso por la Escuela Naval marcó, de hecho, el nacimiento de una generación de valientes, que a través de la historia reciente de México, ha sido ejemplo a seguir por todas las demás promociones que por ahí han transcurrido.

Explicó el heroísmo, como el resultado del cumplimiento del deber más allá de los límites naturales; más adelante de toda concepción de saber recibir órdenes y cumplirlas. El heroísmo para Azueta, era la idea de hacer estallar el entendimiento, haciendo polvo todo lo relativo a la seguridad personal, a los intereses propios, al resguardo de cuestiones particulares, para ofrendarse, para darse al servicio de la idea toral del militar y del ciudadano eje la República, representada por el concepto Patria.

Lealtad y patriotismo, en fórmula inseparable, vertebraron su gestión educativa al frente de la Escuela Naval. Muchos años más tarde, la Nación a través de su Gobierno, concedería el título de Heroica a la Escuela Naval, lo mismo que al Colegio Militar de donde proviene esta última.

En el año de 1949, el Honorable Congreso de la Unión expidió un Decreto, en el que declararon Heroicos al Colegio Militar y a la Escuela Naval Militar por las hazañas de sus alumnos en defensa de la Patria el 13 de septiembre de 1847, cuando el Colegio Militar de Chapultepec se cubre de gloria luchando contra las fuerzas invasoras norteamericanas y el 21 de abril de 1914, fecha de la Gesta de Veracruz; Azueta sembraba... ¡La semilla del heroísmo en los jóvenes corazones de los cadetes!

Sus años en España, sus vivas experiencias en la Escuela Naval de la Península y en la Escuela Especial de Torpedos, serían sus mejores y más eficaces recursos en la integración de una nueva estructura educativa basada en una hipótesis perfectamente definida: cumplimiento del deber; lealtad a las instituciones y patriotismo puro.

Azueta Director, era un hombre que seguía conservando la esbeltez de su cuerpo, recio y lleno de vigor. Su voz era más bien grave y, según relatan quienes lo conocieron en esos años, la sabía matizar, dándole la modulación requerida en cuanto al énfasis y la cadencia en el ritmo.

Era partidario de hablar frecuentemente a los cadetes reunidos en el gran patio central de la Escuela en Veracruz; sus arengas siempre contenían la sustancia de sus ideas, estaban impregnadas de fervor patrio, con un indiscutible y clarísimo acento castrense naval.

Azueta, formado en el glorioso Colegio Militar y en las prestigiadas instituciones del extranjero en su época, había mezclado a la perfección los elementos de uno y otro lugar; es decir, era un Jefe eminentemente académico y profesional que, sin embargo, no parecía, ni mucho menos, europeizado en su personalidad.

Quizá su vasta cultura universal y sobre todo el conocimiento completo que tenía del país y su historia, lo hicieron sentirse orgulloso de su condición de militar mexicano.

Tenía una acendrada concepción de lo que debería ser el militar de la Armada Mexicana; desechaba toda idea de

imitación y trataba de acentuar un nuevo estilo; un estilo propio y nacional, no sólo en el comportamiento, modales y formas expresivas, sino que esto alcanzaba los diseños de los uniformes, lo inherente a los ejercicios y rutinas militares y también a los planes de estudio.

Era creyente de que la formación de todo futuro oficial de la Armada, requería un sólido basamento de cultura nacional, de conocimiento de nuestra historia, de nuestras gestas, de la vida de nuestros héroes.

Pensaba que sólo mediante una vigorosa concepción de nuestro ser nacional, sería posible formar oficiales útiles a la Armada y a México. Por ello constantemente en esas arengas frecuentes en el patio de honor, al término de la diaria revista, Azueta insistía en los rasgos fundamentales de nuestra historia naval. Reiterativamente expresaba a los cadetes los pasajes de nuestro devenir nacional en torno a las cuestiones navales.

En esas fechas Azueta redactó una obra, que no llegó a imprimirse, pero que fue distribuida en forma mecanografiada a los cadetes, que contenía la relación de los hechos más notables que integran nuestra historia marítima.

Siempre que había ocasión, Azueta desmentía a quienes aseguraban que lo "que sucedía es que el país no tiene historia marina" o que "México no ha tenido ninguna relación con el Mar".

La idea de Azueta era que México desde siempre, había mantenido puestos los ojos en el Mar, realizando en las diversas etapas de su proceso, grandes esfuerzos por conquistarlo y hacerlo verdaderamente suyo y que si las cuestiones no marchaban como deberían, era culpa de los tropiezos que el país había tenido a lo largo de su historia, que han frenado su crecimiento, que han impedido su desarrollo, que han obstaculizado su marcha hacia la grandeza material a la que tiene derecho por su glorioso pasado y por el afán sostenido de sus hijos.

Algunas hojas aisladas de ese cuaderno redactado por Azueta, han podido conservarse y ser transcritas y por tratarse de algo que arroja luz sobre su personalidad y sus

íntimas convicciones y apreciaciones sobre nuestro país y su desenvolvimiento, aquí las reproducimos:

(Seguramente que dicho trabajo sería más extenso, pero por desgracia está perdido por acción del tiempo; sin embargo de lo que se conserva, podemos percatarnos que posiblemente se integraba con narraciones sobre los aspectos básicamente navales de México, desde los más antiguos antecedentes en los panoramas inherentes al mar).

“A la orilla del espléndido y magnífico Lago llamado Texcoco, donde los antiguos antepasados aztecas, levantaron lo que con los años fue la soberbia ciudad de Tenochtitlán, más o menos en el año de 1519, existió el primer astillero que hubo en América toda.

“Las fuerzas del conquistador Don Hernando de Cortés, para entonces ya muy numerosas, merced entre otras cosas a que se le sumaron grupos muy grandes de indígenas enemigos de los aztecas, buscaron la mejor forma de asediar a la ciudad prehispánica, valiéndose de transportes para las tropas. Por ello Cortés mandó que se construyeran a las orillas del Lago, varios barcos del tipo “bergantín”, con muy poco calado, para hacer posible llevar a sus hombres hasta la inmensa ciudad lacustre. Según citan algunas crónicas de aquel tiempo, los españoles construyeron entre cinco y siete de estas embarcaciones, las que estaban destinadas, como ha quedado asentado, para llevar a las tropas y desembarcarlas en Tenochtitlán.

“Sin embargo, podemos encontrar en las viejas crónicas, que los bravos hijos del Calmecac, que era la escuela de los guerreros de nuestros antepasados, lograron llegar, por el lado opuesto de la ribera del gran Lago, hasta el sitio donde los cortesanos tenían instalado su astillero y en cosa de unas horas destruyeron los mentados “bergantines”, no quedando de ellos sino las cenizas y los cadáveres de varios españoles junto con los de los indios rebelados contra la autoridad del gran Imperio Azteca.

“Eso nos puede dar una noción muy cierta de que ya en los precisos momentos en que el Imperio de los Aztecas caía y se iniciaba una nueva historia para los mexicanos, los

constructores navales habían aparecido y empezado a construir medianos barcos, por ello podemos sacar en conclusión, de que la historia de las cosas de la navegación en México no es nueva ni mucho menos”.

“Apenas cuatro años de la fecha en que las fuerzas españolas, al mando de Cortés, obtuvieron el triunfo total sobre los aztecas y se dieron a la tarea de fundar lo que sería más tarde la capital de lo que se llamó “Nueva España”, muy posiblemente en lo que hoy conocemos como Salina Cruz, los españoles ayudados ya por los indios, levantaron grandes astilleros que hicieron posible que México, en esos años de la Colonia Española, que ya empezaba, construyera grandes barcos a vela, con capacidad de muchas toneladas de desplazamiento y arqueo. Con esos barcos se empezó a hacer la ruta entre las costas mexicanas del Pacífico y tierras del Oriente, conectando de esta manera, con las llamadas Filipinas, que los españoles conquistaron por esos años.

“Los barcos de ellos, construidos en el litoral de la parte del Océano Pacífico, eran como ha quedado asentado, muy grandes y entre ellos la historia ha recogido el nombre de los más importantes y famosos, para citar el “San Vicente”, “San Lorenzo” y “Santiago”.

“Estos barcos construidos ya en el lejano 1524, fueron famosos en todo el mundo y se debió a la inteligencia de los constructores navales de esos años”.

Muy probablemente este cuaderno que Azueta escribió personalmente destinado como elemento para el aprendizaje, era contenedor de muchos otros fragmentos vibrantes y muy reveladores de nuestro proceso nacional en torno al Mar y sus implicaciones. Se puede presumir, que en esta otra, por datos recogidos por algunas personas que supieron de su existencia, fuera el reflejo de las acciones más relevantes en torno al tema, durante los siglos posteriores al XVI.

Entre los cambios positivos que imprimió en la Escuela Naval, podemos citar el incremento de la Biblioteca, la costumbre de organizar ciclos de conferencias en el plantel, a donde eran invitadas las más señaladas figuras de

la intelectualidad veracruzana, pero, fundamentalmente, la reestructuración del plan de estudios que fue enriquecido notablemente y el aumento de las prácticas a bordo de los barcos de la Armada. Debemos recordar que existía la corbeta "Zaragoza", que precisamente era el barco-escuela de la Armada.

El 15 de septiembre de 1904, asciende a Capitán de Navío, recibiendo su despacho en la Escuela Naval. Conjuntamente con él, en esa ocasión, ascienden sus compañeros de armas, Francisco L. Carrión y Teófilo Genesta, igualmente a Capitanes de Navío.

En 1905, el 23 de mayo, Azueta sale de Veracruz con destino al extranjero. Por instrucciones del Presidente de la República, se embarca a efecto de cumplimentar la aceptación por parte del Gobierno de México, para que un Jefe de la Armada mexicana visitara las instalaciones de la Escuela Naval Americana, en Annapolis.

En esa ocasión Azueta puede contemplar el poderío naval americano y observar el grado de adelanto en todo lo referente a la construcción naval y a los modernos instrumentos bélicos. Muy especialmente llama la atención de Azueta, el Submarino que ya conocía desde su estancia en España, pero ahora lo advierte altamente perfeccionado y de una eficacia en la navegación verdaderamente asombrosa.

Durante esos años, las potencias experimentaban con los submarinos en la guerra ruso-japonesa, lo que logra una rápida evolución del mismo, catalogado ya entonces, como una arma incomparable de destrucción y defensa. Las características del submarino cambian y se mejoran considerablemente, muy principalmente por las exigencias impuestas por su utilización a gran escala.

Para dar una idea más cierta, los alemanes, en momentos en que el Kayser Guillermo II se prepara para la gran contienda mundial, que sobrevendría pocos años después, suma cerca de 400 aparatos listos para entrar en acción.

La idea de Guillermo II era, paralizar por completo la navegación de superficie de las potencias antagónicas; para

ello invierte cuantiosas sumas en estudios y fabricación de unidades.

Sin embargo los submarinos aquel entonces, guardaban una semejanza fundamental. Los había del tipo costero, entre 700 y 900 toneladas. Oceánicos de hasta 2000 toneladas y los llamados "Minadores", caracterizados por desplazar desde 700 hasta 1500 toneladas.

Azueta, siempre inquisitivo y observador, actualiza sus conocimientos sobre esta arma, en ese viaje a los Estados Unidos, aunado todo a sus lecturas relativas a estos asuntos.

Al desembarcar en el vecino país, la prensa da cuenta de un hecho significado en las cuestiones navales: la batalla de Tsushima, librada entre las flotas del Vicealmirante Togo y el Almirante Rodjestvensky; la batalla, quizá la más grande y trascendental en un período de más de cien años, se desarrolla en el Mar de Japón.

Ahí se enfrentan el grueso de la flota del Imperio del Sol Naciente y la Escuadra rusa del mar Báltico.

Azueta, interesado en este hecho singular de la guerra en el Mar, da lectura a todas las informaciones, tales como notas de prensa, editoriales y reportajes. Está cierto de que ésta es la primera gran batalla naval considerada moderna y que, por lo tanto, abre una nueva y hasta entonces desconocida etapa en los anales guerreros marítimos.

Sabedor de las nuevas armas; los torpedos, los submarinos y la potencia de fuego de las unidades de superficie, se hacen conjeturas acerca del futuro de la Marina de Guerra en el mundo.

Estas crónicas que se insertan a continuación, sacudían la conciencia del distinguido navegante de guerra hacia mayo de 1905.

Después de la llamada Acción del Mar Amarillo, la maltrecha flota rusa del extremo Oriente, se mantuvo en la más completa inacción fondeada en Port Arthur.

"Entre tanto, el Gobierno de Moscú, por órdenes del Zar, disponíase a enviar a aguas orientales la flota del

Báltico, ya que la del Mar Negro no podía atravesar los Dardanelos, en virtud de los tratados internacionales”.

“Gracias a una intensa actividad desarrollada en los arsenales del Neva y de Cronstadt, se logró poner en servicio a primeros de agosto de 1904, cuatro acorazados de nuevo y poderoso tipo que debía constituir el núcleo de dicha flota, para mandar la cual, como comandante en jefe, fue designado el Almirante Rodjestvensky, quien hasta el 11 de septiembre no pudo hacerse a la mar en dirección del puerto de Libau, donde debía concentrarse la flota, bautizada con el nombre de Segunda Escuadra del Pacífico”.

“En dicho punto, la parte principal de la misma, que comprendía 7 grandes acorazados, fue reforzada por varios cruceros y numerosas unidades de toda clase, zarpando esta fuerza naval el 15 de octubre con rumbo a los estrechos de acceso al Báltico, que franquearon”.

Rodjestvensky había dado oídos a rumores, probablemente sin fundamento, que aseveraban la presencia en el Mar del Norte de torpederos japoneses disfrazados de mercantes, cuya misión era atacar a la flota rusa a su paso por aquellas aguas, y de aquí que las dotaciones moscovitas, se hallaran en estado de alarma, debiéndose a ello el hecho de haber abierto el fuego, al atravesar el banco Dogger, sobre una inofensiva flotilla de pesqueros ingleses, hundiendo a uno y causando muertos y heridos entre sus tripulaciones, incidente que pudo ser causa de guerra entre la Gran Bretaña y Rusia al no haber ésta prometido reparaciones, concluyendo por someterse el caso al fallo de un arbitraje internacional.

“Entre tanto, Rodjestvensky con su flota traspasaba el Canal de la Mancha, descendió hasta el Golfo de Vizcaya, costeando luego España y Portugal y alcanzó Tánger el 3 de noviembre”.

“Allí, el Almirante en Jefe Ruso, decidió dividir su fuerza de la manera siguiente: envió a la segunda división, que mandaba el Vicealmirante Fölkersham, a través del Mediterráneo para que franqueara el Canal de Suez y siguiera viaje a Oriente, y él descendió con el resto de la flota

a lo largo de la Costa Occidental Africana, fondeando en los puertos de las colonias francesas para reaprovisionarse de combustible”.

“El 19 de diciembre doblaba el cabo de Buena Esperanza y a comienzos de enero, fondeaba en Madagascar, cerca de Tananarive, de donde se trasladó a la Rada de Nossi Bé, en el norte de la isla, reuniéndose ahí con la División de Fölkersham”.

“Entre tanto, una nueva división de cruceros, vapores auxiliares y torpederos había salido de Libau el 7 de noviembre para reforzar a Rodjestvensky, llegando a Nossi Bé y uniéndose ahí a la fuerza principal a inicios del mes de febrero”.

“Como después de alcanzar la base de referencia, tuvo noticia el Almirante ruso de que Port Arthur al fin, rendido a los japoneses, ya no sentía prisa tan acuciante como en la primera parte del viaje y continuó fondeado en Nossi Bé tanto tiempo que dio lugar a la protesta japonesa ante el gobierno francés, por el empleo de la isla africana como base de operaciones contra el Imperio Asiático, por lo que a pesar del trato de favor que la flota rusa recibía en dicha posesión gala, Rodjestvensky zarpó de Nossi Bé el 25 de marzo y al frente de una imponente masa de más de 40 unidades, hizo rumbo hacia el estrecho de Málaga”.

“El 8 de abril pasaba ante Singapur y entraba en el Mar de la China”.

“Rodjestvensky, que con Port Arthur ya en manos japonesas se había propuesto como finalidad conducir su flota hasta Vladivostock, hizo fondear sus buques durante gran parte de abril y primeros días de mayo, en Van Fong puerto de la Indochina francesa, en espera de un nuevo refuerzo procedente de Rusia, compuesto de cuatro viejos acorazados y guardacostas acorazados y un crucero acorazado que, con la denominación de Tercera Escuadra del Pacífico, había partido de Libau el 15 de febrero, al mando del Contralmirante Nebogatoff”.

“El 9 de mayo llegó dicha fuerza a Van Fong, y el 14 del mismo mes zarpaba Rodjestvensky con todas sus

divisiones reunidas, haciendo rumbo al estrecho de Corea, también conocido con el nombre de estrecho de Tsushima por la isla (o grupo de islas) de este nombre que, situadas aproximadamente en el centro del mismo, divídanle en dos canales”.

“El conjunto de fuerzas navales japonesas encargado de oponerse a la Armada Rusa, estaba a las órdenes del Vicealmirante Heichachiro Togo, el más hábil y capaz jefe naval nipón, que ya se había distinguido como Capitán de Navío en la acción del Yalú el año de 1894, y, ostentando el mando superior de la flota japonesa, en la del Mar Amarillo, librada en el año anterior al que nos ocupa”.

“Con su extraordinaria intuición, Togo previo que Rodjestvensky, en su viaje hacia el puerto de Vladivostock pasaría por el estrecho de Corea o Tsushima, prefiriéndole al de Tsugaru -entre Nipón y Yeso- y al de la Pérouse aún más al norte, y fundado en esta suposición fondeó su flota en la Bahía del Masamjo, situada en la costa coreana del estrecho de Tsushima”.

“Durante los primeros meses de 1905, habiendo terminado el asedio de Port Arthur, intensificó la preparación y reacondicionamiento de sus navíos a la vez que cuidaba de que las dotaciones se ejercitaran continuamente a fin de alcanzar un grado de eficiencia difícilmente superable.

“Había establecido un complicado sistema de patrullas de vigilancia, combinada con instalaciones de telegrafía sin hilos para ser avisado de la llegada de Rodjestvensky y de la derrota finalmente elegida por éste, a fin de disponer del tiempo preciso para interponerse con su flota entre los rusos y Vladivostock.

“El 18 enteróse Togo de la partida de sus enemigos de Van Fong. Pero durante los ocho días siguientes careció de noticias, por lo que intensificó las patrullas y los servicios de vigilancia.

“El Almirante ruso había cruzado entre Formosa y las Filipinas, con rumbo a Shangay, puerto frente al cual llegó el 25 de mayo, desembaracándose ahí de la mayor parte de los navíos auxiliares y de transporte, que quedaron fondeados en

Woosung, y él con los navíos de combate y los barcos hospital y barcos taller necesarios para el arsenal de Vladivostock, hizo rumbo el mismo día 25, al atardecer, hacia el estrecho de Tsushima”.

“Las unidades más poderosas, que puede decirse constituían el nervio de la misma, eran 5 acorazados modernos, de ellos los 4 primeros gemelos, botados a partir de 1901: “Kniaz Suvaroff”, “Alejandro III”, “Borodino” y “Orel”, los más recientes (de 13.500 a 13.600 toneladas de desplazamiento) 18 nudos de velocidad máxima, coraza de acero endurecido de 229 mm. de espesor máximo y armamento compuesto por cuatro cañones de 305 mm; en dos torres dobles, a proa y popa, y 12 de 152 mm. y el quinto, el “Oslyabya”, también moderno, botado en 1898 (de 12.670 toneladas, 18 nudos, blindaje de acero endurecido de 229 mm. de espesor máximo y armamento de 4 cañones de 254 mm. y 12 de 152 mm.) seguían luego varios acorazados que podían considerarse ya anticuados: el “Navarin” de 10.200 toneladas, 16 nudos (aunque es probable que no pasara de 12) blindaje de acero corriente de 400 mm. de espesor y armamento de 4 cañones de 305 mm. y 8 de 152 mm; el “Sisoï Veliky”, de 8.880 toneladas, 16 nudos (como el anterior, tal vez no pasara de 12) blindaje en acero corriente de 400 mm. y armamento de 4 cañones de 305 mm. y 6 de 152 mm., y, finalmente, el viejo “Nicolai I”, de unas 9.600 toneladas, 14 nudos, coraza de 350 mm. y armamento de dos cañones de 305 mm. 4 de 230 mm. y 8 de 252 mm.

“Además de los acorazados grandes, la flota del Almirante ruso, comprendía 3 acorazados guardacosta y otros tantos cruceros acorazados”.

“Los primeros eran el “Amiral”, “Atraxin” (4.160 toneladas, 15 nudos, blindaje de 254 mm. y armamento de 3 cañones de 254 mm. y 4 de 152 mm.).

“La flota nipona que se enfrentaría a la Armada reseñada, comprendía 3 escuadras, siendo el barco insignia del Almirante Togo el acorazado “Micaza” de 15.200 toneladas, 18 nudos, blindaje de acero endurecido con espesor de 229 mm. y armado con 4 cañones de 303 mm. y 14

de 152 mm. Además sumaba a los acorazados "Shikishima" y "Fuji", los cruceros acorazados "Kassuga" y "Nisshin".

"Al amanecer, los restos de la otrora gran flota rusa, se hallaban dispersos en el Mar del Japón".

"De los 40 orgullosos buques que componían la fuerza naval rusa, 20 fueron hundidos por los japoneses; 6 acorazados, 1 guardacostas acorazado, 4 cruceros, 1 crucero auxiliar, 4 destructores y 4 buques auxiliares".

"Y 7; 2 acorazados, 2 guardacostas acorazados, 1 destructor y 2 buques auxiliares capturados por los japoneses, cerrando así la Batalla de Tsushima que constituyó una de las más importantes batallas navales comparable a Trafalgar y a Lepanto".

Ahí fue destruida la fuerza naval rusa por completo.

"Este hecho, el más significativo, en su tiempo en lo que a la guerra en el mar se refiere, fue seguido con atención por Azueta, quien lo estudió profundamente. Sus conocimientos perfectamente actualizados sobre las unidades de superficie y submarinas de que disponían las potencias, asombraron a los Jefes Navales de Annápolis, cuando en las diversas reuniones y actos sociales, Azueta expresaba sus puntos de vista sobre el desarrollo de los acontecimientos mundiales.

Jamás un Jefe Militar Naval proveniente de un país con el grado de desarrollo de México, aquellos años, había podido sostener conversaciones científicamente navales, con los altos Jefes y Almirantes norteamericanos. Su cultura y estudio triunfaban en el extranjero, mostrando así, cómo en México se echaban las bases para un distinguido futuro transcurrir.

Especialmente el tema de la batalla de los rusos y los japoneses, capturaba la atención en Annápolis. Como hemos señalado, Azueta la calificó como la primera de las grandes batallas modernas, aludiendo a la de Puerto Arturo como la última de las antiguas.

Los conocimientos de Azueta en la materia, son de asombrar, ya que por esos años la información pública, difundida por los periódicos o las revistas de México, no era

ni con mucho abundante, sobre aspectos específicos como lo referente a la situación de las Armadas en el mundo.

Azueta, merced a sus amistades en España, que eran muchas, entre la Plana Mayor de la Armada, así como por su vocación al conocimiento, pudo mostrarse como el Jefe de la Armada más enterado de su tiempo.

Terminada su comisión en Estados Unidos, retorna al país para incorporarse a la Escuela Naval, donde organiza charlas formales entre los Cadetes y el personal docente, a efecto de intercambiar comentarios y puntos de vista sobre los adelantos en la construcción naval en el mundo.

¡La grandeza de su pensamiento otorgaba grandeza a todas sus acciones!

El 23 de marzo de 1906, marcha a Nueva York, en comisión del servicio, acompañando al General Brigadier Flaviano Paliza; entrega la Dirección de la Escuela, interinamente, al Teniente Mayor Vicente Solache.

En Nueva York participa activamente en el litigio entablado con la firma constructora, a la que el Gobierno de México ordenó la fabricación de dos naves para la Armada.

El 30 de junio de 1906, a bordo del vapor "Mérida", arriba al puerto de Veracruz, en unión del General Flaviano Paliza. El 2 de julio de 1906 dirige una comunicación al Secretario de Guerra y Marina donde le manifiesta... tengo la honra de manifestar a esa respetable Secretaría, que el 29 del próximo pasado llegué a este puerto acompañando al señor General Paliza, por haberse suspendido las audiencias del juicio que se sigue en Nueva York, por el Gobierno mexicano, contra el ex-contratista Nixon y la compañía fiadora con motivo de las faltas al cumplimiento de los contratos de los cañoneros "Tampico" y "Veracruz".

En su mente se hallaba una idea largamente meditada, que tiene relación con sus programas de modernizar la enseñanza en la Escuela Naval, e introducir los factores de enseñanza necesarios para poner a ese plantel a la altura de los más prestigiados del mundo.

La idea trata del tema tan conocido para él, de las armas submarinas; es así como decide presentar la solicitud

a la Secretaría de Guerra y Marina, a efecto de introducir en el plan de estudios, una materia dedicada al análisis de los diversos artefactos bélicos submarinos.

Logrando el acuerdo respectivo, el 21 de julio de 1906, es nombrado por el Departamento de Marina, profesor titular de la materia "Torpedos y Defensas Submarinas", la que imparte durante todo el tiempo en que sirvió en la Escuela Naval.

En enero de 1907, vuelve a ser comisionado para viajar a Nueva York, para tratar el asunto del litigio contra compañías involucradas en unas faltas al cumplimiento de contratos.

Poco antes, el Presidente Porfirio Díaz hizo un viaje a Coatzacoalcos, llamado por ese entonces "Puerto México", con la intención de inaugurar diversas obras que habían sido proyectadas para reforzar el Ferrocarril Transoceánico, construido por la firma "Pearson Ltd." y Azueta fue invitado por el Primer Mandatario para acompañarlo en su recorrido. Por cierto que paralelamente, el Gobierno de Díaz, en conexión con la Alemania de Guillermo II, había artillado el puerto de Salina Cruz con una poderosa Batería de costa, traída en grandes buques de transporte desde Europa, lo cual agradó no sólo a Azueta sino a todo el cuerpo castrense, ya que significaba modernización militar. Una vez terminado su compromiso en Nueva York, a donde viajaba por segunda ocasión a tratar el mismo asunto del litigio, Azueta y el Brigadier Flaviano Paliza, arriban a Veracruz el 18 de abril de 1907, procedentes de La Habana.

"El señor Mateos Moreno, de la Secretaría de Guerra y Marina, dirige un comunicado paralelo a Azueta y al Brigadier Paliza, donde les dice... el Cónsul de México en Nueva York, con oficio de 30 de marzo último, girado bajo el número 26 a esta Respetable Secretaría, da noticias sobre el Informe que presentaron los señores abogados Olcotl, Mestre y González, al señor Embajador de México en Washington, con motivo de la transacción efectuada con el señor Luis Nixon de la "United States Fidelity and Guaranty Co.", en los juicios por falta de cumplimiento en el contrato para la

construcción de los cañoneros ordenados por el Supremo Gobierno.

“Los expresados abogados, en dicho informe, manifiestan que tanto usted, señor General Paliza, como el señor Capitán de Navío Manuel Azueta, por su inteligencia y experiencia como peritos y por su conocimiento de todos los hechos relativos a la construcción y terminación de los referidos barcos, su abnegada atención y constantes servicios, en conexión con la continuación del citado litigio, han sido de valiosa ayuda para ellos y, por último, expresan que sin la presencia personal de ustedes no hubieran sido coronados, de buen éxito, los esfuerzos de los repetidos abogados. Por todo lo cual esta Secretaría de Guerra y Marina, manifiesta a usted que ha visto con agrado la terminación de este asunto y le da las gracias por sus servicios, lo mismo que al Capitán de Fragata Manuel Azuela”.

Después de concluida esta comisión, que requirió de todo su esfuerzo y detenimiento, en lo que representó el largo proceso judicial, Azueta, el 23 de junio de 1907, disfruta de un mes de vacaciones; del cual disfruta de 5 días en Coatzacoalcos y el resto en el Estado de Virginia, Estados Unidos, donde tiene la ocasión de visitar la gran exposición naval de Jamestown.

Aprovecha que todo el personal de la Escuela se halla embarcado cumpliendo con un viaje de prácticas. A su regreso, el día 2 de octubre de 1907, aborda el Ferrocarril Mexicano, atendiendo una invitación del Secretario de Relaciones Exteriores, para asistir al banquete oficial que el Gobierno de México ofrecería al Secretario de Estado de los Estados Unidos, señor Root. El banquete fue servido en Chapultepec.

Nuevamente el Gobierno de la República se fija en Azueta para confiarle una misión en el extranjero, en mayo de 1908.

Se trata de que marche a Inglaterra, a recibir y conducir al país, el transporte de guerra “General Guerrero”, construido por los astilleros de “Barrow in Furness”.

Para el cumplimiento de su misión, entregó la Dirección de la Escuela Naval, en forma interina, al Capitán de Fragata Manuel Trujillo.

Una comunicación -que insertamos, a manera de asunto curioso, en lo que toca a pesos y centavos- es dirigida por Azueta desde Inglaterra a la Secretaría de Guerra y Marina... "que la Agencia Financiera de México en Londres le suministró, por cuenta de sus haberes y asignaciones, del presente mes de julio; \$ 907.98, en lugar de \$ 947.98. Por lo que suplica se le manden pagar los 40.00 que recibió de menos".

Dos días después la Secretaría contesta, a través de G. Cosío: "Capitán de Fragata Manuel Azueta, Comandante Interino del cañonero "General Guerrero". "Barrow in fourness", Inglaterra.- Debido a un error contable se le mandó situar \$ 907.98 en lugar de \$ 947.98 que le corresponden por sus haberes y asignaciones y para subsanar dicho error, se expidió el día 23 un cable a Londres, al Agente Financiero de México, con objeto de que se paguen a usted, los \$ 40.00 de diferencia que con justicia reclama".

Por esas fechas se instala una Estación de Lanzamiento de Torpedos anexa al Arsenal Nacional en el puerto de Veracruz, en cuyo proyecto tuvo una importante participación Azueta, quien recomendó para su uso -la Estación más que nada estaba destinada a la instrucción- el torpedo del tipo "Whitehaed".

El regreso de Inglaterra, reviste para él una especial significación, lo mismo que para todos los hombres que integraban la dotación interina del buque, ya que las instrucciones recibidas eran en el sentido de hacer entrega del "General Guerrero" en el puerto de Salina Cruz y así Azueta, cruza por primera vez el recientemente abierto Canal de Panamá.

En este recorrido visita Amapala, Honduras y Buenos Aires, Argentina, así como varios puertos de Chile en el litoral del Pacífico hasta arribar a Salina Cruz. Anteriormente había hecho una escala en Las Palmas, Gran Canaria.

El día 10 de julio de 1909, entrega el mando del "General Guerrero" al Capitán de Fragata Hilario Rodríguez Malpica y por la vía transoceánica, hace el viaje de regreso a Veracruz, tocando desde luego Coatzacoalcos que como hemos dicho, por esas fechas recibía el nombre de "Puerto México".

En atención a su rango y personalidad, el Ferrocarril de Tehuantepec, ofrece gratuitamente a Azueta un pase libre, en primera clase, para realizar el viaje.

Ya en Veracruz asume de nuevo la Dirección de la Escuela Naval, que le es entregada por el Capitán de Navío Agustín Sendero. Aquí referiremos unos hechos altamente significativos, consumados por un compañero de armas de Manuel Azueta. En ese mismo año, hacia noviembre, el Capitán de Fragata Hilario Rodríguez Malpica, recibe una comisión, expresamente conferida por el Presidente Porfirio Díaz; se trataba de un asunto de carácter internacional y en extremo riesgoso y delicado.

La comisión consistía en llegar por Mar a Nicaragua -en esos momentos convulsionada, por un cruento golpe de Estado- atracar en el Puerto de Corinto, desembarcar y hacer contacto con el señor General José Santos Zelaya, recientemente depuesto por un cuartelazo de serias implicaciones internacionales, y finalmente, conducirlo, prestándole la seguridad necesaria, a un buque de la Armada Nacional, para llevarlo al puerto de Salina Cruz en el Estado de Oaxaca.

La misión conferida por decisión presidencial a Rodríguez Malpica, se inicia a mediados de diciembre de 1909; para entonces tiene el mando del cañonero "General Guerrero", el que aborda en Salina Cruz.

Llega al puerto de Corinto y de inmediato se dirige acompañado por sus hombres al Consulado Alemán, donde se encontraba asilado el ex-Presidente Zelaya.

Parece ser, según la coincidencia de todos los informes al respecto, que una partida de militares norteamericanos tenía la encomienda de mantener estrecha vigilancia sobre el edificio ocupado por el Consulado Alemán

en Corinto, a efecto de impedir el acceso a personas ajenas, o simplemente, con la intención de incomunicar al ex-Presidente Zelaya.

La corriente eléctrica fue cortada, así como todo medio que permitiera el enlace entre el asilado y el exterior.

El edificio del Consulado Alemán, se hallaba a unas 8 calles del muelle de Corinto; para llegar se tenía que trasponer una plaza, entonces nutrida de militares norteamericanos.

La comitiva mexicana cruzó el parque ante las miradas inquisitivas de los extranjeros, que ante su presencia, realizaron diversos movimientos, mismos que culminaron en formar dos pelotones a cada extremo de la calle "La Libertad", sobre la cual, a pocos metros, se hallaba el mencionado Consulado y, extendiendo una gran bandera norteamericana al centro de la calle, impedían el paso, no dejando ningún espacio libre por motivo de la formación de los pelotones.

La maniobra fue ejecutada delante de los mexicanos que con paso seguro seguían a su jefe.

Rodríguez Malpica, impertérrito, avanzó hasta situarse al pie de la bandera aludida y desenvainando la espada en actitud de mando, ordenó con voz estentórea... ¡Alto!

Enseguida hizo el saludo militar -seguido de todos sus hombres y dirigiéndolos con los ojos, dispuso que la enseña de las barras y las estrellas fuera levantada para ser doblada con sumo cuidado y en actitud militar solemne.

Una vez doblada la bandera, uno de sus oficiales "haciendo sonar sus tacones", entregó la bandera a Rodríguez Malpica quien, con ademán por demás seguro y gallardo, la entregó a un militar norteamericano, que no tuvo más remedio que recibirla en sus manos.

Acto seguido continuó su marcha al lugar donde se hallaba Zelaya, que a través de la ventana presencié todos los pormenores de la escena.

Ya sin ningún tropiezo condujo a Zelaya a bordo del "General Guerrero", con destino a Salina Cruz.

El 26 de septiembre de 1911, Manuel Azueta es nombrado Director del Arsenal Nacional, por lo que entrega definitivamente la Dirección de la Escuela Naval al Capitán de Fragata José Servín, concluyendo así una etapa de su fructífera vida al servicio de la Armada y del país. Tanto su nombramiento, como la entrega del Plantel, tienen efectos a partir del 1o. de octubre del año citado.

Al dejar esta comisión, que con tanto esfuerzo y carácter asumió y desempeñó, Azueta es transferido a diversos cargos y se le encomiendan nuevas misiones de interés e importancia, mismas que reseñaremos más adelante.

Manuel Azueta como el más brillante de los Marineros de Guerra de su tiempo, antes destacado Cadete del Colegio Militar y aventajado Guardia Marina en la Armada Española; joven intrépido y voluntarioso que obtiene franquicia para adentrarse en el Viejo Mundo, en los más profundos y ricos pozos del conocimiento militar de su época, destaca con estatura elevadísima, no sólo entre los miembros de su antigüedad, sino que, por sus merecimientos y notables méritos, alcanza, sin duda, un nivel prominente entre los personajes de México de postrimerías del XIX y principios del XX.

Pero, para ser justos en nuestra valorización, deberemos contemplarlo no exclusivamente en el marco, formado por sus tantos y variados servicios a las armas, o a través de la relación de la infinidad de importantes comisiones que desempeñó con inteligencia, tacto, firmeza y gallardía en provecho de la Nación; hemos de percatarnos de que su figura es la de un gran iniciador de obras trascendentes en la historia del desenvolvimiento de México. Él fue sembrador y Adalid.

Como responsable de la educación naval militar, él es quien echa las sólidas bases que han servido a través del tiempo, para que hayamos podido sustentar la estrategia tendiente al mantenimiento y paulatino fortalecimiento de la fuerza marítima militar encargada de velar por nuestra

soberanía y guardar para el país, los recursos contenidos en los mares que le son propios a la Nación.

Francamente, a través del estudio de su trayectoria y valiéndonos de los testimonios documentales y referidos aquí expuestos, llegamos a la posesión de una certidumbre total: Azueta fue el gran visionario de la Marina de México, que pudo penetrar en el horizonte del futuro para predecir lo que llegaría más tarde y proponer las formas operativas, que puestas al servicio del país y manejadas por hombres capacitados en grado superior, pudieran hacer frente a nuevas y no avizoradas, más que por él, etapas de ensanchamiento nacional, como en los órdenes del desarrollo marítimo que fueron su genial especialidad.

Propuso la división de las fuerzas armadas terrestres y marítimas; sugirió la necesidad de instalar una Dependencia específica para hacerse cargo de los asuntos concernientes al Mar; participó en los proyectos para la creación de la Escuela Naval; echó las bases para su cabal desarrollo, modificando su plan de estudios y actualizándolo, al nivel de los más prestigiados y avanzados planteles del mundo.

Y... aún falta la descripción de los hechos en que se convirtió, para siempre, en el más alto símbolo que pueda tener la Armada de México, en lo que es inherente a la más alta concepción del patriotismo y del amor por México.

Al alcanzar dimensión enorme por su heroísmo, Azueta gana un sitio al lado de los ocupantes del laureado y glorioso templo de la Patria...

Después del 21 de abril, su figura ennoblecida y agigantada, alcanza las cimas altas de la veneración popular. Como ha quedado claro, en la serie de testimonios de su vida y obra, fue un distinguido ciudadano de la República y un militar sin mácula.

De la lealtad hizo su oriflama; de sus servicios a la República, la razón de su existencia. Un Jefe no europeizado, enemigo de las formas petulantes y despreciativo de las maneras de imitación a lo extranjero. Su pensamiento,

impregnado de amor por México y su pueblo, lo hicieron un preclaro servidor de la República y del pueblo.

Sus planes de expansión de la Escuela Naval, apenas puestos en práctica, contemplaban la formación de una Escuela de 1000 alumnos, arrancados de todas las clases sociales; altas, medianas y populares.

Sabedor de los esfuerzos nacionales en los campos de la Educación, su intención sostenida siempre, fue dar cabida en la Escuela Naval, a los jóvenes provenientes de los estratos que de manera más ventajosa pudieran recibir los beneficios de una educación que no costaba.

Sus intenciones estuvieron en hacer crecer la Escuela, para convertirla en un foco luminoso que aglutinará a los jóvenes provenientes de todo el país.

Su mente era amplia como lo fue su espíritu... nunca cerrado a nada ni a nadie. La esperanza de Azueta era la diversificación y el crecimiento de la Armada... lejos de adoptar actitudes para constreñir, lo que genera el fenómeno ostracista del elitismo, Azueta hombre fuerte y amante de la fuerza, deseaba el crecimiento.

Ciertamente, lo pequeño y cerrado es débil; lo que está abierto se vuelve grande y al poco tiempo es fuerte e importante. En un universo naval expandido, abierto, el orden estaría en los grados de preparación; en las formas de desempeñarse con capacidad y llegando hasta las fronteras mismas de las facultades; por ello insistió tanto en que México tuviera una Escuela Naval, que sirviera de plataforma para la configuración de una poderosa Armada y un magnífico desarrollo de los asuntos relativos al Mar.

¡Porque Azuela fue un gran Marino, un Héroe y un Pensador!

CAPITULO VI

LA CIRCUNSTANCIA Y SUS CONTEMPORÁNEOS

1897-1910

Harto difícil y complicada es la circunstancia que le correspondió vivir a Azueta, a partir de 1891, en que el país se debate en una maraña de ambiciones, descontentos, frustraciones y reclamos populares, al anunciar Porfirio Díaz, su decisión de continuar en el Poder un período más.

Para ese entonces, muy posiblemente se inició el principio del derrumbe de la imagen del otrora caudillo de masas, distinguido Jefe del Ejército y autor de la pacificación y de la vertebración material infraestructural de México. El deterioro de su imagen pública, empieza, cuando Díaz se aferra al Poder; cuando surge en su figura política, el padecimiento artrítico que había de entumecer sus movimientos, hasta convertirlo en el odiado Dictador.

Díaz; caudillo, guerrero, pacificador progresista y Presidente popular, deslava su proyección, cuando se rodea de grupos ansiosos de edificar las "castas de privilegio".

En ese apartamiento de la raíz popular, de donde provenía y a la que sirvió y se mantuvo ligado desde sus primeros años, Porfirio Díaz pierde el cabo que lo unía con su origen social, mismo que representaba el pilar de su fuerza; el basamento de su mando omnímodo y más todavía su inspiración y el nutriente de su poder anímico.

Al distanciarse del pueblo y envolverse en una corte de patraña, significada por los hambrientos de privilegios clasistas, Díaz marchando ya contra los dictados de la historia, indiscutiblemente zanja con cada acción y movimiento, la tumba del llamado "Porfirismo".

Aquellos "Tiempos de Don Porfirio", se vuelven contaminados y por un simple mecanismo de descomposición de los factores del mando y los elementos del Poder, que se

muestran paulatinamente desequilibrados, su época se torna insolente y despiadada.

Embriagado por las alabanzas, ciego ante la realidad, asume actitudes "seráficas", convencido de que su presencia en el Poder Supremo, causaba el regocijo y la más grande admiración de su pueblo. ¡Cuan equivocado estaba, el ya viejo gobernante!

Las delicias de su "corte", la sensacional feria de lisonjas, le provocaron, el más grave padecimiento que puede aquejar a quien posea el mando: ¡Ceguera Histórica!

Los últimos años del siglo XIX marcharon con una velocidad de verdadero vértigo, que no permitían por ningún concepto guardar posturas o siquiera apariencias del pasado.

Una etapa terminaba y otra comenzaba.

Jorge Vera Estañol, en sus trabajos sobre la Revolución Mexicana y sus antecedentes y orígenes dejó escrito, su apreciación sobre esos años en que gobernó el país Porfirio Díaz.

Vera Estañol, conocedor de esa circunstancia, asevera que el llamado "Porfiriato", que va de 1876 a 1911, se inició con la toma del Poder de lo que él llama "el Gobierno Tuxtepecano", que va del año de 1876 en que derroca a Sebastián Lerdo de Tejada, hasta 1880.

La gestación porfirista, de lo que cabalmente podríamos calificar como el período de los grandes avances nacionales materiales, se contempla de 1880 a 1884; estos años Díaz confía el Poder a su fiel y entrañable amigo y compañero, Don Manuel González, que sigue matemáticamente los dictados del hombre de Oaxaca, provocando los programas de infraestructura del país, en lo referente a caminos, banca, ferrocarriles, puertos y otros muchos.

De 1884 a 1900, Vera Estañol llama la etapa del desarrollo y la culminación del "Porfiriato". Sin embargo, más bien podemos decir, a la distancia de los años y valiéndonos de los tantos estudios y juicios que sobre este particular se han logrado, que el verdadero desarrollo

progresista y firme popularmente, de los tiempos porfiristas, se inicia en 1884 y culmina en 1890.

A partir de ese año, al anunciar Díaz su permanencia en el Poder, se inicia, como hemos expresado, la fermentación social y política que lo derrumba estrepitosamente años más tarde, ya entrado el siglo XX.

Al asumir Díaz la Presidencia de la República por primera ocasión, llegó a la cima del mando con una aureola luminosa de triunfador republicano. La gente no olvidaba, sino antes bien, tenía muy presentes en el pensamiento sus acciones más notables contra los franceses intervencionistas y sus altos servicios para la restauración del orden republicano.

Vencedor en Miahuatlán y en La Carbonera, atacante de Puebla y de la ciudad de México contra las fuerzas napoleónicas y conservadoras, Díaz adquirió, por sus méritos en campaña, un lugar muy cotizado en la admiración y la simpatía populares.

Sin embargo por aquellos tiempos, en que asalta el Poder, en manos de Lerdo, había otras figuras prominentes, que en cierta forma acarreaban los efectos de dividir, en segmentos geográficos; por ejemplo los más relevantes, quizá, fueron Vicente Riva Palacio en la región de Michoacán; Ramón Corona en Occidente y Mariano Escobedo en la zona de los estados nortños.

El talento político de Díaz, hace posible la configuración de la fuerza de mando con todos ellos; así, incluye en su Gabinete a Justo Benítez -que mostraba gran influencia entre los altos jefes militares, en el Clero y la oligarquía de entonces- Protasio Tagle, manejador de un importante grupo de opinión, Carlos Pacheco, Ignacio Vallarla, Pedro Ogazón, Mariano Escobedo y Vicente Riva Palacio.

A Ramón Corona lo nombra poco después Embajador Plenipotenciario en el Reino de España (Azueta ahí lo conoce y éste le otorga su apoyo para la realización de sus ambiciosos planes de estudios en España).

Así integra su primer camarilla para el manejo del Poder y desplaza su acción hacia la construcción de las grandes obras, que empalan a México con la realidad histórica de su tiempo en los aspectos materiales.

Los ferrocarriles fueron uno de los objetivos privativos de la acción general de Gobierno; a través de ellos vinculó el país al centro del poder y del suministro de los bienes de capital. Los puertos merecieron una especial atención, así como las fuentes de recursos naturales como la minería.

Todo marchaba a la perfección, menos el aspecto meramente social. A Díaz y a los porfiristas, empeñados en hacer prosperar las ramas de producción que estaban consolidando, afanados en crear riqueza, más tarde abandonaron la idea de repartirla con equidad.

Fue así como se erigió una inmensa montaña de bienes, de obras y de oro, donde, en la cúspide habitaban los privilegiados y a medida que la montaña crecía veían más distantes a quienes se quedaron en la superficie simple de la tierra mexicana, es decir, a las mayorías nacionales.

Entre las obras y los planes, los proyectos y los programas, no estaba incluido ninguno que hablara de la existencia de una línea de Gobierno tendiente a estimular y atender a las clases desheredadas.

El pragmatismo absoluto del "Porfiriato", fue la causa de su total destrucción. Ciertamente una de las diferencias fundamentales de carácter administrativo, entre el Gobierno de Díaz junto con el espurio de Huerta, y los emanados -todos- de la Revolución Constitucionalista, es la existencia sostenida, de una bien definida línea de Gobierno tendiente a auxiliar y tratar de redimir a las mayorías marginadas, cuya pobreza las aísla del marco de progreso y de sus implícitos beneficios.

Pero volviendo a las fechas en que empieza el deterioro del "Porfiriato", o sea 1901, podemos citar a los precursores del gran movimiento social que advino más tarde.

Entre ellos, en lugar preponderante debemos mencionar a Ricardo Flores Magón, por esos días refugiado político en los Estados Unidos. Asimismo, el Doctor Ignacio Martínez, que fue elegido candidato de la oposición a la Presidencia de la República, en contra de Porfirio Díaz.

Después del resultado de las elecciones, obviamente aplastantemente favorables a Díaz, el Doctor Martínez fue obligado a salir del país, fijando su residencia en Laredo, Texas, donde poco después fue muerto a tiros por un desconocido jinete, que más tarde se pudo comprobar, que una vez asesinado Martínez, cruzó la frontera hacia territorio mexicano, refugiándose en un cuartel del lado mexicano.

Ese día pondría un telegrama al entonces Gobernador porfirista de Nuevo León, donde le decía: "... su orden ha sido obedecida".

Esos años difíciles, que tocaron en suerte para el desarrollo de la existencia de Manuel Azueta, marcaron la fundación del Partido Liberal, más bien la reinstalación de ese partido que ya había figurado con prominentes perfiles durante los años de Benito Juárez.

En 1900, cuando el "Sistema" comandado por Porfirio Díaz había barrido toda posibilidad de oposición a su reiterada candidatura a la Presidencia de la República, se originó en la ciudad de París, una delatora declaración a la prensa, por parte del Obispo de San Luis Potosí, que dijo "a pesar de la Constitución y las Leyes mexicanas, la Iglesia del Señor se encuentra en una situación muy floreciente y satisfactoria".

Este síntoma inequívocamente marcador de una etapa regresiva en la vida política del país, movió a un abultado grupo de ciudadanos a reinstalar el Partido Liberal Mexicano. En menos de 5 meses, pasada la mencionada declaración del Obispo, en París, nacieron más de 125 clubes liberales a lo largo del país. Gente de acción en toda la República fundó más de 50 periódicos y se convocó a una magna asamblea republicana liberal en la ciudad, precisamente, de San Luis Potosí.

J.K. Turner, en su trabajo sobre los Precursores de la Revolución Mexicana, examinó el estado de cosas de esos años en México y publicó la lista de los principales cabecillas liberales antiporfiristas, sacrificados y perseguidos por Porfirio Díaz.

¡Era la metamorfosis, del caudillo popular, en implacable Dictador!

Turner da cuenta de esos dolorosos pasajes para la democracia en México, hacia los inicios del siglo XX:

“Durante la agitación liberal muchos de los más conocidos escritores de México cayeron a manos de asesinos”.

Entre ellos, Jesús Valdez de Mazatlán, Sinaloa, por haber escrito artículos contra el despotismo, una noche que caminaba del teatro a su casa, en compañía de su esposa, con quien se había casado hacía poco tiempo, fue atacado por varios hombres que lo mataron a cuchilladas.

En Tampico, en 1902, Vicente Rivero Echegaray, periodista, se atrevió a criticar los actos del Presidente; fue muerto de noche, a balazos, cuando abría la puerta de su casa. En la misma época, Jesús Olmos y Contreras, periodista del Estado de Puebla, publicó algunos artículos en los que denunció un supuesto hecho licencioso del Gobernador Martínez, después, dos amigos del Gobernador invitaron a Contreras a cenar; cuando caminaban por la calle, los tres del brazo -el escritor en medio-, de repente cayeron sobre él por la espalda varios asaltantes; los falsos amigos sujetaron fuertemente a Contreras hasta que éste cayó a consecuencia de los golpes; una vez caído, los asesinos usaron una piedra pesada para machacar la cabeza de su víctima, de manera que la identificación fuera imposible.

En Mérida, Yucatán, en diciembre de 1905, el escritor Abelardo Ancona protestó contra la reelección del Gobernador Olegario Molina, fue conducido a la cárcel donde lo mataron a tiros y cuchilladas.

En 1907 el escritor Agustín Tovar, murió envenenado en la cárcel de Belén. Jesús Martínez Camón, notable artista y periodista y Alberto Arana, escritor, salieron de Belén para morir en un hospital. El Doctor Juan de la Peña, director de

un periódico liberal, murió en la prisión militar de San Juan de Ulúa.

Juan Sarabia, periodista bien conocido, también estuvo recluido allí, y se supuso por largo tiempo, que ahí había muerto; pero después se pudo saber que sus amigos tuvieron noticias de él.

Daniel Cabrera, uno de los más viejos periodistas liberales, estaba inválido y muchas veces lo llevaron a la cárcel en camilla.

El profesor Luis Toro, periodista de San Luis Potosí, fue detenido y apaleado tan duramente en la prisión, que acabaron con matarlo. En la misma prisión, Primo Feliciano Velásquez, abogado, Director de "El Estandarte", fue golpeado de modo tan brutal que quedó inválido para toda la vida.

Otro abogado y periodista, Francisco de P. Morales, fue azotado en la ciudad de Monterrey por escribir contra el gobierno en su periódico "La Defensa". En Guanajuato fue golpeado José R. Granados, director de "El Barretero". En Mapimi, Durango, el abogado Francisco A. Luna fue golpeado y herido a cuchilladas por escribir contra el Gobierno.

Esta relación de hombres y de hechos violentos de pura represión, contra el pueblo y sus ideas, mostraba el panorama nacional en esos años que hemos calificado como "difíciles", en que Manuel Azueta servía a la Nación, integrado a la Armada Nacional.

Muy seguramente su pensamiento de hombre de cultura, de acucioso investigador, de ser sensible a la literatura y la poesía, de viajero infatigable por extensas zonas del mundo, motivaron duras reflexiones en él.

Siendo Azueta integrante, por ligas del servicio y por condición castrense, lo mismo que por edad, del viejo orden, fue un mexicano que en ninguna de sus partes activas, operativas, ideológicas o de mero pensamiento se semejaba a la caduca estructura.

Las razones de esta diferencia fundamental entre Azueta y los tiempos que le tocaron vivir, representados por

el languidecimiento del Porfirismo, son muy fáciles de encontrar en un análisis de su personalidad, en oposición a los rasgos de la Dictadura.

Azueta fue visionario.

La Dictadura se autodestruye y se eclipsa para siempre, justamente por su ceguera; por su nula facultad de otear el horizonte por venir.

Azueta fue un aspirante -y lo demuestra el estudio de su vida como funcionario naval- a que México tuviera una Armada no elitista sino abierta a todos, con la idea de que eso generaría su grandeza.

La Dictadura, ofuscada por la vanagloria citadina y los frecuentes viajes para visitar a las oligarquías europeas, guardaba la rigidez extrema, en el sentido de mantener unas fuerzas armadas de tierra y mar eminentemente clasistas y cerradas a la participación popular.

Azueta, plantea, al lado de distinguidos mexicanos como el Brigadier José María de la Vega y Manuel E. Izaguirre, la división de las fuerzas en el aspecto docente y educativo, a efecto de que la instalación de la Escuela Naval Militar, fuera el semillero de la expansión de la Armada, en base a programas de estudios avanzados y con la vertebración de disciplinas sobre aspectos modernos y desconocidos aquí, como el estudio del arma del torpedo y toda la ciencia bélica de los inventos submarinos. La idea era darle un soporte a la intención de generar una Armada Nacional fuerte y llena de vigor

La Dictadura siempre pretendió -y queda demostrado en sus proceder al respecto- mantener la educación en términos modestos y nunca acrecentar el cúmulo de conocimientos para el aprendizaje, como malsana estrategia para el sostenimiento del "statu-Quo". Azueta, formado en el Colegio Militar -donde remacha sus ideas patrióticas y nacionalistas- y en los altos centros de estudio del extranjero, fue despreciativo de las formas de imitación de todo lo que fueran estilos extraños a nuestro ser nacional, costumbres y sello nacional. Evitaba cualquier imitación de lo extranjero; por ello imprimió cambios en la ordenanza naval militar, en

los modos de comportamiento y en los uniformes, recalcando en la enseñanza a los cadetes, un estilo de ser nacional mexicano, puesto que ambicionaba la creación de una Armada, como la actual, con indeleble y orgulloso sello mexicano.

La Dictadura precisamente era lo contrario, ya que se insistía en la adopción de modales, costumbres, prácticas y estilos extranjeros, fundamentalmente europeos y claramente franceses, predominando el extranjerismo más insolente y el desprecio más intolerante a todo lo que fuera propio al país. La Dictadura borró, o lo quiso hacer, nuestras mejores tradiciones, nuestra artesanía, nuestras danzas, pintura, literatura y antecedentes del glorioso pasado.

En suma, siendo Manuel Azueta un mexicano al que le correspondió vivir toda la larga etapa del "Porfiriato", no fue, en nada, partícipe de las ideas que a éste animaban, figurando por lo tanto, como un ciudadano emancipador, dentro de la propia estructura, al poner en marcha, desde el principio, un vasto programa que contemplaba ideas avanzadas y ciertamente de vanguardia en esos años difíciles para el país.

Innovador, sembrador, educador, no podía padecer el contagio de los caducos, de los que terminaban, cuando él, justamente empezaba...

En un México que estructuralmente languidecía, Azueta se contempla como el iniciador de una faceta interesante e importante, que por él y sus obras, empezaba a gestarse y tendría pleno desarrollo y cabal cumplimiento al advenir el nuevo orden, o sea, los años de constitucionalismo revolucionario, que derrumbó las fachadas carcomidas y erigió los edificios sólidos, inmovibles y también fuertes y poderosos de las Instituciones Nacionales Revolucionarias y Nacionalistas.

Para 1900, Porfirio Díaz, ya de 70 años y con el rostro y el alma endurecidos por haber iniciado la represión tremenda y aplastante con el fin de llevar a cabo sus propósitos -ya de mera vanagloria personalista y de su camarilla de privilegiados- distaba mucho del gallardo

gobernante, de "pelo y bigote negro", amado por su pueblo, seguro de su poder -porque se sustentaba en las fuerzas mayoritarias- que contemplara Manuel Azueta en sus años de cadete del Colegio Militar de Chapultepec, que como hemos explicado, se hallaba justo en el mismo lugar donde residía el Presídeme de la República.

Azueta, Marino de Guerra hasta la médula, de recia conciencia de los deberes militares, nunca incursionó en política, dedicándose íntegramente al servicio de la Nación, a través de su entrega a la Armada.

Sabedor del deber ineludible de la lealtad, como Marino de Guerra, supo mantenerse libre de tentaciones, que a tantos otros militares como Huerta y Blanquet hicieron caer en la degradación más infámame y dedicar su vida en esos años, de antes y después de la caída de Porfirio Díaz, a los honrosos menesteres de cumplir con las misiones que la Nación le encomendaba y que fueron en su momento, el pie fundador de muchas facetas de nuestra estructura naval posterior.

Pensador y visionario, lejos de ocuparse en "componendas" o por otra parte vistas las cosas, en vasallaje, prefirió caminar por el camino honrado de la lealtad y del estricto cumplimiento del deber.

Jamás participó en aquella época en acciones de represión popular, sino por el contrario sus servicios estuvieron encuadrados en las más importantes comisiones en provecho del país -no de la Dictadura- ya que su acción siempre fértil, no llevaba la instantaneidad, que busca recompensa, de hacer para el que manda y hacerlo para su halago, sino que sus obras fueron de carácter permanente como todo lo que se fragua para el futuro, para el servicio de lo que vendrá después.

Otra de las diferencias, que de manera abismal separan a Azueta del proceder y pensamiento del viejo orden, es la idea del ilustre marino mexicano, en lo tocante a los castigos corporales y el confinamiento; durante toda su carrera, tanto a bordo, como en los cargos de tierra y en la Dirección de la Escuela Naval Militar, canceló estas

prácticas por considerarlas atentatorias a la dignidad humana y contra natura las más tremendas.

En cambio el "Porfiriato" hizo de estos procederes, una costumbre sostenida y una "razón de Estado", contra la que nada ni nadie tenía la mínima posibilidad de resistencia.

La impresionante prisión instalada en San Juan de Ulúa, produjo la renovación de los tiempos más despiadados de la Colonia, en cuanto a los castigos para los enemigos ideológicos de Porfirio Díaz. San Juan de Ulúa, como cárcel del "Porfiriato", definitivamente ocupa un lugar en la triste y siniestra relación de las prisiones e instalaciones para la tortura del ser humano.

San Juan de Ulúa en esos tiempos, está al lado de los castillos de Santa Catalina y de Montjuich, en España, al lado de los Spielberg, de Nuremberg, existente en el pasado en Austria y Alemania, respectivamente. Lo mismo las siniestras torres de Londres y de Nesle, en Inglaterra, o los horribles y tétricos subterráneos de Sant' Angelo, en Roma; los "plomos" o "aposentos" del Palacio Ducal de Venecia y las mazmorras de la isla italiana de Murano.

Al lado de las cárceles francesas de la Roquette, de Bicétre, de Salpétriére o de la espantosa Bastilla de los luises; al lado de todas estas instituciones creadas por el temor y el odio, para el castigo inclemente de los hombres, podemos situar a San Juan de Ulúa, en los años del "Porfiriato".

San Juan de Ulúa porfirista, estuvo en el marco -así lo podemos contemplar- en que se sitúan, históricamente, los presidios militares de Oran en Argelia, de Ceuta, Badajoz, Toledo y Pamplona en España y de Tolón en Francia; las infames fortalezas de Fenestrelle, en los Alpes o la Isla del Diablo en la Guyana Francesa o las gélidas e inhumanas estepas de Siberia.

En este terrorífico marco se encuadra San Juan de Ulúa en los... "tiempos de Don Porfirio", que por eso mismo, cuando contemplamos la cruda realidad de entonces, es cuando vemos el enfoque de las cosas, el romántico -y entre suspiros y coplas españolas dicho- "aquellos tiempos de Don

Porfirio”, expresado por quienes vieron las cosas a través del postín metropolitano, de los encajes y las sedas de las cupletistas y “bataclaneras” de los teatros Principal y Colón y, por otra parte, el enfoque de la historia, a través de asuntos tan tristes y degradantes como San Juan de Ulúa.

Díaz resucita la Santa Inquisición, con sus mismos macabros perfiles, mediante San Juan de Ulúa, el Castillo de San Carlos de Perote, el Territorio de Quintana Roo y su “invento” de campo de concentración, denominado Valle Nacional.

Azueta, es el primero que propone el fin de los castigos corporales y el indefinido confinamiento, substituidos por formas surgidas del entendimiento, en base a las disciplinas, entonces nacientes, del estudio de la mente, sus conflictos y sus potencialidades y, sobre todo, mediante la exaltación del humanismo puro.

Por otra parte, el “Porfiriato”, inclemente mantenedor de las más bastardas maneras de tortura y de dolor físico para los infelices, que por el pecado de sus ideas sociales, tuvieron la desgracia fatal de caer presos en las cárceles de los años del oprobio.

El Partido Liberal reorganizado en 1900, al rayar el siglo XX, imprime en la clandestinidad un Manifiesto a la Nación en donde explica y denuncia:

“Todo partido político que lucha por alcanzar influencia efectiva en la dirección de los negocios públicos de su país, está obligado a declarar ante el pueblo, en forma clara y precisa, cuáles son los ideales porque lucha y cuál es el programa que se propone llevar a la práctica, en caso de ser favorecido con la victoria.

Este deber puede considerarse hasta como conveniencia para los partidos honrados, pues siendo sus propósitos justos y benéficos, atraerán indudablemente las simpatías de muchos ciudadanos que para sostenerlos, se adherirán al partido que en tales propósitos se inspira.

El Partido Liberal, dispersado por las constantes persecuciones de la Dictadura, débil, casi agonizante por

mucho tiempo, ha logrado rehacerse y hoy rápidamente se organiza.

El Partido Liberal lucha contra el despotismo reinante hoy en nuestra Patria, y, seguro como está de triunfar al fin sobre la Dictadura, considera que ya es tiempo de declarar solemnemente ante el pueblo mexicano, cuáles son concretamente, los anhelos que se propone realizar cuando logre obtener la influencia que se pretende en la orientación de los destinos nacionales.

No se puede decretar que el Gobierno sea honrado y justo; tal como saldría sobrando cuando todo el conjunto de las leyes, al definir las atribuciones del Gobierno, le señalan con bastante claridad el camino de la honradez; pero para conseguir que el Gobierno no se aparte de ese camino como muchos lo han hecho, sólo hay un medio: la vigilancia del pueblo sobre sus Mandatarios, denunciando sus malos actos y exigiéndoles la más estrecha responsabilidad por cualquier falta en el cumplimiento de sus deberes.

La instrucción de la niñez, debe reclamar muy especialmente los cuidados de un Gobierno que verdaderamente anhele el engrandecimiento de la Patria.

Si queremos que nuestros hijos guarden incólumes las conquistas que hoy para ellos ganamos, procuremos educarlos e ilustrarlos en el civismo y en el amor a todas las libertades.

La Dictadura de Porfirio Díaz pone el Poder al servicio de todos los explotadores del pueblo. El trabajador mexicano ha sido reducido a la condición más miserable; en donde quiera que presta sus servicios es obligado a desempeñar una dura labor de muchas horas por un jornal de unos cuantos centavos”.

México hervía en actividad política desatando la inconformidad por la fórmula Díaz, para la Presidencia, Ramón Corral para la Vicepresidencia. En esos años, ya estamos hablando de 1909 y 1910, Porfirio Díaz era un anciano que frisaba en los 80 años y por ende, aunque mostraba muy buena salud, el fin podía sobrevenir en cualquier momento, por lo que las inquietudes se cifraban en

que el heredero del Poder, a muy corto plazo, sería precisamente Ramón Corral, que era sumamente impopular, al grado de ser francamente rechazado por todos los sectores de la colectividad nacional.

Hacia esas fechas, se produjo la célebre conferencia de prensa que el Dictador concedió al periodista norteamericano Creelman, de la que se desprenden informaciones interesantes sobre el pensamiento de Díaz; sobre los particulares por menores de la vida política de México en ese tiempo.

Creelman: ¿Cuál será la política electoral en 1910?

Díaz: "Es verdad que cuando un hombre ha ocupado el Poder por largo tiempo se siente inclinado a considerarlo como su propiedad personal, y es bueno que un pueblo libre se ponga en guardia al ver las tendencias de la ambición personal.

He esperado pacientemente el día en que el pueblo de la República Mexicana estuviera preparado para escoger y cambiar a sus gobernantes en cada elección, sin peligro de revoluciones armadas y sin daño para el crédito y el progreso nacionales.

Los ricos se preocupan demasiado de sus riquezas y de sus dignidades para poder servir al bienestar general.

Sus hijos no se esfuerzan gran cosa en mejorar su educación o su carácter.

La clase media es el elemento activo de la sociedad aquí, y en todas partes.

La Democracia dependerá para su desarrollo, de los esfuerzos de la clase media activa, trabajadora, amante del adelanto, la cual proviene en su mayor parte, de la clase menesterosa y, en menor escala de la rica.

La clase media es la que se ocupa de la política y promueve el progreso social.

El futuro de México está asegurado. Los principios democráticos temo que no hayan enraizado aún en nuestro pueblo, pero la Nación se ha desarrollado y llama a la libertad.

La dificultad consiste en que el pueblo no se preocupa suficientemente de los asuntos públicos relativos a la democracia. El mexicano, por regla general, piensa mucho en sus derechos y está listo para reclamarlos, pero no piensa lo mismo en los derechos de los demás.

Reclama, sus privilegios, pero no atiende a sus deberes.

La capacidad para restringir las propias pasiones es la base del Gobierno Democrático y esa capacidad sólo es posible en aquellos que reconocen el derecho de los demás.

Los indígenas, que forman más de la mitad de nuestra población, se ocupan poco de la política.

Están acostumbrados a dejarse guiar por los que ejercen autoridad, en vez de pensar en sí mismos. Es una tendencia que aprendieron a no mezclarse en los asuntos públicos, confiando su resolución al Gobierno.

Sin embargo, creo firmemente que los principios de la democracia se han desarrollado y se desarrollarán aún más en México.

En verdad no hay aquí ningún partido de oposición.

Tengo tantos amigos en la República, que mis enemigos parece no quieren identificarse con tan pequeña minoría.

Aprecio en lo que vale la bondad de mis amigos y la confianza de mi país; pero tan absoluta confianza me impone responsabilidades y deberes que cada día me abruman más. Cualesquiera que sean las opiniones de mis amigos y partidarios, me retiraré del Poder al terminar el actual período de Gobierno y no serviré de nuevo. Cuando esto suceda tendré 80 años de edad.

Mi país ha sido bondadoso conmigo; mis amigos han alabado mis méritos y disculpado mis faltas, pero seguramente no querrán ser tan generosos con mi sucesor, quien podrá necesitar mi consejo y ayuda, por lo cual deseo vivir todavía cuando entre al gobierno, para poderlo ayudar.

Daré la bienvenida a un partido de oposición en la República Mexicana.

Si aparece, lo miraré como una bendición, no como un mal, y si puede desarrollar poder, no para explotar sino para gobernar, estaré a su lado.

Lo ayudaré, lo aconsejaré y me olvidaré de mí mismo, en la inauguración de un Gobierno completamente democrático en mi Patria.

“No tengo el menor deseo de continuar en la Presidencia... esta Nación está al fin lista para la vida de la libertad”.

Esta célebre entrevista, concedida al periodista norteamericano Creelman por Porfirio Díaz, llamó poderosamente la atención de los grupos y clubes políticos, si bien en la opción pública en lo general, la cosa no tuvo la importancia que merecía.

Su impacto en los grupos pensantes, y políticamente activos, motivó de hecho, el surgimiento del “resortazo”, que produjo la Revolución de 1910.

Lo dicho por Díaz, exaltó los deseos de oponer resistencia en las elecciones de 1910; lo que reducía la influencia y las posibilidades de Ramón Corral, quien disfrutaba del apoyo de los llamados “científicos”, que veían en él, al heredero del Poder y por otro lado, reforzaba -Díaz- con sus palabras, una justa electoral, que se manifestaba a favor de que él siguiera en la Presidencia, pero cambiando a Corral por otra persona en la fórmula presidencial.

El General Bernardo Reyes, mostró sus ambiciones de llegar al Poder, y auspició -con la venia del Dictador- el llamado Partido Democrático, que hacía una propaganda al estilo de la antigüedad “helénica”. El Comité Directivo del Partido estaba integrado por los personales amigos de Reyes.

La política del país tomó tres bandos visibles; los reyistas, del Partido Democrático; los incondicionales porfiristas, que apoyaban sumisamente a Díaz y los “científicos” o civilistas, que aspiraban a la elección como Vicepresidente de Ramón Corral, sugiriendo a Porfirio Díaz, que siguiera en la Presidencia, haciendo sólo algunos cambios en el gabinete y en otros puestos importantes del mando político, como los gobiernos de los Estados.

Los miembros prominentes del Ejército, se acercaron al anciano gobernante para proponerle que en el segundo lugar se pusiera a Teodoro Dehesa, a la sazón Gobernador de Veracruz, por cierto, relacionado con Manuel Azueta.

En este caso debemos exponer que los llamados "científicos", trataron a toda costa de alejar a Dehesa del grupo de los miembros del Ejército y acercarlo a sus proyectos de situar, por un período más a Ramón Corral en la Vicepresidencia, insinuando un lugar en el Gabinete, al esforzado Gobernador de Veracruz, cuya labor en provecho del Estado saltaba a la vista.

Para ello buscaron una estupenda conexión, que fue, ni más ni menos, que el insigne bardo veracruzano Salvador Díaz Mirón, amigo entrañable de Teodoro Dehesa. y partidario suyo desde mucho atrás.

Las mañas de los "científicos", entre ellos, Limantour, provocaron que Díaz Mirón invitara a Dehesa a una cena en su honor, en la que formalmente se le hizo la proposición de pasarse al bando aludido. Dehesa, tomó el asunto como un agravio, negándose rotundamente a tal proposición, alegando que su línea política estaba cifrada en cosas y valores que diametralmente eran opuestos a los profesados y representados por los "científicos".

En tales condiciones se produjo un violento choque de personalidades entre Don Teodoro y Díaz Mirón; el gobernante veracruzano y el más grande poeta de esa tierra, zanjaron entre ellos un abismo.

Manuel Azueta era amigo personal de uno y de otro y por esos tiempos se vio obligado por la amistad y el afecto fraternal, a sobrellevar a ambos, que no podían ocultar sus rencores mutuos.

Sin embargo Manuel Azueta, estando distante por completo de intereses políticos, no hizo en absoluto partido con ninguno, tratándolos por igual, lamentando, no obstante, que se cancelaran -para siempre- las amigables reuniones de los tres, en los célebres portales de la plaza del Puerto, en la casa del poeta, o los días de fiesta en la ciudad de Jalapa.

Convencidos de que Dehesa no cambiaría su actitud, los mentados "científicos", se echaron encima de Reyes a efecto de acercarlo a su causa, intento que no les fue, finalmente provechoso. El entonces ya ex-Secretario de Guerra y Marina, se dejó arrullar por los cantos de las sirenas y pronto la contienda se develó abiertamente.

La prensa fue uno de los receptáculos para las andanadas de críticas, que al ralo degeneraron en injurias y ofensas personales y lo más grave, con implicaciones relativas a la política internacional del momento y una que otra tocaba sutilmente la persona y el pensamiento del todo poderoso Díaz.

En la contienda, el fenómeno político favoreció a Reyes contra Ramón Corral. Ante tal situación los "científicos", desilusionados de sus trabajos acuciosos por "jalar" a Reyes a su bando, decidieron murmurar a los oídos del anciano Dictador, que Bernardo Reyes era su contrario y de que, "saliéndose del guacal" -ya se estilaba desde entonces esta picaresca expresión sobre cosas de la política- debía ser acallado y eliminado de la palestra, puesto que existía una evidente amenaza de "cuartelazo".

Toda su intención era, mantener el predominio en el apoyo dispensando por Porfirio Díaz y poner a Ramón Corral en la Vice-presidencia, para esperar pacientemente que Díaz muriera y entonces heredar beatíficamente el Poder total en México.

Francamente las cosas les parecían muy fáciles y la verdad es que se olvidaban de los verdaderos reclamos nacionales que no estaban en los intereses representados por las pugnas entre los dirigentes, sino en los cambios hondos que el país requería. Los "científicos", creían que México de 1910, era el México de diez o quince años atrás.

El infortunado "político" Bernardo Reyes, fue nombrado por Porfirio Díaz, Jefe de una Zona Militar; no tenía más que dos caminos, o seguir como abanderado de la causa que, por el fenómeno gestado en el choque contra los "científicos" le favorecía al frente de sus partidarios, o simplemente darse por vencido.

Se decidió por la auto derrota, la cual se la recetó a sí mismo, en una conferencia que tuvo con el Presidente, donde le expresaba sus deseos de dejar abandonada su candidatura.

Porfirio Díaz le dio una comisión en Europa; así salió voluntariamente del "palenque", dejando a todos sus partidarios, en situación hartó difícil. Muchos fueron perseguidos; otros encarcelados y algunos muertos por los esbirros del Gobierno, o de los grupos "científicos".

Aunque Reyes salió del país, éste se revolvía en agitación política y estando "el río revuelto", pronto siguieron los acontecimientos desarrollándose con velocidad alarmante para Díaz y los "científicos".

Surge una figura; pequeño de estatura, de barba bien recortada y ademanes de persona educada; impecable en el uso de la palabra.

Francisco I. Madero, que difunde por entonces su célebre obra "La Sucesión Presidencial en 1910", donde de manera viril y con un valor temerario, para como estaban las cosas, expone que es necesario acabar con el Gobierno personalista de Díaz y sustituirlo por otro de carácter institucional. Al surgir Madero, exponiendo sus teorías, "aplana" a las estrellas políticas del momento, ganando la mayoría de las simpatías nacionales en los grupos de periodistas, intelectuales, empresarios y sobre todo entre el pueblo en general. Entre sus partidarios más seguros estuvieron los ferrocarrileros y los trabajadores de las minas.

Madero logra arribar a la escena, justo cuando se le reclama; logra un efecto sensacional.

¡Se convierte en figura de impactante imagen nacional!

Madero toma como bandera los conceptos ya antes expresados en su libro "La Sucesión Presidencial en 1910", conceptos ilustrativos acerca de un principio que empezó a vertebrar todo el sentido de la lucha política... libertad de sufragio. No-reelección.

Para darle cuerpo a su naciente, pero ya ostentando perfiles poderosos, lucha electoral, Madero crea el célebre centro anti-reeleccionista y de ahí como de un granero, se

riegan por la República entera las semillas, que al germinar, darían pábulo a los clubes anti-reeleccionistas que, sin lugar a dudas, constituyeron los factores expansionistas de la causa de Francisco I. Madero.

Ya entonces, un joven y talentoso político empezaba a figurar en los movimientos políticos del país: José Vasconcelos. La lucha política, con miras a las elecciones de 1910, aún no tenía las formas radicales que el país en ese momento histórico exigía, como condición insoslayable para abrir las compuertas dictatoriales hacia la libertad y el desenvolvimiento democrático de México.

Prueba de ello es que el Maderismo provoca una entrevista entre su caudillo y Porfirio Díaz, donde el líder político ofrece al Dictador apoyo para su reelección como Presidente, siempre y cuando éste garantizara libertad en las elecciones, para un eventual sustituto suyo y más que nada, en lo concerniente a la postulación del segundo hombre en la fórmula presidencial, o sea, el Vicepresidente.

El resultado de esta entrevista fue desfavorable a las intenciones de Madero, puesto que Díaz, sintiéndose como siempre, dueño absoluto de la situación, rechazó, por considerarlas insignificantes, las ofertas que le fueron presentadas y no concedió ninguna relevancia al movimiento que Madero acaudillaba.

Ante tal situación, los grupos de vanguardia que militaban en el Maderismo, precipitan la formación del Partido Anti-reeleccionista y olvidándose -por haber sido rechazados- del apoyo ofrecido a Porfirio Díaz, lanzan formalmente la candidatura de Francisco I. Madero a la Presidencia de la República.

Aquí podemos contemplar la aparición del primer síntoma de características sólidas que, volcando las inquietudes políticas y los malestares nacionales, avasallaría en poco tiempo las caducas estructuras existentes en el país desde el año de 1876 en que se empieza a ocupar del Poder el Porfirismo.

En medio de la campaña electoral, la Dictadura ordena poner en prisión a Madero con el pretexto de que éste

dirigía discursos de carácter subversivo y contrarios a la paz y el orden nacionales.

El fraude electoral en 1910 se consuma mediante el asalto a las casillas, suplantación de boletas y otras maniobras igualmente insanas; la Cámara de Diputados reunida en el Colegio Electoral, de manera casi unánime, aprueba la elección de la fórmula oficial Díaz-Corral para la Presidencia y la Vicepresidencia de la República, aplastando así, una vez más, los anhelos populares, representados en esas elecciones por el anti-reeleccionismo acaudillado por Madero.

Para septiembre la Dictadura, jubilosa y ensoberbecida celebra con gran boato las fiestas de Centenario de nuestra Independencia Nacional; en medio del clima de francachela de las celebraciones, moría para siempre una época de la vida del país, en tanto que en las ciudades del interior, en los barrios populares de la ciudad de México, en los talleres y en el campo, el pueblo, en su gran mayoría, estaba listo para asumir su responsabilidad provocando la magna fractura que produjo tan radical cambio en la existencia nacional.

En el breve tiempo que ocupó Porfirio Díaz la Presidencia, ya en el que fuera su último período, empezó a dar especial importancia a los aspectos diplomáticos, tanto en su acercamiento al gobierno de Washington, como a los principales gobiernos europeos.

Así se instalaron en México Legaciones permanentes de varios Estados, tanto de Europa como de Sud-América. El "Porfiriato" reanudó las relaciones con el Imperio Austro-Húngaro, cortadas desde la ejecución en México de Maximiliano de Habsburgo.

Díaz para fortalecerse, favorece extremadamente a sus íntimos colaboradores, inicuos testaferros de las empresas extranjeras.

Por ejemplo en el caso de las concesiones petrolíferas de que gozaban algunas firmas inglesas, el "Porfirismo" les concede la merced de explotar los yacimientos nacionales, mediante el pago de sólo el insignificante 10% de los

productos extraídos, además de estar eximidos de todo pago de impuestos.

Los planes Porfiristas, al tener realización en base a alianzas con Europa, molestaron grandemente a las empresas norteamericanas con capital en México, como es el caso del magnate Harriman, que ambicionaba incorporar en corto tiempo los ferrocarriles mexicanos a las líneas de su poderosa compañía Southern Pacific.

Asimismo causó escozor entre los empresarios norteamericanos el cada vez más franco entronizamiento de firmas europeas en México, como en el caso de corporaciones inglesas a las que se les concesiono la explotación de la llamada "faja de oro" en perjuicio de la Standard Oil Company de capital norteamericano.

Según las revelaciones de los más altos estudiosos de estos pasajes de la vida nacional, los incidentes tuvieron repercusión en los círculos políticos inmediatos a la Casa Blanca.

El malestar de los hombres de empresa norteamericanos, se hizo manifiesto, cuando el "Porfiriato" proclama su proyecto de consolidar la empresa Ferrocarriles Nacionales de México, que echaba por tierra el diseño configurado por Harriman, magnate de la Southern Pacific, que comprendía en el litoral occidental la línea del Pacífico Sur; en el centro de la República las vías troncales de Cd. Juárez, Piedras Negras, Nuevo Laredo y Matamoros, vías Torreón y Monterrey a la ciudad de México y de ahí a los estados de Morelos, Querétaro, Michoacán, México y Oaxaca. En lo referente al tráfico transcontinental, las líneas transversales de Tampico, Veracruz y Santa Lucrecia a Manzanillo, además de los numerosos ramales pertenecientes al Sistema y las otras vías propiedad de algunas empresas pequeñas que se hubieran visto obligadas a ingresar al monopolio de la Southern Pacific en México.

Todos estos hechos crearon la impresión en algunas esferas de Washington, de que el Gobierno de Porfirio Díaz había iniciado la operación de una franca política antiamericana y, sobre todo, la cuestión se agravó todavía

más, cuando en Nicaragua, que había padecido una asonada en la que se registraron visibles maniobras norteamericanas que provocaron el derrocamiento del Presidente Zelaya, Porfirio Díaz, al advertir al ex-Presidente nicaragüense, francamente condenado a la muerte, envía al capitán de fragata, Hilario Rodríguez Malpica, quien a bordo del "General Guerrero" rescata a Zelaya, burlando la estrecha vigilancia que sobre éste sostenían fuerzas norteamericanas en Corinto y burlando también a una poderosa Escuadra de buques norteamericanos, surtos en aguas nicaragüenses.

Este hecho del rescate de Zelaya, consumado por Hilario Rodríguez Malpica, sin duda puede figurar entre las más intrépidas y audaces hazañas que tenga registrada la historia, no sólo de México o Centroamérica, sino francamente del mundo entero, ya que las condiciones que se daban presentaban una grave dificultad para la realización del proyecto del rescate.

Aquí podemos recordar la actuación, ya relatada en esta obra, que tuvo Hilario Rodríguez Malpica y el grupo de marinos mexicanos que lo acompañaron en esa difícil misión coronada por el éxito más completo, al echar por tierra el voluntarioso propósito norteamericano de impedir a toda costa la salida de Zelaya de territorio nicaragüense y conducir sano y salvo al ex-Presidente, hasta el puerto mexicano de Salina Cruz.

Mientras tanto el país seguía mostrando cada vez más alarmantes síntomas de inconformidad ciudadana. El 5 de octubre de 1910, Madero lanza el Plan de San Luis Potosí, invitando al pueblo a la rebelión contra la tiranía porfirista.

El documento desconocía al Gobierno de Díaz y a todas las demás autoridades relacionadas con éste y convocaba a elecciones generales, en base al principio del "sufragio efectivo y la no reelección".

En tanto la Dictadura, completamente languideciente se mecía al ritmo de la suave música en las fiestas y elegantes saraos de la ciudad de México.

De pronto se le comunica al Dictador que Madero se había fugado de la ciudad de México y que apareciendo en

San Luis Potosí, había lanzado un plan que invitaba a la rebelión, misma que estaba anunciada para el 20 de noviembre, teniendo como foco la ciudad de Puebla.

El Presidente Díaz asume la dirección personal de la campaña militar contra los insurrectos y auxiliado de su hijo Porfirio, dirige las operaciones desde el Palacio Nacional.

La campaña, ausente de jefes militares eficaces, registra un proceso en extremo lamentable para el Ejército Federal Porfirista y por efecto de la extemporaneidad de las órdenes provenientes de Palacio Nacional, la falta de información y otros factores, obtiene pocos triunfos sobre los sublevados que, aprovechando la circunstancia, empiezan a crecer rápidamente y a multiplicar la eficacia de sus ataques.

Los revolucionarios Maderistas operan en las montañas, en las llanuras y en la selva, en tanto que el Ejército Federal recibe órdenes de custodiar las ciudades importantes y medianas. Esto desde el punto de vista militar, resultó decisivo para el triunfo de los revolucionarios, ya que instalando sus cuarteles en el campo y organizándose ahí, logran perfeccionar sus acciones tácticas infligiendo graves descalabros a los federales, acantonados dentro de las ciudades. El Gobierno de Porfirio Díaz se desmoronaba.

A su caída, el Embajador norteamericano en México, Henry Lañe Wilson, dejó estas rotundas palabras: "El Gobierno del General Díaz no fue depuesto; se derrumbó, y sobre sus ruinas Madero escaló el Poder".

El 19 de junio de 1911, el Lic. Luis Cabrera, publica en "El Tiempo de la Ciudad de México" su célebre artículo en el que expone sus ideas respecto a como son, como se fraguan, por qué se producen y cómo triunfan las revoluciones armadas que decapitan el Poder para adueñarse del mismo.

Este artículo de Cabrera, tiene una gran resonancia en la vida política y por esos días, tienen lugar las pláticas de Cd. Juárez para más tarde originar las condiciones finales que, de hecho, terminan con la Dictadura de Porfirio Díaz y

permiten el acceso de los nuevos hombres al Gobierno de México.

Francisco I. Madero, entra a la ciudad de México y más de 30,000 personas lo aclamaron a su paso; en esa ocasión diría... "tengo fe en el pueblo mexicano, en su patriotismo, en su cultura, en su recto criterio, y lo repito una vez por todas, una vez conquistada la soberanía del pueblo mexicano, tengo fe absoluta en que él sabrá gobernarse con acierto".

El 6 de noviembre de 1911, Francisco I. Madero toma posesión de la Presidencia de la República acompañado por el Vicepresidente José María Pino Suárez. Entre los problemas concretos a los que se enfrenta Madero ya a cargo de la Presidencia de la República, se pueden citar el representado por el territorio de la Baja California, invadido entonces por filibusteros norteamericanos y substraído así a la obediencia del Gobierno, mediante el fantasmal propósito de establecer ahí una República socialista independiente.

La necesidad de poner en práctica el proyecto tendiente a la creación de escuelas rudimentarias, con objeto de encauzar en sentido conveniente las energías populares y, sobre todo, el reclamo inmediato de organizar las fuerzas revolucionarias y someterlas a una rigurosa disciplina militar.

El gobierno Maderista se inicia en noviembre de 1911 y termina en 1913, cuando se produce el fenómeno político militar cifrado en lo que se ha dado en llamar "La Decena Trágica", y con ello la usurpación de la Presidencia por parte de Victoriano Huerta y el asesinato de Madero y Pino Suárez.

Por otra parte, a efecto de representar en uno de los más distinguidos marinos de guerra de la época, a toda la cauda de contemporáneos de Manuel Azueta, vamos a referirnos a Don Othón P. Blanco y Núñez de Cáceres, quien fue un preclaro exponente de los hombres del Mar en su tiempo, a quien le correspondió vivir la misma etapa que a Manuel Azueta, y que cobró relevancia histórica, al reunir

todos los elementos necesarios para la fundación de Payo Obispo, hoy Chetumal.

De acuerdo con los datos obtenidos en un brillante trabajo, por el historiador, Vicealmirante Mario Lavalle Argudín, podemos decir que Othón P. Blanco, que con los años alcanzó el grado de Vicealmirante de la Armada, nació en el pueblo de Padilla del Estado de Tamaulipas el 7 de marzo de 1868.

Hijo del señor Francisco Blanco y de la señora Juana Núñez de Cáceres, célebre en la historia hispano americana por haber sido el autor de la conquista de la Libertad en Santo Domingo. Blanco realizó sus estudios iniciales en la Escuela Oficial de Ciudad Victoria, para más tarde ingresar en la Escuela Nacional Preparatoria de la ciudad de México.

En el año de 1903 contrajo matrimonio con Manuela Peyrefitte Gómez y en su matrimonio tuvo nueve hijos: Marina, Othón, Lilia, Juana, Francisco, Aminta, Manuel, José y María Eugenia.

Seis años menor que Manuel Azueta, Blanco ingresa el 13 de febrero de 1885 en el Colegio Militar de Chapultepec, donde decide seguir la carrera de Marino de Guerra. Para 1888 es promovido a alumno de primera. Al año siguiente concluyó sus estudios en el prócer Establecimiento y pasó al servicio de la Armada Nacional, con el grado de Aspirante de Primera, embarcándose en el cañonero "Libertad", a efecto de cumplir con sus primeras prácticas a bordo. Al igual que Azueta, tuvo relación con los trabajos de inspección referentes a la construcción de la celebre Corbeta Escuela "Zaragoza"; para ello viajó a Francia en el año de 1890, donde se integró a la comisión mexicana que vigilaba en los astilleros de Forges et Chantiers de la Mediterranee, en el puerto de El Havre, la construcción de la citada Corbeta.

En 1892 trabajó cerca de José' María de la Vega, el mismo que logró la instalación de la Escuela Naval Militar.

Para el año de 1895 Othón P. Blanco ya había merecido su Despacho de Subteniente de la Armada Nacional; entonces se le comisionó por parte de la Secretaría

de Guerra y Marina para desempeñar una serie de misiones en las costas orientales de Yucatán.

Es justamente por esas fechas cuando la visión y tenacidad de Blanco hacen posible que éste funde Payo Obispo, que hoy conocemos como Chetumal.

Rescatada y conservada por el Historiador, Vicealmirante Mario Lavalle Argudín, la narración autobiográfica de Othón P. Blanco, que reviste importancia histórica, la presentamos a continuación: "En junio de 1895, siendo Subteniente del Cuerpo Permanente de la Armada, desembarqué de la corbeta escuela "General Zaragoza" surta en Guaymas, Sonora, por instrucciones del Estado Mayor Presidencial, para presentarme al mismo en la ciudad de México".

"A mi arribo, el Jefe del Departamento de Marina, C. Capitán de Navío José Mana de la Vega, me indicó que pasara a la Presidencia para recibir órdenes del Estado Mayor".

"El C. Coronel Fernando González, Sub-Jefe del mismo, me comunicó que había sido propuesto por el Comodoro Ángel Ortiz Monasterio Jefe de Estado Mayor de la Presidencia de la República, para el desempeño de una comisión en la Bahía de Chetumal, frente a Punta Calentura, a cuyo efecto puso en mis manos para estudio y opinión, un proyecto para la erección de un Fuerte en la mencionada Bahía, a fin de impedir el tráfico ilícito que se ejercía de muchos años atrás en la explotación y exportación de las maderas preciosas, gomas y resinas de nuestro territorio, por traficantes fraudulentos".

"En posesión del proyecto, hago con detenimiento el estudio y pocos días después, emito mi opinión en los siguientes términos: El lugar donde se proyecta construir el Fuerte es el más profundo en aguas mexicanas de la Bahía, la piedra para la construcción del mismo, habría que tomarla en la costa nuestra ocupada por la tribu rebelde maya, lo que impone la posesión previa por las fuerzas del Gobierno; medios adecuados de transportes; el establecimiento de

campamentos y aprovisionamientos en general, lo que plantea una empresa dilatada y costosa”.

“En el lugar del Fuerte, propongo la adquisición o la construcción de una embarcación de calado reducido, para franquear los canales, de acomodación apropiada para el personal destinado a la misma y, provista de dos embarcaciones menores. Este proyecto ofrece la ventaja de movilizar la embarcación a los lugares que exijan las circunstancias”.

“La propuesta que antecede fue aceptada por el Estado Mayor, y meses después la Secretaría de Hacienda y Crédito Público otorgaba poder a nuestro Cónsul de Nueva Orleans, para firmar con la casa Zuvich, el contrato para la construcción de la obra, designando al suscrito como inspector en los trabajos”.

“La obra fue recibida por nuestro Gobierno en la primera decena de abril de 1897, habiendo importado la suma de Dlls. 10,000.00 (DIEZ MIL DOLARES 00/100)”.

“En la segunda quincena del mes y año citados, llegaba el barco que recibió el nombre de “Pontón Chetumal” al puerto de Campeche, remolcado por un vapor de la Compañía Mexicana Romano y Berreteaga, di parte a la Secretaría, del arribo y quedé a bordo en espera de instrucciones”.

“Se me expidió el nombramiento de Administrador Comandante del mencionado pontón, con destino a la Bahía de Chetumal y Río Hondo, Territorio de Quintana Roo”.

“Mi permanencia en el puerto, se prolongó hasta noviembre de 1897, y es motivo de grata recordación para el reducido personal del barco, la franca acogida que recibió tanto de parte de las autoridades, como de la culta y simpática sociedad del puerto”.

“La demora en el recibo de las instrucciones pedidas a la Secretaría, para normar mi conducta oficial ante las autoridades superiores inglesas, a mi paso obligado por el puerto de Belice, H.B., seguramente obedeció al trámite seguido por nuestra Cancillería con el Gobierno Inglés, para la inserción al Tratado existente del artículo II adicional, que

concede a perpetuidad al de México, el libre tránsito de sus embarcaciones mercantes por aguas inglesas al sur de Cayo Ambergris, para penetrar en la Bahía de Chetumal”.

“Como resultado de la petición del instructivo a la Secretaría de Hacienda, recibo a fines de noviembre el siguiente mensaje telegráfico: “Esté usted listo, pues en estos días llegará a este puerto el vapor nacional “Ibero”, el que lo conducirá al punto final de su destino”.

“Grave problema se presentó tanto en Campeche como en Progreso, para integrar la dotación de tripulantes del pontón; pues conociendo de antemano el destino final del mismo, existía en el ánimo de la gente de mar, el temor de que el barco sería atacado por la tribu maya rebelde”.

“Llegando el vapor “Ibero”, zarpamos haciendo escala en el Cayo de Ancona, Progreso, Isla Mujeres y Cozumel, lugares donde, ayudados por las autoridades, logramos aumentar el número de tripulantes hasta sumar trece, inclusive con el Comandante”.

“En Progreso, el C. Administrador de la Aduana, don Zeferino Romero, me facilitó un Ordenanza de Aduanas, que me sirvió posteriormente de guía en el desempeño de mi comisión”.

“La travesía por la costa oriental de Yucatán hasta Belice, H.B., no puede considerarse feliz, pues varias veces quedó el pontón al garete por la ruptura de los cabos de remolque, exponiéndonos no obstante, el poco calado de la embarcación, a ser presa de los arrecifes que se extienden a lo largo de la costa o de los actos poco deseables de los indios que dominaban el litoral”.

“La falta de instructivo pedido, preocupaba mi imaginación acerca de lo que debía justificar y acreditar mi documentación oficial ante las autoridades inglesas”.

“Confío luego, en que mi Despacho de oficial de Marina y el nombramiento de Administrador Comandante, me acreditaran ante las citadas autoridades”.

“Durante la primera decena de diciembre de 1897, tuvo lugar nuestro arribo al puerto de Belice, H.B.”.

“Pocos momentos después de largar el vapor “Ibero”, el remolque y dar fondo al ancla en la segura y amplia bahía, se aproximó al costado del pontón, antes de recibir la visita de sanidad, una lancha de gasolina, con un señor Skidy, quien en atento saludo se presentó como el Presidente de la compañía americana Stanford Manufacturing, agregando: “Señor Comandante, excútese usted de solicitar en la plaza medios para que remolquen su embarcación a aguas mexicanas, pues tengo noticias de que se trata de demorar su salida hasta remover de la barra de Río Hondo, varios cargamentos de caoba y palo de tinte; yo poseo aquí un remolcador llamado “Stanford” y dos grandes gabarras que pongo desde luego a disposición de usted, pues tengo concesión del Gobierno de México para la explotación de palo de tinte en el punto del Río Hondo llamado “Agua Blanca”, situado a 72 millas de la desembocadura”.

“Acepté con agradecimiento su oferta, manifestándole que en su oportunidad lo haría saber a mi Gobierno”.

“Pasada la visita de sanidad, se presentó a bordo el señor don José María Rosado, representante de la casa comercial del puerto “Steven Bross”, persona de origen mexicano, respetable por sus antecedentes, y a quien conocí en el puerto de Nueva Orleans, a su paso para Escocia, en uso de vacaciones y quien ya de regreso me reiteraba el ofrecimiento para servirme de intérprete ante las autoridades inglesas; no pude menos que aceptar complacido aquella atención, llevando a cabo mi visita de cortesía al señor Gobernador y demás autoridades del puerto, previo aviso de parte del suscrito”.

“En la casa de Gobierno fui presentado con el señor Coronel Wilson, Gobernador de la Colonia, a quien acompañaban los señores, Secretario General de Gobierno, Lic. Maxuel, Abogado Delegado de la Corona, Abogado Local, Price y el Delegado de Sanidad, Dr. H. H. Harrison”.

“Informado el señor Gobernador acerca de la comisión que me había conferido mi Gobierno, para establecer en aguas mexicanas de la bahía de Chetumal y del Río Hondo, una Sección Aduanera, marítima y fronteriza, manifesté al

señor Gobernador antes de dar por terminada mi visita, celebrar, si así lo estimaba oportuno, alguna entrevista antes de que abandonara el puerto”.

“No obstante que se celebraban las fiestas de Navidad, se acordó por ambas partes, que efectuáramos algunas pláticas para una mejor inteligencia en la observancia de las leyes mexicanas por los súbditos de la Corona, en su tráfico de embarcaciones mercantes en aguas mexicanas, las que se harían del conocimiento de los mismos, a través del periódico oficial llamado “El Clarión”.

“En subsecuente entrevista, y en presencia de las autoridades antes mencionadas, el señor Gobernador, a quien he suplicado previamente que las cuestiones que sometan a mi consideración me sean presentadas por escrito y, consecuentemente de ello, pida le diga los requisitos que deben llenar las embarcaciones mercantes inglesas ante las autoridades del pontón, con destino a puntos mexicanos en la Bahía de Chetumal y del Río Hondo, ya que daba por sentado el que dichas embarcaciones, estaban exentas de tales formalidades si iban consignadas a puntos de la colonia inglesa”.

“Mi contestación a su Excelencia fue replicada en los siguientes términos: Señor Gobernador, las embarcaciones mercantes, cualquiera que sea su nacionalidad, destinadas a operar en cualquier punto del Río Hondo, están obligadas a presentar su documentación o despachos a las autoridades del pontón”.

“Esta contestación que aparentemente significaba una invasión de facultades por parte de nuestra autoridad, causó sorpresa en el ánimo de las altas autoridades inglesas presentes”. Su Excelencia con la mesura propia de la etiqueta inglesa, me hizo notar que no veía justificado el que las embarcaciones inglesas destinadas a puntos de la colonia inglesa en el Río Hondo debieran llenar tales requisitos; agregando: “¿Dígame señor Comandante Blanco, si ha estado usted en la Bahía de Chetumal y en el Río Hondo?”.

No, Excelencia –contesté -sólo conozco personalmente este puerto de Belice desde mis prácticas de Guardia Marina a bordo de nuestros cañoneros.

¿Entonces -me replicó -cómo justificar esta disposición, señor Comandante?

En apoyo a lo asentado por mi -expresé con aire resuelto- Excelencia, los marinos mexicanos navegan haciendo uso de las cartas hidrográficas inglesas; traigo conmigo la que comprende de Belice, la Bahía de Chetumal y el Río Hondo, y he trazado en ella los límites entre los dos países según lo estipulado en el artículo III, adicionado recientemente al Tratado de Límites y encuentro en el paralelo de 18 grados y minutos que, según el mismo, debo encontrar la parte media de su desembocadura para continuar el curso del río. Siguiendo el canal más profundo que pasa por tierra, pues toda la porción de la mencionada desembocadura que delimita el lago inglés, se encuentra obstruido por una espesa cortina de árboles de mangle, que ha obligado a la corriente del río a formar al lado de México, una ensenada y la barra de entrada”.

“El efecto que produjo la aseveración anterior en el ánimo de las autoridades inglesas ahí reunidas, fue según se pudo apreciar, de desconcierto; pues mediada breve pausa, el señor Gobernador se expresó así: “Señor Comandante, a reserva de llevar a cabo estudios detenidos que el caso requiere y con el objeto de no entorpecer el tráfico, se acepta temporalmente esta disyuntiva”.

“Publicado en “El Clarión”, diario de la ciudad lo acordado respecto al tráfico de embarcaciones en aguas mexicanas, en la Bahía de Chetumal y el Río Hondo, y de corresponder las finas atenciones que me fueron dispensadas tanto por el señor Gobernador, y colaboradores oficiales, como por el Club del Comercio, reanude mi viaje hacia el punto final de mi itinerario, remolcado por el vapor “Stamford”.

“La travesía de ochenta millas que medía desde Belice hasta aguas mexicanas, frente a la desembocadura del Hondo, se realizó en unas once horas, al dar fondo al ancla el

día 22 de enero de 1898 a las tres horas y minutos de la tarde."

"Días de prueba fueron los que siguieron para trece tripulantes del pontón, pues estando fondeados a sólo cuatrocientos metros de la costa habitada por los indios mayas rebeldes, nuestra vigilancia, sobre todo durante la noche, era extremada, ya que era de presumirse dado nuestro reducido número, un ataque de la tribu; pues tenía distribuidos destacamentos en el río, en Chac, Santa Lucía y Xaxchan, lo que permitía dada su proximidad, abordar las embarcaciones que traficaban en el río y llevarla a cabo con grandes probabilidades de éxito. Si esto afortunadamente no ocurrió; se debió a que ignoraban los elementos de defensa con que contábamos y que doy a conocer en seguida:

"A nuestro paso por Progreso, recibí de la Comandancia del Resguardo de la Aduana, una ametralladora "Catling", quince fusiles "Winchester" y seis pistolas "Smith" con su dotación correspondiente de cartuchos, material que al someterlo a prueba, la tarde del mismo día 22 de enero, resultó inútil, pues de diez a doce cartuchos que se disparaban, sólo explotaban uno o dos a lo más.

"Ante semejante prueba, tuve que comprar en Corazal, Honduras Británicas, para protegernos, docena y media de machetes de Colins".

"Los jóvenes tripulantes que me acompañaban, conscientes de la difícil situación que nos rodeaba, así como de las cartas llenas de amenazas que los jefes indios hacían llegar a mi poder por conducto del Secretario General de la Colonia Británica en sobres de Her Majesty Service, y en las que prometían si no abandonábamos luego el lugar, beber agua en nuestros cráneos; así como, el que recordáramos los sangrientos sucesos registrados en la ciudad de Bacalar en los años de 1848 y 1853".

"Toda esta correspondencia fue enviada por el suscrito a la Secretaría de Hacienda y Crédito Público".

"Los medios empleados por la autoridad del pontón para hacer llegar al conocimiento de los jefes de la tribu

maya, de nuestra presencia en la desembocadura del Río Hondo, fueron diversos, sin llegar prácticamente a ningún resultado favorable al aprovechar los buenos oficios del señor Agustín Sousa, nativo de Corozal y de origen mexicano, quien poseía el idioma maya, en las primeras entrevistas celebradas en el puerto antes indicado, con un jefe rebelde distanciado de la tribu, que habitaba en la colonia. Se trató de hacer conocer por su influencia, que el pontón les daría toda clase de facilidades sin exigirles pago alguno, en la internación de los efectos necesarios para subsistencia; que las autoridades mexicanas, para mejor inteligencia, tendrían gusto de celebrar en el lugar que tuvieran a bien señalar, pláticas amistosas con los jefes principales, pero como antes exprese, nada se logró en el curso de ese año”.

“Mientras tanto, hacíamos activas gestiones entre los descendientes de yucatecos y campechanos, para que en colaboración con el personal del pontón, que había ya iniciado trabajos de desmonte en la selva virgen que nos servía de panorama, erigiéramos el asiento de una futura ciudad mexicana”.

“Pronto respondieron a la iniciativa muchos de los descendientes radicados en Consejo, Corozal, Orangewalk y Zarteneja, de la Colonia Británica, presentándose al pontón en sus embarcaciones menores dispuestos a emprender la magna obra”.

“Encabezaban los primeros grupos, Dimas Sansores, Guillermo Herrera, Francisco Orlayneta, Pott, Coellar, González, Pedro Rivera y otros a quienes con verdadera pena, no menciono por no recordarlos, debido a un extravío de mi archivo; pero que los supervivientes de la época pueden incluir a los mencionados”.

“Los trabajos se organizaron en la forma siguiente”:

Los tripulantes del pontón, sin desatender los servicios de a bordo se turnaban de cuatro en cuatro los sitios del bosque en que se presumía, pudieran atacar los indios; mientras los futuros pobladores lo ampliaban con los útiles disponibles, aumentaban el desmonte dejando, como precaución, una faja de bosque a lo largo de la playa para

evitar que los tripulantes de los barcos que traficaban en el río, no dieran cuenta del avance de los trabajos y atrajeran la atención de los indios”.

“La primera casa que se construyó por el personal del pontón, empleando los elementos del bosque, medía 15m. de largo, y se destinó a escuela; tan luego fue habilitándose el lugar, se contó con un grupo de diecisiete criaturas de edad escolar”.

“Se aproximaba el mes de mayo, se había logrado ya el desmonte de cuatro hectáreas a la playa y tres hacia el fondo, orientadas respectivamente Y. y S. y E. W., en cuya superficie quedaron trazadas las primeras cuatro calles y tres avenidas, continuando posteriormente el desmonte hacia el W. y N., rumbos que permitían en mejores condiciones el ensanche de la naciente población”.

“Se activaron los preparativos para su inauguración, colocándose al frente de la primera casa construida una asta bandera, y con unos tablones de madera se arregló un muelle provisional para permitir a las embarcaciones menores el desembarque a tierra de las familias”.

“El 5 de mayo de 1898, a las cuatro de la mañana, llegaban de distintos puntos de la Colonia Inglesa, multitud de familias que, portadoras de una orquesta entonaban con entusiasmo desbordante, los acordes de las mañanitas”.

“Engalanado el pontón con los colores nacionales, recibió por sus tripulantes a bordo del mismo con manifiesto afecto, aquel grupo de hombres, mujeres y niños, que ya se consideraban como los primeros pobladores de Payo Obispo”.

“A todos se les obsequió con un modesto refrigerio preparado de antemano, después del cual se alistaron las embarcaciones para trasladarnos a tierra. Quedaron sólo a bordo, por temor a una sorpresa de parte de los indios, un reducido número de personas al cuidado de las criaturas que llevaron consigo la guardia del pontón”.

“A las seis de la mañana, hora aproximada de la salida del Sol, bajo la solemnidad de un acto de recogimiento espiritual y emocionante se izó pausadamente, a los acordes de nuestro Himno Nacional, acompañado por la banda de a

bordo, nuestra Enseña Patria, haciéndose por todos los presentes la protesta de fidelidad a la misma; y por el suscrito, la declaración de reconocer como fecha oficial de la fundación de Payo Obispo (hoy Chetumal), el 5 de mayo de 1898”.

Dos hechos son dignos de señalar en la fundación de Payo Obispo; la importancia que don Othón P. Blanco mostró por la educación de la niñez, al destinar a escuela la primera casa que con materiales del bosque, construyó con el personal del pontón Chetumal, y el asta bandera en que diariamente se izaba en aquel lejano girón del territorio, nuestra Enseña Nacional, como símbolo de unión para los que habían nacido bajo el mismo suelo e inculcarles el amor a la Patria.

Don Othón P. Blanco designó al pueblo que había fundado, con el nombre de Payo Obispo, por haber sido el punto en que según la tradición, se detuvo por algunas horas, la expedición mandada por Payo Obispo de Rivera, el fundador de Bacalar.

Cuando el Subteniente Blanco se encontraba inspeccionando la construcción del pontón en Nueva Orleans, fue ascendido con fecha 1o. de julio de 1896 al grado de Segundo Teniente C.G. de la Armada Nacional.

El 20 de mayo de 1899 fue nombrado Jefe de las Fuerzas Navales y de la Estación del Oriente de Yucatán y el 12 de agosto del mismo año, fue promovido a Primer Teniente C.G. de la Armada.

El 19 de octubre de 1901 recibió el ascenso a Teniente Mayor C.G. por méritos en campaña.

En 1905, en la celebración de los festejos del 5 de mayo y séptimo aniversario de la fundación de Payo Obispo, el Teniente Mayor de la Armada, Othón P. Blanco, pronunció el discurso que a continuación se transcribe:

“Todos los pueblos de la tierra, por mejor constituidos que se hallen política y socialmente; por ventajosas y bellas que sean las condiciones climatológicas de su suelo; por feraz y productora la tierra sobre que se fundaron, y por filantrópicas y benéficas las instituciones que sirvieron para

su establecimiento y desarrollo, todas sin excepción, han tropezado desde un principio con grandes y continuas dificultades; y el progreso y adelanto verificados en ellos, no ha tenido lugar, si no, después de un constante y asiduo trabajo”.

“Si esto ha acontecido con todos los pueblos, ¿qué puede esperarse de los que han venido surgiendo a la vida después de la ocupación militar del hoy Territorio de Quintana Roo?

“Nadie duda que siendo poco propicias las condiciones de vida de estas comarcas, las dificultades han sido mayores para lograr organizarse, y tomar la forma social y política que les corresponde”.

“Por medio del trabajo, hemos visto derribar aquí, parte de los bosques que nos rodean y que se extendían hace cuatro años solamente, hasta las playas del mar, y en el suelo sobre que cayeron, vemos levantarse hoy, grupos de casas, que abrigan bajo sus humildes techos, familias de hombres pacíficos y laboriosos”.

“Quedó así, en vías de formación, el pueblo llamado Payo Obispo. Su desarrollo aunque lento, ha tenido verificativo; y con él, se han impuesto necesidades que ha sido preciso satisfacer a todo trance”.

“La educación, fue la primera que se dejó sentir; y esta necesidad, acogida por todos con el más vivo interés, nos ofrece hoy un plantel de educación, que cuenta con crecido número de educandos de ambos sexos, el cual bajo la acertada dirección y la fructífera labor de su inteligente y modesta Profesora la señora Cristina Madrid de Willougley, nos presenta hoy el magnífico resultado de su obra. El civismo; ese ramo de la educación tan importante en la niñez, que hace nacer y desarrollarse en sus tiernos corazones el verdadero amor a la Patria, principia a hacerse sentir en ellos y se esparce como alimento sagrado, en sus almas infantiles”.

“Como segunda necesidad, se impuso el establecimiento de las autoridades civiles y el voto popular; hizo recaer los diferentes cargos, en las personas hábiles y

más caracterizadas de la comunidad, integrando con ellas nuestro Municipio actual”.

“Esta es la sucesión de hechos que han venido formando a este pueblo y es de esperarse señores, que así continúe; para ello, solo se requiere el esfuerzo común de sus habitantes”.

“Nosotros, los que hemos seguido como profesión la carrera de las armas, ya sea en su elemento naval o terrestre; así como los miembros que sin asumir este carácter militar, forman parte integrante de nuestro Ejército, constituimos el elemento designado para el Territorio con el fin de sostener hacer efectivo y poseer los derechos políticos de nuestro país”.

“Sujetos a movilizarnos de un momento a otro, somos aves de paso cuya permanencia aquí es solo temporal; pero animados de los más ardientes deseos, por el progreso de nuestro país, procuramos difundir entre las masas del pueblo que nos rodea y lo necesita, el escaso contingente de nuestros conocimientos”.

“Es al pueblo a quien me dirijo en esta vez, para repetirle lo que en ocasión propicia tuve ya oportunidad de expresarle”.

¡Habitantes de Payo Obispo y congregaciones vecinas! no olvidéis que sois los fundadores pacíficos de estas tierras; y que a vosotros toca velar por el crecimiento y desarrollo del lugar que habéis adoptado como vuestro. Dedicad a él una gran parte de vuestras energías para lograr su bienestar. Sabed que los pueblos, son ante el mundo lo que los hijos que abraza su seno, quiere que sean”.

“Como ejemplo de lo que digo, pasad sin ir más allá, una simple ojeada a lo que nos rodea, para que os inspiréis con las grandezas humanas; y encontrad partiendo del Norte a los EE.UU., nuestra República vecina; uno de los colosos del siglo; Quien presenta al orbe, la magnitud de su poder cerebral en la incesante actividad de su raza. Ella se ha traducido en diversas formas y estilos, hasta los más remotos climas; y todo este poder, toda esta grandeza, no es sino el fruto del amor al trabajo, desplegado en todo tiempo por cada

uno de sus hijos. Descendiendo encontramos a nuestro bello país; él nos ofrece también, uno de los más hermosos ejemplos de desarrollo y rápido progreso, alcanzados en nuestra época”.

“Conservad el sentimiento que hace nacer el lugar en que se vive radicalmente, que él se avivará con el amor de los hijos que nazcan en esta tierra”.

“Sabed que las garantías que otorga nuestra Constitución y sus leyes son muy amplias y benéficas para el ciudadano laborioso y honrado. Procurad observarlas exactamente, antes que nadie, y haced del Pabellón Nacional, Enseña de la Nación; y con estas prácticas conseguiréis a no dudarlo, el adelanto y la tranquilidad de este suelo y corresponderéis a la idea salvadora sembrada ya en el espíritu de nuestro pueblo, por el gran estadista que rige nuestros destinos, por los grandes hombres que nos han precedido y legado una Patria que debemos honrar y defender”.

Othón P. Blanco.

Su habilidad y su inteligente cuanto humano trato con los indígenas de aquellos lugares, llamaron la atención de las autoridades en la Capital de la República que lo comisionaron el 8 de agosto de 1905 para conducir a la ciudad de México al cacique indígena Miguel Tun y su Lugarteniente Miguel Ambrosio que se hicieron acompañar de un secretario que servía de intérprete, de nombre J. Alvarado.

Othón P. Blanco, por instrucciones superiores, mostró la ciudad a los visitantes que quedaron asombrados.

Ciertamente este hecho representa, quizá por la participación y las buenas intenciones de Othón P. Blanco, una verdadera rareza en el comportamiento de las autoridades Porfirianas que ya por aquella época ejercían simplemente la mano dura en el remoto trato que se tenía con los habitantes indígenas de la República.

El 4 de octubre de 1907 recibió en Veracruz la condecoración creada por el estado de Yucatán por decreto

del 17 de abril de 1902, por haber tomado parte en la campaña que sofocó la rebelión de los indios mayas.

Por cierto que en estas acciones tuvo relación directa con Manuel Azuela.

Por aquellos años los indígenas yucatecos, virtualmente abandonados en sus legendarios territorios, se dieron a efectuar ataques sorpresivos y por demás sanguinarios contra varias poblaciones del estado de Yucatán.

Aquí, recordamos que Manuel Azuela, quien logra tomar el castillo de Tulum, llegando por Mar, a bordo de la Corbeta "Zaragoza", sofoca la rebelión y hace trece prisioneros entre los sublevados, dando órdenes a sus hombres de evitar hasta donde fuera posible causar bajas entre los indígenas.

Seguidamente continuaremos con los textos autobiográficos de Othón P. Blanco:

"Nombrado más tarde el que suscribe, Jefe de la Comisión Militar que debía estudiar los medios de organizar la campaña contra los indios mayas, fui nombrado Cónsul de México en Belice, para desde allí estudiar las exigencias de la Colonia Británica y visitar el litoral y territorio indio a fin de proponer el plan de campaña, formando parte de dicha comisión el Ingeniero Rebolledo y el Primer Teniente Zenteno.

Algunos otros textos testimoniales, salvados por el Vicealmirante Lavalle Argudín, expresan:

"La tribu de Icaiche formada por los hombres más temibles de la raza maya que causaban el terror de la colonia de Belice, la cual saquearon repetidas veces, constituía el enemigo más temible para nosotros, concibiendo entonces el proyecto de atraerlos por medio de la persuasión; más siendo difícil vencer sus recelos y suspicacias se trasladó él solo al interior del Río Hondo, y haciéndose acompañar de un solo intérprete se internó hasta la capital de aquella tribu; poniéndose al habla con el General Tamay, Jefe de ella, logró convencerlo de que le convenía cultivar la amistad de México y se alió con nosotros, guardando hasta el día de hoy sus

promesas y no volviendo a hacer excursiones practicadas sobre el territorio de Belice. La audacia desplegada por el Primer Teniente Othón P. Blanco, produjo un fruto de inestimable valor, tanto para la Colonia de Belice, como para nosotros por cuanto nos simplificó el problema de la campaña, quedando sólo un enemigo frente a nosotros constituido por las tribus de Chan Santa Cruz”.

“Como los indios de estas tribus cultivaban relaciones de comercio y amistad con la colonia de Belice, entabló el Teniente Blanco, relaciones indirectas con ellos por medio del Gobernador de aquella colonia Británica, cuya amistad supo conquistar; y así, venciendo dificultades con los comerciantes ingleses y la hostilidad y animadversión de los indios mayas, pudo normalizar los servicios aduanales, obligando a unos y otros a reconocer la soberanía de México sobre aquel territorio pagando los tributos legales”.

Para llegar a este fin tuvo necesidad de desplegar habilidad y valor, pues un día que una embarcación beliceña pasó de largo por el pontón y no quiso respetar la orden de atracar para ser reconocida internándose en el Río Hondo, el Teniente Blanco la persiguió en un pequeño bote y hubo de alcanzarla en la ranchería de Chac Crik, puesto avanzado de los indios mayas a donde atracó y la obligó a volver hasta el pontón castigándola.

“Durante un terrible temporal que azotó aquella costa, naufragó en la boca de la Bahía Chetumal una embarcación salida de Corozal y cayeron al agua diez personas; las embarcaciones de auxilio salidas de la costa de la Colonia, lucharon en vano por socorrerles y no obstante la inferioridad notoria de la embarcación que tripuló el Teniente Blanco, logró éste, salvar a ocho de los náufragos, mereciendo el aplauso y la felicitación de las autoridades de la colonia”.

“Di cuenta de este hecho pidiendo una recompensa para el Teniente Blanco y acaso se extravió mi comunicación, pues nunca fue contestada por la Superioridad”.

“Hallándose en 1900, el que suscribe, como Jefe de la Columna Expedicionaria del Sur de Yucatán y estando en

San Rafael de Sombrerete, estableciendo el primer campamento para proceder a la apertura del canal mexicano, para comunicar la Bahía de Chetumal con el mar por Xcalak, cesó el Teniente Mayor Blanco, en el mando del pontón y vino a sus órdenes como Comandante de la Estación Naval de Sombrerete, en cuya comisión se distinguió por su celo y actividad, mereciendo ser recomendado a la Superioridad".

"Tales son los servicios más salientes en que se distinguió el entonces Teniente Mayor Othón P. Blanco, y cuya magnitud sólo puede apreciarla quien conozca las dificultades casi insuperables con que luchó, no siendo la menor lo malsano del clima y la hostilidad de los habitantes de las dos márgenes del Río Hondo, no obstante lo cual no pidió ser relevado en muchos años y soportó las fiebres con una abnegación ejemplar".

En 1905, Othón P. Blanco se incorpora como Segundo Comandante al cañonero "Bravo" y posteriormente al transporte Progreso en la misma calidad.

En 1907 es designado Comandante del "Progreso" y poco más tarde se le entrega el mando del también mencionado cañonero "Bravo".

Ya ascendido a Capitán de Fragata en el año de 1909, fue nombrado Subdirector de la Escuela Naval Militar y, al propio tiempo, Profesor titular en la cátedra de "Fortificación Pasajera y Artillería Naval". En 1913 ocupa la jefatura del Departamento de Marina en la Secretaría de Guerra y Marina y en julio de ese año fue promovido al grado de Comodoro.

Posteriormente siguió sirviendo a la Armada en diversas comisiones y cargos hasta el año de 1946 en que obtiene su retiro, falleciendo el 18 de octubre de 1959 a avanzada edad.

Terminan diciendo los trabajos biográficos y muy acuciosos, logrados por el Vicealmirante Mario Lavalle Argudín, Director del Archivo Histórico de la Armada de México.

A través de la representación de Othón P. Blanco, hemos querido fijar la circunstancia y, la presencia en ella,

de los hombres que acompañaron generacionalmente a Manuel Azueta.

Creemos que el ocuparnos de P. Blanco, como ente simbolizador de la generación de los tiempos de Azueta, es justificado, ya que su personalidad, obras y proyectos, se empatan de manera cierta, con la existencia del propio Comodoro Azueta y una pléyade de distinguidos Marineros de Guerra mexicanos, que desarrollaron su acción hacia fines del siglo XIX y principios del XX.

CAPITULO VII

CRIMEN EN PALACIO

1913

Una vez recorrido el breve trecho cronológico, desde su ascenso a la Primera Magistratura de México, Madero, se enfrenta al fenómeno dramático, representado por el estallido de las ambiciones de quienes figuraron en el "Porfiriato" e integraron los cuadros privilegiados en las esferas políticas, vencidas por la Revolución y que ante un estado de cosas insostenible físicamente -por la inexistencia de una verdadera fuerza revolucionaria- aprovechan la primera ocasión para asestar el golpe mortal a la flamante democracia mexicana, recientemente advenida con el Maderismo y el triunfo electoral que llevó a su caudillo a la cima del poder.

1913, es el año fatídico del ;Crimen en palacio...!

Antes de continuar con la reseña de estos acontecimientos -sin los cuales no podríamos formarnos una idea exacta o medianamente aproximada de las condiciones reinantes entonces, para advertir la figura del hombre símbolo de la defensa de la integridad nacional- regresaremos, a dar fe de los testimonios existentes sobre el desarrollo de la vida de Manuel Azueta en aquellas fechas.

En agosto de 1910, ostenta el grado de Capitán de Navío de la Armada Nacional y hacia el mes de agosto, marcha a la capital de la República para atender la comisión, que el mando le ordenó, cifrada en atender personalmente a los representantes militares invitados, por el Gobierno de Porfirio Díaz a las fiestas de la celebración del Centenario de la Independencia Nacional.

El 28 de julio del mismo año, Azueta regresa a su cargo de Director de la Escuela Naval Militar en Veracruz

(permaneció al frente de la Escuela, hasta el 1 o. de octubre de 1911).

Al arribar al puerto, comunica al General Flaviano Paliza haberse hecho cargo de nuevo del Establecimiento, a lo que el entonces Jefe del Departamento de Marina contesta... "El Secretario del Ramo me ordena conteste a usted de enterado del oficio número 165, de fecha 1o. del actual, en que comunica que se hizo cargo nuevamente de la Dirección de ese Establecimiento, terminada la comisión que desempeñaba en esta capital". Libertad y Constitución.

México, octubre 4 de 1910.

Anunciada con alguna anterioridad, la Secretaría de Guerra y Marina, preparó la visita de una Escuadra japonesa de visita en el Puerto de Salina Cruz. Para atender a los miembros de la Armada Imperial que llegaron a bordo de 5 enormes buques de guerra, fue comisionado Azueta, quien el día 12 de diciembre, acompañado de un ayudante, salió con destino al Pacífico, empleando la vía ferrocarrilera transoceánica.

De fecha 19 de diciembre es este parte que transcribimos:

"El General Brigadier, Comandante Militar de Veracruz, al Secretario de Guerra y Marina. Respetuosamente.

C. Secretario: Tengo la honra de poner en el superior conocimiento de usted, que hoy salió para Salina Cruz, Oaxaca, el Capitán de Navío Manuel Azueta, acompañado del Segundo Teniente Armando Ascorbe, con el objeto de recibir en aquel puerto, al Contralmirante japonés, que llegará a él, con los buques a su mando, el día 22 del corriente mes.

Tengo el honor mi General, de hacer a usted presentes mi subordinación y respeto.

Libertad y Constitución.

H. Veracruz, 19 de diciembre.

En esta comisión, Azueta se destacó grandemente, al tratar al Comandante de la Escuadra japonesa, Contralmirante Rokuro Yashiro, con la amabilidad que le era

característica, pero sobre todo, haciendo con él conversación sobre temas de interés naval, de los que era un verdadero especialista. De hecho, en aquella ocasión hizo franca amistad con el Jefe nipón, que era un personaje distinguido de la Armada Imperial, que había participado en la guerra ruso-japonesa.

En marzo de 1911, Azueta, hace un viaje a la Ciudad de México, haciéndose cargo de la atención de un grupo de Jefes Militares franceses invitados por el Gobierno de México. El viaje se hace en tres vagones especiales -muy lujosos- que el Gobierno Federal le envía a Veracruz para conducir a esas personalidades a la capital.

El día 18 de mayo del mismo año, recibe, conjuntamente con el Teniente de Artillería, Alberto Méndez, el diploma y la condecoración de "Caballero de la Legión de Honor", que le otorga -al igual que al mencionado Teniente- el Gobierno de Francia por conducto de su Legación en México.

El 21 de julio, se le comunica que tanto a él como al Mayor de Ingenieros, Ortiz Monasterio, el Gobierno francés, les confirió la Cruz de Oficial de la ya mencionada Legión de Honor. Ese mismo año el mando decide conferirle el grado de Comodoro. ¡Como tal se enfrenta a los invasores defendiendo el suelo patrio!

Un documento de la época, da fe de su ascenso:

"El Presidente interino de la República, ha tenido a bien disponer que con esta fecha, se expida Despacho de Comodoro de la Armada Nacional, en favor del Capitán de Navío Manuel Azueta, quien continuará en la comisión del servicio, como Director de la Escuela Naval Militar, que actualmente desempeña.

En el concepto de que se le seguirá ministrando el haber que ahora percibe con cargo a la partida 13832, del Presupuesto vigente y la diferencia de \$0.57 cincuenta y siete centavos, que hay entre dicho haber y el de \$9.57 nueve pesos, siete centavos, que corresponde a su nuevo empleo, conforme a la Ley Orgánica de la Marina Nacional, se le

abonará desde esta fecha, con aplicación a la partida 14423 del citado presupuesto.

El propio Primer Magistrado se sirvió disponer que en lugar de la asignación de comisión de \$5.45 que ha estado recibiendo al interesado, con cargo a la partida 13893, del repetido presupuesto, se le abone a partir de hoy, la de \$7.00 diarios que se le señala por su nuevo empleo, haciéndose la aplicación a la misma Partida y cargándose la diferencia de \$1.55 que hay entre dichas asignaciones a la 13984 del tantas veces mencionado Presupuesto de Egresos vigente.

Tengo la honra de comunicarlo a usted para su conocimiento y efectos suplicándole se sirva dispensar al interesado por dos meses, la presentación del referido Despacho. Protesto a usted.

Libertad y Constitución, México 13 de Mayo de 1911.

G. Salas al Secretario de Hacienda. Presente.

Manuel Azueta contestó el oficio:

“C. Secretario. Tengo el honor de manifestar a usted, quedar enterado por su respetable oficio número 26184, de fecha 13 del actual, que el C. Presidente de la República tuvo a bien disponer que con la fecha citada, se expida Despacho de Comodoro de la Armada Nacional en mi favor, disponiendo asimismo, continúe en la comisión de Director de esta Escuela Naval Militar.

Cumple a mi deber, al ser favorecido con aquel empleo, dar las gracias por el digno y respetable conducto de usted al C. Presidente interino de la República, por la distinción de que he sido objeto, así como esa respetable Secretaría, por haber sido propuesto a dicho Primer Magistrado, para ocupar tan honroso puesto en nuestra Armada.

Tengo el honor, mi General, de hacer a usted presentes mi subordinación y respeto.

El Comodoro Director, Manuel Azueta.

En forma definitiva dejaría en esos días la Dirección de la Escuela Naval Militar que ocupó durante dos períodos. Doblaría otra página de su vida, para encargarse de nuevas comisiones del servicio, en provecho de la Armada y del país.

De esta manera, al finalizar septiembre de 1911, entrega la Dirección de la Escuela Naval al Capitán de Fragata José Servin y L., y acomete una importante comisión, relativa a hacerse cargo, en calidad de Comandante, del Arsenal Nacional en Veracruz, que recibió de manos del también ya Comodoro y viejo amigo, Don Manuel E. Izaguirre.

Su tiempo todo lo dedica a las actividades propias del Arsenal, donde propone al Gobierno de México, la compra de un nuevo tipo de fusil de fabricación norteamericana y una ametralladora ligera, de tripié.

Estas proposiciones son dirigidas a mejorar el armamento de las fuerzas armadas nacionales.

El Gobierno acepta su propuesta y así el Arsenal se convierte en un centro de avanzada en cuanto a la adquisición de modernas armas individuales y artillería ligera.

¡De nuevo el innovador Azueta muestra sus alcances!

Hay un tiempo que le queda libre después de la comida; lo aprovecha para impartir clases de "Nociones Elementales de Mecánica", a los alumnos de la Escuela de Maestranza, contigua al Arsenal.

El 30 de septiembre de 1911, el Subsecretario Encargado del Despacho de Guerra y Marina, dirige una comunicación al Congreso de la Unión:

"Para los efectos constitucionales y por acuerdo del Presidente interino de la República, tengo la honra de dirigirme a ustedes, suplicándoles se sirvan recabar de esa H. Cámara, la ratificación del Despacho de Comodoro del Cuerpo General Permanente de la Armada Nacional, expedido en favor del Capitán de Navío Manuel Azueta, a cuyo efecto acompaño a ustedes copia certificada de la hoja de servicios del interesado".

El Senado de la República contestó el citado oficio en estos términos:

"El Senado, en sesión celebrada el día de ayer, aprobó el siguiente acuerdo: se ratifica el nombramiento del Comodoro de la Armada Nacional que hizo el Ejecutivo

Federal, en favor del Capitán de Navío, del Cuerpo General Permanente, Manuel Azueta.

Al comunicarlo a usted, para conocimiento del C. Presidente de la República y como resultado del oficio de esa Secretaría de fecha 30 de septiembre último, reiteramos a ustedes las seguridades de nuestra distinguida consideración.

México.

Carlos Castillo.

Un año después, Manuel Azueta cumple 30 años de servicios constantes a la Armada; ha cumplido las más honrosas y difíciles comisiones, ocupado, cargos administrativos y educaciones, tanto como a bordo de muchos buques de guerra, por lo que dirige una comunicación a la Secretaría de Guerra y Marina:

“Manuel Azueta, Comodoro de la Armada Nacional, Comandante del Arsenal N. de Veracruz, ante usted, respetuosamente expongo: que considerándome acreedor a la condecoración de constancia de Primera Clase, a que se refieren los artículos 97 y 98 de la Ordenanza General de la Armada, por más de 30 años de servicio activo sin interrupción, a Usted, C. Secretario ocurro suplicándole se sirva acordar se me conceda la mencionada condecoración y se me expida el Diploma respectivo, para su uso, conforme al artículo 115 de la propia Ordenanza, en lo que recibirá especial gracia y favor.

Tengo el honor, mi General, de hacer a usted presentes, mi subordinación y respeto.

H. Veracruz. Febrero 29 de 1912.

El Comodoro Manuel Azueta.

Muy poco tiempo después se expide este comunicado por parte del Jefe interino del Departamento de Marina:

“El Comodoro Manuel Azueta es acreedor a la condecoración de Constancia de Primera Clase que solicita, por tener más de 30 años de servicio activo sin interrupción, conforme a los artículos 97 y 98 de la Ordenanza General de la Armada.

En tal virtud, el suscrito opina que se acceda a su solicitud, expidiéndole el Diploma respectivo para el uso de la condecoración de referencia, según lo previene el artículo 115 de la propia Ordenanza.

A los 50 años de edad, el Comodoro Manuel Azueta es nombrado por el Presidente Francisco I. Madero, Comandante de la flotilla del Golfo, con instrucciones precisas de combatir a los sublevados en el puerto de Veracruz, al mando del infidente Félix Díaz, sobrino de Porfirio Díaz y a quien, despreciativamente, mucha gente bautizó como "el sobrino de su tío".

Félix Díaz, representante de los asuntos porfiristas, que añoraban la recuperación del Poder, se levantó en armas contra el Gobierno legítimamente constituido, el día 16 de octubre de 1912.

Azueta se hace cargo de la flotilla y ostentando, a bordo del "Morelos", la insignia de Comodoro-Comandante, se dispone a guerrear contra los rebeldes.

Muy de mañana, el día 18, ordena el desembarco de 100 marinos armados de mosquetones y llevando suficientes municiones y provisiones de boca, los dirige a San Juan de Ulúa, el que cercan, impidiendo la escapatoria de los reos allí recluidos.

Estos hombres, que se mostraron llenos de valor, cortaron la comunicación entre San Juan de Ulúa -el que dominaron por completo- y el Puerto, evitando el enlace entre el grupo de "felicistas" ahí detenidos y el grueso de los infidentes en Veracruz.

La rápida acción de la tropa desembarcada por Azueta, permitió tomar por sorpresa a los integrantes del 21 Batallón que era adicto a Félix Díaz.

El primer intento por tomar la fortaleza por parte de la gente de Azueta, resultó infructuoso, por lo que el Comodoro, ordenando la óptima colocación de los buques a su mando, dio la orden de hacer fuego sobre la fortaleza. Los cañonazos que partían de los buques de su flotilla, debilitaron considerablemente a los amotinados de Ulúa,

facilitando el cerco por parte de la tropa desembarcada, que permanecía a la expectativa en terrenos aledaños al Castillo.

Poco tiempo después, el General Joaquín Beltrán, entró a Veracruz, logrando una victoria aplastante sobre los "felicistas"; tomó preso a Díaz, a quien un consejo de guerra lo condenó a muerte por alta traición. Sin embargo de esa suerte, lo salvó la magnanimidad de Madero, que ordenó se le perdonara la vida, desterrándolo a los Estados Unidos.

El día 28 de octubre de 1912, el Comodoro Manuel E. Izaguirre, dirige el siguiente oficio:

"C. Secretario; habiendo cesado los motivos por los que el Supremo Gobierno se sirvió disponer que el Comodoro Manuel Azueta, tomara el mando en jefe de los buques de guerra del Golfo, pues el puerto de Veracruz ha sido recuperado por las fuerzas del Comandante Militar en el Estado, el que suscribe, se propone sugerir a Usted se dirija un telegrama al citado Comodoro Azueta, diciéndole que cesa en el mando de la Escuadrilla del Golfo, que se formó provisionalmente en vista de las circunstancias que reinaron por unos días en el referido puerto, que por lo tanto, ordene a los Comandantes de las unidades que estuvieron bajo sus órdenes, reconozcan como Jefe al Comandante Militar, quien vuelve a asumir el mando que tenía con anterioridad y que arríe su insignia que arboló en el "Morelos". Dicho telegrama se insertaría al citado General Beltrán para su conocimiento y efectos.

Salvo el superior y más acertado parecer de Usted.
México.

Azueta conocía y había hecho cierta amistad años atrás, con Félix Díaz, quien se casó con la hija de un buen y viejo amigo del Comodoro, el Licenciado Leandro Alcolea.

A la boda de Díaz e Isabel Alcolea, Azueta envió como presente un barco de plata realizado por los artesanos del Estado de Guerrero.

Después de su matrimonio en 1892, Díaz permaneció en el Estado de Veracruz, donde trabajó como Ingeniero en la Comisión Geográfica Exploradora, que tenía su sede en la ciudad de Jalapa y frecuentaba el puerto constantemente.

En los momentos en que preparó el absurdo levantamiento, comprometió a diversos amigos porteños, que ingenuamente y ciegos ante la realidad se dejaron arrastrar por Félix Díaz.

Muchos pagaron con su vida el atrevimiento y la inexperiencia.

Desde luego, Félix Díaz ni siquiera insinuó al Comodoro la idea de que lo siguiera en tal cometido, ya que sabía las ideas bien definidas de éste, así como su intachable conducta y sentido de la lealtad al Gobierno.

Al terminar la comisión de sofocar a los infidentes "felicistas", vuelve a su antiguo cargo como Comandante del Arsenal Nacional.

Hacia fines de 1912, se iniciaron una serie de maniobras altamente sospechosas. Se trataba de las frecuentes incursiones de buques de guerra norteamericanos en aguas nacionales y los que llegaban en ocasiones a quedar surtos frente a los puertos de Tampico y Veracruz, sin dar ninguna explicación que justificara su presencia.

Estas apariciones inquietaron al Comandante del Arsenal Nacional, quien hizo comentarios entre los demás jefes de la Armada, así como con el Comandante Militar de Veracruz y lo mismo con el de Tampico.

Una ocasión cursó un comunicado urgente a la Secretaría de Guerra y Marina, el que le fue contestado de la siguiente manera... "por conducto de Usted, fecha 10 del mes en curso, se ha enterado esta Secretaría, de que ese mismo día salieron de ese puerto para el de Nueva Orleans los barcos de guerra de la Marina norteamericana, "Desmoinnes" y "Tacoma". Como la Comandancia Militar oportunamente comunicó a esta Secretaría, el movimiento de los buques de guerra nacionales y extranjeros, por ser asunto de su competencia, no es en absoluto necesario que usted lo haga también y en consecuencia debe omitir en lo sucesivo esos avisos".

"¡El Tacoma!"

Muy poco después este buque arrojó sus granadas sobre Veracruz, durante la invasión del 21 de abril de 1914.

El 6 de enero, ya del fatídico 1913, el Comodoro Izaguirre firma una boleta que dice... "el C. Secretario del Ramo, en acuerdo de esta fecha se ha servido disponer que por el Departamento del digno cargo de Usted, se libre orden de pasaje, con cargo a la cuenta de esta Secretaría, en coche de Primera Clase, al Comodoro Manuel Azueta, de Veracruz a esta capital, remitiéndosela al interesado, al Arsenal Nacional en el citado Puerto".

Al llegar a México, se encontraba con un oficio que le fue entregado en la Secretaría de Guerra y Marina:

"El Presidente de la República, en acuerdo de hoy, se ha servido disponer que el Capitán de Fragata Aurelio Aguilar, Piloto Mayor de Coatzacoalcos, vaya a Veracruz para hacerse cargo, interinamente del Arsenal Nacional, mientras dure la ausencia del Comodoro Manuel Azueta, quien tiene que desempeñar otra comisión del servicio para la que ha sido designado por esta Secretaría. Lo que tengo la honra de comunicar a usted para su conocimiento, permitiéndome manifestarle que Aguilar continuará con el carácter que actualmente tiene disfrutando por lo tanto los emolumentos que le concede el artículo 1614 del Decreto del 15 de octubre de 1895.

M. Guardiola.

Otro documento directamente dirigido a Azueta, lo esperaba asimismo, en la Secretaría:

"El Presidente de la República se ha servido disponer que el Comodoro del Cuerpo General Permanente de la Armada Nacional, Manuel Azueta, Comandante del Arsenal Nacional, marche a Guaymas para pasar revista de inspección al cañonero "Tampico", con las atribuciones que le señala el artículo 50. de la Ordenanza General de la Armada.

Lo que tengo la honra de comunicar a usted, para su conocimiento, permitiéndome manifestarle que el haber, la diferencia del mismo, la asignación de mando y de comisión que corresponde al citado oficial general, deben afectar las partidas correspondientes del Presupuesto vigente, pues conservará su carácter de Comandante del Establecimiento, esperando al mismo tiempo, que por esa Secretaría de su

merecido cargo, se nombre al Interventor de Hacienda para la entrega que deberá hacer Azueta al sustituto que se designa en nota número 69-731 de esta misma fecha.

Asimismo le encarezco se ordene al empleado de su Ramo, que acompañe al Subinspector nombrado para dicha revista, conforme a lo prevenido en el artículo 1463 de la Ley a que me he referido.

A.G.Peña".

El 16 de enero de 1912, el Comodoro, Jefe del Departamento de Marina, Manuel E. Izaguirre, expedía la boleta que permitía a Azueta disponer de pasaje, en coche de primera, de la ciudad de México a Manzanillo, Colima, para de ahí embarcarse a Guaymas, Sonora, para cumplir con la citada comisión del servicio.

Por cierto, ese viaje por Mar de Manzanillo a Guaymas, lo hizo a bordo de un barco de pasajeros, de la Compañía Naviera del Pacífico, de capital mexicano, de la que eran apoderados legales los Licenciados José Vasconcelos y Alejandro Quijano.

El 25 de enero de 1913, Azueta dirige un informe a la Secretaría de Guerra y Marina:

"Se presento a bordo del "Tampico" acompañado del Secretario y del empleado de la Jefatura de Hacienda, dando principio a la revista de inspección con la presencia de un Jefe, 9 oficiales, 100 tripulantes, entre clases y marinería, el médico, el pagador y su ayudante, faltando en este acto dos marineros que se encontraban francos. Se practicó corte de caja, que arrojó una existencia de \$2,316.64, de conformidad con los libros". El 5 de marzo envía un telegrama al Secretario de Guerra y Marina, donde le manifiesta que habiendo terminado tanto la inspección como la supervisión en los trabajos de reparación del "Tampico", solicita permiso para viajar a la ciudad de México, a efecto de entregar personalmente el Informe completo sobre el cumplimiento, de la misión.

El 7 de marzo se le contesta que tiene la autorización del General Mondragón para realizar el viaje.

Ya desde el mes de abril, se le había turnado un parte donde se le notificaba que cesaba en sus funciones en el cargo de Comandante del Arsenal Nacional en Veracruz y quedaría en Guaymas, dedicado a la inspección de los buques de guerra de la flota del Pacífico.

Este es el oficio respectivo:

“El Presidente interino de la República, ha tenido a bien disponer que con fecha 21 del actual, el Comodoro Manuel Azueta, cese como Comandante del Arsenal Nacional y marche al Puerto de Guaymas, en el que quedará a las órdenes de esta Secretaría para llevar a cabo las inspecciones de los barcos de guerra, cada vez que se le indique; debiendo proceder desde luego, a la del cañonero “Morelos”.

En tal virtud, se le liquidarán en Veracruz los haberes y asignaciones que percibe actualmente como Comandante del referido Establecimiento.

El 23 de abril de 1913 el Comandante Militar de Veracruz, R. Velásquez, dirige una carta al Subsecretario de Guerra y Marina:

“Mi muy estimado y fino amigo:”

El señor Comodoro Don Manuel Azueta, me participa que por motivo de haberse enfermado su futuro yerno, ha diferido el matrimonio de su hija Rosario, hasta el próximo 7 de mayo. Como verá usted por la esquila que tengo el gusto de acompañarle, no ha podido marchar al Pacífico como se le tiene ordenado, pero tan luego como se haya efectuado dicha ceremonia, marchará a su destino. Lo que me permito comunicarle a fin de que tenga la bondad de participárselo al señor Ministro y se le conceda al Comodoro Azueta su permanencia en este Puerto hasta la fecha indicada, pues este señor se encuentra muy apenado.

Soy de Usted, como siempre. Afectísimo amigo y atento S.S. Comandante en Veracruz.

Su hija Rosario, comprometida meses atrás con el señor Manuel Aladro, descendiente de una de las tantas y honorables familias de españoles, que dedicados a las actividades comerciales se habían instalado en el Puerto, se

casó una vez repuesto de su salud, como se testimonia en el documento transcrito, en el mes de mayo de 1913.

José, hijo del Comodoro, por esas fechas se hallaba en calidad de cadete en la Escuela Naval Militar.

Otro de sus hijos, Manuel, ese año de 1913 se encontraba navegando como oficial de la Armada en los buques de guerra nacionales.

Hacia fines de ese año, José, que ya había registrado algunos tropiezos en la carrera Naval, se entera apesadumbrado de que ha sido reprobado en los exámenes finales.

Su temperamento, en extremo impulsivo, probablemente le ocasionó que sus francas 'potencialidades no encontraran los cauces idóneos apuntados hacia los objetivos de cumplir con eficacia sus deberes académicos.

Esos últimos meses en la Escuela Naval Militar, José se vuelve disperso, escapando de la dura disciplina del estudio de las diversas asignaturas correspondientes al último año de la carrera. De tal suerte, que al contemplar el desdichado resultado de no aprobar ese curso, se ve asaltado por la total desmoralización y no soportando la idea de aparecer inferior entre sus compañeros de antigüedad, prefiere abandonar el Plantel -lo que le comunica a su padre a Guaymas- y con la autorización de la Secretaría de Guerra y Marina ingresa, con carácter de oficial, a un Batallón de Artillería bajo las órdenes de la Comandancia Militar de Veracruz.

En los pocos meses que sirvió en esa comisión, José Azueta perfecciona sus conocimientos, ya para entonces muy vastos, en el manejo de la artillería, siendo su especial predilección todo lo referente a las ametralladoras pesadas y ligeras.

Entre las piezas de que disponía el Batallón de Artillería en el que servía, se encontraba una moderna ametralladora que tenía, como parte integrante de su cuerpo, un asiento que facilitaba las maniobras del artillero.

Este tipo de ametralladora, muy esbelta y que parecía como si se le hubiera agregado un asiento de bicicleta

soldado al tripié, era la consentida del joven oficial José Azueta, quien llevado de su espíritu desenfadado y siempre festivo, la bautizó alegremente como "Mi Flaca".

Esa misma pieza es la que empleó el joven Azueta para derribar invasores en la heroica jornada del 21 de abril y también fue su compañera durante esos instantes heroicos en que desafiando a centenares de marinos norteamericanos, junto al cadáver de quien "servía" la ametralladora, recibió las balas de la muerte que le hicieron sucumbir.

El 16 de mayo de 1913, al día siguiente de la boda de su hija Rosario, el Comodoro llega a la ciudad de México y horas más tarde se dirige a Manzanillo; de ahí se embarcó a Guaymas para cumplir su comisión como Subinspector de los barcos de Guerra de la Armada Nacional en el Mar Pacífico.

El 28 de mayo Azueta informa telegráficamente a México: "Cañonero "Tampico" salió ayer para Mazatlán conduciendo reemplazos y correspondencia. Hoy aprovecho salida vapor "Pesqueira" que sale esta tarde para incorporarme en Mazatlán al "Tampico" cumpliendo sus respetables órdenes".

El 5 de junio encontrándose en Manzanillo, aborda el vapor "Ramón Corral" con destino a Guaymas, donde, por instrucciones de la Superioridad, da posesión del mando del "Tampico" al Capitán de Fragata Manuel Castellanos y del Varadero del propio puerto de Guaymas, al Capitán de Fragata Ignacio Torres.

De fecha 10. de agosto de 1913 es este telegrama que el General Aureliano Blanquet dirige al Comodoro que se encontraba en Manzanillo:

"Tesorería Federación informa que desde 10. de julio último libró orden Jefatura Hacienda Sonora para pago haber de \$13.20 diarios que corresponde a usted con cargo partida 12257 Presupuesto vigente como perteneciente Plana Mayor Ejército".

El 12 de agosto, el propio General Aureliano Blanquet, le ordena entregar el cargo de Subinspector de Buques de Guerra en el Pacífico, al Capitán de Fragata

Torres y abandonar Guaymas a la brevedad posible, para concentrarse en la capital de la República.

Ya en la ciudad de México, el Comodoro, de nuevo, es elegido para una importante comisión en el extranjero, relacionada con la adquisición de buques para la Armada.

Sin embargo, ésta no llegó a realizarse por la furia de los acontecimientos que sobrevinieron después. El Comodoro Othón P. Blanco, a quien ya nos hemos referido en otras páginas, entonces Jefe del Departamento de Marina, expide un oficio dirigido al Secretario de Guerra y Marina: "C. Secretario. Con fecha 18 de agosto próximo pasado, tuvo usted a bien acordar, que habiendo terminado la revista de inspección al cañonero "Morelos" el Comodoro Azueta, se le nombre Jefe de la Comisión Inspectorá de La Construcción de los nuevos Cañoneros en Sestrioponente, Genova, Italia.

Para poner las órdenes respectivas, se esperaba la llegada a esta capital del Comodoro Azueta y habiéndose presentado ya, me permito proponer que se libren; pero no urgiendo la inmediata salida para el extranjero del repetido Oficial General, y necesitándose por otra parte pasar una visita de inspección a la corbeta "Zaragoza", así como activar los trabajos de la carena de la misma, a fin de que a la mayor brevedad posible quede dicho buque listo para todo servicio, me permito proponer que se comuniqué al Comodoro Azueta, su nombramiento de Jefe de la Comisión Inspectorá de Buques en Construcción, agregándole que antes de partir a ese destino, marche a Veracruz y desempeñe la referida comisión del "Zaragoza", confiando la Secretaría del digno cargo de Usted, en que con su celo y eficacia, quedará el repelido barco, cuanto antes en condiciones de navegar y servir eficientemente. Asimismo me permito consultar que se libre a la Secretaría de Hacienda, para que la Jefatura del Ramo en Veracruz, abone al Comodoro Azueta, mientras permanezca en su comisión del "Zaragoza", el haber diario de \$13.20 y la asignación de comisión de \$5.00 que le corresponde, con cargo a las partidas del Presupuesto vigente. En la inteligencia de que cuando termine esa comisión y se fije fecha para que marche a Italia, se

comunicará a la propia Secretaría de Hacienda, la forma en que el interesado deberá percibir su sueldos en el extranjero.

México, 3 de septiembre de 1913.

El Comodoro Jefe del Departamento de Marina.

Othón P. Blanco.

En aquel entonces, la Armada Nacional trataba con los astilleros de Odero Fu Alessandro, en Sestriponente, Genova, Italia, la construcción de 3 cañoneros.

Azueta, en tanto no recibe órdenes para marchar al cumplimiento de esta comisión, y se dedica enteramente a inspeccionar las reparaciones de la corbeta "Zaragoza".

La situación internacional era harto complicada en esas fechas del mes de noviembre de 1913. Azueta comenta los pormenores del panorama con su amigo, el también Comodoro Alejandro Cerisola, durante su estancia en Veracruz.

El Gobierno de los Estados Unidos, que no había reconocido a Victoriano Huerta, había reinstalado en su Embajada de México, a Henry Lañe Wilson. Las frecuentes incursiones de buques de guerra con bandera norteamericana en aguas nacionales, se volvían cada vez más intensas y día a día, las visitas no anunciadas de unidades navales extranjeras se hacían con mayor número de embarcaciones.

En tanto el Ejército Constitucionalista, jefaturado por Don Venustiano Carranza, arreciaba su acción contra las fuerzas del usurpador.

La tensión se recrudecía. El 14 de marzo de 1914, el Secretario de Guerra y Marina, Aureliano Blanquet, dirige una comunicación al Comodoro, donde le expresa:

La Superioridad ha tenido a bien disponer, que con los buques de guerra que operan en el Litoral del Golfo de México -en su totalidad- se forme una Escuadrilla y tome el mando de ella el Comodoro Manuel Azueta de la Armada Nacional, quedando insubsistente el nombramiento de dicho Oficial General, como Jefe de la Comisión Inspectora de la Construcción de Buques en Sestriponente, Genova, Italia,

hecho en oficio número 34829 de 3 de septiembre del año próximo pasado y cesando en la comisión que actualmente desempeña en Veracruz, como miembro de la Comisión encargada de proyectar un nuevo Reglamento para el Arsenal Nacional y vigilar las reparaciones a la "Zaragoza".

Azueta telegrafía de inmediato a Tampico para cerciorarse de que se enviaron a Veracruz los 3 cañoneros ahí surtos, así como girar instrucciones sobre los suministros de carbón, municiones y lo referente a las dotaciones de los barcos. Rápidamente integra la Escuadrilla, la que forma frente al puerto veracruzano.

Este parte nos informa fidedignamente sobre el particular:

"C. Secretario. Tengo la honra de repetir a Usted, lo que con fecha 29 del mes en curso dije por la vía telegráfica y es como sigue: Hónrame comunicarle con referencia a su respetable oficio del 14 del actual, que hoy tomó mando de la Flotilla Comodoro Manuel Azueta, izando su insignia a las 8.00 a.m., en corbeta "Zaragoza", habiéndose hecho, por buques de guerra nacionales y extranjeros, saludo de ordenanza y héchole él, a las insignias del norteamericano e inglés, que representan jerarquía superior a la suya -esto significa que el grado de los Comandantes rebasaba el de Comodoro- Respetuosamente, tengo el honor, mi General, de hacer a Usted presentes mi Subordinación y Respeto.

Libertad y Constitución. H. Veracruz. 30 de marzo de 1914. El General, Comandante Militar. Gustavo Mass".

El 4 de abril, Azueta comunica a México que, en su calidad de Jefe de la Escuadrilla del Golfo, se haya embarcado a bordo del cañonero "Bravo"... "donde al presente tengo arbolada mi insignia".

Días después es llamado a México, por la Secretaría de Guerra y Marina, para recibir instrucciones. Sería su última salida de Veracruz antes de la fecha del señalado 21 de abril.

Azueta parte de la ciudad de México, con destino a Veracruz, el día 18, después de informar al Mando sobre la situación reinante en el puerto veracruzano, representada

por la presencia de los buques de guerra norteamericanos, en actitud francamente amenazante.

Ese mismo día, el Comodoro Othón P. Blanco, dialoga con Azueta; recibe de sus manos un oficio dirigido al C. Secretario y expide, después, un parte que informa que el Comandante de la Flotilla del Golfo ha regresado a Veracruz a retomar el mando de los buques.

Este es el citado oficio de Azuela: "C. Secretario. Tengo el honor de manifestar a Usted que cumpliendo con las órdenes de la Comandancia Militar de Veracruz, habiendo procedido a dejar listo el cañonero "Bravo", de las reparaciones que tenía emprendidas en el Arsenal de Veracruz, así como tomar carbón y agua el viernes 10 del corriente, nos dirigimos al puerto de Tampico, llevando las municiones de guerra, que se habían cargado en dicho buque, logrando entregar éstas al señor General de Brigada Ignacio Morelos Zaragoza, General en Jefe de las fuerzas del Supremo Gobierno en aquel puerto, en tiempo oportuno y de lo cual me permití darle parte por la vía telegráfica, a mi llegada a la ciudad de Tampico, sirviéndose Usted, contestar de enterado y con satisfacción al referido telegrama. Asimismo me permito informar a Usted, que sin pérdida de tiempo pasé del "Bravo" a visitar a los cañoneros "Zaragoza", "Veracruz" y "Progreso" y como los tres buques no tenían todo el carbón necesario para estar listos para todo servicio, aprovechando que acababa de llegar un vapor con carbón a la Agencia Comercial, en Tampico, de acuerdo con el respetable General en Jefe, éste ordenó se aprovisionaran de carbón, aquellos cañoneros, de preferencia el "Progreso" que tenía solamente 30 toneladas y con el cual recibí órdenes del citado Superior de venir a Veracruz y de este puerto a la capital, a fin de entregar a usted personalmente, un memorando, con una carta del expresado, dando a usted ciertas noticias importantes sobre la situación en aquel Puerto, habiendo tenido el honor de ser recibido por Usted y cumplido con la comisión que se me había ordenado. En vista de lo expuesto y no teniendo motivo para permanecer en esta capital, con

permiso de esa Superioridad, regreso a Veracruz para incorporarme a MI DESTINO.

El Comodoro, Jefe de la Escuadrilla del Golfo, Manuel Azueta.

Al llegar a Veracruz, el día 19 de abril, Azueta es informado que el Gobierno ordenó la salida de la Flotilla que estaba bajo su mando con rumbo al Puerto de Tampico, donde la situación empeoraba a cada momento, tanto por los graves incidentes ocurridos entre las fuerzas Huertistas y los norteamericanos presentes ahí en numerosos buques de guerra, tanto por el embate de las fuerzas revolucionarias constitucionalistas que asediaban el puerto guarnecido por las tropas Federales jefaturadas por el General Morelos Zaragoza.

La Flotilla del Golfo puso proa a Tampico a las órdenes del Comodoro Gabriel Carvallo, con instrucciones de brindar su apoyo a los contingentes federales sitiados en aquel puerto. De esta forma Azueta se queda en Veracruz sin mando alguno de fuerzas y así, enfrenta los acontecimientos del 21 de abril; sin disponer de un solo barco, sin tener el mando de ninguna fuerza...

Lo acompaña únicamente su ayudante.

Sólo, pero erguido, jamás vencido, opone la grandeza de su espíritu a la funesta adversidad.

Si Azueta hubiera tenido en Veracruz a los cañoneros bajo su mando, seguramente hubiera hecho rugir los cañones de a bordo contra el acero blindado de los buques invasores.

Ya pasados los acontecimientos, algunos años después, alguien le preguntó sobre cuál hubiera sido su actitud, en la eventual circunstancia de que el 21 de abril, él hubiera dispuesto de los cañoneros en Veracruz.

El Comodoro enérgicamente repuso, que lo que hizo en tierra lo hubiera acometido también en el Mar.

Es decir; si entonces él hubiera tenido frente al Puerto, a la Flotilla que comandaba, se hubiera escenificado un desigual combate naval, en que desde luego, por la infinita superioridad del invasor, la victoria correspondería a los extranjeros.

Azueta al contemplar el desembarco no hubiera vacilado en abrir fuego desde el "Bravo", el "Progreso", la "Zaragoza" y el "Veracruz" con los modestos cañones y ametralladoras de a bordo, contra el acorazado "Florida", el "Prairie", el "Tacoma" y todos los demás poderosos buques invasores.

Entre el 19 y el 20 de abril, Azueta experimenta alta tensión y sus nervios adquieren extrema rigidez, al saberse Comandante de una Flotilla fantasma; Comandante de una fuerza naval arrancada a su mando y localizada a muchas millas de distancia mientras él, en tierra, con nulos elementos a su alcance.

Pero volvamos retrospectivamente nuestra atención a los pasajes -impregnados de dolor y de estupor- que corresponden al fin de la etapa maderista, cuando las insanas intenciones se manifiestan, para sacrificar a la Democracia, mediante la ilegalidad y el crimen.

En 1912 la situación para el gobierno de Madero empeoraba, a causa de que todos aquellos elementos ligados con el avasallado porfirismo, no se daban por vencidos y exigían seguir disfrutando de sus privilegios tal como lo hacían en el régimen derrotado.

El Gobierno de Madero y con él, las nuevas ideas tendientes al cambio, se mantenían en estado de subordinación a las Instituciones que respondían al viejo orden, no al recientemente instalado. Así pues, de 1912 se registra el levantamiento, en Veracruz de Félix Díaz.

Las maltrechas, aunque todavía activas fuerzas de Pascual Orozco, operaban en la Sierra de Chihuahua, atacando constantemente ciudades norteañas tales como Juárez, Villa Ahumada y Ojinaga. Una partida de rebeldes sureños, toma por aquellas fechas -1913 a sus inicios- el puerto de Acapulco.

Emiliano Zapata, rebelado contra Madero, intensifica las voladuras de trenes, asaltos a ranchos y haciendas y destrucción de vías generales de comunicación.

En Veracruz, se levantan gavillas que causan serios daños al Estado, a las órdenes -los rebeldes- de Higinio Aguilar, antiguo miembro del Ejército Federal.

Don Francisco I. Madero, distinguido caballero de la nobleza y el humanismo más puro, enfrentó la situación con apego al más esencial sentido sobre los derechos del hombre, a la crítica, a disentir, a expresar con libertad su pensamiento y en cuanto a los rebeldes empleó la "mano blanda", perdonando a sus enemigos, tratando de hacerlos regresar a la paz y a la construcción nacional, mediante sanas y bien intencionadas invitaciones a la institucionalidad y el respeto a la Ley.

El señor General Juan Barragán Rodríguez, autor de notables trabajos sobre la historia de la Revolución Mexicana y él mismo, intérprete de la misma, ya que fue cercano colaborador de Venustiano Carranza, Jefe del Ejército Constitucionalista y más tarde Presidente de la República, sirviendo a su lado como Secretario Particular y después como Jefe del Estado Mayor Presidencial, dejó escrito este valioso testimonio de su pensamiento acerca de la figura de Francisco I. Madero:

"Se le llamaba Apóstol y no sin razón, porque nadie como él ha resistido con mayor estoicismo los dardos de la calumnia y la sátira por defender los derechos del hombre, resuelto a practicar una doctrina de amor, frente a la impotencia del odio; y es que su devoción por las libertades humanas, le impedía matar en embrión las aspiraciones reformistas de la época, consecuente con los dictados de su credo revolucionario, pero las multitudes, en cuyo beneficio se modifican las leyes y se transforman las sociedades, carecen a veces, de sentido para estimar los sacrificios de sus redentores en las horas supremas; se deslumbran fácilmente con las hogueras que encienden las pasiones y así fue como los hechos bochornosos del cuartelazo, fueron gestando, para explotar incontenibles, 8 días después de que el Presidente obsequiara a la diplomacia internacional acreditada ante su Gobierno, con una cena durante la cual tuvo a su diestra por una cruel ironía de la vida, al Embajador norteamericano,

quien solapó el crimen con que Huerta apagó para siempre una existencia generosa”.

Esa cena a la que se refiere en sus letras el señor General Barragán, tuvo lugar en Palacio Nacional, el 10. de febrero de 1913. Al rayar el alba él día 9 de febrero de 1913, un grupo numeroso de hombres pertenecientes a las armas de Caballería ¿E Infantería, encabezados por el General Manuel Mondragón, abandonaron sus cuarteles y establecimientos con la consigna de atacar inmediatamente, de manera simultánea, el Palacio Nacional, la Penitenciaría de Lecumberri y la Prisión Militar de Santiago Tlatelolco.

En este último lugar los sediciosos liberaron a los Generales Félix Díaz y Bernardo Reyes, y así, en compañía del mencionado Manuel Mondragón, formaron una regular columna que tomó rumbo al Zócalo de la ciudad; como es sabido, el General Bernardo Reyes cayó muerto frente a Palacio Nacional y sus fuerzas se replegaron hacia las actuales calles de 5 de Febrero y 16 de Septiembre, siendo batidas por las tropas leales que se hallaban acantonadas en Palacio Nacional.

Félix Díaz y Mondragón decidieron replegarse marchando hasta la Ciudadela donde se hicieron fuertes. Así empezó el patético rosario de diez días conocido como la Decena Trágica que culminó con la usurpación de la Presidencia de la República y la muerte del Presidente Madero y el Vicepresidente Pino Suárez.

El Gobernador del Distrito Federal -cargo que después se transformó en Jefe del Departamento Central y en el hoy vigente Jefe del Departamento del Distrito Federal- era el Lic. Federico González Garza, quien dejó el testimonio documental de los dramáticos acontecimientos iniciados el 9 de febrero de 1913. (El documento fue publicado por el General Juan Barragán, en su obra “Historia del Ejército y de la Revolución Constitucionalista”).

De esto fue testigo el Lic. González Garza:

“A las 4 a.m., fue a despertarme a mi casa el señor Vicepresidente de la República, Pino Suárez, diciéndome con la mayor alarma retratada en su semblante: ¿Qué no sabe

usted que acaba de pronunciarse el General Mondragón en Tacubaya? Se me asegura que en estos momentos tiene ya lista la artillería de un regimiento y que están encendidos los fanales de varios automóviles y listos todos para salir a esta capital con el propósito de poner en libertad al General Bernardo Reyes, que está en la prisión de Santiago. Inmediatamente salté de la cama y me lancé al teléfono llamando al Inspector General de Policía, Mayor Emiliano López Figueroa, quien en pocos minutos me confirmó la noticia. Llamé enseguida a la Prefectura de Tacuba y pronto recibí igual confirmación. Dudando aún de la verdad de la noticia, violentamente nos trasladamos en su auto el señor Pino Suárez y yo, al Palacio Nacional, en busca del Comandante Militar de la Plaza, y nuestra sorpresa fue grande cuando al llegar a la puerta de honor del mismo Palacio, vimos como desembocaban, carabina en mano y a caballo y envueltos todavía por las sombras del amanecer, los alumnos de la Escuela de Aspirantes, a quienes en mala hora gente infame había corrompido, y que desprendiéndose de Tlalpan, venían a apoderarse de Palacio, iniciando su carrera militar con un acto indigno de deslealtad a las supremas instituciones de la República. Nuestro auto estuvo a punto de chocar con la falange rebelde, pues de no haber verificado nuestro chauffer un movimiento habilísimo con su máquina, emprendiendo una veloz carrera para dar vuelta a Palacio por la calle de la Moneda, se nos hubiera reconocido y habríamos caído prisioneros en sus manos”.

“Teníamos ya la prueba evidente para tomar las providencias que eran de mi resorte como Gobernador; nos dirigimos a la Inspección General de Policía, luego que nos fue posible encontrar al Comandante Militar. Ahí se despidió de mí el señor Pino Suárez y enseguida, después de hablar con el Presidente por teléfono, me puse de acuerdo con el Inspector y dispusimos que se encontraran en Chapultepec, en donde vivía el señor Madero, los dos batallones de seguridad y los dos regimientos de la montada gendarmería, pues era posible que los alzados intentaran un ataque a Chapultepec, hallándose ese punto tan cerca de Tacubaya.

“Mientras tanto, Mondragón con su artillería, llegaba hasta la prisión de Santiago y ponía en libertad al General Bernardo Reyes, a quien encontraron ya en traje de campaña. De ahí se dirigieron a la Penitenciaría para libertar a Félix Díaz; pero antes de entregarlo habla conmigo el Director de ese Establecimiento y me dice: “frente a esta prisión se halla en actitud amenazante, con toda su artillería, el General Mondragón acompañado del General Reyes, y me exige la inmediata libertad de Félix Díaz. No tengo para defenderme “más que veinte hombres”; creo que la resistencia y cualquier sacrificio serían inútiles; ordéneme lo que debo hacer”.

Quiso la fatalidad que en el encuentro tenido con los rebeldes frente al Palacio Nacional resultará herido Don Lauro Villar, Comandante Militar de la Plaza y empujado por no sé qué misterioso designio, el General Huerta se incorporó en la Avenida Juárez a la pequeña columna formada por el Presidente, un grupo de cadetes del Colegio Militar y varios civiles que se le agregaron y con los que se dirigía, desde Chapultepec, al Palacio Nacional, en compañía del Secretario de Guerra, General Ángel García Peña, designándosele para hacerse cargo de esa fuerza, dada la confusión del momento”. Veamos como refiere el señor González Garza tan interesante episodio:

“Fue en el trayecto por toda la calzada de la Reforma que se fueron incorporando a nuestra columna, todos los ayudantes del Estado Mayor del Presidente, varios Ministros y numerosísimos amigos leales que querían correr la misma suerte que el Jefe Supremo de la República... Fue también allí cuando se acercó al señor Presidente, sin que éste le hubiera llamado y entre los muchos amigos que se iban presentando para ponerse a sus órdenes, su falso amigo Huerta. . . No estando presente el Comandante Militar, General Lauro Villar, por hallarse en Palacio, las fuerzas que acompañaban al señor Presidente, iban a las órdenes directas del General Ángel García Peña, Ministro de la Guerra, quien se había incorporado antes que Huerta y había puesto al tanto al señor Madero de lo ocurrido en

Palacio al ser desarmados los aspirantes por dicho Comandante Militar... la columna avanzó sin novedad por la Avenida Juárez hasta llegar al Teatro Nacional, en donde tuvo que hacer alto, porque comenzó a escucharse un nutridísimo fuego de fusilería en dirección de las calles de Plateros y Palacio Nacional.

Esto fue causa de que se originara cierta confusión en la columna y en toda la comitiva, y desde luego se le hizo ver al señor Madero que no debería avanzar hasta que no se hiciera una exploración en las calles que había que correr, antes de llegar a Palacio, así como en las adyacentes y en las avenidas del 5 de Mayo y 16 de Septiembre. Allí se discutió con calor y entre un verdadero desorden, si el señor Presidente debiese continuar hasta entrar en Palacio o regresar a Chapultepec. El Ministro de la Guerra era de la primera opinión y Huerta de la segunda, porque decía que el Presidente de la República no debía exponerse como lo estaba haciendo el señor Madero. La confusión seguía aumentando y llegó a advertirse que parte de un cuerpo, sin saber quien lo ordenaba, se desprendió del núcleo y a galope tomó el camino de la calle de San Juan de Letrán, a la vez que se veían atravesar por las calles del 16 de Septiembre, en vertiginosa carrera, a muchos caballos sin jinete, pertenecientes a las fuerzas rebeldes que al frente del General Reyes se habían presentado minutos antes frente a Palacio, habiendo sido rechazados y cayendo acribillado por las balas de una ametralladora, el General mencionado.

“Se hacía necesaria, por lo tanto, una acción decisiva tanto mas cuanto que una bala que se supo habrá partido de los balcones del edificio de “La Mutua” para herir de muerte al señor Madero, había hecho rodar por tierra a un gendarme que estaba a su lado. El Ministro de la Guerra no acertaba a dar un pronto desenlace a aquella situación... debería hacerse esto, y lo otro, y lo demás allá, en todo lo cual no debería hacerse esto, o lo otro. Hasta que Huerta comprendió que había llegado la oportunidad que ambicionaba, dijo con resolución y audacia el señor Madero: ¿Me permite usted, señor Presidente, que me haga cargo de todas estas fuerzas

para disponer lo que yo juzgo que deba hacerse para la defensa de usted y de su Gobierno? El Ministro de la Guerra cometió en estos instantes la imperdonable debilidad de no hacer observación alguna a lo que Huerta solicitaba, abdicando sin razón de la autoridad militar”.

“El señor Madero, viendo que de la Peña no dominaba la situación ni hacía oposición alguna, tampoco ninguno de los Ministros que lo rodeaban, no tuvo más que ceder, dejándose guiar por excesiva buena fe y confiando en su buena estrella que hasta entonces parecía no haberle abandonado”.

Ya durante la Decena Trágica aparecen los que podríamos, citar como trasuntos de operaciones de desembarco de fuerzas en el puerto de Veracruz, cosa que ocurrió finalmente al año siguiente.

Para certificar tal cosa, reproducimos aquí dos comunicaciones telegráficas cambiadas entre al Presidente Madero y el Presidente Taft de los Estados Unidos:

“Palacio Nacional, 14 de febrero de 1913. Señor W.H. TAFT, Presidente de los Estados Unidos de América. Washington. He sido informado que el Gobierno que su Excelencia dignamente preside, ha dispuesto salgan rumbo a las costas de México buques de Guerra con tropas de desembarque para venir a esta capital a dar garantías a los americanos. Indudablemente los informes que usted tiene y que le han movido a tomar tal determinación, son inexactos y exagerados, pues las vidas de los americanos en esta capital no corren ningún peligro si abandonan la zona de fuego y se concentran en determinados puntos de la ciudad o en los suburbios en donde la tranquilidad es absoluta y en donde el Gobierno puede darles toda clase de garantías. Si usted dispone que así lo hagan los residentes americanos en esta capital, según la práctica establecida en un mensaje anterior de usted, se evitaría todo daño a las vidas de los residentes americanos y extranjeros. En cuanto a los daños materiales de las propiedades, el Gobierno no vacila en aceptar todas las responsabilidades que le corresponden según derecho internacional.

Ruego, pues, a su Excelencia, ordene a sus buques no vayan a desembarcar tropas, pues esto causará una conflagración de consecuencias inconcebiblemente más vastas que la que se trata de remediar.

Aseguro a su Excelencia que el Gobierno está tomando todas las medidas a fin de que los rebeldes de la Ciudadela hagan el menor daño posible y tengo esperanzas de que pronto quede todo arreglado. Es cierto que mi Patria pasa en estos momentos por una prueba terrible, y el desembarque de fuerzas americanas no hará sino empeorar la situación, y por error lamentable, los Estados Unidos harían un mal terrible a una Nación que siempre ha sido leal y amiga y contribuiría a dificultar en México el establecimiento de un Gobierno Democrático, semejante al de la gran Nación americana; hago un llamamiento a los sentimientos de equidad y justicia que han sido la norma de su Gobierno, y que indudablemente representa el sentimiento del gran pueblo americano cuyos destinos ha regido con tanto acierto.

Francisco I. Madero. RESPUESTA:

“Por el texto del mensaje de Vuestra Excelencia que recibí el día 14, se desprende que ha sido mal informado respecto de la política de los Estados Unidos hacia México, la que por dos años ha sido uniforme, así como también respecto a las medidas navales o de cualquier otra índole que hasta aquí se han tomado, medidas que son de precaución natural y ya el Embajador me telegrafió que cuando Vuestra Excelencia fue bastante bondadoso de mostrarle su telegrama dirigido a mi, le hizo notar este hecho:

“En consecuencia, Vuestra Excelencia debe estar advertido de que en los informes que parece le han llegado, relativos a que ya se han dado órdenes para desembarcar fuerzas, han sido inexactos. Sin embargo, el Embajador que está plenamente informado, ha recibido de nuevo instrucciones para proporcionar a Vuestra Excelencia las informaciones que deseé”.

“Juzgo innecesarias nuevas seguridades de amistad a México, después de dos años de pruebas de paciencia y buena voluntad”.

“En consideración a la especial amistad y a las relaciones existentes entre ambos países, no puedo llamar lo bastante la atención de Vuestra Excelencia, sobre la vital importancia del pronto restablecimiento de esa paz real y orden que este Gobierno tanto ha esperado ver restablecidos, ya porque los ciudadanos americanos y sus propiedades deben ser protegidos, cuanto porque esta Nación simpatiza profundamente con las aflicciones del pueblo mexicano”.

“Recíprocamente a la ansiedad manifiesta en el mensaje de Vuestra Excelencia, creo de mi deber añadir sinceramente y sin reserva, que el curso de los acontecimientos durante los últimos meses y que hoy culminan en una situación muy peligrosa, crea en este país un pesimismo extremo y la convicción de que el deber imperioso de estos momentos, está en aliviar pronto la actual situación.- William H. Taft”.

La referencia a los duros momentos a que se enfrentó México en estos tiempos, que antecedieron al hecho heroico de la defensa de la Escuela Naval Militar en Veracruz por parte del Comodoro Manuel Azuela, seguido con bravura y actitud estoica por los jóvenes cadetes de ese procer Plantel, nos permitirá, seguramente, el formarnos en la conciencia el marco crítico y en extremo angustioso, en medio del cual, surge prominente la figura de Azuela.

Sólo así, creo, es posible evaluar el hecho mediante la contemplación cabal del fenómeno en que éste se gesta y apreciar con nitidez histórica, la heroica grandeza del Comodoro y de los Cadetes Navales Mexicanos acaudillados por él, en la gloriosa jornada del 21 de abril de 1914, que, ciertamente, por sus laureados perfiles, se manifiesta como el más cercano ejemplo que podemos hallar en la historia moderna de México, de defensa de nuestra Soberanía y de nuestra Independencia.

El General Francisco L. Urquiza perteneciente al inmortal grupo de militares leales al Presídeme Venustiano Carranza, grupo simbolizado con la figura del Paradigma de la lealtad, General Francisco Murguía, entre sus muchos trabajos que plasman emotivos fragmentos de la historia de

México en aquellos años, podemos referirnos a uno, cuya exposición literal en esta obra, nos ilustrará ampliamente sobre la verdad histórica, además de proporcionarnos muy valiosos datos sobre la artillería empleada entonces; sus alcances y calibres, así como el tipo y particulares características de las municiones.

Este es el relato fidedigno que sobre los acontecimientos que tratamos configuró el señor General Francisco L. Urquiza, publicado por el General Juan Barragán, en su obra ya citada.

“Era ya martes 18 y el combate rudo que se iniciara desde el domingo 9 de febrero y en el que pereció el General Reyes al intentar posesionarse del Palacio Nacional, proseguía encarnizado entre los infidentes refugiados en la Ciudadela y las tropas leales, que en vano trataban de abatirlos”.

“Diez largos días de terrible fuego, de sangre y horror. La tempestad desencadenada rugía furiosa, amenazando derrumbarlo todo”.

“Hasta a los imponentes y legendarios salones del antiguo Palacio de los Virreyes de México, atravesando sus coloniales muros de gran espesor, los biselados cristales y los tupidos cortinajes de sus ventanas llegaban, levemente atenuados, los rumores del persistente combate: el incesante atronar de los cañones, el traqueteo de las ametralladoras y el tiroteo difuso de la fusilería”.

“El Capitán Federico Montes, en uno de los cómodos sillones palaciegos sillones que supieron siempre del sueño de los que, en ellos se sentaron cabeceaba. Soldado de escuela y con una experiencia larga en un sinfín de guardias y servicios duros efectuados desde aspirante, conocedor de los achaques y las triquiñuelas de los veteranizados, capeaba el sueño y el cansancio sin abatirse ante ellos. Entrecerraba los ojos y escuchaba con atención el rugir de los cañones. Como buen artillero entreteníase en el análisis mental que hacía de cada disparo, al considerar la clase del material que funcionaba y los probables efectos de las granadas

empleadas. Hacía caso omiso del combate en general y sólo pensaba en aquel momento en su arma de artillería”.

“Allá afuera se efectuaba un duelo, los príncipes del arma contendían, y bien podía ser mortal, pero era un grandioso duelo científico de inagotable interés, desde el principio hasta el fin: Ángeles, Mondragón, Rubio Navarrete, ¿quien ganaría?...”

Peleaban los campeones del arma y parecía que conjuntamente con ellos los cañones y las granadas: los Schneider-Canet, Saint-Chaimont, Mondragón, el tipo ligero, el poderoso; las granadas, torpedos, las rompedoras, las de tiempo...”

“Percibía como voces familiares las frases detonantes de la lucha:” -Un torpedo..., un sharpnell, una de ochenta poderoso, un setenta y cinco libero..., un setenta de montaña, un fuego de ráfaga de tiempo; quizás la batería empleada en el campo florido. Una pausa, un pequeño descanso para tomar alimento.

“A estas horas pensaba montes- habrá una pieza desmontada, un avantrén deshecho; algunos sirvientes muertos”.

“Continuaba”:

“-Ahora una pequeña ráfaga de una sección de tres cartuchos por pieza... Contestaban de: la Ciudadela el setenta y cinco y los ochenta. Vuelven las granadas de tiempo, con sus dables detonaciones y con sus soplos cónicos de plomo. Todas las baterías funcionan y forman un inmenso, un grandioso repiqueteo de muerte.

“Era la una y media de la tarde, la hora de comer. Ya pronto el Intendente Bassó, con su voz agradable de marino campechano llamaría al Presidente y a las personas que habitualmente le acompañaban por aquellos días en la acostumbrada y frugal comida vegetariana.

“Enfrente de Montes -al otro lado de la gran mesa cubierta de elegantes carpetas de rica piel y rodeada de los cómodos sillones del Consejo de Ministros-, en el pequeño saloncillo de la Biblioteca, el Presidente Madero hablaba con alguno de sus colaboradores sobre la urgencia de atender

oportunamente, y mejor, a tropas leales que combatían en la calle, proporcionándoles la alimentación cotidiana con la eficacia debida. Con él estaban -se distinguían claramente sus voces- los Secretarios Rafael L. Hernández, Vázquez Tagle, Lascuráin, Ernesto Madero, el Jefe del Estado Mayor Rodríguez Malpica y el Ingeniero Marcos Hernández. La voz del Presidente, persuasiva y amable, sobresalía de entre las demás”.

“Un militar, como reconociendo los pasillos, poco habituado seguro a andar por los salones palaciegos, entró por la puerta del elevador hasta el salón de acuerdos; se detuvo, como para preguntar algo al Capitán ayudante Montes, pero viendo, por la puerta entreabierta de la Biblioteca, el grupo formado por el Presidente y sus acompañantes se llegó resueltamente hasta éste, le rindió quizás un breve parte de novedades, y después de saludar militarmente dio vuelta y ya sin vacilación tomó su camino de regreso”.

“Pasó de nuevo al lado de Montes, sin verlo siquiera; pero éste lo reconoció enseguida, era el Mayor Izquierdo, del 29 Batallón, que daba el servicio en Palacio; llevaba el uniforme del cual se había despojado por orden del Presidente desde el domingo 9 -primer día de la asonada- en que hubo de acompañarlo a Cuernavaca con su compañero Gustavo Garmendia, a fin de mover las tropas de Ángeles para el ataque de los rebeldes; se eximió gustoso de hacerle el saludo militar”.

“Izquierdo atravesó el saloncito del elevador, el salón siguiente y los demás, hasta salir al patio central”.

“Momentos después llegó por el elevador el Mayor Gustavo Garmendia, Ayudante del Presidente y desde el primer día de la trágica Decena, Inspector General de Policía, saludó familiarmente a Montes y fue a reunirse al grupo”.

“La tragedia se cernía sobre todas aquellas personas, ajenas por completo a la asechanza traidora”.

“Las voces en la Biblioteca, sobresaliendo siempre la de acento fino del Presidente, apenas turbaban la tranquilidad claustral”.

“De pronto, allá a lo lejos, a la entrada de los largos salones de espera, se oyó un rumor de pasos acompasados, como ritmo monótono cíe arcaico reloj. El Capitán dormitaba”.

“Fenecía el período de calma. De allí en adelante empezaba la tragedia; el pausado latir de los corazones apresuraría su marcha, acorde a la emoción intensa que experimentaban o se paralizarían para siempre, rota ya la vida”.

“Montes se incorporó atento a la vez que sorprendido”.

“En el marco de la puerta aparecieron el Teniente Coronel Riveroll y el Mayor Izquierdo, ambos del 29 Batallón, y los seguían dos hileras de soldados de ese cuerpo con sus fusiles terciados; en sus pechos se cruzaban las dos carrilleras adicionales de combate, atestadas de paradas relucientes de cinco cartuchos, y de sus cinturones pendía el marrazo, tan inútil en nuestras contiendas. La mancha plomiza de sus uniformes y el corriente saracoff encasquetado hasta las orejas, insultaba la majestuosidad de aquel los salones regios, antes nunca mancillados por la soldadesca. Algunos extraños les acompañaban: un Capitán Primero de artillería, Enrique González, un civil íntimo de Huerta, Enrique Cepeda y otros más”.

“Una ola de indignación bañó al Capitán ayudante, al ver el desacato cometido, y celoso, irguiéndose arrogante, sin reparar en que jerárquicamente eran superiores a él los militares que conducían la tropa, gritó”:

-¡Alto! ¿Adónde van esos soldados?

“A su voz los soldados, habituados a obedecer a quienquiera que tuviera energía o poder para imponerse, se detuvieron indecisos, adivinando en el paisano aquel a un Superior en categoría.

Riveroll e Izquierdo, atentos sólo al fin que les llevaba, quizás ni cuenta se dieron del incidente, y

adelantándose a la tropa detenida fueron directamente hasta el Presidente.

“Un murmullo de voces de los civiles acompañantes animaba a los soldados a seguir adelante, y por fin los que se encontraban a la cabeza, rehechos de su primera indecisión, avanzaron seguidos de los demás, rebasando al Capitán por un lado de la gran mesa del Consejo de Ministros, enclavada en el centro del salón”.

“Montes, ya fuera de sí, vislumbrando claramente algo insólito, hizo acopio de toda su energía militar, de toda su fibra de antiguo aspirante alumno de la escuela de la virilidad, y colocándose, en dos saltos, a la altura de los soldados, con la voz imperativa con que en un tiempo mandara a su batería, rugió”:

-¡Media vuelta esos soldados!

“Esta vez su orden contundente fue obedecida con precisión inaudita: dieron los soldados media vuelta y emprendieron la marcha”.

“Mientras tanto, en el saloncito adjunto, se desarrollaba otra escena”:

“Riveroll e Izquierdo manifestaban al Presidente que eran enviados por el General Huerta, para decirle que el General Rivera, que procedente de Oaxaca había llegado a la plaza momentos antes, se había sublevado, y que convenía fuera con ellos a ponerse en lugar seguro. El Presidente Madero se negaba, incrédulo a cuanto le argüían para que los siguiera”.

“Entonces llegó hasta ellos la voz fuerte y alarmante de Montes, a la vez que el ruido de la tropa, que hacía irrupción en el recinto contiguo, y todos salieron hasta la puerta de la Biblioteca a presenciar lo que pasaba”.

“El Presidente estaba al lado derecho de ella; frente a él, Izquierdo y Riveroll; a su lado Marcos Hernández; enfrente de los militares del 29, el Mayor Garmendia, y detrás, agolpados e inquietos, don Ernesto Madero, el licenciado Rafael Hernández, Vázquez Tagle, Bonilla, Malpica y Lascuráin”.

-¿Adónde van esos soldados? ¡Media vuelta y alto!

Y después, dirigiéndose a Montes, le gritó furioso:

-¿Quién es usted para mandar a los soldados?

“Montes, encarándosele, le contestó con decisión suprema”:

“-Soy ayudante del Presidente y por tanto mando aquí”.

“Los soldados, ahora ya enteramente seguros de si mismos, obedecieron al Teniente Coronel de su batallón, deteniéndose frente a la cabecera posterior de la gran mesa”.

“Los oídos de todos no percibían ya el rumor del combate lejano; sólo escuchaban atentos lo que estaba ocurriendo”.

“En las diestras de Garmendia y de Montes brillaban las pistolas reglamentarias Colt 38”.

“Los rostros descompuestos presentían la tragedia inminente. Un hálito de muerte envolvía la estancia”.

“Riveroll cogió con brusquedad al Presidente por ambos brazos, y zarandeándolo con violencia le dijo”:

“-Usted tiene que ir conmigo...”

“En esos momentos el Mayor Garmendia, enfrentándose con Riveroll, lleno de indignación, de justa rabia, le gritó”:

“¡Al Presidente de la República no se le toca!”

“Y acto continuo disparó su pistola sobre el traidor, hiriéndolo en la cabeza”.

“El alto y delgado cuerpo de Riveroll se desplomó sin vida por el suelo”.

“Se desencadena la tormenta”.

“El Mayor Izquierdo rápidamente se colocó al lado de los soldados y les mandó violento”:

¡Fuego! ¡Fuego!

“El Civil Cepeda -junto a Izquierdo- gritaba frenético a los soldados”:

“-¡Disparen! ¡Mátenlos a todos!...”

“Los soldados apelonados desde antes, voltean la aleta del seguro y apuntan...”

“El ingeniero Marcos Hernández trata de cubrir con su robusto cuerpo el débil y pequeño de su primo el Presidente”.

“Las detonaciones repercuten formidables dentro de la habitación, sembrando la muerte”.

“Todo sucede en un segundo”.

“Marcos Hernández, herido gravemente, cae en mitad de la puerta de la Biblioteca. Montes vacía todo el cargador de su pistola sobre los contrarios, especialmente sobre Izquierdo y Cepeda. Garmendia dispara también. Izquierdo muere de un tiro en la cabeza”.

“La confusión entre los traidores es grande, pues ya sin sus jefes, los soldados y quienes los acompañan huyen despavoridos por los salones y se pierden en el patio”.

“El primer acto termina”.

“Pasada la primera impresión del momento terrible se valorizó serenamente la situación, midiéndose el alcance de lo ocurrido, y como primera providencia se ordenó a los conserjes que desde luego cerraran las puertas de los salones que daban acceso al patio central para evitar una nueva incursión”.

“El Presidente Madero se asomó a uno de los balcones de la habitación en que se encuentra el elevador -el que da hacia la calle de Argentina- acompañado de su sequito”.

“Abajo, en la acera, un grupo de sus tropas descansaba de las fatigas del combate, pero el tiroteo en el interior del Palacio Nacional los había alarmado y requerían sus armas. Al ver al Presidente en el balcón lo vitorearon entusiasmados.

“El Capitán Montes, adelantándose a Madero, habló a sus compañeros de armas y los exhortó a cumplir con su deber, diciéndoles cuanto su inspiración le sugería en el momento crítico que pasaba; por primera vez era orador”.

“El Presidente, el Apóstol, el caudillo Madero, el símbolo de la Revolución reciente, el innovador, el puritano, el amado del pueblo le siguió después. De sus labios brotaron a torrentes las palabras; habló como siempre lo hizo, con el corazón al corazón de los suyos. Narró el incidente, les pidió

su ayuda una vez más seguro del triunfo de la buena causa, de la causa justa, dé la redención del pueblo. Y aclamado hasta el delirio por los que le oían y gustosos, agrandes voces, le ofrecían su sangre, se introdujo nuevamente al recinto nacional”.

“No pensó nunca en huir de aquel lugar; de desearlo, fácil hubiera sido escapando por la puerta que desde la calle de la Acequia conduce hasta el elevador presidencial, en cuya calle se encontraban sus soldados partidarios”.

“Quizás por su mente pasó la idea de repetir, con los soldados de la guardia de Palacio, el acto que acababa de realizar, y seguido de cuantos lograron tener acomodo en el elevador, se dirigió al piso bajo”.

“Con él iban, además de casi todos sus ministros, Alfredo Álvarez Bassó, Elías de los Ríos y Malpica, su ayudante Montes y otras personas más de su confianza y amistad”.

“Cuando él elevador descendía y ya casi tocaba el piso, se escuchó a Garmendia, quien no había alcanzado Jugar, que desde arriba gritaba angustiado”:

¡No me dejen, no me dejen!

“Resueltamente se dirigió el Presidente a la puerta de honor”.

“El Oficial Comandante de la Guardia, al reconocerlo, mandó formar a sus hombres y presentar armas, ignorante seguro de cuanto acontecía”.

“Y evocando al Benemérito Juárez cuando estuvo a punto de morir en Guadalajara, habló otra vez a los soldados. De nuevo brotaron los torrentes de palabras de sus labios, ahora ante aquellos soldados de línea que impertérritos óiganle con sus armas presentadas, sin manifestar en sus quemados rostros emoción alguna, igual que si las tuvieran apuntadas hacia el Mártir”.

“En la lobreguez del patio colonial de vastos soportales, sostenidos por gruesas columnas, se oía insinuante la voz del predicador arengando a la guardia, formada en una fila al lado de la puerta de honor, que se

hallaba cerrada desde el primer día del combate. Formaban todos un grupo numeroso y compacto”.

“De pronto, inesperadamente, aparecieron en el corredor, viniendo de la Comandancia Militar o de las puertas Central o Mariana, dos largas y abiertas hileras de soldados del 29, con sus fusiles embrizados y listos para disparar y su dotación necesaria de oficiales. Aureliano Blanquet uniformado de paño, brillando en sus bocamangas los laureles de su elevado grado y en el frente de su gorra azul-acero, el águila del Generalato, pistola en mano avanzaba en medio de la tropa. El cañón de su arma amenazante apuntaba a Madero y en sus ojos claros brillaba una mirada de serpiente”.

“El pánico y el instinto de conservación se apoderó del grupo y en un instante todos huyeron a refugiarse tras de las numerosas y cercanas columnas de la arquería”.

“El intento fallado minutos antes en el salón de acuerdos, ahora se reproducía con toda su fuerza, inevitable, irremisiblemente”.

“Sólo quedó el Primer Mandatario, completamente solo, erguido con toda arrogancia, a pesar de su pequeña estatura, nadie escudaba ya su cuerpo ni él traía consigo ninguna arma, para que pudiera defenderse; ahora sólo nimbaban su persona la investidura que tenía y la fuerza del Derecho”.

“Blanquet, acercándose, sin dejar de apuntarle con su pistola y con la mirada fija en él, con su voz fuerte dijo”:

¡Ríndase, señor Presidente!

El señor Madero, airado, repuso:

-Es usted un traidor, General Blanquet.

-Es usted mi prisionero.

-Es el Presidente de la República a quien habla usted.

¡Es usted mi prisionero!

“En esos momentos se acercaron soldados y oficiales; uno de ellos tomó bruscamente al Presidente del brazo y lo conduce a la guardia de prevención de la puerta de honor; cogen después a varios de sus acompañantes que están guarecidos en los pilares de mampostería”.

Mientras transcurría el breve diálogo narrado, el Capitán Montes, oculto también tras de una de las columnas, intentó disparar su pistola sobre Blanquet que fijó sólo en el Presidente, no le había visto, pero su jefe y compañero de refugio en aquel momento, Coronel Rodríguez Malpica, le detuvo diciéndole quedamente: “¿Qué va usted a hacer?”

“Aquel tiro, que no llegó a dispararse en ese histórico momento, hubiera evitado la catástrofe o quizá desencadenándola más pronto aún”.

“Los prisioneros están en el inmundo albergue de los soldados de la guardia, sentados estrechamente uno junto a otro, sobre la sucia madera del entarimado del camastro común de la tropa; junto al señor Madero está Montes”.

“Un oficial del 29 llega, para en la puerta, examina a los cautivos, paseando su mirada sobre ellos, como reconociéndolos; con extrañeza se encuentra a Montes y furioso le grita”:

¿Usted qué... tales hace aquí?

-Nada- responde.

“No tiene usted vela en este entierro”.

“El ayudante toma un gesto digno para contestar al carcelero, al tiempo que el Presidente en voz baja le dice”:

“Váyase, y vaya a ver a Sarita”.

“Condensaba en aquellas breves palabras su deseo vehemente de enviar noticias suyas a su esposa, y a la vez su intención suprema de protegerla contra algún percance”.

“Traspuso Montes la puerta de prevención y llegó hasta el elevador. Nadie había. El mismo lo hizo funcionar y en un instante llegó al salón de la tragedia. Junto a la mesa de acuerdos yacía, en medio de un charco de sangre, el cadáver del Mayor Izquierdo; al otro extremo el de su compañero Riveroll y junto a la puerta de la Biblioteca, semi incorporado, sosteniéndose sobre su brazo derecho, Marcos Hernández, que agonizaba; a su lado don Ernesto Madero trataba de atenderlo; al distinguir a Montes le llamó:

Capitán, traiga un médico, que Marcos se muere.

Váyase y escóndase que han aprehendido ya al señor Madero -contestó el aludido-, desapareciendo por los salones

hallaba cerrada desde el primer día del combate. Formaban todos un grupo numeroso y compacto”.

“De pronto, inesperadamente, aparecieron en el corredor, viniendo de la Comandancia Militar o de las puertas Central o Mariana, dos largas y abiertas hileras de soldados del 29, con sus fusiles embrizados y listos para disparar y su dotación necesaria de oficiales. Aureliano Blanquet uniformado de paño, brillando en sus bocamangas los laureles de su elevado grado y en el frente de su gorra azul-acero, el águila del Generalato, pistola en mano avanzaba en medio de la tropa. El cañón de su arma amenazante apuntaba a Madero y en sus ojos claros brillaba una mirada de serpiente”.

“El pánico y el instinto de conservación se apoderó del grupo y en un instante todos huyeron a refugiarse tras de las numerosas y cercanas columnas de la arquería”.

“El intento fallado minutos antes en el salón de acuerdos, ahora se reproducía con toda su fuerza, inevitable, irremisiblemente”.

“Sólo quedó el Primer Mandatario, completamente solo, erguido con toda arrogancia, a pesar de su pequeña estatura, nadie escudaba ya su cuerpo ni él traía consigo ninguna arma, para que pudiera defenderse; ahora sólo nimbaban su persona la investidura que tenía y la fuerza del Derecho”.

“Blanquet, acercándose, sin dejar de apuntarle con su pistola y con la mirada fija en él, con su voz fuerte dijo”:

¡Ríndase, señor Presidente!

El señor Madero, airado, repuso:

-Es usted un traidor, General Blanquet.

-Es usted mi prisionero.

-Es el Presidente de la República a quien habla usted.

¡Es usted mi prisionero!

“En esos momentos se acercaron soldados y oficiales; uno de ellos tomó bruscamente al Presidente del brazo y lo conduce a la guardia de prevención de la puerta de honor; cogen después a varios de sus acompañantes que están guarecidos en los pilares de mampostería”.

Mientras transcurría el breve diálogo narrado, el Capitán Montes, oculto también tras de una de las columnas, intentó disparar su pistola sobre Blanquet que fijó sólo en el Presidente, no le había visto, pero su jefe y compañero de refugio en aquel momento, Coronel Rodríguez Malpica, le detuvo diciéndole quedamente: "¿Qué va usted a hacer?"

"Aquel tiro, que no llegó a dispararse en ese histórico momento, hubiera evitado la catástrofe o quizá desencadenándola más pronto aún".

"Los prisioneros están en el inmundo albergue de los soldados de la guardia, sentados estrechamente uno junto a otro, sobre la sucia madera del entarimado del camastro común de la tropa; junto al señor Madero está Montes".

"Un oficial del 29 llega, para en la puerta, examina a los cautivos, paseando su mirada sobre ellos, como reconociéndolos; con extrañeza se encuentra a Montes y furioso le grita":

¿Usted qué... tales hace aquí?

-Nada- responde.

"No tiene usted vela en este entierro".

"El ayudante toma un gesto digno para contestar al carcelero, al tiempo que el Presidente en voz baja le dice": "Váyase, y vaya a ver a Sarita".

"Condensaba en aquellas breves palabras su deseo vehemente de enviar noticias suyas a su esposa, y a la vez su intención suprema de protegerla contra algún percance".

"Traspuso Montes la puerta de prevención y llegó hasta el elevador. Nadie había. El mismo lo hizo funcionar y en un instante llegó al salón de la tragedia. Junto a la mesa de acuerdos yacía, en medio de un charco de sangre, el cadáver del Mayor Izquierdo; al otro extremo el de su compañero Riveroll y junto a la puerta de la Biblioteca, semi incorporado, sosteniéndose sobre su brazo derecho, Marcos Hernández, que agonizaba; a su lado don Ernesto Madero trataba de atenderlo; al distinguir a Montes le llamó:

Capitán, traiga un médico, que Marcos se muere.

Váyase y escóndase que han aprehendido ya al señor Madero -contestó el aludido-, desapareciendo por los salones

del Estado Mayor para escapar por las escaleras de servicio, ganar por la Secretaría de Guerra y dirigirse a Chapultepec”.

“Quedaban allí el Presidente Constitucional y sus leales en las guerras de una soldadesca, soliviantada por la traición, y también, agonizante y abandonado, un heroico ciudadano, el ingeniero Marcos Hernández”.

“Los diálogos atronadores de los cañones habían cesado; la contienda entre ellos, la supremacía discutida, se aplazaba indefinidamente”.

“Las detonaciones de la fusilería poco a poco iban apagándose y aisladamente oíanse melancólicas notas de cornetas que tocaban a “cesar el fuego”. Los traidores de la Ciudadela fraternizaban con los del Palacio Nacional”.

Como nos relata Urquiza, la actitud del Coronel Hilario Rodríguez Malpica puede ser apreciada como cauta o reservada al dirigirle unas palabras acompañadas de un ademán, al Capitán Montes, que provocan que éste, quizá por desconcierto o conscientemente atendiendo a su jefe, no haga fuego sobre el General Aureliano Blanquet lo que sin duda, hubiera cambiado, no podemos imaginar en qué forma, el curso de los acontecimientos.

Altamente contrastada con la acción de su padre, es la que asume su hijo, de igual nombre, cuando siendo Comandante del “Tampico”, “El Cañonero de la Revolución”, en 1914, después de abandonar su barco, como lo relataremos más adelante, no soportando el amargo sabor de la derrota se quita con su propia mano la vida.

CAPITULO VIII

LA REVOLUCIÓN CONSTITUCIONALISTA Y LOS MARINOS.

La lucha del pueblo de México contra el usurpador Victoriano Huerta, manifiesta por el anhelo nacional de retornar a la legalidad institucional, después de la caída del Gobierno de Francisco I. Madero, provoca el nacimiento de lo que se conoce en la historia, como la Revolución Constitucionalista, acaudillada por el Gobernador del Estado de Coahuila, Don Venustiano Carranza.

El Varón de Cuatro Ciénegas hace suyos los reclamos populares y con la autorización del Congreso coahuilense, marcha a la rebelión enarbolando el Plan de Guadalupe, que llama a la reivindicación, por el camino de la lucha armada contra Huerta.

La incidencia de intereses extranjeros, las ambiciones de las castas sobrevivientes del "Porfiriato" y una honda división entre las filas constitucionalistas, producen hacia fines de 1913, la existencia de tres fuerzas en pugna, que para los inicios de 1914, están perfectamente delimitadas: "el Huertismo" por un lado; el Constitucionalismo y la fracción Villista, que desconoce a Carranza como Primer Jefe del Ejército y de la Nación. En tales condiciones, el fragor de las hostilidades se acrecienta causando el verdadero incendio que costó dos millones de vidas al país.

La guerra intestina, continua, una vez expulsado de la Presidencia Victoriano Huerta; termina la Revolución por la reivindicación de la institucionalidad legal y empieza la cruenta Revolución Constitucionalista, representada por la lucha de facciones.

En todas estas etapas, los Marineros de Guerra mexicanos, demuestran su anhelo y decisión de servir al país, ejecutando acciones acompañadas por el valor y el patriotismo.

El conocimiento de los hechos en que participaron nuestros marinos, resulta de vital interés para la formación de una conciencia cierta acerca de la trayectoria de este sector, en los violentos episodios revolucionarios.

Efectivamente la participación de los hombres del mar no fue, pudiéramos decir extensa o nutrida, pero sí, definitivamente, convencida y más que todo plena de arrojo y coraje.

La razón de que su participación no haya sido, como hemos dejado señalado, es bien fácil de explicar, ya que la Revolución se hizo tierra adentro; en los valles y las llanuras, en la montaña. En el corazón de México.

Las huestes revolucionarias vinieron del Norte, aunque en el Sur, también surgieron caudillos y se organizaron contingentes armados, pero en ámbitos terrestres, no al pie de los mares o empleando embarcaciones. En el México de aquellos años, la Revolución, no se fraguó en las costas sino en otros territorios. Sin embargo, en el momento en que ésta toca los litorales y llega a las comunidades costeras y a los puertos, los mexicanos de esos lugares encienden sus propias antorchas que se suman luminosas a la vanguardia de las ideas, que acaban con la oscuridad de la reacción y el deshonor, rasgando sus tinieblas.

Por ello cuando la Revolución llega frente al Mar, los Marinos de Guerra de México, no vacilan en prestar su concurso para el servicio de la causa y así los contemplamos como factor de apoyo a la lucha revolucionaria.

Sí... ¡Nuestros marinos fueron convencidos revolucionarios!

Enseguida trataremos de hacer un breve bosquejo de los acontecimientos relativos a la Revolución

Una vez perpetrada la traición y usurpada la Presidencia de la República, Victoriano Huerta dirige un telegrama a los Gobernadores de los Estados y territorios donde les informa de su asalto al Poder.

Venustiano Carranza al recibir el mencionado telegrama dirige un oficio al Congreso local. El oficio, que de

modo claro planteaba al Congreso el aspecto legal del caso, dice lo siguiente:

“Gobierno del Estado de Coahuila de Zaragoza. República Mexicana. Sección 3a. Número 5565”. -Con fecha de ayer y procedente de México, recibí el siguiente mensaje del General Victoriano Huerta-:

“Autorizado por el Senado he asumido el Poder Ejecutivo, estando presos el Presidente y su Gabinete”.

El telegrama preinserto es por si sólo insuficiente para explicar con claridad la delicada situación por la que el país atraviesa; más como el Senado, conforme a la Constitución, no tiene facultades para designar al Primer Magistrado de la Nación, no pudo legalmente autorizar al General Huerta para asumir el Poder Ejecutivo y, en consecuencia, el expresado General no tiene la legítima investidura de Presidente de la República.

Deseoso de cumplir fielmente con los sagrados deberes de mi cargo, he creído conveniente dirigirme a esa H. Cámara, para que resuelva sobre la actitud que deba asumir el Gobierno del Estado en el presente trance, con respecto al General que por error o deslealtad pretende usurpar la Primera Magistratura de la República.

Esperando que la resolución de ese H. Congreso esté de acuerdo con los principios legales y con los intereses de la Patria, me es grato renovar a ustedes las seguridades de mi distinguida consideración y particular aprecio.

“Libertad y Constitución. Saltillo, 19 de febrero de 1913. -V. Carranza. -E. Garza Pérez, Secretario.- A los CC. Secretarios del H. Congreso del Estado. Presente”.

Turnado que fue a la Comisión respectiva, el oficio del Gobernador, aquella rindió, el mismo día de su fecha, un Dictamen que se encuentra concebido en los siguientes términos:

“Señor”:

“Siendo en nuestro poder una comunicación del Ejecutivo del Estado de esta fecha, en la que informa a esta H. Cámara del siguiente mensaje que le dirigió el General Victoriano Huerta”:

“Autorizado por el Senado, he asumido el Poder Ejecutivo, estando presos el Presidente y su Gabinete”.

“Y siendo esta comisión del mismo sentir que el Ejecutivo del Estado cuando dice en el citado oficio: “el Senado, conforme a la Constitución, no tiene facultades para designar al Primer Magistrado de la Nación”, considerando el presente caso grave por demás, no vacilamos en presentar la resolución que sigue, como nacida del patriotismo que anima a los miembros de esta H. Cámara, a fin de procurar de la manera más conveniente la solución del presente conflicto. En tal virtud, pasamos a proponer a la deliberación de V. H., el siguiente proyecto de Decreto:

Artículo 1o. “Se desconoce al General Victoriano Huerta en su carácter de Jefe del Poder Ejecutivo de la República, que dice el le fue conferido por el Senado, y se desconocen también todos los actos y disposiciones que dicte con ese carácter”.

Artículo 2o. “Se conceden facultades extraordinarias al Ejecutivo del Estado, en todos los ramos de la Administración Pública”.

“Económico. -Excítese a los Gobiernos de los demás Estados y a los Jefes de las Fuerzas Federales, Rurales y Auxiliares de la Federación, para que secunden la actitud del Gobierno de ese Estado”.

“Sala de Comisiones del H. Congreso del Estado, Saltillo, febrero 19 de 1913. -José García Rodríguez. -A. V. Villarreal. Gabriel Calzada”.

A Huerta no le basta la usurpación del Poder; llevado por sus perversas inclinaciones, fragua el asesinato del Apóstol de la Democracia y del Vicepresidente Pino Suárez.

Para ello burla las gestiones que un grupo de diplomáticos acreditados en México había empezado a desarrollar en defensa de la integridad física del depuesto Presidente Madero.

El Ministro Plenipotenciario de Cuba en México, manifiesta un humanitario y gallardo proceder, entrando en pugna con el usurpador Huerta, en aras de defender la vida de Francisco I. Madero.

El Diplomático Cubano, Manuel Márquez Sterling por su valiente actuación en favor de Madero, puede ser contemplado como un distinguido y gran amigo de México, y como símbolo de la añeja y fraternal relación que tradicionalmente ha unido a la Nación Antillana y a México.

El corresponsal del "New York Herald" recogió importantes declaraciones de Márquez Sterling, donde éste narra el desarrollo de los críticos momentos en que se desenvuelve la usurpación, la aprehensión y la muerte de Madero y relata las gestiones que algunos diplomáticos realizaron en defensa de la vida del ex-Presidente V del ex-Vicepresidente.

Estas declaraciones, que reproduciremos a continuación, fueron publicadas por el periódico aludido el día 10 de junio de 1913.

"Hacia precisamente veintinueve días de haber presentado mis credenciales al Presidente Madero, cuando estalló la revuelta en la ciudad de México. Referiré tan sólo la caída del señor Madero, después de diez días de lucha aterradora, durante los cuales, automóviles de diversas Legaciones cruzaron constantemente las calles de la ciudad".

"En la mañana del 18 de febrero, en conferencia que tuve con el Secretario de Relaciones Exteriores, señor Don Pedro de Lascuráin, me aseguró este señor, que por la tarde recibió la noticia de que el General Blanquet había hecho prisioneros al Presidente y a su Gabinete. Poco después fuimos citados a la Embajada Americana por Mr. Henry Lañe Wilson e informados de este acontecimiento extraordinario".

"El General Blanquet, verificó tal arresto por orden del General Huerta y, a consecuencia de esto, cesó el tiroteo en las calles. En la noche los Ministros de Chile, Brasil y yo, visitamos la Embajada Americana en busca de ulteriores novedades. Encontramos allí al General Huerta y al General Félix Díaz, quienes, por varios días, habían luchado en las calles de México; con ellos estaban otras personas como el actual Ministro de Justicia, Lic. Rodolfo Reyes Reyes.

Leyó entonces en voz alta y en nuestra presencia, un documento en el cual ambos Generales convenían en la cesación de las hostilidades. Huerta y Díaz firmaron después este documento; abrazos.

Permaneciendo testigos mudos de una escena para nosotros inexplicable.

“También se decía que el Vicepresidente Pino Suárez había logrado escapar”.

“Mientras escuchaba todo esto, un distinguido caballero mexicano, cuyo nombre no diré, me detuvo y me dijo: vos, y los miembros del Cuerpo Diplomático son los únicos que pueden salvar a Madero”.

“Al volver a la Legación, esta idea se había apoderado de mi ánimo, y, con tal propósito envié luego una nota al Embajador americano, comunicándosela y proponiéndole que el Cuerpo Diplomático tomase el asunto a su cargo. En nombre de mi Gobierno ofrecí los servicios del crucero “Cuba” (que algunos días antes había pedido a mi Gobierno y que se hallaba anclado en Veracruz), para salvarles del peligro, llevándoles fuera del país, en caso de conseguirse su libertad. Fui enseguida a la Legación Japonesa a ver a los padres del Presidente, quienes habían oído decir la muerte de su hijo Gustavo, y a lo que no daban crédito.

“Me suplicaron, por tanto, acudir a Mr. Wilson y rogarle nos ayudase cerca del General Huerta, para salvar la vida de sus dos hijos. El Encargado de Negocios de la Legación Japonesa, me acompañó a la Embajada Americana, e hicimos presente al Embajador nuestro propósito”.

“Encontramos allí al Ministro Español y él y yo convenimos en que la situación era más grave de lo que nos supongamos; determinamos, en consecuencia, acudir nosotros mismos al General Huerta y pedirle la vida de los prisioneros. Fuimos en mi automóvil, ondeando la bandera de Cuba, pero no pudimos ver a Huerta; nos recibió en su lugar el General Blanquet, quien nos trató con mucha cortesía, asegurándonos que se respetarían las vidas de los prisioneros. Y mientras esto pasaba, llegó el Ministro de Chile, quien nos dijo que Madero había consentido en

renunciar como Presidente de la República, y que habían sido puestos en libertad los Secretarios de Estado y otras personas que habían sido hechas prisioneras con Madero y Pino Suárez”.

“En la mañana del 19, sin embargo, un representante de Huerta urgía a Madero que hiciese su renuncia; Madero contestó a este enviado que estaba ya resuelto a renunciar, si el que había usurpado su lugar, gobernaba conforme a la Constitución. Mientras se dilucidaba esto, el señor Lascuráin fue a ver a Madero, como mediador, a quien expresó Madero las condiciones bajo las cuales renunciaría; Lascuráin, en nombre de Huerta, aceptó. Estas condiciones fueron de que la renuncia fuese entregada al Ministro de Chile, quien la retendría en su poder, hasta que Madero y Pino Suárez estuviesen a salvo a bordo del “Cuba” en Veracruz. Madero estipuló también que en el viaje a Veracruz, les acompañásemos el Encargado de Negocios del Japón y yo; insistiendo principalmente Madero en que, antes de entregar la renuncia al Congreso, firmase una carta Huerta comprometiéndose a cumplirlas. Esa misma tarde firmó su renuncia Madero; más como estuviese presente Lascuráin, cedió a indicación suya, de que el asunto se ventilase entre mexicanos, entregándole a él (Lascuráin) la renuncia, en lugar de hacerlo al Ministro de Chile. Se estipuló entonces que a las diez de la noche, Madero y Pino Suárez saldrían para Veracruz en un tren especial, en unión de sus familiares, acompañados por mi y por un oficial de la Legación Japonesa, y escoltados por una poderosa guardia”.

“Habiéndoseme comunicado este convenio en la oficina del General Blanquet, subí al departamento del General Huerta para verlo, pero se me informó que estaba dormido. Volví luego a la oficina del General Blanquet, en donde me esperaban los Ministros de Chile y España. Pedimos luego permiso para ver a Madero, permiso que se nos concedió inmediatamente, yendo a las cuatro primeras piezas en que se hallaba confinado el Presidente bajo fuerte custodia”.

“Madero me expresó calurosamente su gratitud, suplicándome lo acompañase a Veracruz, a lo que accedí gustoso”.

“Cuando estéis listos, nos dijo, venid a Palacio para irnos a la estación. Si vinieseis a las ocho, qué bueno sería, pero de todos modos, yo os esperaré hasta las diez de la noche”.

“Salí entonces, e inmediatamente fui a telegrafiar al Comandante del “Cuba”, que nos esperara listo a zarpar de Veracruz y que dispusiera lo necesario para recibir a bordo a los Jefes del Gobierno y a sus familias”.

“A las ocho de la noche estuve puntual en Palacio, haciéndole presente al General Blanquet mi propósito. Ordenó él a uno de sus ayudantes que me acompañase; las cuatro piezas ocupadas por Madero y Pino Suárez estaban contiguas. La puerta de una de las piezas daba al patio y a su entrada había muchos soldados y oficiales; también había centinelas en el interior de las escasamente amuebladas piezas, centinelas que, según supe, se remudaban a cada momento, el General Ángeles uno de los oficiales favoritos de Madero, estaba también prisionero en estas piezas. Ernesto Madero se encontraba allí de visita, a ver a su sobrino”.

“Al recibirnos afectuosamente Madero, me preguntó si sabía algo de su hermano Gustavo; como se ve, ignoraba el que hubiese muerto. Yo evadí la pregunta de la manera mejor que pude”.

“De repente preguntó Madero sobre la carta que debía dar Huerta; ninguno de nosotros la tenía, y entonces Ernesto Madero dijo que él iría a conseguirla de Huerta. Casi inmediatamente volvió sin ella, pero con la noticia de que Lascuráin había ido a presentar al Congreso la renuncia de Madero”.

“Al saber esto se puso excitadísimo, y desde esos momentos perdió toda esperanza de salvación”.

“He caído en una trampa por segunda vez”, dijo, indicándole a su tío fuese a decir a Lascuráin que viniese inmediatamente. Entonces Ernesto Madero le confesó la

verdad, diciéndole que la renuncia había sido presentada ya y aceptada por el Congreso”.

“Esto es una felonía de Lascuráin, dijo Madero.- El compromiso fue de que la renuncia la presentase hasta que yo estuviese a bordo del “Cuba”.

“En ese momento supimos, por conducto de un oficial, que acababa de ser designado Huerta, Presidente provisional por el Congreso”.

“Esta ha sido la segunda trampa en que he caído -me dijo al fin Madero-, estoy ya persuadido de que no saldré con vida de México. Me conducirán a la prisión esta misma noche y, en el camino, me fusilarán o me asesinarán aquí en cuanto nos quedemos solos”.

“Ernesto Madero me rogó que los acompañase, diciéndome que si lograba sobrevivir esa noche, probablemente sería capaz el Cuerpo Diplomático de salvarlos. Me decidí a acompañarlos, pues, ¿cómo hubiera yo podido tener ánimo para tomar mi sombrero y dejarlos, estando yo persuadido de que estos hombres serían muertos tan pronto como yo estuviese en la calle? Ernesto nos dejó al fin, quedándonos los tres, Madero, Pino Suárez y yo, en estas tétricas piezas”.

“A la una de la mañana me invitó a descansar, indicándome que tenía mucho sueño, y, sin la menor agitación, este hombre que acababa de ser depuesto de la Presidencia, comenzó a hacer dos lechos con sillas, uno para él, otro para mí”.

“Acababa de terminar su labor cuando llegó un oficial, de parte del General Huerta, el cual le había ordenado nos dijese que el tren dispuesto para conducir a los prisioneros fuera del país, estuvo listo oportunamente, pero por circunstancias que después explicaría, había sido imposible despacharlo. El mismo oficial me invitó a retirarme y esperar. Y, como anteriormente se hubiese dicho algo relativo a que el tren pudiese salir a las cinco de la mañana, pregunté al oficial si éste fuese el programa; pero éste contestó que no sabía nada. Tan pronto como vía Madero dormido, fui a acompañar a Pino Suárez, no sin dejar de

echar una ojeada a Madero, quien dormía como un niño. En estos momentos entraron guardias y apagaron las luces”.

“Por las rendijas superiores de las ventanas penetraban algunos rayos de luz, pero no nos molestaban, estábamos tan estrechamente custodiados, que cualquiera frase que nos cruzábamos Pino Suárez y yo, sólo podíamos hacerlo en voz muy baja”.

“A las nueve y media de la mañana se nos sirvió el desayuno. Pino Suárez no quiso tomar el café, temiendo estuviese envenenado, pero Madero y yo, lo tomamos. Entonces Madero dio al muchacho que nos servía, un peso, y le dijo que nos trajese los periódicos de la mañana; nosotros no lo permitimos por temor de que supiese la muerte de Gustavo Madero, se resignó, echándose luego sobre su cama de sillas, donde durmió aún veinte minutos”.

“Cuando despertó, dijo que estaba preparado a todo lo que sobreviniese, pero me indicó a los diplomáticos para salvarle, lo que prometí hacer gustoso. Preguntóme también si su esposa había hecho también alguna súplica personalmente a Huerta”.

“Como a las diez de la mañana llegó la esposa de Pino Suárez acompañada de un caballero, despidiéndome yo de ellos entonces”.

“El resto de este día (20 de febrero) y los dos siguientes, trabajamos constantemente por salvar a Madero. Pregunté a Huerta por qué no había dado su acuerdo a este respecto, a lo que me contestó que no se atrevía a mandar a Madero a Veracruz, hasta que tuviese confianza en las autoridades militares de ese lugar. Le indiqué a mi vez, lo enviase a Tampico, donde haría llegar el "Cuba"; más se mostró irresoluto. Casi todos los Ministros extranjeros vieron personalmente a Huerta ese día, e intercedieron por la vida de Madero”.

“El 22 en la mañana, los Ministros creían fuera de peligro las vidas de Madero y Pino Suárez, aunque habíamos oído el rumor de que se proyectaba internar a Madero en un manicomio. Por la noche todos los Ministros acudimos a la Embajada Americana para festejar el aniversario del

nacimiento de Washington; Huerta y todos los Ministros de su Gabinete acudieron, y todos parecían muy tranquilos”.

“La mañana del día siguiente, domingo, fui llamado con mucha urgencia por teléfono; era la señora de Madero, excitadísima por un informe que tuvo de que su esposo había sido herido. Le contesté que esto no debía ser verdad; pero poco después por los periódicos de la mañana, supe del acontecimiento de la muerte de Madero y Pino Suárez, a las once y cuarto de la noche anterior, al ser llevados a la Penitenciaría”.

“El Embajador Wilson procuró obtener permiso, a fin de que la señora Madero viese el cuerpo de su esposo. Creímos entonces que se hallaba en peligro el resto de la familia y precipitadamente me propuse sacarla del país. Personalmente escondía Don Francisco Madero, padre del Presidente asesinado, y lo embarqué en el “Cuba”.

“Después conduje a la madre, viuda y hermana del Presidente, al “Cuba”, abandonando Veracruz el 25 de febrero”.

En el mes de marzo de 1913, el Presidente Taft dejó la Presidencia de los Estados Unidos y ésta fue asumida por Woodrow Wilson, quien declaró que jamás reconocería a ningún Gobierno surgido de la violencia.

Venustiano Carranza que había sido autorizado por el Congreso de Coahuila a marchar a la rebelión y que, en su calidad de Gobernador del Estado, Jefe del Ejército Constitucionalista y Depositario del Poder Ejecutivo de la Unión, representaba la continuidad del orden Constitucional en México, dirige una comunicación al Presidente Norteamericano donde le trata la cuestión de las importaciones de armamento y compras de material bélico para el sostenimiento de la lucha contra Huerta.

“Eagle Pass, 21 de abril de 1913”.

Excelentísimo señor Woodrow Wilson, Presidente de los Estados Unidos de América. Washington, D.C.

“Me comunican de Laredo, Texas, que la autoridad militar de aquel lugar CONCEDIÓ LA IMPORTACIÓN A LAREDO MÉXICO PARA EL GENERAL TRUCY, JEFE DE LAS

FUERZAS DE HUERTA, DE DOS AMETRALLADORAS Y CINCO MIL CARTUCHOS.

Como el Gobierno ilegal de Huerta no ha sido reconocido por Vuestra Excelencia, estimo que debe colocarse al General Huerta y sus Jefes en condiciones inferiores a aquellas en que me encuentro colocado yo, como Gobernador Constitucional del Estado, y como Jefe de todas las fuerzas constitucionalistas de la República, que han desconocido al Gobierno emanado de una asonada militar, y, por tal motivo, el Gobierno de mi cargo cree que sí ha permitido o se permite, por parte de los Estados Unidos, la introducción de armas y parque para las fuerzas de Huerta, IGUAL CONCESIÓN DEBE HACERSE AL GOBIERNO CONSTITUCIONAL DE este Estado, que yo represento, y a los Estados y Jefes que luchan por el restablecimiento del orden legal en México. Con tal concesión los contendientes a la guerra que envuelve actualmente a la República quedaremos EN IGUALES CONDICIONES, por lo cual suplico al Gobierno de Vuestra Excelencia se sirva conceder, sin que se pongan dificultades de ese país, la introducción de armas y parque necesarios para las fuerzas del orden legal que represento. Sírvase usted perdonar, Excelentísimo señor Presidente, que el Gobierno de mi cargo se dirija directamente a usted, aún cuando no sea la forma en que debiera hacerlo como Gobierno de un Estado, por no poder verificarlo por conducto del Ministro de Relaciones de mi país, toda vez que no reconozco como legal el llamado Gobierno del General Huerta. El Gobernador Constitucional de Coahuila, V. Carranza”.

El 23 de febrero de 1914 Venustiano Carranza, abandona Hermosillo y se dirige hacia Nogales.

Por esas fechas el Primer Jefe del Ejército Constitucionalista recibe con satisfacción una importante noticia relativa a la solidaridad de los marinos de guerra hacia la causa de la Revolución que él acaudillaba.

Cuando Don Venustiano se dirige a Nogales, lo acompañan diversos funcionarios que fueron nombrados por él en el Primer Gabinete Revolucionario jefaturado por él mismo, en su calidad de Depositario del Poder Ejecutivo de

la Unión, entre ellos el Licenciado Rafael Zubirán Capmany, Secretario de Gobernación; el General Felipe Ángeles, Subsecretario de Guerra; el Licenciado Isidro Fabela; Bonillas, Oficial Mayor de la Secretaría de Gobernación; Coronel Jacinto B. Treviño, Jefe del Estado Mayor de la Primera Jefatura; Gustavo Espinosa Míreles, Secretario Particular de la misma; Licenciado Jesús Acuña; Don José María Maytorena, Gobernador del Estado de Sonora; el General Álvaro Obregón y el General Juan Cabral. Un numeroso público representando a todas las clases de la culta ciudad de Hermosillo, tributó al señor Carranza, para despedirlo, una entusiasta ovación, a su salida de Hermosillo.

Al llegar a la Estación Santa Ana, recibió el Primer Jefe la noticia de que el cañonero Nacional "Tampico" se había puesto al servicio de la Revolución en el puerto de Topolobampo.

¡La gente del Mar, se hermanaba con la causa de México!

Este barco de guerra estaba al mando del Comandante Manuel Castellanos, y juntamente con el "Morelos" y el "General Guerrero", formaban la Escuadrilla fondeada frente a Guaymas, sirviendo de apoyo con sus cañones de largo alcance a la defensa de la plaza, sitiada por las fuerzas del General Obregón desde hacía varios meses. Aprovechando una ausencia del Comandante, la tripulación del "Tampico" desconoció al General Huerta, asumiendo el mando el Primer Teniente, Hilario Rodríguez Malpica, hijo del Contralmirante del mismo nombre, quien había sido Jefe del Estado Mayor del Presidente Madero. Al conocer tan halagadora nueva, el señor Carranza ordenó que inmediatamente se tomara posesión del barco, comisionándose para tal efecto al Coronel Eduardo Hay, al General Ramón Iturbe y a otras personas más, quienes procedieron con la mayor actividad a cumplir tales órdenes, levantando el acta de rigor y ascendiendo, por acuerdo de la Primera Jefatura, a todo el personal de a bordo, cuya oficialidad quedó formada así: Hilario Rodríguez Malpica Jr.,

Capitán de Navío; Fernando Palacios, Capitán de Fragata; Agustín J. Hass, Subteniente de Marina; Teniente Mayor Luis Morfín, Jefe de Máquinas; Manuel Márquez, Primer Maquinista de Primera; Agustín Rabatet, Pagador de Primera; Gabino Mellado, Florencio Araujo, Porfirio González y Filiberto Vila, terceros maquinistas; Fernando del Campo, Subteniente de Marina; Francisco Hernández, Oficial de Mar de Primera; Melesio Terán, Primer Maestre de Armas.

Durante los días del mes de abril de 1914 acontecen hechos verdaderamente impresionantes para la historia de la guerra en el Mar. Para la historia mundial de las cuestiones navales, ya que es precisamente frente a Topolobampo donde tiene lugar la primera acción que pudiera cifrarse como aeronaval, figurando como el primer antecedente del empleo de la aviación como arma de guerra y siendo, como lo describiremos más adelante, desarrollada en el Mar, en la primera muestra histórica de un hecho guerrero aéreo con características navales.

El General Álvaro Obregón que acompañó al Primer Jefe hasta Nogales, regresó hacia los territorios del Sur del Estado de Sonora, con el propósito de pasar revista a los contingentes armados que más tarde marcharían hacia el Occidente del país.

El 14 de abril llegó Obregón a Topolobampo, en viaje de inspección al cañonero "Tampico", varado en aquellas aguas, a ocho millas de la costa, aproximadamente. Ese mismo día dispuso el General Obregón que se atacara, por el aire, al cañonero "Guerrero", unidad de los federales que permanecía en acecho del "Tampico", desde el 31 del mes anterior, fecha en que ésta última resultó seriamente averiada como consecuencia de un combate que libró en altamar con los cañoneros "Guerrero" y "Morelos", del que se hablará más adelante.

Un bombardeo de esa índole, era cosa inusitada. Hasta entonces, ningún ejército lo había realizado en América ni fuera del Continente. Además, no se sabía que la Revolución contaba con el arma "secreta" de un aparato que,

elevándose a considerable altura, pudiera arrojar metralla sobre el enemigo, sin peligro, de ser alcanzado por el fuego de sus fusiles. De modo que, al divulgarse la noticia de dicha operación, no dejó ésta de causar sorpresa entre los federales y curiosidad en el extranjero.

Quien había ejecutado la hazaña era el Capitán Gustavo Salinas. No se trataba de un acto que tuviera su origen en el arrojito temerario de un aviador improvisado, ni mucho menos. No; el bombardeo implicaba una acción de guerra que se preparó cuidadosamente y fue llevada a cabo por quien conocía la técnica de la navegación aérea.

Gustavo Salinas y su primo hermano Alberto, del mismo apellido, habían sido enviados el año de 1911 por su tío Don Venustiano Carranza, Gobernador de Coahuila, a estudiar aviación en la Moissant Aviation S'chool, de Carden City, Long Island, Nueva York, donde se graduaron de pilotos, costeando los gastos el Gobierno del Presidente Madero.

Tan corto desarrollo alcanzaba la aviación de aquella época en los Estados Unidos, que no obstante su inmensa población, sólo un reducido número de personas cursaban ahí la carrera de piloto, como lo demuestra el hecho de que a los señores Salinas corresponden los títulos números 171 y 172, al serles expedidos por dicha Escuela, la única sobre la materia establecida en la mencionada República.

Así fue como, acompañado del Primer Maquinista del cañonero "Tampico", Don Teodoro Madariaga, dio cumplimiento a la orden del General Obregón para atacar al cañonero "Guerrero", siendo este bombardeo el primero en la historia militar ejecutado en materia de aviación naval y en acciones de guerra, tocándole al Capitán Salinas la gloria de haber realizado la proeza.

Al Jefe del Cuerpo del Ejército del Noroeste, causó el vuelo de Salinas, tan honda emoción, que no pudo menos que comunicárselo al Primer Jefe, en el siguiente telegrama:

"Topolobampo, abril 14 de 1914.- Primer Jefe del E. C. Chihuahua.

Hónreme comunicar a Usted, que me he sentido orgulloso al presenciar hoy el vuelo llevado a cabo por el intrépido Capitán Gustavo Salinas, acompañado del Primer Maquinista, del "Tampico", señor Madariaga, quienes permanecieron más de hora y media a cuatro mil pies de altura lanzando bombas sobre el "Guerrero", Espero que obtendremos magnífico éxito contando con oficiales que saben despreciar la vida cuando se trata de la Patria. Felicito a Usted por tener a su lado a esta clase de hombres. Respetuosamente.

"El General en Jefe Álvaro Obregón".

En los primeros días del mes de mayo entró en campaña activísima el núcleo de fuerzas del Noroeste que comandaba el General Obregón. Entretanto, el grueso de este Cuerpo del Ejército, bajo el comando directo de su jefe, el General Obregón, ponía sitio formal al puerto de Mazatlán, logrando emplazar una pieza de artillería en Isla de Piedra, de donde se abrió fuego sobre el cañonero "Morelos", al servicio de los huertistas, el cual había encallado frente a esa isla.

El "Morelos" fue tocado por varias granadas, siendo desmantelado y abandonado por su tripulación.

De la victoria de Acaponeta, como del sitio de Mazatlán y el hundimiento del "Morelos", rindió parte al Primer Jefe, el General Obregón.

Estos son los partes oficiales:

"Castillo. 5 de mayo de 1914. -Primer Jefe del E. C. Chihuahua.- Honróme comunicar a Usted que como le participé en mensaje anterior fue sitiada la columna Solares, compuesta de 1600 hombres con tres cañones y varias ametralladoras, en Acaponeta, por la vanguardia de esta columna con fuerzas de los Generales Diéguez, Blanco y Buelna, habiéndose rendido hoy dicha columna a las 11.30 A.M., quedando en nuestro poder en la plaza de Acaponeta, más de dos mil máuseres, tres cañones y un millón de cartuchos y prisionera toda la guarnición. Esta plaza de Mazatlán la tengo sitiada desde el amanecer de hoy,

habiendo cerrado el sitio con la Isla de Piedra, de la que tomamos posesión desde ante noche.

Desde el amanecer de hoy, emplazamos un cañón en dicha Isla, abriendo fuego sobre el "Morelos", que se encuentra varado frente a la Isla, entablando con él un duelo de artillería a cuatrocientos metros de distancia. A estas horas, tres P.M., once de nuestros proyectiles han hecho blanco, causando estragos en dicho buque. Creo que el "Morelos" está ya imposibilitado, pues está caído por un costado. Esta noche pasaré más artillería y la emplazaré de manera que ningún buque pueda entrar al puerto. La guarnición ha hecho un nutrido fuego de artillería y continua lo mismo.

Respetuosamente. "General en Jefe, Álvaro Obregón".

Desde la fecha en que el cañonero "Tampico", lejos de cumplir la comisión que se le confiara de situarse en la rada de Bacoichampo, al Oeste de Guaymas, para impedir la comunicación que por aquel puerto pudieran tener las tropas revolucionarias, se había puesto al lado de éstas, estuvo prácticamente sitiado en Topolobampo por los cañoneros "Guerrero" y "Morelos". Como Rodríguez Malpica quiso demostrar que no había abrazado la causa revolucionaria para permanecer inactivo, el "Tampico" hizo una salida de reconocimiento regresando a su fondeadero para volver a salir pocos días después con intenciones de forzar el bloqueo que se le había establecido, batiéndose con el enemigo, que le ocasionó algunas averías, obligándolo a retroceder y varar en la playa, atrás del cerro de Punta Copas, para evitar irse a pique.

Refiere uno de los supervivientes que durante varios días el "Morelos", que permanecía solo, vigilando al "Tampico" y tiroteándolo cuantas veces podía, acabó por abandonar el bloqueo considerando que el "Tampico" se encontraba ya inutilizado y perdido para siempre. Grandes esfuerzos y considerables trabajos tuvo que realizar la tripulación para reparar el buque, que después de tres meses quedó listo para todo servicio y en los primeros días del mes de junio se hizo a la mar con instrucciones de atacar el

puerto de Mazatlán. Las calderas no estaban del todo bien y comenzaron a fallar cuando el buque navegaba a la altura de Áltata, a la vista de la costa, bajándose la presión poco a poco hasta que el barco quedó al garete.

Casualmente navegaba por aquellas aguas el cañonero "Guerrero" que hacía viaje de Guaymas a Mazatlán, cuando el 16 del mismo mes de junio citado, en las primeras horas de la mañana, el Comandante del "Guerrero", don Ignacio Arenas, recibió informes desde el puente de mando de que un buque, al parecer el "Tampico", se encontraba a la vista. No transcurrió mucho tiempo sin que la noticia se confirmara: el "Tampico", con su Bandera Nacional izada al palo mayor, estaba cerca, imposibilitado en sus movimientos, pero en actitud hostil. Muy pronto el silencio del Océano fue roto por el rugir de los cañones. El "Tampico", sin poder maniobrar, inferior en poder ofensivo, fue tocado por una granada y comenzó a hundirse. El Comandante Rodríguez Malpica, viendo su buque perdido, trató de ganar la costa con los supervivientes del combate utilizando sus lanchas, y a punto de ser alcanzado por las del "Guerrero", que se lanzaron en su persecución, se quitó la vida con su propia mano utilizando el revólver que portaba para no dar al enemigo la satisfacción de que lo hicieran prisionero.

Esté doloroso suceso lo puso en conocimiento del primer Jefe el General Obregón, por medio del siguiente telegrama:

"Ixtlán, junio 17 de 1914. -Primer Jefe del E. C. Saltillo, Coah.- Honróme comunicar a usted que cañonero "Tampico" fue hundido en combate que libró contra pirata "Guerrero", y con orgullo he sabido que Comandante Malpica y primer Maquinista, al ver perdido su buque dieronse un balazo, hundiéndose con él. Demás tripulación salvóse, algunos de ellos heridos. Ojalá sepamos imitar su ejemplo todos los que pertenecemos al Ejército Constitucionalista. La Patria bendiga eternamente a sus buenos hijos. Respetuosamente. "General en Jefe, Álvaro Obregón".

Por informes posteriores se supo que solamente resultó víctima de la fatalidad, en forma descrita, el heroico Comandante Rodríguez Malpica.

Así, la historia de la Revolución Mexicana registra estos emotivos pasajes, donde tomaron parte los Marineros de Guerra, convencidos seguidores de la causa, que no dudaron en el sacrificio, antes que traicionar sus íntimas y muy definidas convicciones patrióticas.

El "Tampico", de esta forma, pasó a ser...

¡El Cañonero de la Revolución!

Otro importante servicio otorgado por los Marineros de Guerra a la Revolución Constitucionalista, ocurrió en el mes de diciembre de 1914, cuando la Oficialidad y tripulación del cañonero "Guerrero" decide poner el buque a la disposición del constitucionalismo y así, el "Guerrero", que poco antes, como instrumento del huertismo hundió al cañonero "Tampico" de Rodríguez Malpica, pasa a ser recurso a las órdenes del Ejército Constitucionalista.

El "Guerrero", en los primeros días del mes de diciembre, es empleado para el cumplimiento de una importante misión de la Primera Jefatura, misma que se encomendó al General Don Jesús Carranza, quien se embarca en Salina Cruz, acompañado de su Estado Mayor, y recorre el litoral del Pacífico, visitando puertos de Oaxaca, Guerrero, Colima, Nayarit y Sinaloa, con el objeto de observar la situación política y en los aspectos militares, transmitir instrucciones del Mando Supremo del Constitucionalismo y realizar entregas de armamento y municiones a los diversos Jefes Revolucionarios que operaban en las regiones costeras del litoral del Pacífico.

El General Jesús Carranza navega en aguas del Pacífico en el "Guerrero" cargado al máximo de pertrechos de guerra, que hace llegar en sucesivas escalas en puertos de ese litoral, a las fuerzas revolucionarias iniciando así, una eficaz y brillante campaña marítima que implicó el apoyo logístico necesario para que la Revolución avanzara de las costas del Pacífico, hacia el interior, lográndose tomar las

Plazas de Chilpancingo, Iguala, Tepic, Colima y muchas otras.

¡Desde el Mar llegaban los suministros que alimentaban la lucha revolucionaria!

Desde Manzanillo envió Don Jesús Carranza al Primer Jefe el telegrama siguiente:

¡Manzanillo, Col., Diciembre 18 de 1914!. Señor Primer Jefe del E. C. Veracruz.- Ayer llegué a este Puerto. Siguiendo tus instrucciones inmediatamente conferencie con General Diéguez, quien me dijo ayer en la mañana había evacuado Guadalajara, conforme plan de campaña acordado por el General Obregón y que cree que el enemigo a cuyo frente va Ángeles, ocupe hoy dicha ciudad. Me dice que en Guadalajara había la misma atmósfera que en México.

Hoy volveré a conferenciar con él y tal vez vaya hasta Colima para verlo personalmente y hacer porque ya con todos los elementos que me dice llegan a seis mil hombres, pueda tomar la ofensiva. En mi estancia en Acapulco logré unificar los jefes Julián Blanco y los suyos y Coronel Mariscal e híceles ver la necesidad que había de unirnos en estos momentos en torno de la Patria y convinieron en firmar actas de adhesión a ti y a la causa que defendemos. Les ordené marcharan con sus fuerzas hasta ponerse lo más cerca de Chilpancingo, como lo tienen ordenado, y que si había oportunidad capturaran esa ciudad. Creo muy necesaria una visita a todos estos lugares a fin de poder ilustrarte acerca de la situación en que se encuentran. Mañana saldré para Mazatlán y si es posible a Guaymas. Por mensaje del Jefe de las armas en Mazatlán, sé que el día 11 el General Iturbe se encontraba en La Paz, Baja California. Espero me remitas lo más pronto posible las armas y parque que me ofreciste. En Guerrero se pueden reclutar dos a tres mil hombres. Igualmente necesito me mandes fondos y de preferencia billetes de poco valor. Saludos afectuosos.- El General en Jefe, Jesús Carranza”.

La noche del 30 de diciembre, en San Jerónimo, situado en la región Itsmeña de Oaxaca, el General Jesús Carranza es aprehendido por el traidor Alfonso Santibáñez,

a quien pocos días antes el mismo General Carranza, había nombrado Comandante de las Armas Constitucionalistas en el Istmo de Tehuantepec, en sustitución del Coronel César López de Lara. En San Jerónimo tiene lugar la oprobiosa acción de Santibáñez, representada por el asesinato del brillante revolucionario Don Jesús Carranza.

En los inicios de 1915, Don Venustiano Carranza designó Comandante Militar de la Plaza de Mérida al Coronel Alfredo Breceda, quien sirvió de apoyo a las autoridades civiles de Yucatán, entonces encabezadas por el Licenciado Heriberto Barrón.

Los grupos reaccionarios yucatecos enemigos de la Revolución, se levantaron en armas en varios lugares del Estado y el día 9 de febrero, encabeza la rebelión el Coronel Federal Abel Ortiz Argumedo, secundado por las fuerzas del General Sosa Torres y con el apoyo del Jefe Político del Territorio de Quintana Roo, General Arturo Garcilazo.

Aquí cabe señalar que las tropas del General Sosa Torres, que habían sido engañadas acerca de los objetivos del pronunciamiento, en cuanto confirmaron que éste se dirigía contra la Revolución Constitucionalista, abandonaron las filas rebeldes y se pusieron a las órdenes del Coronel Alfredo Breceda.

Cuando estalló la asonada de Ortiz Argumedo, el Coronel Calzada leal a la Primera Jefatura de la Revolución, se refugió en el guarda-faros "Melchor Ocampo", embarcación al servicio de la Comandancia Militar de Progreso.

En el muelle de este Puerto, se hallaba un cargamento de henequén valuado en dos millones de pesos, mercancía de que se apoderaron los rebeldes, con la idea de embarcarlo a Nueva York y Nueva Orleans, para obtener, en cambio de este producto, armas y municiones con qué hacer frente a las tropas constitucionalistas.

A fin de evitar la salida de tan valiosa fibra y la entrada de elementos de guerra para los alzados, el Primer Jefe dictó un Decreto mediante el cual cerraba al tráfico internacional, el Puerto de Progreso. Esta disposición se

comunicó a los agentes consulares en el extranjero y para que se cumpliera la orden de clausura, el Coronel Calzada permaneció frente a la bahía en el "Melchor Ocampo", que se había armado con una pequeña pieza de artillería, mientras arribaba uno de los barcos de guerra al servicio de la Revolución.

A los pocos días ancló, en aguas del Puerto, el transporte "Progreso", de la Marina Nacional, cuya dotación estaba bajo el mando del Comandante Arturo P. Lapham.

A guisa de paréntesis, referiremos que este marino, al igual que la mayoría de sus compañeros, se pusieron al servicio de la Revolución Constitucionalista, desde los tratados de Teoloyucan, y desde entonces prestaron su concurso, con verdadero entusiasmo y lealtad, a la causa popular que representaba el señor Carranza.

El Comandante Lapham pertenecía a la pléyade de los heroicos hijos de la Escuela Naval de Veracruz, que se cubrieron de gloria el 21 de abril de 1914, defendiendo su bandera y su plantel, ante la metralla de los acorazados yanquis que bombardearon nuestro primer Puerto y hollaron el suelo de la Patria en aquella aciaga e inolvidable fecha.

La presencia del transporte de guerra en Progreso, bastaba para la clausura del Puerto, pero la perfidia de los rebeldes los llevó a cometer un atentado contra esta unidad nacional.

En la mañana del 28 de febrero, se aproximó un bote con mercancías a uno de los costados del barco, y cuando el Comandante Lapham mandaba practicar un reconocimiento a la pequeña embarcación, ésta chocó intencionalmente con el casco del transporte e hizo explosión un barril con dinamita que colocaron en el bote los rebeldes yucatecos. El "Progreso" resultó gravemente dañado, abriéndosele una vía de agua y yéndose a pique en cuatro brazas y media de profundidad.

A consecuencia de este atentado perecieron quince marineros y cinco resultaron gravemente heridos. El resto de la tripulación, luego que el Comandante Lapham inutilizó la artillería del "Progreso", se embarcó en el vapor mercante

americano "Morro Castle" que, casualmente, estaba en la bahía en el momento de la voladura.

El parte oficial de este suceso, dice así:

"Vapor Morro Castle, febrero 28 de 1915. -Primer Jefe.- Veracruz. -Hónrome participar a usted que hoy a las 7:40 A.M., al estar haciendo reconocimiento a un bote de mercancías, hizo explosión un barril que traía, abriendo vía de agua al barco y yéndose a pique en cuatro brazas y media de agua, habiéndolo tenido que abandonar, inutilizando artillería y recogiendo armas, salvado tripulación y escolta, a bordo "Morro Castle", habiendo tenido quince muertos y cinco heridos".

Estos son los radiogramas que se cruzaron el señor Carranza y el Comandante Lapham:

"Faros, Veracruz, Marzo 15 de 1915. señor Arturo F. Lapham, Comandante del "Zaragoza". -En Alta Mar. Fuerzas del General Alvarado acaban derrotar enemigo entre camino Campeche Mérida, haciéndole cuatrocientos cincuenta bajas y más de seiscientos prisioneros. General Alvarado recogió municiones, rifles en número considerable y ametralladoras. Al llegar usted al Puerto de Campeche, sírvase avisarme para que le dé a usted nuevas órdenes; pero desde ahora manifiéstale que he revocado la disposición de quedar cerrado el Puerto de Progreso, por lo cual es permitida la importación y exportación de toda clase de mercancías por ese Puerto. No salga usted de Campeche para Progreso sin recibir nuevas órdenes de esta Primera Jefatura. Saludólo afectuosamente. V. Carranza".

El Primer Jefe se refería en el anterior documento a la derrota de los rebeldes yucatecos en Poeboc y Blanca Flor, todavía no se efectuaba el combate de Halachó.

"Corbeta "Zaragoza", marzo 16 de 1915.-Señor V. Carranza. Veracruz.-Hónrome manifestar a usted quedar enterado su superior mensaje de ayer de que permita la importación de toda clase de mercancías en Progreso. Esta noche avisaré a usted mi llegada a Campeche, donde esperaré sus respetables órdenes. Acepte usted mi entusiasta

felicitación por victorias General Alvarado. Respetuosamente Comandante del Zaragoza, Arturo F. Lapham".

"Faros, Veracruz, marzo 16 de 1915. -Señor Arturo F. Lapham. Comandante del Zaragoza.- En Alta Mar. Vía Campeche. -Confirma mi mensaje que dirigí a usted ayer, en que le decía que he dispuesto quede abierto el Puerto de Progreso, permitiendo la importación y exportación de mercancías. Salga usted con dirección a Progreso y sitúese frente a dicho Puerto, estableciendo su servicio de vigilancia, capturando o destruyendo cualquier embarcación tripulada por yucatecos, que con carácter hostil pretenda ayudar a los rebeldes. Así mismo, al atacar las fuerzas del General Alvarado el mencionado Puerto, contribuirá usted en combinación con él, al ataque.- Saludólo afectuosamente, V. Carranza".

A consecuencia de la derrota inflingida por la columna del General Alvarado a los rebeldes, en el combate de Halachó, éstos se declararon vencidos, dispersándose en distintas direcciones y huyendo para el extranjero los líderes de la insurrección, entre ellos, el propio Ortiz Argumedo.

El General Alvarado ocupó la Ciudad de Mérida el día 19 de marzo y el Comandante Lapham se apoderó de Progreso el día siguiente.

Una vez más triunfaba la sagacidad del señor Carranza. Sólo cuatro días transcurrieron desde la fecha en que se abrió Progreso, 15 de marzo, ante la amenaza de los Estados Unidos y la toma del mismo Puerto por las tropas constitucionalistas.

Los partes oficiales de la caída de Mérida y captura de Progreso, son los siguientes:

"Mérida, marzo 19 de 1915. Señor V. Carranza. Veracruz. -Honróme en participar a usted que hoy a las once de la mañana ocupé esta plaza con mis fuerzas.- Muy respetuosamente saludólo.- El General en Jefe, Salvador Alvarado".

"En Alta Mar, marzo 20 de 1915. -Primer Jefe. Faros, Veracruz.- Hónrome comunicar a usted que el Puerto de Progreso fue evacuado por los reaccionarios.

Respetuosamente. El Comandante del cañonero "Zaragoza", Arturo F. Lapham".

La participación del Comandante Arturo F. Lapham y de los demás Marineros de Guerra en las secciones constitucionalistas y de la cuenca del Golfo de México, permitieron que en sólo mes y medio, las armas constitucionalistas triunfaran rotundamente bajo la inteligente y valerosa dirección de los Generales Salvador Alvarado, Heriberto Jara, Toribio de los Santos, Joaquín Mucel, Ernesto Aguirre Colorado y Ramón Sosa Torres.

En la campaña del Sureste, sin duda alguna, jugaron un papel muy importante los servicios de los marinos mexicanos a bordo de la "Zaragoza" y del "Progreso" entre otros buques.

Fundamentalmente bien se puede decir, que sus acciones coadyuvaron a que se obtuviera el dominio sobre Yucatán, que permitió a la Revolución disponer de suficientes recursos para la adquisición de pertrechos de guerra, que alimentaron la prolongada y nacional campaña militar.

Don Venustiano Carranza, radicado en el edificio de Faros en Veracruz, lugar en el que instaló la Primera Jefatura del Ejército Constitucionalista y desde donde dirigió la larga campaña militar contra las fuerzas infidentes de Francisco Villa, decide abandonar el Puerto a efecto de hacer un largo recorrido por el Centro y el Norte del país, donde Álvaro Obregón, Francisco Murguía, Cesáreo Castro, Manuel M. Diéguez, Benjamín Hill y Pablo González, habían llevado al triunfo total las armas de la Revolución, derrotando estrepitosamente a los otrora envanecidos convencionalistas encabezados por Francisco Villa.

Obregón hacia fines de septiembre de 1915, envió al Dr. Atl. (Gerardo Murillo) al Puerto de Veracruz, llevando una comunicación suya que debía ser entregada a Don Venustiano.

El documento además de contener un pormenorizado informe sobre la triunfante situación en el Centro y en el Norte del país, contenía la explicación sobre la conveniencia

de que el Primer Jefe realizara, de inmediato, un extenso recorrido por aquellos territorios conquistados a sangre y fuego por las fuerzas de la Revolución.

Después del viaje del Dr. Atl, Álvaro Obregón dirige a Carranza este significativo mensaje:

“San Pedro, Coah., septiembre 30 de 1915. -Primer Jefe del E. C. Veracruz, Ver.- Doctor Atl me comunica haber aceptado usted invitación para visitar campamentos y permíteme manifestarle que soy de opinión que esa visita se verifique cuanto antes. Podría usted hacer el viaje por Tampico, directamente a Torreón, donde en cuatro días más estableceré mi Cuartel General, para que su llegada sea antes de que emprendamos la marcha al Norte. Creo que visita será de magnífico efecto, tanto en el orden militar como en el político e internacional, pues pondría a nuestros enemigos en condiciones de desistir de su criminal tarea de hacer aparecer fricciones entre esa Primera Jefatura y los Jefes que sólo tenemos para ella subordinación y respeto.- Lo saludo respetuosamente. General en Jefe, Álvaro Obregón”.

El señor Carranza dispuso la salida de Veracruz para el día 11 de octubre. La despedida que le tributó el puerto jarocho, fue elocuentemente conmovedora: la población entera se congregó en el Malecón y frente a Faros, Cuartel General de la Revolución, para demostrar sus simpatías al egregio caudillo que desde esa histórica y heroica ciudad, había dirigido la magna epopeya constitucionalista. Este acto popular era la prueba más sincera de haberse hecho acreedor, por su rectitud y, sobre todo, por la nobleza de la causa que representaba, de los sentimientos de afecto y consideración de un pueblo tan altivo y tan consciente de sus deberes como celoso de sus derechos cívicos.

Una flotilla de guerra compuesta del cañonero “Bravo” y los transportes “Plan de Guadalupe” y “Alameda”, se encargó de conducir al Primer Jefe y su comitiva, hasta el puerto de Tampico. La flotilla iba al mando del Contralmirante Hilario Rodríguez Malpica, padre del valeroso Comandante del Cañonero de la Revolución.

El señor Carranza, su Estado Mayor, el General Cándido Aguilar, el Gobernador de Veracruz y los principales funcionarios del Gobierno de la Revolución, se embarcaron en el "Bravo" y, en los otros barcos, la guardia presidencial y el personal de la Primera Jefatura.

Al salir la flotilla de la rada veracruzana, los barcos de guerra de la poderosa escuadra estadounidense, apostados en la bocana del puerto, rindieron honores a la persona del Jefe de la Nación, lanzando al aire los acordes, la banda de música del buque insignia, de las notas marciales de nuestro Himno Nacional.

El viaje se hizo felizmente arribando a Tampico, el día siguiente por la mañana.

En un remolcador salió a alta mar el General Obregón en compañía del General Luis Caballero, Gobernador de Tamaulipas y de otros Jefes militares, a encontrar al Primer Jefe. Obregón vestía camisola y pantalón de montar, color caqui, y portaba sombrero de panamá.

El remolcador atracó a estribor del cañonero y subió la comitiva a saludar al señor Carranza. Era la primera vez que se veía al Comandante del Ejército de Operaciones, falto del miembro que había perdido, en el campo de batalla de Santa Ana del Conde.

Fue emocionante el momento en que se estrechaban en brazos las dos figuras de más relieve en la Revolución. El señor General Juan Barragán Rodríguez, testigo presencial, dé lo escrito sobre esos instantes: "Yo, que conocía en la expresión del semblante del señor Carranza, los sentimientos que embargaban su espíritu, pude darme cuenta del cariño con que recibía al valeroso soldado del Ejército Constitucionalista, y al mismo tiempo, la pena que le causaba contemplarlo mutilado".

"Entramos al río Panuco para atracar los barcos en el muelle, frente a la Aduana, pisando tierra tamaulipeca, el Primer Jefe, en medio de una grandiosa recepción del pueblo tampiqueño".

“Sólo dos días permaneció el señor Carranza en Tampico, para salir hacia el Norte por el ferrocarril del Golfo, haciendo escalas en C. Victoria, Linares, Montemorelos y Monterrey. De la Capital neolonesa se continuó el viaje hacia Saltillo para volver a seguir hasta Torreón, donde, como he dicho, se hallaba el grueso del Ejército de Operaciones, que deseaba el Primer Jefe, felicitar personalmente por la notable campaña que con tanto valor y abnegación había realizado. En Gómez Palacio se detuvo el Primer Jefe para saludar al General Benjamín Hill y a los Jefes de las infanterías del Cuerpo de Ejército del Noroeste que allí estaban acampadas, y al medio día arribó el señor Carranza a la ciudad de Torreón, Cuartel General de las caballerías del divisionario Murguía”.

El día siguiente de la llegada del Jefe de la Revolución a la región lagunera, se verificó una imponente parada militar en las cercanías de Gómez Palacio, tomando parte todos los efectivos del victorioso ejército de operaciones, cuyos aguerridos soldados aún conservaban en su rostro las huellas de la penosa y larga campaña que iniciaran en las playas del Golfo y que iban a terminar, triunfalmente, en las costas del Pacífico.

¡En ambos mares se distinguieron los Marineros de Guerra Revolucionarios!

“Una de las unidades que más se distinguió en el desfile por su organización y fibra y, además, por el número de sus efectivos, fue la bizarra división de caballería que se hallaba bajo el comando del bravo Murguía, quien marchó a la cabeza de la columna; jinete en brioso penco tordillo y seguido de sus valientes Generales”; Pablo González (chico), Eduardo Hernández, Heliodoro T. Pérez, José Carlos Murguía, Eduardo Aguirre y Miguel González”.

La participación de los Marineros de Guerra mexicanos en la Revolución, sirvió para que el pueblo de México organizado en el Ejército Constitucionalista, derrocara el régimen bastardo de Victoriano Huerta; y después, venciera a la nueva forma de la reacción representada por las fuerzas traidoras al Constitucionalismo.

La grandeza patriótica de Venustiano Carranza, hace posible que éste acaudille la revolución mexicana, en su carácter de Gobernador Constitucional del Estado de Coahuila y Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, ostentándose como Depositario del Poder Ejecutivo de la Unión, en base a la legalidad fundamentada en el apoyo general del pueblo de México, levantado en armas mayoritariamente para hacerlo fuerte y sostenerlo.

Un suceso internacional altamente significativo, otorga el reconocimiento oficial a ese Gobierno formado por el pueblo, surgido del pueblo y sostenido con las armas por el propio pueblo, en los días, quizá más amargos y amenazantes, plenos de riesgos y asechanzas que haya padecido México en su historia.

Este es el texto del documento en que se informa a Don Venustiano del reconocimiento oficial, por parte de los Estados Unidos: "Washington, D.C., 19 de octubre de 1915. Señor V. Carranza, Torreón, Coah. -A continuación transcribo a usted, textualmente, la nota que con fecha de hoy recibí del señor Roberto Lansing, Secretario de Estado del Gobierno de los Estados Unidos.- "Querido señor Arredondo: Tengo el placer de informarle que el Presidente de los Estados Unidos aprovecha esta oportunidad para extender su reconocimiento al Gobierno de "Pacto" de México, en el cual el señor Don Venustiano Carranza, figura como Jefe del Ejecutivo. El Gobierno de los Estados Unidos tendrá placer en recibir formalmente, en Washington, al representante diplomático de dicho Gobierno de "Pacto" tan pronto como plazca al señor Carranza designarlo y extenderle su nombramiento: y recíprocamente el Gobierno de los Estados Unidos acreditará ante el Gobierno de "Pacto" un representante diplomático, tan pronto como el Presidente tenga oportunidad para nombrarlo. Agradeceré a usted que se sirva anunciar esta noticia al señor Carranza, con la brevedad que usted considere posible y oportuna.-Quedo de usted sinceramente, R. Lansing".

También comunicó el Licenciado Arredondo que había recibido parecidas notas de los Embajadores Rómulo F.

Naón, de Argentina; Dominicio Da Gama, del Brasil y Eduardo Múgica de Chile.

“Al día siguiente, los acorazados americanos, surtos en varios puertos mexicanos, hacían una salva de veintiún cañonazos, como saludo a nuestra bandera, en señal de haberse reconocido, oficialmente, al Gobierno que presidía el señor Carranza”.

Por supuesto que a los ojos de la nación, el Gobierno de la Revolución era de hecho y de derecho, el único que representaba las aspiraciones populares y nadie discutía la fuerza incontrastable de su posición como régimen establecido en la República, sobre todo, después de la caída del usurpador Victoriano Huerta; pero en su posición internacional, el aspecto era diferente”.

El General Barragán Rodríguez, comentó de esta manera el hecho: “Fracasados los propósitos de los países que se habían interesado porque de una manera pacífica, las facciones en la lucha armada organizaran un Gobierno provisional, y convencidos además, de la fuerza del Partido Constitucionalista y de la suficiente capacidad del señor Carranza por consolidar un régimen que encauzara a la nación en el orden constitucional, resolvieron, en conjunto, muy cuerdamente, los Estados Unidos y las Repúblicas del A.B.C., otorgarle el reconocimiento como Gobierno de “Pacto” al que presidía Don Venustiano Carranza. De allí la trascendental importancia que significaba, para el triunfo definitivo de la Revolución, el suceso internacional que confirió el reconocimiento al Gobierno del señor Carranza”.

Los Marineros de Guerra nacionales servidores de la Revolución, se hermanan con el Comodoro Manuel Azueta con el lazo del sentimiento patriótico y del amor por México.

Es imperativo juzgar la actuación de Azueta al organizar la defensa de la Escuela Naval Militar, advirtiendo que este hecho cambió diametralmente los planes del Presidente Woodrow Wilson, dado que, los norteamericanos estaban en la seguridad de que la ocupación de Veracruz, iba a ser mediante un desembarco de tropas del todo pacífico.

Al enfrentarse a los heroicos defensores de la Escuela Naval, comandados por Azueta, los acontecimientos cambiaron su curso, mostrando a la opinión pública internacional, que fue completamente adversa para los norteamericanos, la situación real reinante en México, representada por el sacrificio de Virgilio Uribe y de José Azueta, quienes simbolizaron ante los ojos del mundo., la actitud de un pueblo puesto de pie que seguía una Revolución armada contra la usurpación y que en medio del dolor y de la angustia, no permitía de ninguna manera, la intromisión extranjera en los asuntos nacionales y mucho menos, la ocupación de su territorio por parte de fuerzas norteamericanas.

El heroico comportamiento del Comodoro, además de los gloriosos perfiles que de por sí ostenta, como hecho de valor patriótico, representa históricamente, la alternativa que eficazmente contempló y con gallardía manejó Don Venustiano Carranza, al elevar al Gobierno de Washington, la única enérgica protesta por parte de México, en relación con los dramáticos sucesos del 21 de abril, en que con el uso de las armas y mediante el bombardeo del puerto, los norteamericanos invaden nuestro territorio y logran la ocupación de Veracruz.

El hecho de que el Comodoro Azueta, comandando 80 cadetes, jóvenes casi niños, detuvieran interinamente el avance de una columna de 1400 infantes de marina norteamericanos y padecieran el fuego de los cañones navales de la flota invasora, cambió radicalmente los proyectos que sobre la invasión se habían fraguado en Washington; mostraron al mundo la realidad neta de un pueblo en armas contra la usurpación, que rechazó, con el sacrificio de vidas juveniles, la ingerencia extraña en la solución de sus problemas internos y dio pábulo para que el Gobierno de "Pacto", Jefaturado por Carranza, protestara virilmente por el ultraje y planteando las sostenidas intenciones del pueblo de México, sumado en aplastante mayoría, hiciera ver a la potencia extranjera, la capacidad de

México para derrocar a Victoriano Huerta y hacer volver al país a la legalidad institucional.

Con su ejemplo el Comodoro Azueta, no haciéndose solidario del Huertismo, que había ordenado la entrega pacífica de Veracruz, sirve a la Revolución y a México, configurando el formidable modelo de la defensa abierta y decidida de nuestra soberanía e independencia.

El Secretario de Estado, William Jennings Bryan, con motivo de los sucesos de Tampico y Veracruz, dirigió al Primer Jefe, por conducto del Cónsul norteamericano en C. Juárez, Mr. J. C. Carothers, la siguiente nota:

“C. Juárez, Chih., 22 de abril de 1914. Señor V. Carranza. Chihuahua. -He recibido las instrucciones siguientes del señor Bryan, Secretario de Estado: Sírvase ver al señor Carranza y hágale saber la actitud del Presidente. El Presidente no desea que el Congreso lo autorice para hacer la guerra como pudiera interpretarse; todo lo que él pide y todo lo que se le concederá es una resolución declarando él está justificado al hacer uso de la fuerza armada para exigir una reparación por indignidades especificadas. El ha tenido especial cuidado en hacer una distinción entre el General Huerta y sus sostenedores por un lado, y el pueblo mexicano por otro, habiendo reiterado su amistad hacia el pueblo mexicano y su más vivo deseo de que el mismo pueblo logre establecer un Gobierno constitucional. La toma de la Aduana de Veracruz se hizo necesaria por haberse rehusado Huerta a hacer las debidas reparaciones por el arresto de los marinos americanos.

Según la prensa, los constitucionalistas aparecen apartados de la controversia, en una actitud muy propia y esperamos que no entenderán mal la actitud del Presidente, ni darán mala interpretación. Mucho estimaría una expresión de usted sobre lo anterior, en la inteligencia de que si lo desea, será considerada estrictamente confidencial y únicamente para el conocimiento del Presidente y del Secretario Bryan.- (Firmado) Carothers”.

El señor Carranza contestó, inmediatamente, al Presidente Wilson, en esta forma:

Chihuahua, 22 de abril de 1914. Señor Cónsul J. C. Carothers. C. Juárez.- En contestación al mensaje del Señor Secretario Bryan, que me fue comunicado por su conducto, sírvase usted transcribir a dicho Señor Bryan la siguiente nota dirigida al Señor Presidente Wilson:

“En espera de la resolución que el Senado Americano diera al mensaje que vuestra excelencia le dirigió con motivo del lamentable incidente ocurrido entre la tripulación de una lancha del acorazado “Dolphin” y soldados del usurpador Victoriano Huerta, se han ejecutado actos de hostilidad por las fuerzas del mar, bajo el mando del almirante Fletcher, en el puerto de Veracruz. Y ante esta violación de la soberanía nacional, el Gobierno Constitucionalista no esperaba de un Gobierno que ha reiterado sus deseos de mantener la paz con el pueblo de México, cumpla con un deber de elevado patriotismo al dirigiros la presente nota para agotar todos los medios honorables, antes de que dos pueblos honrados rompan las relaciones pacíficas que todavía los unen”.

“La nación mexicana, el verdadero pueblo de México, no ha reconocido como a su Mandatario al hombre que ha pretendido lanzar una afrenta sobre su vida nacional, ahogando en sangre sus libres instituciones. En consecuencia, los hechos del usurpador Huerta y sus cómplices, no significan actos legítimos de soberanía; no constituyen funciones verdaderas de Derecho Público interior ni exterior, y menos aún representan los sentimientos de la nación mexicana, que son de confraternidad hacia el pueblo norteamericano”.

“La posición de Victoriano Huerta en lo que concierne a las relaciones de México con los Estados Unidos, así como con la Argentina, Chile, Brasil y Cuba, ha quedado firmemente establecida con la actitud justiciera de los gobiernos de estas naciones, al negar su reconocimiento al usurpador, prestando de este modo a la noble causa que represento, un valioso apoyo moral”.

“El título, usurpado, de Presidente de la República, no puede investir al General Huerta de la facultad de recibir una demanda de reparación de parte del Gobierno de los

Estados Unidos, ni de otorgar una satisfacción si ella es debida”.

“Victoriano Huerta es un delincuente que cae bajo la jurisdicción del Gobierno constitucionalista, hoy el único, por las circunstancias anormales del país, que representa la soberanía nacional de acuerdo con el espíritu del artículo 128 de la Constitución Política Mexicana. Los actos ilegales cometidos por el usurpador y sus parciales y los que aún pueden perpetrar, ya sean de carácter internacional, como los acaecidos en el Puerto de Tampico, ya sean de orden interior, serán juzgados y castigados con inflexibilidad y en breve plazo por los tribunales del gobierno constitucionalista”.

“Los actos propios de Victoriano Huerta nunca serán suficientes para envolver al pueblo mexicano en una guerra desastrosa con los Estados Unidos, porque no hay solidaridad alguna entre el llamado Gobierno de Victoriano Huerta y la Nación Mexicana”.

“Mas la invasión de nuestro territorio, la permanencia de vuestras fuerzas en el Puerto de Veracruz, o la violación de los derechos que informan nuestra existencia como Estado Soberano, libre e independiente, si nos arrastraría a una guerra desigual, pero digna, que hasta hoy queremos evitar”.

“Ante esta situación real por que atraviesa México, débil, hoy más que nunca, después de tres años de sangrienta lucha, comparada con la formidable de la Nación americana; y considerando los hechos acaecidos en Veracruz, como atentatorios en el más alto grado para la dignidad e independencia de México y en pugna con vuestras reiteradas declaraciones de no desear romper el estado de paz y amistad con la Nación mexicana, y en contradicción también con la resolución del Senado de vuestro país, que acababa de declarar que los Estados Unidos no asumen ninguna actitud contra el pueblo mexicano ni tienen propósito de hacerle la guerra; considerando igualmente que los actos de hostilidad ya cumplidos exceden a lo que la equidad exige para el fin perseguido, el cual puede considerarse satisfecho; no siendo

por otra parte el usurpador de México a quien en todo caso, competería otorgar una reparación; interpreto los sentimientos de la gran mayoría del pueblo mexicano que es tan celoso de sus derechos como respetuoso ante los derechos ajenos, y os invito a suspender los actos de hostilidad ya iniciados, ordenando a vuestras fuerzas la desocupación de los lugares que se encuentran en su poder, en el Puerto de Veracruz, y formular ante el Gobierno constitucionalista del Estado de Coahuila y Jefe del Ejército Constitucionalista, la demanda del Gobierno de los Estados Unidos, originada por sucesos acaecidos en el Puerto de Tampico, en la seguridad de que esa demanda será considerada con un espíritu de la más alta justicia y conciliación. El Gobernador Constitucionalista, V. Carranza". Esta nota del Primer Jefe, causó enorme sensación en los Estados Unidos.

Entre el pueblo mexicano que logró conocer el documento constitucionalista, fue entusiastamente aplaudida y respaldada la enérgica y digna actitud del Jefe de la Revolución, quien era el primero en protestar viril y patrióticamente por la ofensa infligida a la soberanía del país, señalando con magistral habilidad la posición de cada una de las partes afectadas por el grave conflicto.

CAPITULO IX

VIENTOS TEMPESTUOSOS CERCAN A MÉXICO

(EL INCIDENTE DEL "DOLPHIN")

En medida que transcurrían los días del mes de abril de 1914, la inquietud nacional se acrecentaba con relación a las eventuales determinaciones de los Estados Unidos sobre la situación de México, todo esto inmerso en un clima de alta tensión política internacional.

Ya desde el 10. de abril, el Departamento de Estado de los Estados Unidos, a través de sus órganos competentes, había girado instrucciones a sus consulados de la ciudad de México y de muchas otras del interior de la República, en el sentido de que se prepararan los norteamericanos residentes en México, para una próxima movilización que les garantizaría su seguridad personal y la de sus familias.

Así las cosas, los reporteros de los diarios de la ciudad de México, entrevistaron al Cónsul norteamericano, quien dio a conocer algunos rasgos de las instrucciones que había recibido de su país. Estas declaraciones, aunadas a las vertidas por algunos residentes norteamericanos, configuraron extensas notas periodísticas publicadas durante todo el mes de abril, en las que, sin lugar a dudas, se exponía ya abiertamente la inminencia de una intervención en México, representada por el desembarco de las fuerzas de la marina norteamericana, que en número muy considerable, se hallaban a bordo de las poderosas embarcaciones de guerra frente a los puertos de Tampico y Veracruz.

En tales condiciones de preocupación y manifiesta alteración nacionales, el Comodoro Manuel Azuela, sabedor de la gravedad que presentaba el panorama, insistía ante el Gobierno de Huerta, en la necesidad imperiosa de acrecentar la Flotilla del Golfo, de la cual se le había confiado el mando.

Concretamente el Comodoro, bien a través de Othón P. Blanco, Jefe del Departamento de Marina, o directamente

con Aureliano Blanquet, realizaba gestiones encaminadas a convencer a las autoridades federales de hacer navegar los cañoneros y transportes que se hallaban en el Pacífico hacia el Golfo vía Canal de Panamá, con la idea de incrementar en una forma total la Flotilla del Golfo, concentrando ahí, todas las unidades de superficie disponibles, con el propósito declarado de estar en condiciones, aunque muy modestas dada la superioridad de la flota norteamericana, de hacer frente a cualquier eventualidad.

Desde fines de marzo y durante todo el mes de abril, el Comodoro Azuela no cesa en sus gestiones, ya sea por la vía telegráfica mediante el envío constante de correspondencia y de manera personal en cuatro viajes que hizo de Veracruz a la ciudad de México durante las fechas que anteceden el 21 de abril.

Mientras tanto, los barcos extranjeros se desplazan libremente en aguas territoriales mexicanas o, bien, permanecen surtos frente a Tampico y Veracruz, exigiendo de dichos puertos todo lo inherente al abastecimiento, en cuanto a combustible, agua y provisiones de boca.

Para principios de abril, el Secretario de Marina de los Estados Unidos, Josephus Daniels, a través del Subsecretario Franklin Délano Roosevelt, ordena la salida de varios buques transporte y dos acorazados para incrementar la flota situada frente a Tampico, bajo el mando del Almirante Henry T. Mayo, quien desde fines de marzo, tenía arbolada su insignia en el acorazado "Connecticut", fondeado al frente de su Escuadra en la Barra de Tampico.

El señor H. Lind, quien había sido Gobernador del Estado de Minessota, estuvo en México con una supuesta comisión que le confió la Casa Blanca para recoger el sentir de los residentes norteamericanos sobre los perfiles reales de la situación, tanto en la Capital de la República, como en otras ciudades importantes del país.

Después de algunas semanas, el señor Lind, quien sostuvo algunas reuniones con grupos de residentes norteamericanos, aparentemente para consultarlos sobre el particular que ha quedado expuesto, regresó a los Estados

Unidos y según publicaciones aparecidas en el periódico New York Herald, Lind expresaba en su informe, la conveniencia de que los Estados Unidos intervinieran de manera armada en México, como la alternativa mejor para garantizar la vida y propiedades de los residentes norteamericanos aquí...

A la partida de Lind, se advirtió un regular éxodo de residentes norteamericanos hacia el puerto de Veracruz; al tren donde ellos viajaban se agregaron algunos más en Atlixco, Puebla, Córdoba y (Drizaba).

Al llegar al puerto de Veracruz, entre el 16 y el 18 de abril, fueron embarcados en tres navíos mercantes de la "Ward Line", que habían tomado sus lugares en aguas veracruzanas al lado de los buques de guerra norteamericanos.

Las recomendaciones difundidas por los Cónsules norteamericanos en territorio nacional, dirigidas a sus connacionales, llevaban el objetivo de indicarles, que en previsión de hechos graves que se avecinaban, era conveniente que abandonaran el país y que para ello estarían dispuestos frente a Veracruz, barcos apropiados y en número suficiente para alojarlos a bordo y haciéndoles ver, "que no cargasen con abultados equipajes, sino sólo lo indispensable para el cuidado de sus personas durante un plazo perentorio".

El 25 de enero, un periódico de la capital daba cuenta de una información que por primera vez llamaba la atención de la opinión pública sobre maniobras de buques de guerra norteamericanos en nuestras aguas.

La nota, bajo el rubro de "los marinos norteamericanos", decía: "La Secretaría de Guerra de los Estados Unidos dispuso que vinieran a aguas mexicanas tres mil reclutas y están próximos a llegar a Veracruz a bordo del acorazado "Orleáns" y otros barcos de transporte. Parece ser que tal disposición se debe a que la mayoría de los marinos norteamericanos que se hallan ahora frente al puerto, han cumplido el tiempo de servicio o están enfermos.

"Los reclutas que vienen los substituirán, debiendo regresar a su país los relevados en el mismo acorazado".

De hecho, en ese mes, se empieza a incrementar evidentemente el número de barcos frente a costas nacionales; el 10 de marzo los periódicos de México publican: "AUMENTO DE LOS MARINOS NORTEAMERICANOS EN VERACRUZ.- El Ministro de Guerra y Marina, Mr. Josephus Daniels -del gabinete de Mr. Woodrow Wilson- ha ordenado que el transporte "Prairie" salga de Panzacola, donde actualmente se encuentra con trescientos marinos que deberán venir a reforzar a los que se encuentran en buques surtos en Veracruz".

El 10 de marzo dejan sus bases en Estados Unidos los acorazados "Minnessota", "UTA" y el barco hospital "Solace" con órdenes de situarse en aguas mexicanas.

El señor John Lind, a quien ya hemos citado, informa a la prensa en México que abandona el país con destino a los Estados Unidos, para disfrutar de unas vacaciones, ya que su salud se encontraba un poco quebrantada. En ningún momento Lind otorga alguna declaración que pudiera ser contenedora de un señalamiento en cuanto a la tensa relación internacional.

El periódico La Tribuna, que ya antes había publicado que John Lind se embarcaría en Veracruz acompañado de sus dos hijos y la señora esposa del Almirante Fletcher, quien comandaba la flota norteamericana surta en aguas mexicanas, así como por una señorita integrante también de la familia Fletcher, publica el día 2 de abril: "El señor John Lind, emisario especial del Presidente Woodrow Wilson, que ha estado en México, saldrá a bordo del yate presidencial "Mayflower", de Veracruz, mañana, rumbo a Washington. Cuando llegue a ésta, procederá rumbo a French Lick Springs, Indiana, a pasar unos cuantos días en su hogar, antes de ir a St. Paul, Minnessota".

"El Presidente Wilson declaró que era enteramente necesario conceder unas vacaciones a su emisario especial, puesto que su salud no era del todo bien, y que este viaje había sido solicitado por Mr. Lind, más no porque haya sido llamado. También añadió que el mencionado viaje no

constituía un preliminar en ningún cambio de política americana respecto a México”.

A pesar de lo que asegura el Presidente Wilson, el hecho de que Mr. Lind haya solicitado unas vacaciones, fue tomado en algunos círculos oficiales, como altamente significativo.

A principios de abril el avance revolucionario se mostraba indómito en el Estado de Tamaulipas, por efecto de los refuerzos que ahí fueron concentrados por el General Álvaro Obregón, de modo que el amago que sobre Tampico ejercían las tropas de la Revolución, al mando de los Generales Pablo González y Jesús Agustín Castro, provoca la seria preocupación del General Federal Ignacio Morelos Zaragoza, que se hallaba acantonado en el puerto.

Por otro lado, frente a Tampico, el Almirante Fletcher recibe una comunicación radio-telegráfica donde se le informa que debe permanecer a la expectativa fondeado frente a Tampico, al mando de los barcos “Connecticut”, “Dolphin”, “Desmoinnes”, “Cyclops” y “Solace”.

El 8 de abril el Almirante Fletcher comunica a la base naval de Hampton Roads, que a bordo de sus barcos dispone de una fuerza de 1225 “chaquetas azules” y 1800 marinos, a los cuales, al atardecer, se les sumarán 325 hombres a bordo del “Prairie”.

Mientras tanto, frente a Veracruz, se hayan los acorazados “Florida” y “Utah”.

En el anochecer del día 8 de abril, ocurre un intercambio de señales luminosas frente al puerto de Tampico, que anuncian el arribo del acorazado “Minnesota”, el crucero ligero “Chester” y el carga minas “San Francisco”.

El día 9 de abril desembarcan en el muelle Iturbide de Tampico, ocho marinos norteamericanos a bordo de una lancha, que en las bandas ostentaba la palabra “Dolphin”, que la identificaba como perteneciente a ese buque; este desembarco de marinos extranjeros contravenía la disposición tomada por la Comandancia Militar de Tampico, que categóricamente prohibía que embarcaciones mayores o

menores de bandera mexicana o extranjera, se adentraran en el Río Panuco o tocaran los muelles tampiqueños.

El Coronel Federal Hinojosa, perteneciente a la guarnición de la plaza, recibe en su despacho a un pelotón de soldados federales que le presentan detenidos, a los ocho marinos de la dotación del "Dolphin".

El Coronel Hinojosa comunica el incidente al General Morelos Zaragoza, quien dispone que por la flagrante violación a una disposición militar expedida por la plaza de Tampico, queden detenidos los citados ocho marinos y ordena a Hinojosa levante el acta respectiva, en la cual quedó asentado que ellos pertenecían, como ya se ha dicho, a la dotación del "Dolphin" y que habían desembarcado cumpliendo la comisión del Capitán Ralph K. Earle de la tripulación del "Dolphin", relativa a conseguir un tambor de gasolina. Al frente de la reducida partida norteamericana, se encontraba Charles W. Copp, secundado por G. H. Siefert y J. P. Harrington.

Apenas se había terminado de redactar el acta aludida, cuando Hinojosa es llamado por el General Morelos Zaragoza, quien le dice: "ya olvídate del acta y pon a los gringos otra vez en su lancha para que se vayan".

La casi inmediata libertad que se les concede a los desembarcados, obedeció a las enérgicas protestas del Cónsul de los Estados Unidos en Tampico y del Almirante Heriry T. Mayo. Este último alegó violaciones y ofensas contempladas en el incidente descrito. Morelos Zaragoza logra comunicarse con las autoridades militares en la capital de la República, a la sazón comandadas por el General Aureliano Blanquet en su calidad de Secretario de Guerra y Marina, quien le ordena ofrezca excusas al Almirante Mayo y al Cónsul norteamericano, y de manera diplomática, les haga entender que la detención efímera de los ocho marinos se debió a una violación que ellos cometieron de las disposiciones expedidas por la guarnición de la plaza.

El documento redactado por Morelos Zaragoza y enviado a bordo de una lancha al acorazado "Connecticut", es contestado una hora más tarde, a través de un emisario del

Almirante Mayo, quien solicita a Morelos Zaragoza una satisfacción pública, por lo que, para el mando de la escuadra representaba un ofensivo atropello para miembros de la Armada de los Estados Unidos.

Morelos Zaragoza ofrece la publicación de las excusas contenidas en la carta, en los periódicos de Tampico, así como su envío a la prensa de la ciudad de México y a la prensa norteamericana.

El oficial enviado de Mayo, se reembarca con destino al "Connecticut" para regresar 45 minutos más tarde, acompañado de cuatro miembros más del Estado Mayor de Mayo.

De nuevo se reúnen en el despacho de la guarnición de Tampico y desatendiendo la invitación que para tomar asiento les formula Morelos Zaragoza, en tono áspero y cortante le manifiestan que la solicitud concreta, es una satisfacción pública representada por el izamiento de la bandera norteamericana en la plaza de Tampico, la que sena saludada con los 21 cañonazos de rigor por la batería del puerto, después de lo cual el Almirante Mayo estaría dispuesto a contestar la salva con los cañones del "Connecticut".

El Estado Mayor de Mayo fija un plazo de 24 horas para la resolución, tras lo cual abandonan los oficiales el despacho de la guarnición. Así las cosas, el plazo concluiría en las primeras horas del atardecer del día 10 de abril.

Cuando Morelos Zaragoza, acompañado por los también Generales Higinio Aguilar y A. García Luna, se dispone a comer, en un salón contiguo a su despacho de la guarnición, su ayudante el Capitán Primero Luis H. Rodríguez, le anuncia la presencia del Comandante W. A. Moffett.

Morelos Zaragoza se levanta de su sitio y haciendo a un lado el plato de sopa que tenía frente a sí, exclama: "qué quieren pues estos gringos... caray".

-Pásalo.

Ordena a su ayudante.

El Comandante Moffett, saludando militarmente al General Federal, le hace entrega de un sobre que ostenta el

escudo de la Armada Norteamericana y el nombre del Almirante Henry T. Mayo.

-Está bueno... ya voy a ver esto y comunicarlo a la Superioridad. El Comandante norteamericano manifiesta que sus órdenes son de esperar la contestación escrita, a lo que Morelos Zaragoza contesta:

-Dígale al Almirante que yo se la envío al rato... al fin estamos muy cerca.

Ya para esos momentos, los reiterados movimientos de oficiales norteamericanos cerca de la guarnición, así como las sucesivas entrevistas entre las autoridades militares federales y el Estado Mayor del Almirante Mayo, habían causado verdadero revuelo entre los pobladores de Tampico, que por cientos se habían congregado a las afueras de la guarnición y formaban corrillos en donde inquietamente se formulaban preguntas y se otorgaban respuestas de todo género y calibre.

La realidad era que Tampico enteró se había dado cuenta de la gravedad de la situación y de la inminencia de un desenlace que fehacientemente contemplaba el uso de la fuerza, por parte de la ya para entonces, impresionante Escuadra de guerra surta en aguas de Tampico.

Para el día 10 llegan a Tampico el crucero alemán "Dresden" y los cruceros franceses "Jeanne d' Arc", el "Conde" y el "Descartes". El mismo día arriban a Veracruz el crucero español "Carlos V" y el Cuarto Escuadrón Británico de cruceros que sumaban cuatro embarcaciones comandadas por el Almirante sir Christopher Cradock.

El sobre entregado a Morelos Zaragoza llevaba un contundente ultimátum a las autoridades federales mexicanas; ahí Mayo expresaba la ya declarada exigencia sobre el izamiento de la bandera norteamericana y la salva de 21 cañonazos y concedía algunas horas más de plazo para la aceptación de este reclamo, fijando el vencimiento para las 12:00 horas del día 12.

Para esas fechas los buques pertenecientes, a la no hacía mucho constituida Flotilla del Golfo, que comandaba el

Comodoro Manuel Azuela, se hallaban surtos frente a Tampico.

La respuesta de Victoriano Huerta a las formales propuestas del Comodoro, había sido retirarle virtualmente el mando de la Flotilla, mediante la estratagema de dejarlo a él en Veracruz y el mando de los buques confiarlo en comisión interina, al Comodoro Gabriel A. Carballo, quien los condujo de Veracruz a Tampico.

De esta manera la corbeta "Zaragoza" la comandaba el citado Comodoro Gabriel A. Carballo; el "Bravo" el Capitán de Navío Rafael Izaguirre; el "Veracruz" Agustín Guillen y el "Progreso" Leopoldo Fourzán.

Jack Sweetman, en su libro "The Landing at Veracruz: 1914", así como algunos otros autores norteamericanos y periodistas, en artículos publicados en periódicos del extranjero, exponen que el Almirante Mayo, Comandante de la Cuarta División de la Flota del Atlántico, presentó la exigencia ya mencionada y expidió el Ultimátum sin consultar al Departamento de Marina de los Estados Unidos, ni siquiera a su Comandante el Almirante Frank F. Fletcher, que en esos días se encontraba a bordo del acorazado "Florida" frente a Veracruz.

Sin embargo, resulta juicioso el explicarnos que la realidad estuvo representada por una eficaz intercomunicación entre Mayo, el Comandante General de la Flota en aguas mexicanas Frank F. Fletcher y el Secretario de Marina de los Estados Unidos, Josephus Daniels y éste en relación directa con el Departamento de Estado de su país, quien finalmente recibía la información ya procesada y dictaba las instrucciones que se deberían seguir, conforme al acuerdo de la Casa Blanca.

Esta aseveración la podemos formular, en base a que en esos momentos en la ciudad de Tampico, así como en sus alrededores, concretamente en el frente constitucionalista, operaba una muy bien vertebrada red de inteligencia, que a través de las tácticas del espionaje, informaba a las autoridades norteamericanas al detalle de la situación predominante.

Esto se constata al observar que los norteamericanos operaban en una de las riberas del Panuco, una estación inalámbrica de comunicación, que mantenía constante enlace con el barco insignia de la flota, a bordo del cual se hallaba el Almirante Mayo, y también por las frecuentes visitas que hacían a los buques extranjeros personal con ropa militar y con ropa civil, que se confundía entre la población de Tampico y llegaba a avanzar más allá de las líneas federales.

Ciertamente los informes rendidos al Almirante Mayo y transmitidos por éste, vía Fletcher, a la Secretaría de Marina y al Departamento de Estado de los Estados Unidos, daban cuenta de la actitud evidente del Ejército Federal acantonado en Tampico, que hacía presuponer que no opondría resistencia alguna, en caso de un desembarco masivo de tropas.

Y los mismos informes debieron contener los datos inherentes a la fuerza mayúscula, que cada día se acrecentaba en el frente constitucionalista al mando del General Pablo González, que a cada momento se ceñía poderosa y amenazante sobre la plaza de Tampico, ofreciendo claros indicios de una inminente operación que hiciera caer la plaza de Tampico entonces en poder de los federales y, fundamentalmente, los norteamericanos se enteraron de que el comando de las fuerzas constitucionalistas, manejaba como elemento de su estrategia, la inundación de la desembocadura del Panuco y costas aledañas, que se podría lograr con el contenido de los pozos petroleros ahí existentes y vaciando los enormes depósitos de aceite localizados en las márgenes del río.

Esto era manejado por los constitucionalistas, como una maniobra táctica para la toma de Tampico y el rechazo de cualquier posible desembarco de tropas norteamericanas, ya que en esos momentos, como a través de todo el tiempo que duró la lucha de las fuerzas constitucionalistas contra Victoriano Huerta, el Primer Jefe de la Revolución Don Venustiano Carranza, mantuvo la idea determinante de no permitir por ninguna circunstancia la intervención armada extranjera en nuestro territorio.

Carranza con su genio de estratega, con su dominio de las formas políticas y con sus altas cualidades de Estadista, mantenía el difícil equilibrio de sostener, por un lado la campaña guerrera contra la usurpación y, por el otro, sostener de manera nacionalmente representativa y legal, la comunicación de carácter oficial con el Gobierno de Woodrow Wilson.

En la disposición de estos factores, que como bolas de fuego podrían causar en cualquier instante el devastador incendio de México, el genio de Don Venustiano hizo posible, que el pueblo desoyera las invitaciones del huertismo para apoyarlo y que no cayera en el garlito de apoyar a Huerta, impresionado por el argumento de la necesidad de configurar una magna hermandad nacional para la defensa de nuestro territorio en peligro.

Es decir, Don Venustiano, magistral mente maneja los acontecimientos al mantener una actitud gallarda ante el Exterior, haciéndole ver al Gobierno de Washington, que la representación legal, mayoritaria e institucional del pueblo de México y de la Nación, radicaba en la Primera Jefatura del Ejército Constitucionalista ocupada por él, como Gobernador del Estado de Coahuila, autorizado por el Congreso de su Estado para marchar contra el usurpador, convirtiéndose así, el comando del ejército Constitucionalista en la continuación jurídicamente aceptable de la constitucionalidad y la legalidad nacionales, truncadas por el ascenso espurio a la Presidencia de la República de Victoriano Huerta.

De esta forma, Carranza liquida, en la cuna, las maquinaciones del huertismo, sumando en masa al pueblo de México a la causa Constitucionalista.

Volviendo a la situación de Tampico, podemos decir que en base a la información obtenida, se da el hecho de que a las 1;2:00 horas, del día 12 de abril, justo cuando vencía el Ultimátum de Mayo, los buques de guerra de la Cuarta División de la Flota del Atlántico, leven anclas y se enfilen rumbo al puerto de Veracruz.

Al advertir este hecho después del análisis de la situación predominante, análisis perfectamente manejado por los norteamericanos, claramente observamos que ellos cambiaron diametralmente su plan de invadir Tampico, sabedores de que ahí hubieran tenido que enfrentarse al fuego constitucionalista, lo que acarrearía serias dificultades de carácter militar y político y, en este último renglón, la consecuencia implícita de una desdichada impresión en la opinión pública internacional.

Con transparencia de cristal, se advierte el cambio en la decisión de los norteamericanos de sus proyectos de invadir el territorio mexicano, prefiriendo realizar sus intenciones en el puerto de Veracruz, lugar en el que, según los informes proporcionados al Almirante Frank F. Fletcher, la situación ahí era, a todas luces, totalmente opuesta a la de Tampico, ya que en Veracruz no había fuerzas constitucionalistas y la conocida actitud de sumisión de los huertistas, permitiría el pacífico desembarco de las tropas norteamericanas.

Esto lo podemos ver confirmado cuando el Almirante Fletcher ordena el desembarco, una vez que es informado y está cierto 'que el General Gustavo Mass, Comandante Militar de la plaza, ha replegado sus fuerzas, dejando el puerto abierto y a completa merced del invasor. Este panorama nos hace apreciar en toda la grandeza de su dimensión, el hecho de la defensa de la Escuela Naval Militar, realizado por el Comodoro Manuel Azueta, que trastoca el proyecto de invasión de los norteamericanos, al oponer resistencia armada a las fuerzas de desembarco, lo que obviamente provoca el desconcierto en los círculos de Washington y la aplastante y negativa impresión de la opinión pública internacional, por una intervención armada estadounidense realizada a sangre y fuego, mediante una sangrienta refriega, que incluye el cañoneo de un Establecimiento docente naval y el sacrificio de un Cadete niño, Virgilio Uribe, y de un adolescente, José Azueta.

El servicio de inteligencia norteamericano, con operación en Veracruz y conectado con el "Florida", no

previo... ¡La heroica y gallarda actitud del Comodoro mexicano, rodeado por los bravos y gloriosos Cadetes Navales!

El día 13 aparece frente a Veracruz, al lado del acorazado "Florida", que ostentaba la insignia del comandante de la flota, Almirante Fletcher, el "Connecticut" llevando a bordo al Almirante Mayo.

Como hemos expresado, los buques pertenecientes a la Cuarta División de la Flota del Atlántico, se hallaban concentrados en Tampico. En Veracruz, donde se encontraba Fletcher, estaban sólo el acorazado "Florida", el acorazado "Utah" y el cañonero "Prairie".

¡Pronto habría docenas de buques frente a Veracruz!

CAPITULO X

LA HEROICA DEFENSA

... LA PATRIA ESTA EN PELIGRO ¡¡A LAS ARMAS!!

Al arribar los buques de guerra provenientes de Tampico a Veracruz, los periódicos de los Estados Unidos y de muchos lugares publican un comunicado difundido por el Departamento de Estado de los Estados Unidos, en el cual el Presidente Woodrow Wilson (originario de Virginia y miembro del Partido Demócrata), manifestaba que "los Estados Unidos no tienen hostilidad contra el pueblo de México" y en tono categórico afirma que "en ninguna circunstancia concebible peharemos contra el pueblo mexicano; se trata exclusivamente de un asunto entre este Gobierno y una persona que se llama, a sí mismo, Presidente Provisional de México y cuyo derecho a llamarse así nunca hemos reconocido nosotros en ninguna forma".

El día 14 llegan a las aguas veracruzanas, dos divisiones de torpederos y 17 buques diversos entre tanques, transportes y hospitales. De ese día al 21 de abril, llegan al puerto de Veracruz varias docenas de unidades de superficie norteamericanas que suman, a la hora de la invasión, un total de 65 barcos teniendo a bordo casi 700 cañones y una fuerza de desembarco de casi 30,000 hombres.

Los días en Veracruz empiezan a cobrar un cierto acento de amargura. La natural y por tradición alegre y extrovertida vida porteña, sufre la alteración, provocada por los síntomas alarmantemente inquietantes que anunciaban, inequívocamente, el drama que llegó después. Algunos marinos norteamericanos desembarcan de los acorazados y transportes y pasean despreocupadamente por las calles del puerto; se reúnen en grupos de cinco o seis en las plazas, a la sombra de los antañones arbustos o bien, realizan pequeñas compras de chucherías y curiosidades en los puestos

aledaños a los muelles. Todos ellos son vistos con desconfianza; los ingenuos marinos, la mayoría jóvenes, pasean despreocupadamente por la ciudad sin dar cabida en su mente, seguramente, a pensamientos relativos a la grave situación que en el puerto, su presencia provocaba. Los hoteles del centro alquilan sus habitaciones a numerosas familias norteamericanas que llegan a bordo del Ferrocarril Mexicano.

Para el día 16, los españoles propietarios de algunos hoteles y establecimientos comerciales en el centro del puerto, disponen algunas medidas de protección para sus negocios, tajos como el retiro de las vitrinas y de la mercancía que se exhibía en los umbrales de las puertas y otros, de plano deciden no abrir ese día, manteniendo por completo cerrados sus comercios.

El día 16 arriban a Veracruz los siguientes barcos que incrementan la flota norteamericana frente al puerto; el "Texas", el "Montana", el "Dakota", el "Indianápolis", el "New York" y el "Rochester".

El día 18, a las 10 de la mañana, el Cónsul norteamericano visita todos los hoteles de la ciudad y concita a las familias extranjeras para marchar al muelle, donde abordan los vapores "Esperanza" y "México" propiedad de la compañía "Ward Une". A bordo del "Esperanza", recibe a las familias norteamericanas, el Teniente Fanck Jack Fletcher, sobrino del Almirante, quien tenía el mando de ese buque de pasajeros. Las dos embarcaciones, ancladas en la Bahía, tenían instrucciones de permanecer fondeadas como buques hoteles al servicio de los residentes norteamericanos. Para el medio día del 18, los habitantes de Veracruz se convencen de que el peligro es inminente ante la vista de la evacuación de familias norteamericanas. Ese es el último día en que los marinos norteamericanos visitan el puerto.

El día 19 se realiza en la Bahía una maniobra militar que acerca a la costa a los buques de guerra norteamericanos "Sacramento", "Virginia", "Notario" y "Vermont". Aproximadamente a una milla de distancia del acorazado

“Florida”, que se ostenta como buque insignia llevando a bordo a Fletcher, se sitúa el acorazado “Connecticut”.

El día 20 el sobresalto campea en Veracruz; no todos los comercios están abiertos y los restaurantes, así como las cafeterías de los portales, no merecen el abultado número de clientes acostumbrado.

A las 12.30 horas, el señor William W. Canadá, Cónsul de los Estados Unidos en Veracruz, se entrevista con el General Gustavo Mass, Comandante Militar de la plaza, a quien le informa que por instrucciones del Almirante Frank F. Fletcher, Comandante de la Flota, los Infantes de Marina van a realizar un desembarco al día siguiente durante la mañana con el objeto de ocupar la Aduana y los muelles adyacentes.

La respuesta del General Federal Mass es retirarse con sus fuerzas, a eso de las 14.30 horas del día 20, Antes de las 3 de la tarde, se terminan las maniobras de introducir en un conjunto de vagones, localizados en la terminal ferrocarrilera de la calle del 5 de Mayo, nueve piezas de artillería, varias ametralladoras, doscientas cajas de municiones y unas cincuenta que contienen fusiles. Asimismo, los federales embarcan en los vagones de redilas, algunas docenas de caballos y muías de arrastre.

A las 15.20 horas, el convoy abandona la terminal de Veracruz llevando a bordo a 600 hombres al mando de su Comandante el General Gustavo Mass. Sólo dejan al frente de la guarnición, un contingente inferior a los 200 hombres, con instrucciones de “hacer oídos sordos y vigilar el equipo en el cuartel”. Desde las 14.00 horas, el Almirante Fletcher había pasado revista a bordo del acorazado “Florida” a la oficialidad nombrada por él para comandar el contingente de desembarco.

El nombramiento de estos oficiales lo hizo Fletcher desde el día 13 de abril, es decir, paralelamente a la decisión norteamericana de cambiar los planes y realizar la invasión, no en Tampico, que ofrecía dificultades por la presencia de fuerzas constitucionalistas, sino en Veracruz. Como anotamos, esto lo deciden el día 12 de abril.

La oficialidad del contingente de desembarco, a la que revista Fletcher en el "Florida", es la siguiente: Teniente Coronel Wendell C. Neville, al mando del Primer Regimiento de Marina integrado por 578 hombres y 22 oficiales; Teniente Alien Buchanan, al mando del Primer Regimiento de Marineros con 570 hombres y 30 oficiales. En total 52 oficiales y 1148 hombres, componían el primer Cuerpo de desembarco que invadió Veracruz la mañana del día 21.

La actitud del General Federal Gustavo Mass, en nada guardó semejanza con la demostrada por los valientes y aguerridos Generales José Juan Landero y Juan Morales, quienes el 22 de marzo de 1847 defendieron con bravura el puerto de Veracruz, en la primera invasión norteamericana. Aquella vez, los Generales mexicanos al frente de sus tropas, durante cinco días pelearon contra el invasor, disparando en su contra 6267 balas de cañón y 2229 bombas y granadas y sólo entregaron la plaza, lo que ocurrió el 28 de marzo, cuando se habían agotado por completo las municiones y las vituallas.

A las 22.00 horas del día 20, el Primer Teniente Carlos Morales Díaz, de servicio en el Arsenal Nacional, envió un emisario al cuartel de artillería, mismo que informa al Teniente Coronel Albino Rodríguez Cerillo, quien se encontraba ahí al mando de 183 hombres, único destacamento que dejó en el puerto al salir precipitadamente el General Mass, acerca de las novedades del momento; se trataba de que dos lanchones equipados con motor de vapor y aproximadamente siete botes llevando a bordo marineros norteamericanos, partiendo de sus buques de guerra, habían atracado silenciosamente en el malecón de operaciones de cabotaje, localizado entre el muelle fiscal y el malecón de paseo.

El Primer Teniente Morales Díaz, se mantuvo a la expectativa el resto de la noche del día 20, en tanto los norteamericanos permanecían en el malecón, pero a bordo de sus embarcaciones; ninguno desembarcó. En uno de los lanchones, según pudo comprobar el Primer Teniente

Morales Díaz, llevaban un cargamento, presumiblemente de municiones y armas.

La comunicación que el Primer Teniente envió al cuartel de artillería, más que por obligaciones militares, obedecía á un manifiesto sentido de solidaridad entre quienes, sabiéndose desamparados por la fuerza federarse mantuvieron en el puerto aferrados a su decisión de luchar y defender la Plaza a toda costa ante la evidencia de la invasión.

Para las once de la noche, el Comodoro Manuel Azuela, que se hallaba en su casa de la calle de Benito Juárez No. 2, estaba ya enterado del ataque de los lanchones y los botes en el malecón. El Comodoro se hallaba reunido con algunos amigos, entre los cuales figuraba el Teniente Coronel retirado Don Manuel Contreras, quien desde algún tiempo atrás había organizado un contingente de voluntarios armados con la determinante idea de presentar resistencia, en caso de un desembarco de tropas norteamericanas. También estaban presentes algunos compañeros del propio Teniente Coronel, así como vecinos y amigos personales del Comodoro. La plática en esos momentos se cernía sobre el angustioso tema del desembarco norteamericano.

Estaban ya confirmadas sus sospechas de que la invasión se iniciaría al día siguiente, la que tomaría al Comodoro, sin el mando de hombres ni de barcos... ¡Pero... estaban los Cadetes!

La población de Veracruz, que ya había observado la maniobra de embarque de los residentes norteamericanos, alojados en diversos, hoteles, entre los días 18 y 19, despiertan la mañana del 21 alterados y ansiosos de conocer el curso de los acontecimientos. Desde las 7.00 horas, infinidad de veracruzanos acuden a sus respectivos lugares de actividad en espera de novedades. En esas horas ocurre el fenómeno de una estrecha comunicación popular, producida por un marcado sentimiento de solidaridad fraternal.

Así los habitantes porteños, de forma expedita, hacen circular por toda la ciudad informaciones relativas a lo que

sucede en la Bahía; algunos centenares se agolpan frente al mar y desde ahí, observan con detenimiento a los buques norteamericanos. A las 8.15 el Teniente Coronel retirado Manuel Contreras, quien desde los inicios de abril había dado cuerpo a un conjunto de voluntarios doméesticamente armados, en previsión de actuaren cualquier eventualidad, reúne a sus hombres -poco más de 50- en un lugar cercano al muelle "Porfirio Díaz"; forma a los voluntarios bajo su mando y marcial-mente les pasa revista, al tiempo que les expresa que, a su parecer, las cosas "se iban poniendo feas".

A las 8.30, uno de sus compañeros llama la atención del viejo militar sobre la salida de una lancha del "Utah", llevando a tres hombres a bordo.

Manuel Contreras aplica su vista a unos viejos "gemelos" para acercar las escenas y puede contemplar que la lancha conduce a los hombres al acorazado "Florida". Enfoca sus "gemelos" sobre el "Prairie" y asombrado, lanza exclamaciones violentas a los hombres que lo rodean, plenos de curiosidad y ansiedad. Sobre la cubierta del buque puede ver, apenas perceptible, a un contingente, formado por la banda de estribor a popa, y asimismo, advierte movimientos de revista. Explora con su vista el resto de los buques y detecta parecidas escenas a la mostrada en el "Prairie".

-Se están preparando para el desembarco, no hay duda... llegó la hora. Los marinos están armados y veo con claridad que los movimientos son para instruir a los hombres, revistarlos y darles las últimas instrucciones sobre el desembarco-.

-Vamonos a avisar a todos los demás-... ¡nos van a invadir!

En una rápida acción instruye a sus voluntarios para que se diseminen por la ciudad y den el alerta. Así, unos avisan a los comerciantes y a los grupos reunidos en la plaza; otros parten al Arsenal, al cuartel de la Guarnición, a los bancos, a las escuelas.

En el cuartel, con menos de 200 hombres -únicos que dejó el día anterior, el general Mass, que abandonó el puerto- el Coronel Albino Rodríguez Cerrillo, dispone de inmediato la

formación de sus hombres y los alecciona sobre la pelea, encaminada a ofrecer resistencia al invasor. Unos pocos hombres, y algunos oficiales pertenecientes al 23 de infantería, son comandados por el alférez Irineo Alacio Pérez, quien reparte los fusiles y aprovisiona a los hombres de municiones.

A las 10.00 horas, los comerciantes cierran las puertas de sus negocios; lo mismo ocurre con las sucursales bancarias, las casas de consignación y de comisión, las empresas navieras y los restaurantes. En las escuelas se dan por terminadas las clases y los Directores hacen sonar las campanas de sus planteles para llamar a los padres de familia a efecto de que retiren a sus pequeños hijos.

En rápidas acciones se paraliza la actividad en el puerto. Los españoles propietarios de algunos hoteles del centro de la ciudad, muchos de ellos pertenecientes al Cuerpo de Voluntarios, comandado por el Teniente Coronel, Manuel Contreras, empiezan a subir bolsas de papel y cajas de zapatos conteniendo cartuchos, así como sus armas, pistolas, fusiles y escopetas, a las azoteas de sus establecimientos, particularmente en el hotel Diligencias. Los españoles ya para las 10.30 horas, disponían de todo el apoyo logístico, preparado por ellos mismos, para mantenerse ahí y hacer fuego contra el invasor, durante todo el día si fuera necesario, ya que habían concentrado municiones y suficientes provisiones de boca. La puerta que conducía de la escalera a la azotea en el Diligencias, fue "condenada" con tabloncillos clavados y el apoyo de un contrafuerte de gruesas vigas, que descansaba sobre una gran pila de ladrillos y piedras.

A las 10.20 horas, el vigía del Castillo de San Juan de Ulúa, distingue en el horizonte el carguero de bandera y tripulación alemana "Ipiranga", que trata de entrar en la Bahía con intenciones de alcanzar los muelles. Este buque traía un gran cargamento de pertrechos militares adquiridos por el Gobierno de Victoriano Huerta en Europa. Los norteamericanos, por instrucciones del Presidente Woodrow Wilson, sabían que había que impedirse cualquier entrega de

armas y municiones a los huertistas y, de esta manera, la Escuadra americana impide la entrada del "Ipiranga".

El Capitán del "Ipiranga", al darse cuenta de la presencia de la poderosa Escuadra norteamericana, decide mantenerse fuera de la Bahía, guardando así, la debida precaución en defensa de sus intereses. Fue aproximadamente a las 12.30 horas cuando el "Utah" se acercó al "Ipiranga" y le informó a su Capitán de nombre Bonath, que no se le permitiría la entrada al puerto. El Capitán del carguero contesta al norteamericano que es de su preferencia permanecer fuera de la bahía y que desea no mezclarse en nada en los acontecimientos que se empiezan a desarrollar.

Este barco abandona aguas veracruzanas hasta el día 3 de mayo, en que fingiendo dirigirse de retorno a Alemania, pone proa a Puerto México, donde finalmente deja su cargamento, que ya no puede ser útil en nada a Victoriano Huerta y que es capturado por los constitucionalistas.

Esa mañana, a las 8.00 horas, el Comandante de la flota norteamericana Frank F. Fletcher, recibe el mensaje radiotelegráfico firmado por Josephus Daniels, Secretario de Marina de los Estados Unidos, quien le ordena ejecute el desembarco esa misma mañana y se apodere de la Aduana y de los muelles de Veracruz.

A las 11.20 horas, desembarcan los primeros invasores que pertenecen a los buques "Florida", "Utah" y al "Prairie".

Los norteamericanos descienden de 18 lanchones, algunos de los cuales están equipados con motor de vapor; el resto navega a remolque. El primer cuerpo de desembarco está integrado por 787 hombres entre oficiales y tropa, divididos en 502 marinos y, el resto, personal terrestre del Ejército. Empiezan a tomar posiciones en los muelles Porfirio Díaz, en la Compañía Terminal y en el Muelle Fiscal.

En esos momentos desaparecen del panorama todas las docenas de curiosos. Tras algunos movimientos de organización, un contingente de hombres del acorazado "Florida" se desprende del grueso de la tropa y enfila rumbo

al edificio de Correos y Telégrafos, del que toma posesión sin hallar ninguna resistencia y mediante el empleo de las hachas, derriban la puerta principal del inmueble, instalando un servicio de vigilancia en su interior y en derredor de él; en el pórtico hacen guardia aproximadamente cincuenta hombres, equipados con dos ametralladoras de tripié. Otro grupo de hombres, en número aproximado de 150, avanza portando sus fusiles hacia el centro de la población, marchando por la calle de Montesinos.

El Teniente Coronel Wendell C. Neville, Comandante del Primer Regimiento de Marina, divide a sus hombres en partidas de cincuenta cada una, al mando de tres oficiales y los instruye para guardar colocación formando ángulo en las boca calles de Morelos y Benito Juárez; Morelos y Emparan, Morelos y Pastora, Montesinos e Independencia, Montesinos y Cortés, Montesinos y Bravo y Montesinos e Hidalgo.

En tanto, el Comodoro Manuel Azuela ha salido de su casa, vestido de civil y acompañado por su asistente, único hombre bajo su mando en esos momentos, que llevaba en un bulto, el uniforme, la espada y el revólver de su jefe. Caminando por las calles del puerto, donde se cruzaban, a paso veloz muchos de sus pobladores, entre ellos padres de familia llevando a sus pequeños hijos con la ansiedad de ponerlos a salvo ante el desastre que empezaba a presentarse, logra alcanzar el edificio de la Comandancia Militar de la Plaza, con el objeto de solicitar armas y municiones y un transporte donde llevarlas al recinto de la Escuela Naval Militar.

El Coronel Albino Rodríguez Cerrillo, le manifiesta que ni las municiones ni las armas son muy abundantes y que por otro lado, no tiene transporte alguno que pueda facilitarle. Después de esto, el Comodoro se despoja de la ropa civil para vestir el uniforme de la Armada. Desenvaina la espada y a grandes zancadas, guardando un paso gallardo y firme, se dirige al edificio de la Escuela Naval Militar. En ese entonces, la Escuela no tenía frente a sí ninguna edificación que obstaculizara la vista de la Bahía, de modo que era perfectamente distinguible desde la costa.

Por este despoblado marcha Azuela, contemplando la hilera de lanchones cargados de norteamericanos. Al llegar ante el zaguán del Establecimiento, el Cadete que hacía guardia en ese momento, de nombre Eduardo Colina, empuñando su mosquetón exclama: ¡Cabo de Guardia! Enseguida se presentan Tres Cadetes que tenían a su cargo la guardia de la Escuela, se cuadran militarmente ante el Comodoro y flanqueándolo se dirigen hacia el palio central de la Escuela. La llegada del Comodoro guarda paralelismo con el arribo de los primeros lanchones a los muelles. Los Tres Cadetes de la guardia que reciben al Comodoro, son el Cabo Luis Pérez y los alumnos Alfredo C. Aguilera y Raúl Aguirre.

En el cubo del zaguán se le hace presente el Director de la escuela, Capitán de Fragata Rafael Carrión, acompañado del Capitán de Navío Aurelio Aguilar y del Teniente Mayor Modesto Sáenz.

Carrión: A sus órdenes mi Comodoro, usted sabrá qué ordenarnos. No tenemos ninguna instrucción por parte de la Comandancia Militar que, como usted sabe, está prácticamente abandonada, ya que mi General Mass se retiró con sus tropas ayer por la tarde. Tampoco he recibido ninguna comunicación por parte del Centro, de modo que es usted mi Comodoro, quien tiene el mando... ordéneme usted señor.

Azueta: ¿Cómo andamos de armas?

Carrión: De mosquetones más o menos mi Comodoro, De artillería no tenemos nada y en cuanto a municiones, sólo lo que queda de la dotación del mes para el entrenamiento, que será aproximadamente unos 15 cartuchos por hombre. No más de 3 ó 4 paradas. Azuela: (Dirigiéndose al Capitán de Navío Aurelio Aguilar y el Cabo Mario Riberón) Usted Capitán, aquí que lo acompañe el Cabo y otros dos Cadetes, encárguese de ver la forma de traer a la Escuela armas y parque de la Comandancia Militar. Ya estuve por ahí y Rodríguez Cerrillo está dispuesto a entregar lo necesario.

Carrión: ¿Qué entonces damos la pelea mi Comodoro?

Azueta: Yo no sé cuál sea el deber de los demás o cómo entienda la dignidad militar ahora que se nos viene encima una nueva invasión. Nuestro deber, creo que está muy claro; vamos a defender nuestra Escuela aunque aquí queden todos. No hay de otra. Enseguida el Comodoro dispone, instruyendo al Director de la Escuela, que se forme en el palio central, al Cuerpo de Cadetes. Instantes después, con la espada en la diestra, camina gallardo sobre las viejas baldosas de la anchurosa explanada y situándose frente al contingente de alumnos, que en total suman 89 jóvenes, les dirige en voz fuerte y convencida, una vigorosa arenga que no dura más que un par de minutos y que termina con estas palabras que sintetizan, con acendrado patriotismo, un llamado de hombre a hombres:

¡La Patria está en peligro... a las armas!

Los jóvenes Cadetes, emocionados hasta la medula de sus espíritus por las palabras del Comodoro, levantan sus gorras y en además rabiosamente juvenil, lleno de júbilo y decisión¹, imantados por la recia personalidad del admirado jefe, levantan las gorras que hacen ondear en el aire y gritan con todos sus pulmones ¡Viva México! ¡Viva el Comodoro Manuel Azueta! ¡Viva la Patria! ¡Viva México! ¡Viva México! ¡Viva México! Un joven, casi niño, que apenas había cumplido los 17 años, en su euforia, se desprende de su gorra que va a caer a los pies del Comodoro. Su nombre era Virgilio Uribe. ¡Fue el primero en caer ante las balas ¡invasoras, con el cráneo destrozado por una bala expansiva!

Mientras esto ocurría, en la esquina de Morelos y Emparan, el Teniente Coronel retirado Manuel Contreras, al frente de treinta de sus voluntarios, espera, pecho a tierra, la aparición de los norteamericanos; en cuanto aparecen hacen una cerrada descarga sobre la fuerza enemiga. En ese momento los invasores abrían el fuego cubriendo con sus disparos de fusilería toda la amplia trayectoria de las calles fronterizas a los muelles, al edificio de Correos y Telégrafos y al Muelle Fiscal. En la contra esquina del edificio de Correos y Telégrafos, las bocas de dos ametralladoras empiezan a escupir sus proyectiles con rumbo a la esquina de

Independencia y Emparan, donde los voluntarios mantienen férrea resistencia.

Los pocos hombres al mando del Teniente Coronel Albino Rodríguez Cerrillo, pertenecientes al desarticulado 23 Batallón, se forman en línea de tiradores abarcando varias cuadras de las calles de Landero y Coss y otras transversales como Juárez, Lerdo y Zamora.

De esta forma sorprenden a 70 hombres del primer regimiento de Marineros, que avanzan despreocupadamente bajo el mando de tres oficiales. Después de las primeras descargas por parte de los mexicanos, los invasores empiezan a retroceder y experimentan terrible confusión, optando por guarecerse dentro de los edificios, para lo cual a tiro de fusil y culatazos, derriban algunas puertas para introducirse en casas particulares y comercios, con la intención de quedar a salvo de los disparos mexicanos.

Al contemplar estas operaciones, el Teniente Alien Buchanan ordena la marcha a paso veloz, de cien marinos al mando de cinco oficiales para reforzar a sus hombres, que estaban siendo víctimas de las descargas, tanto de los voluntarios de Manuel Contreras, como de las líneas de tiradores del 23 Batallón. El contingente se ve diezmado por el fuego, que desde las alturas de los hoteles Diligencias e Imperial y la torre de la iglesia, les dirigen los voluntarios de Manuel Contreras y los españoles ahí situados. Al ver caer a sus compañeros, este contingente se desorganiza, siguiendo unos, paso acelerado rumbo a las calles de Landero y Coss y otros se parapetan en los postes de luz y en los quicios de las puertas, contestando al fuego mexicano. Finalmente alcanzan la esquina de Landero y Coss y Arista, encontrándose con la sorpresa de que los disparos arreciaban contra ellos.

En ese lugar, entre otros, recibe a los invasores el gendarme municipal Aurelio Monforte, quien después de accionar su viejo fusil en repetidas ocasiones, haciendo varios blancos, cae finalmente acribillado para morir instantáneamente. En la esquina de Lerdo y Morelos, en las afueras de la cantina La Flor de Lis, Cristóbal Martínez

Pérez, Gilberto Gómez, Antonio Fuentes, el maestro carpintero Andrés Montes Cruz y el Teniente Benjamín Gutiérrez Rodríguez, enfrentan al enemigo con furia verdaderamente espectacular, logrando el apresurado repliegue de los norteamericanos.

En la Escuela Naval se abrió el fuego a las 12.10 horas. Para proteger la entrada del zaguán, los Cadetes Armando C. López, Eduardo Salazar, Guillermo Oropeza, José Ahuja y Eustolio Delgado, levantaron una barricada de unos dos metros de altura, empleando para ello costales de arena, ladrillos y algunas vigas. En la primera planta, el Comodoro había dispuesto la división de los Cadetes en grupos de 15 hombres, que en conjunto integraban dos contingentes con comisión en las dos alas del edificio. El primer contingente lo comandaba directamente el Comodoro, teniendo como segundo al Capitán de Navío Aurelio Aguilar; el segundo contingente estaba a cargo del Capitán de Fragata Rafael Carrión, teniendo como segundo al Teniente Mayor Modesto Sáenz.

En línea de tiradores, los diferentes grupos se parapetaron principalmente a lo largo de los balcones que existen en la fachada principal, ocupando la sala de banderas, las oficinas de la dirección y los comedores. En el lado opuesto ocupaban los dormitorios alrededor de treinta alumnos. Las anchurosas puertas y ventanas, que dan hacia los balcones, fueron abiertas de par en par y los parapetos constituidos por las cómodas, escritorios, pupitres, catres y colchones.

Se dispuso que los oficiales Ángel del Corzo, Juan D. Bonilla, David Coello, Arturo Lapham, Antonio Gómez Maqueo y Manuel Espinosa, comandaran de manera directa las seis secciones integradas con el cuerpo de Cadetes, que daban un total de cerca de 90 hombres. El Comodoro dispuso que el Primer Maquinista de segunda Ramón Maqueo y los Escribientes de primera "Leopoldo H. Gil y Alacio Pérez, así como el Contramaestre Joaquín Bauza, el Cabo de Primera Felipe Sánchez, el Marinero Corneta Porfirio González y el Marinero Tambor Manuel Ramírez, ayudados por los

dispenseros, el personal de la cocina y los criados, operaran como apoyo de las secciones sirviendo los fusiles y trasladando municiones.

En la Escuela, como informó Carrión al Comodoro, el parque era muy reducido. El inicio de la defensa se realizó empleando las municiones que se encontraban en el polvorín de la Escuela, las que apenas alcanzaron para surtir de dos a tres paradas por Cadete. Una parada equivalía a cinco cartuchos. A las 12.30 horas, salieron de la Escuela los Marineros José Romo, Leonardo Sánchez y Luis Landa, con instrucciones de dirigirse inmediatamente y a paso veloz, al cuartel de artillería del puerto, a efecto de trasladar al plantel las municiones y las armas gestionadas anteriormente por Azueta.

Al llegar los valientes Marineros al cuartel de artillería, sorteando el fuego enemigo que estaba generalizado por todas las calles adyacentes a la Batería fija, se encuentran con la situación que ya antes había desesperado al Comodoro, de que no había transporte para trasladar las municiones. Estando los Marineros en el cuartel, pasó casualmente por uno de sus costados, el señor Teófilo Ortega, a bordo de una carreta jalada por dos mulas. Ortega conducía su carromato azotando cuanto podía las muías, para que aceleraran el paso, ya que virtualmente se encontraba bajo una lluvia de balas. El Marinero Luis Landa salió apresuradamente del cuartel y en un acto de valor, verdaderamente temerario, dio alcance a la carreta, la que abordó en plena marcha. Explicó la situación al señor Teófilo Ortega, haciéndole ver la gravedad del asunto de que la defensa de la Escuela Naval, en esos momentos, dependía del suministro del parque. El patriota Teófilo Ortega, no titubeó ni un sólo momento y rodeando el cuartel, situó su carreta frente a la puerta del costado sur; en una rápida maniobra se cargaron 25 cajas de cartuchos y 32 fusiles.

Así las cosas, los tres Marineros y el dueño de la carreta, desafiando el fuego norteamericano, avanzaron lo más rápido que pudieron hasta ganar la Escuela Naval. Las municiones casi se habían extinguido en el Plantel, cuando

por el frente de la Escuela, pasando la fábrica de hielo, apareció la carreta a todo galope. Teófilo Ortega la detuvo exactamente frente a la puerta principal del establecimiento y enseguida se inició la maniobra de descargar las cajas e introducirlas por una de las ventanas cercanas al portón, ya que éste no podía abrirse por estar protegido por una barricada. En plena banqueta los Cadetes Juan Sánchez Terán, Francisco Vázquez Reyna, Manuel de la Sierra y José Ríos, rodilla en tierra hacen disparar sus fusiles, cubriendo así las maniobras de descarga de la carreta.

Ya adentro las cajas y ante la prisa extrema de disponer de cartuchos, el Teniente Mayor Juan D. Bonilla ordenó que éstas se estrellaran contra las baldosas del patio, lanzándolas desde la primera planta, a efecto de acortar el tiempo y evitarse la tardanza de desclavarlas una a una. En el patio, el Primer Teniente David Coello y Juan de Dios Bonilla, encargado de la oficina del Detall, disponen el reparto de las municiones.

El Teniente José Azueta, casi al empezar la defensa de la Escuela, se presenta ante su padre el Comodoro y saludándolo militarmente, le informa de la orden recibida por él, de abandonar la plaza y reconcentrarse en la cercana estación ferrocarrilera de Los Cocos, situada en las goteras de Veracruz.

-Desde ayer todos se fueron, no quedamos más que unos cuantos y las órdenes son abandonar la plaza-

El Comodoro contesta: "ve a cumplir con tu deber, que yo quedo aquí a cumplir con el mío".

El Teniente José Azueta, hasta hacía muy pocos meses, había pertenecido a la Escuela Naval Militar y pidiendo su baja había obtenido el empleo de Teniente de Artillería adscrito a la Batería fija del puerto.

José Azueta al escuchar la voz de su padre, no vaciló en tomar su propia decisión: bajo el fuego enemigo se dirigió a la Batería fija y acompañado por cuatro soldados, extrajo un cañón de campaña con el cual apareció poco después en el jardín Hernández y Hernández, siendo visible desde las ventanas del dormitorio de la Escuela. Cuando intentaba

emplazar la pieza hacia el nido de ametralladoras de los norteamericanos, localizado en la esquina norte de la Aduana Marítima, apareció un superior de José Azueta, quien lo amonestó crudamente y ordenó a los soldados retiraran la pieza y la regresaran al cuartel.

José Azueta se esfumó por espacio de media hora, después de haber realizado esta acción. Acto seguido regresó a la Batería fija y con la ayuda de su Ordenanza y un Cabo de Infantería, tomó la flamante ametralladora a la que había bautizado como "mi flaca" y para impedir que se le detuviera, salió con ella a cuestas por la ventana de la oficina de inspección, en la parte posterior del edificio. Avanzando con rapidez regresó a la cercanía de la Escuela y se situó precisamente en la esquina que forman las calles de Esteban Morales y Landero y Coss, parapetándose en un poste de luz eléctrica. Ayudado por los dos hombres que servían la ametralladora, abrió fuego contra los norteamericanos.

Los oficiales que comandaban las fuerzas de desembarco, al advertir que aumentaban las hostilidades por parte de los defensores de la Escuela Naval, ordenaron la marcha de dos columnas formadas por 700 hombres cada una, con instrucciones de tomar la Escuela Naval. El fuego sostenido en la parte baja y en la primera planta del edificio, así como las ráfagas de la ametralladora de José Azueta, hacen que 1400 hombres de las fuerzas armadas de línea norteamericana, se replieguen provocándose entre ellos una franca desbandada. Las bajas registradas entre las dos columnas enemigas, por la acción del fuego que se les dirigía desde la Escuela, fueron muy considerables.

Enardecido el Teniente Azueta por la gloriosa victoria representada por el hecho de lograr la retirada de dos poderosas columnas que sumaban 1400 norteamericanos, se descubre, emplazando la ametralladora a media calle, en tanto que gritaba enfurecido a sus compañeros de lucha: ¡más rápido! ¡más rápido! ¡Quiero más balas! ¡más balas!

A los pocos minutos cayó a su lado mortalmente herido, el Cabo de Infantería. En ese momento el crucero "Montana" empezó a abrir fuego con sus poderosos cañones

sobre la Escuela Naval. Los impactos de la artillería naval americana que alcanzaban la Escuela, abrían grandes boquetes en las paredes, provocando un estruendo ensordecedor.

El Teniente Mayor Modesto Sáenz, es llamado por los Cadetes para que éste observe el movimiento temerario de José Azuela, que se hallaba a la mitad de la calle disparando su ametralladora. Sáenz lo hace saber al Comodoro, quien se dirige a uno de los balcones que daban al jardín Hernández y Hernández y contempla a su hijo a la mitad de la boca calle; simplemente expresa:

-A ése le van a tronar los huesos.

Y dando voces para arreciar el fuego, regresa a su puesto y empuñando de nuevo el fusil, sigue disparando desde las oficinas de la Dirección.

Al fuego del "Montana" se suman los cañones del "Prairie", cuyas granadas sin embargo, al causar enormes daños al edificio, en el que se desploman parte de los techos y cae el corredor posterior, respeta a sus heroicos defensores. Los salones de prevención, el Detall, la clase de navegación, el salón de actos y las habitaciones del Director, quedan completamente destruidos con aberturas en las paredes de dos a tres metros.

Los invasores, avanzando desde el muelle fiscal, se atrincheran en las obras en construcción del mercado próximo a la Escuela y desde ahí hacen fuego con dos ametralladoras y fusiles "Rexer".

Aproximadamente a las 13.00horas, una bala "Dumdum" expansiva, entonces prohibida en todos los tratados y convenciones de guerra, hace blanco y estalla en la parte izquierda de la cabeza de Virgilio Uribe. El impacto que se muestra en la frente, hace rodar al niño héroe, quien cae pesadamente sobre la duela de la oficina del Director. Junto a él Carlos A. Menéndez, Rodolfo Gutiérrez y Enrique Montalvo.

Enseguida aparece el Comodoro, quien dispara desde el balcón contiguo y tomándolo en brazos, lo traslada al dormitorio de la Segunda Brigada, donde lo deposita en la

cama marcada con el número 98, que pertenecía al alumno Enrique Hurtado de Mendoza.

Ahí se le suministran algunos primeros auxilios y poco después, extrañamente aún con vida, es recogido por unos ambulantes de la Cruz Roja y de la Cruz Blanca, quienes en una camilla lo llevan fuera del Plantel, encaminándose por la calle de Esteban Morales.

El Comodoro retornó a su sitio y empuñando otra vez el fusil mantuvo el fuego contra los invasores, teniendo el chaquetón tinto con la sangre del héroe niño Virgilio Uribe. El Capitán Carrión, a las cinco de la tarde, informa al Comodoro: "El alumno Virgilio Uribe, herido en la parte superior del cráneo, por una bala expansiva, ha recibido la primera curación acostado en "la cama 98 del Dormitorio, por parte del Practicante de Segunda Luis Moya". Aprovechando una corta pausa en las hostilidades, se sacó de la Escuela al alumno Uribe, de lo que se encargaron unos miembros de la Cruz Roja".

Esa misma noche, en la estación de Los Cocos, el Comodoro y los Cadetes se enteraban, con tristeza, de que Virgilio Uribe había muerto en la casa del Teniente Coronel Médico Militar Marcelino D. Mendoza, y de que su cuerpo había sido llevado al hospital de San Sebastián, preparándose su sepultura para el día siguiente.

Ya completamente descubierto, el Teniente de Artillería José Azuela, continúa lanzando ráfagas de ametralladora en la boca calle de Landero y Coss y Esteban Morales. El único hombre que queda a su lado con las rodillas en tierra, sirve con toda la rapidez que es posible la ametralladora que no cesa de disparar. Al lado de ellos yace el cuerpo del Cabo de Infantería tendido boca arriba y con los ojos desmesuradamente abiertos.

Del nido de ametralladoras americano, situado en las cercanías de la Aduana, proviene el fuego directo de modernos rifles de alto poder, concentrado directamente a la boca calle donde se encuentra Azuela y su bravo compañero. De pronto una bala lo alcanza a la mitad del muslo izquierdo y tocando el fémur le atraviesa la pierna entera. El Teniente

se contrae por el dolor, pero sigue disparando; quienes lo vieron en esos instantes aseguran que ametralladora y hombre parecían formar un sólo cuerpo.

Aferrado a la pieza, continúa enardecido, en medio de la densa nubecilla de pólvora provocada por las detonaciones. Sigue gritando a su valeroso compañero: ¡apúrale, apúrale! ¡más balas! ¡más balas! Dos proyectiles atraviesan el pecho de su acompañante, quien sin emitir palabra alguna cae a tierra con los brazos en cruz.

Desde un balcón de la Escuela, dos Cadetes le gritan: ¡Cúbrete Pepe le van a matar! ¡Retírate José, retírate! Una segunda bala, ésta expansiva, le toca en la rodilla derecha destrozándole la rótula. El heroico Teniente, no obstante continúa ocupando el asiento de su ametralladora y redoblando su voluntad, hace acopio de insospechada fuerza física y... sigue disparando.

Finalmente otra "Dumdum" lo alcanza en el codo derecho y casi le desprende el antebrazo. Un movimiento convulsivo, hace que Azueta abrace la ametralladora y en unión estrecha con el acero de la pieza, rueda por tierra al lado de los dos cadáveres, de sus también valerosos compañeros de lucha.

Bajo el fuego invasor rescatan al héroe José Azuela, tendido en un charco de sangre, el Teniente de Artillería Alfredo Cañete, el Profesor de Esgrima de la Escuela Naval, Wilebaldo Zavala y Ernesto A. Barrañón. La operación la cubre disparando su fusil, el Cadete Ricardo Ochoa, quien hirido de pecho a tierra, se cubre con los cadáveres de los valientes compañeros de Azueta.

Ya rescatado el Artillero José Azuela, los Cadetes Mario Rodríguez Malpica y Diego Martínez Corona, cubiertos todavía por Ricardo Ochoa, intentan recoger la ametralladora y una caja de parque que ahí quedó; sin embargo, a unos doscientos metros, los norteamericanos guarecidos en una improvisada barricada, empiezan a accionar dos ametralladoras impidiendo del todo el rescate de la pieza de Azuela. Los tres Cadetes retornan al interior de la Escuela Naval incorporándose a la lucha.

Entre los Cadetes que se encuentran en la parte baja del edificio resguardando el acceso principal, Juan Sánchez Terán y el Segundo Teniente Gómez Maqueo, llenan sus cartucheras y aprovechando el parque que les fue dado, aproximadamente veinte paradas, cuando un estridente zumbido taladra sus oídos y termina con el estallido de una granada arrojada por el "Montana", que derrumba buena parte del muro de la fachada principal de la Escuela. La nube de polvo les impide la visibilidad, Gómez Maqueo grita: ¿dónde andas Juan... Juan? ¿Te dieron Juan? En eso el Cadete Juan Sánchez Terán le contesta y surge de entre una pila de escombros con el uniforme hecho jirones. Una numerosa partida de norteamericanos avanza por el área del mercado en construcción, más o menos a unos doscientos cincuenta metros de distancia de la Escuela. Los alumnos Pedro Rendón, Mario Rodríguez Malpica y Luis Pérez Chípuli, éste último que fue, por cierto, el primero en hacer fuego contra los invasores al iniciarse la defensa de la Escuela Naval, accionan sus fusiles demostrando muy acertada puntería, que permite hacer varios blancos entre los norteamericanos. Pérez Chípuli, les grita a sus compañeros: ¡miren cómo corren como conejos cuando les zumbamos plomo!

En el resto de la ciudad se sigue contestando el fuego del invasor. Los norteamericanos desarrollan la maniobra de hacer navegar frente a los muelles, un convoy de doce lanchas equipadas con piezas de artillería de 37 mm.

Las lanchas equipadas con motor de vapor, recorren interminablemente las aguas cercanas a los muelles, accionando en forma constante su artillería. Al mismo tiempo, el "Prairie" arrecia sus andanadas contra la Escuela Naval empleando sus cañones de 80 y 101 mm. Los Cadetes les hacen frente con fusilería de sólo 7 mm.

¡Fusiles contra cañones...!

¡Cadetes contra acorazados...!

El Alumno de Primera Mario Rodríguez Malpica, se sumó con valentía a sus compañeros en la defensa de la Escuela, al ser rescatado del calabozo donde se hallaba sujeto

a arresto ese día. El Teniente Gómez Maqueo, en medio del fragor del combate, recordó que Rodríguez Malpica se hallaba confinado, cuando una granada de 80 mm. Estalló en el gimnasio contiguo al calabozo. En ese momento ordena el Cadete Eduardo Colina, que ocupaba su puesto de centinela, que rescate a' Rodríguez Malpica, le entregue un fusil y diez paradas de cartuchos. Colina atraviesa el patio rumbo a la parte posterior del edificio, cuando un proyectil de 101 mm., Derrumba por completo la entrada del gimnasio, viniéndosele encima una enorme viga y muchísimos kilos de escombros. Colina logra ponerse en pie y sintiendo la cabeza bañada de sangre, se cubre con su pañuelo, amarrándose la cabeza con el cinturón tratando de detener la hemorragia. Sigue avanzando ayudado por el Alumno de Primera Diego Martínez Corona, hasta llegar por fin al calabozo.

La chapa de la puerta no puede abrirse ya que por acción de las granadas, se causó un desprendimiento del muro que atrancaba el acceso.

Los dos Cadetes derrumban la puerta a culatazos y contemplan a Rodríguez Malpica erguido a la mitad del calabozo, con una indescriptible expresión en su rostro. De inmediato Eduardo Colina le dice: "Mi Cabo, dice el Oficial de Guardia que vaya usted al depósito a armarse, porque están desembarcando los norteamericanos; el fusil y las paradas que me dieron para usted se quedaron debajo de los ladrillos que me cayeron encima en el patio". Rodríguez Malpica, en rápido ademán, contesta el saludo militar de sus compañeros Cadetes y sale velozmente para incorporarse a la defensa al lado de sus hermanos.

En la Bahía, el "Chester" y el "Tacoma", abren el fuego de sus cañones de cuatro pulgadas para abatir el Baluarte de Santiago, donde pelean con bravura un grupo de voluntarios y varios soldados pertenecientes al 23 de línea. Una esquirla de granada alcanza en el pecho al Carpintero Andrés Montes; se desangra lentamente hasta fallecer sin poder recibir ninguna clase de atención médica. Las granadas de los cañones navales, estallan también en los almacenes de la Aduana, en el edificio de la Estación

Terminal y en el viejo edificio de Faros, causando la muerte de muchos patriotas.

A espaldas de la Escuela Naval, frente a la fachada del instituto veracruzano, Alacio Pérez, al mando de doce soldados de línea federales, pertenecientes al 23, encara a los invasores con furia sin igual. Son tomados por sorpresa por una partida de norteamericanos, que de pronto aparece en la boca calle de Madero y Lerdo.

Violentas ráfagas de ametralladora, en cosa de segundos, quitan la vida a Alacio Pérez y a sus doce soldados. No queda uno sólo con vida. Alacio Pérez y su pelotón de valientes quedaron tendidos, dramática coincidencia, al pie del monumento al General Ciríaco Vázquez, quien murió heroicamente defendiendo nuestro territorio contra los norteamericanos en la primera invasión de 1847, enfrentándoseles en Cerro Gordo.

Los tres sobrinos, todos muy jóvenes, de don José Laiseca, comerciante español, propietario de "El Río, de la Plata", en el quicio de la puerta del propio comercio disparan dos revólveres y una escopeta contra los invasores; a las cuatro de la tarde los tres están muertos.

Los cañones navales iniciaron el fuego a las 12:00 horas y sostuvieron el bombardeo hasta las 16:00 horas. La invasión norteamericana, patente el día 21, sumaba, una fuerza de 65 barcos y 29,473 hombres. La potencia de fuego en las unidades de superficie totalizaba 695 cañones; 187 ametralladoras; 42 piezas ligeras a bordo de los lanchones y 35 cañones de campaña. El acorazado "Florida", buque insignia de la flota de invasión, era en ese momento el barco de guerra más poderoso del mundo. Los importantes barcos de la fuerza de invasión, descontando las divisiones de tanques, transportes ligeros, patrullas y torpederos, se configuraba de esta forma:

ACORAZADOS

"Connecticut"

"Virginia"

"Rodhe Island"

"Texas"

"Oklahoma"

"New York"

"Michigan"

"Louisiana"

“Arkansas”
“Missisipi”
“California”
“Minessota”
“Florida”
“Washington”
“Maryland”
“Nebraska”
“Vermont”
“Delaware”
“Nereus”
“Dolphin”
“Idaho”

CRUCEROS

“Massachusets”
“Chester”
“South Dakota”
“Colorado”
“Montana”
“Kansas”
“Pariré”
“Anápolis”
“Illinois”
“New Orleáns”
“Hasville”
“Dakota”
“Charleston”
“Sacramento”

TRANSPORTES DE GUERRA

“Salem”
“Glacier”
“Corpus”
“Celtic”
“Ontario”
“Savanah”

“Utah”
“Georgia”
“Gialgoa”

“Indianapolis”
“Desmoines”
“Rochester”
“South Carolina”
“Menphis”
“Wisconsin”
“Pittsburgh”
“Ohio”
“Tacoma”
“New Ham Shire”
“Summer”
“New Jersey”

“San Marcos”
“Hancock” de cuatro mástiles
“Hancock” de dos mástiles
“Burford”
“Hilpatrick”
“Esperanza”
“México”
“Morro Castle”
BUQUES DE APROVISIONAMIENTO

“Lebanon”
“Culgoa”
“New Castle”
“Orion”
“Ciclops”
“Brutos”
“Proteos”
BUQUES HOSPITALES

“Solace”
“Eagle”
“Mary Flower”
CARGAMINAS
“San Francisco”
“Justin”

Esta es la lista de los heroicos defensores de la Escuela Naval Militar, encabezados por el Comodoro Manuel Azueta.

Capitán de Fragata	Rafael Carrión, director
Teniente Mayor	Ángel del Corzo, subdirector
Teniente Mayor	Juan de Dios Bonilla, jefe del Detall
Teniente Mayor	David Coello
Primer Teniente	Arturo F. Lapham
Segundo Teniente	Antonio Gómez Maqueo
Subteniente	Manuel Espinoza
Primer maquinista de 2ª.	Ramón Maqueo
Escribiente de 1ª.	Leopoldo H. Gil
Escribiente de 1ª.	Ireneo Alacio Pérez
Aspirante de 2ª.	Ángel Gutiérrez A.
Aspirante de 2ª.	Gustavo A. Bravo

ASPIRANTES DE 3ª.

Esteban Minor
Fernando Isunza
Federico A. Luna

CABOS DE ALUMNOS

Luis Pérez Ch.
David Fernández
Mario Riverón
Leopoldo Ruiz
Diego Martínez Corona
Rodolfo Gutiérrez A.

ALUMNOS DE PRIMERA

Benjamín León
Roberto Laurencio V.
Mario Rodríguez Malpica
Pedro Rendón
Roberto Sánchez
Juan Sánchez Terán
Ignacio Fernández de Castro
Carlos A. Menéndez
Luis Sevilla
Fernando Rojas
Virgilio C. Uribe
Guillermo Torres
José Servín
Salvador Vidal
Germán A. Quintana
Rodolfo Ángeles
Manuel C. Quintanilla
Manuel de la Sierra
Carlos Ibáñez
Alfredo C. Aguilera
Jorge Suárez
Luis Figueroa

ALUMNOS

Guillermo Cano
Fernando Arenas
Fernando Poiré

Leopoldo Rueda
Carlos Solano
Adán Cuellar

Manuel Aguilar
Rafael Vásquez del Mercado
Eladio Illades
Rafael Rábago
Rafael A. Delgado

Andrés Sánchez
Ricardo Ochoa Díaz
Eduardo Cuesta
Raúl Aguirre Victoria
Edmundo García
Eduardo Camacho
Roberto Orduña
Rafael Fentanes
Carlos Castillo Bretón
Flavio e. Saucedo
Ángel Rosas
Ignacio Ríos
Enrique Rosas
Enrique Esparza
Maximiliano Remes
Merardo Blanco
Francisco Vázquez Reyna
José Rios
Rodrigo Schega
Luis Cuellar
Armando C. López
Luis Suárez

Enrique Hurtado
Procopio Ugalde V.
Ramón Moya

Ignacio González
Enrique Montalvo
Juan Castañón
Eduardo Colina
Julián Camacho
Rafael Fourzán
Eustolio Delgado

Fernando M. Escudero
Guillermo Oropeza
Francisco Jiménez
Miguel Herrera Celis
José Ahuja
Fernando Guadarrama (externo)
Ciro Orihuela Amado
Luciano Frías (supernumerario)

CLASES MARINERÍA Y SERVIDUMBRE

3er. Contramaestre
Cabo de la mar de 1ª.
Marinero de 1ª.
Ídem
Ídem
Ídem
Marinero de 2ª.
Ídem
Marinero Corneta
Marinero Tambor
Obrero de 1ª.
Dispensero
Cocinero de 1ª.
Ayudante de cocina
Criado de 1ª.
Ídem
Ídem
Criado de 2ª.
Ídem
Ídem
Ídem
Ídem
Ídem
Practicante de 2ª.
Pagador

Joaquín Bauza
León Cetina
Felipe Sánchez
José Romo
Leonardo Sánchez
Luis Landa
Alberto Landa
Gabino Orozco
Porfirio González
Manuel Ramírez
Pedro Torres
Rafael Aguirre
Federico Fernández
José Hernández
Samuel Sarmiento
Roberto Fernández
Aurelio Berlín
Tirso Hernández
Ricardo Berlín
Emilio Pérez
Dolores Patiño
Darío Méndez
Félix Puga
Luis Moya
Pablo Pasquel

PERSONAL QUE SE INTEGRA A LA ESCUELA

Capitán de Navío
Teniente Mayor
Dispensero

Aurelio Aguilar
Modesto Sánchez
Marcos Lezama

CAPITULO XI

EL OCASO DEL HÉROE

Para el año de 1914 el Comodoro, sumaba 52 años de edad y reunía en su expediente una larga lista de servicios a la Nación acumulados en tres décadas de incansable actividad en beneficio de la Marina de Guerra Nacional. Su estatura heroica se ostentaba distintiva de su imagen de marino aguerrido, pleno de bravura y de celo en el cumplimiento del deber. ¡Era el señero Azueta héroe de la defensa de la Escuela Naval contra los invasores de abril 21 del 14!

Enemigo de festinar sus actos, despreciativo de todas las maneras del chantaje moral o sentimental, siempre prefirió darse así mismo la dimensión austera de un cumplidor de su deber y nada más. Por ello los meses que corrieron a partir de la gesta del 21 de abril, transcurrieron para el Comodoro, ausentes de todo contacto con los cuadros del mando constitucionalista. Azueta así lo decidió.

Al instalar su Gobierno, en calidad de Primer Jefe y Depositario del Poder Ejecutivo, Don Venustiano Carranza en el viejo edificio de Faros en Veracruz, desde donde dirigió la ardua campaña contra las facciones enemigas representadas por los convencionistas de Aguascalientes, advirtió que Azueta era reverenciado por sus paisanos porteños, que contemplaban en él la silueta magistral y gallarda del héroe. Sin embargo, como hemos manifestado, el valiente marino se mantuvo ausente de toda relación con el mando. No obstante Don Venustiano Carranza, lo buscó y después de cambiar con él palabras plenas de cordialidad y amistad lo invitó a hacerse cargo de la jefatura del Departamento de Marina, cargo que declinó Azueta, por considerar más conveniente marchar a La Habana con el propósito de medir las posibilidades de instalar su residencia en Cuba. Ese viaje lo hace solo, dejando a su familia hospedada en la casa de su hija Rosario Azueta de Aladro.

A continuación daremos un repaso a los testimonios documentales, que sobre las fechas posteriores al 21 de abril del 14, existen.

De ese año de 1914 datan estos documentos relativos a una distinción internacional que mereció Azueta.

“Legación del Japón. México. Matsu Hito.- Por la gracia del cielo, Emperador del Japón, exaltado al trono ocupado por la misma Dinastía desde los tiempos más remotos, nombra al Señor Capitán de Navío Don Manuel Azueta, Comandante de la Escuela Naval de Veracruz, en la Tercera Clase de la Orden Cruz Del Sol Naciente, en testimonio de su benevolencia particular.

Firmado y autorizado con el sello del Imperio. En el Palacio Imperial de Tokio. El sexto día, quinto mes del 44 año de Meiji, que corresponde al año 2571 del advenimiento al Trono del Emperador Jammu. Presidente de la Cancillería de las Ordenes Imperiales”.

Posteriormente Azueta recibe una copia certificada que se le envía desde México y que contiene:

“Yo, el Principe Ching, Presidente de la Secretaría de Relaciones Exteriores, en Pekín, por la presente certifico que el Trono Imperial, el día 25 de la Undécima Luna del Segundo año de Hsuan Tung, atendiendo a la recomendación hecha por el honorable señor Chang Yin Tang, Ministro de China en México, concedió al señor Capitán de Navío, Manuel Azueta, Director de la Escuela Naval Militar de Veracruz, la Condecoración de Tercer Orden, segunda Clase y dicha Orden por la presente se otorga.- Cuarto Día, Undécima Luna, Segundo año de Hsuan Tung”.

Como se puede apreciar estos documentos le daban el trato de Capitán de Navío. La explicación es que por los conflictos reinantes en esas fechas, los comunicados, llegaron con un considerable retraso a poder de Azueta.

El día 29 de abril de 1914, Azueta recibe, concedida por la Secretaría de Guerra y Marina, la medalla de Oro por haber combatido heroicamente al invasor norteamericano en Veracruz. Del 9 de mayo es este oficio que a continuación reproducimos:

“El Presidente interino de la República ha tenido a bien disponer que con fecha 2 del actual y con antigüedad de 21 de abril próximo pasado, se expida Despacho de Contralmirante de la Armada, en favor del Comodoro de la misma, Manuel Azueta, por méritos adquiridos combatiendo heroicamente en la Escuela Naval Militar de Veracruz contra las fuerzas invasoras norteamericanas. En tal virtud a partir del referido día 21 de abril, se abonarán al Contralmirante Azueta, el haber de \$16.20 correspondiente a su nuevo empleo con cargo a la partida 12256, del Presupuesto Vigente (Plana Mayor del Ejército) y la asignación de comisión de \$5.00 diarios que actualmente disfruta”.

El 9 de mayo de 1914, el ya Contralmirante Azueta radica transitoriamente en la ciudad de México donde es nombrado Magistrado Propietario en el Supremo Tribunal, haciéndose la protesta de Ley en el recinto de la Secretaría de Guerra y Marina en la Capital del país.

Una comunicación que le fue dirigida el 30 de mayo, dice:

“Expídase Despacho de Vicealmirante de la Armada Nacional en favor del Contralmirante de la misma, Manuel Azueta, con antigüedad del 21 de abril del presente año, según lo prevenido en el Artículo Segundo, Transitorio de la Ley orgánica de la Armada Vigente”.

El 4 de junio Azueta dirige un oficio a la Secretaría de Guerra y Marina:

“Manuel Azueta, Vicealmirante de la Armada, magistrado del Supremo Tribunal Militar, ante Usted, Respetuosamente expongo: que en uso del derecho que me otorga como Oficial General, el artículo 63 de la Ordenanza Naval, á Usted, C. Secretario; ocurro, suplicándole se sirva librar sus respetables ordeñes para que se me expida copia certificada de mí hoja de servicios”.

En dicha hoja de servicios se marca su ascenso de Comodoro con fecha 13 de septiembre de 1911; ascenso a Contralmirante, el 21 de abril de 1914 (aludiendo a méritos

adquiridos en la defensa de la integridad nacional) y ascenso a Vicealmirante, el 10. de mayo de 1914.

El 7 de agosto, Azueta decide retirarse del activo y pide su baja a las autoridades. El 8, del mismo mes la Secretaría de Guerra y Marina le comunica:

“...se ha tenido a bien disponer que con fecha 11 del actual se expida Patente de Retiro, por más de 35 años de servicio a la Nación, en favor del Vicealmirante de la Armada Manuel Azueta”.

El 10. de diciembre del año de que traíamos, se le dirige este oficio a Manuel Azueta:

“El C. Presidente Provisional de la República, ha tenido a bien disponer que con fecha 11 de agosto último, se conceda retiro por 35 años de servicios, sin llegar a 40, al Contralmirante de la Armada, Manuel Azuela, de conformidad con lo prevenido en la fracción Tercera del Artículo 72 de la Ordenanza General de la Armada Vigente, debiendo disfrutar desde la citada fecha una pensión igual al 75 por ciento sobre el haber del empleo de Comodoro, por no tener el interesado 2 años en el de Contralmirante, como lo exige la propia Fracción, o sea la suma anual de \$3,613.50 que se le abonará íntegra en esta capital.

Tengo la honra de comunicarlo a Usted para su conocimiento y efectos encareciéndole se sirva dispensar al interesado por dos meses la presentación de la Patente respectiva, que con fecha de hoy se le expide, en la inteligencia de que queda insubsistente lo dispuesto en el oficio 19770 de fecha 8 de agosto próximo pasado, referente al retiro del Oficial General de que se traía.

Reitero a Usted.

Constitución y Reformas.

México.

10. de Diciembre de 1914.

J. Isabel Robles”.

De esta manera Azueta sufrió el revés de que el nuevo orden no le reconociera, para su retiro, el ascenso a Vicealmirante; sólo el de Contralmirante. Y aún tendría que

pasar por otros contratiempos, injustos para un hombre de sus méritos, ganados al servicio de la nación mexicana.

Azueta, siempre decidido a enfrentar la realidad con la cara alta y no cuidando en demasía de sus asuntos meramente personales, se aliene con disciplina a lo dispuesto por las nuevas autoridades, en lo que concierne al desconocimiento de su ascenso a Vicealmirante y turna un oficio que a la letra dice:

“Tengo la honra de acusar recibo del Superior oficio número 724, girado por el Departamento de Marina de la Secretaría, del digno cargo de Usted, con fecha 16 del actual, en el que se sirve comunicarme el Supremo acuerdo del C. Presidente de la República, concediéndome retiro por más de 35 años de servicios, con la pensión anual de \$3,613.50 conforme a la Fracción 3 del Artículo 72 de la Ordenanza General de la Armada.

“En debida respuesta me permito respetuosamente encarecer a Usted, que se sirva transmitir al Señor Presidente y aceptar para sí, las expresiones de mi reconocimiento.

“Tengo el honor, mi General, de hacer a Usted presentes mi subordinación y respeto”.

Constitución y Reformas.

México 26 de diciembre de 1914.

Contralmirante Retirado Manuel Azueta”.

Después de que Azueta dirige esta comunicación, la Secretaría de Hacienda y Crédito Público impugna su pensión en estos términos:

“Departamento de Marina, Secretaría de Guerra y Marina.- Tengo el Honor de manifestar a Usted, que no es posible obsequiar la orden de que se trata del retiro del Contralmirante de la Armada Manuel Azueta, con fecha 11 de agosto último, porque por acuerdo del C. Presídeme Provisional de la República, no debe revalidarse, ninguna pensión de retiro concedida durante el régimen huertista.

Y por oírse que se considera como nueva pensión esta, no podría tener efecto retroactivo, por lo que se refiere

al pago de los meses anteriores a la fecha en que se expida la orden de retiro.

Constitución y Reformas,
México, 31 de diciembre de 1914.

De tal suerte que a Azuela se le reduce su tiempo de servicio, al descontar aquél en que Huerta ocupó la Presidencia y consecuentemente se le reduce también el monto de su pensión.

Por aquel entonces el país se hallaba dividido en la cruenta lucha de facciones, representada por la Jefatura del Ejército Constitucionalista por un lado y el Gobierno Provisional que los convencionistas de Aguascalientes -que defecionaron del constitucionalismo- habían nombrado, encabezado por Eulalio Gutiérrez. De modo que, estos injustos tratos para un distinguido mexicano como lo fue Azuela, fueron dispensados, no por los constitucionalistas al mando de Don Venustiano Carranza, sino por los convencionistas acaudillados por Francisco Villa, que instalaron el llamado Gobierno Provisional -al frente Eulalio Gutiérrez- que por esos meses ocupaba la capital de la República y se encargaba del manejo del despacho de las Secretarías y Departamentos de Estado, dejados por los huertistas.

Carranza simpatizó siempre con Azueta, a quien le concedió el sitio al que tenía derecho, como un hombre de elevada estatura de México, ganador de honores y de prestigio bien fundado y además por otra parte, el jefe del Ejército Constitucionalista, vio a Azueta como lo que fue... ¡Un héroe de la epopeya de la defensa de Veracruz la memorable jornada del 21 de abril!

Al declinar la invitación que le fue formulada para integrarse al equipo de Gobierno de los constitucionalistas, Azueta después de pasar una temporada en La Habana, retorna al país y se concentra en el servicio activo de nueva cuenta, prestando efímeramente sus servicios en calidad de Comandante del Arsenal Nacional de Veracruz. Por esas fechas vive en compañía de su esposa, en casa de su hija Rosario y su yerno, el señor Aladro.

Renueva sus reuniones con su antiguo amigo el poeta Díaz Mirón y juega al ajedrez con el gran bardo. Así llega 1923, en que se agita el clima político con el preludio de asonada, conocido como "movimiento de la huertista".

Desde el principio rechaza toda invitación para participar en aquellas maniobras subversivas, en las que caen muchos miembros de la Armada, llevados por su equivocación y más que nada su falta de oportunidad y de principios ideológicos. "La rebelión de los Comodoros", como se conoce a la participación de algunos marinos en ese movimiento, no cuenta, de ninguna manera, con la simpatía de Azueta.

Para esos años el viejo marino, cubierto con los laureles que le otorgó el pueblo por sus nobles proceder en la defensa del territorio patrio, ya había experimentado -en 1919- la satisfacción de asistir como invitado especial y de honor, a la reapertura de la Escuela Naval Militar, que desde la invasión norteamericana no había vuelto a abrir sus puertas, mostrando su edificio ruinoso por la violencia del bombardeo naval de los invasores del 21 de abril.

Esos últimos años, Azueta recibe los duros golpes de saber de la muerte de dos de sus hijos; Tomás de sólo 17 años de edad, víctima de un incendio en el vapor "San Bernardo" donde hacía sus prácticas y Manuel, asesinado por cuatro desconocidos en Tampico.

Al llegar el mes de diciembre de 1925, el viejo marino de guerra, siente la proximidad de la muerte. La artritis y otros padecimientos se agudizaban a cada momento. La mañana del día 20, rechaza el desayuno y sólo toma un poco de café solo sin endulzar. Reúne a sus familiares en la sala de la casa y obsequia su revólver a su yerno el señor Aladro; el reloj de oro que lo acompañó durante cuarenta años, lo entrega a su hija Rosario. Un par de plumas fuente, con casquillo de carey, dispone que le sean regaladas en su nombre, a un viejo amigo suyo, Don Ismael Menchaca.

Ante la mirada extasiada de sus cercanos seres, el Marino de Guerra se incorpora y poniéndose de pie -con toda la arrogancia de sus años plenos; con toda la gallardía de los

tiempos valientes- asume su acostumbrada posición, adelantando la pierna derecha y de sus labios surgen las palabras llenas de calor, de brillantez. Dedicó su peroración, en secciones perfectamente específicas, a cada uno de los miembros de su familia, relatando sus virtudes y ofrendando con sus palabras, el tributo de su gratitud y de su amor. En ningún momento su voz se quiebra o loma siquiera matices de sensiblería...

¡Es la última arenga del marino; es la última expresión verbal del héroe!

Después de pedir que sus restos sean sepultados en la misrrut tumba en que reposan los de su hijo el Teniente José... el viejo marino, con majestuoso andar se dirige a su habitación. Ayudado por su yerno, se encama y se arropa. Un frío intenso envuelve su cuerpo. Jamás se levantaría del lecho.

A las 8 de la mañana del 21 de diciembre de 1929 expira el más brillante marino de México en toda la historia.

La muerte se acerca; no es posible mirarle la faz porque el terror que nos causa empaña nuestras miradas. Entra por las arterias, paraliza los nervios, destroza y nada más; lo que sigue es el misterio... dejó escrito Vasconcelos, en sus célebres y postreras letras de la "Leían la del Atardecer".

El cadete, el guardiamarina, el Oficial, el Jefe, el Comodoro, el pensador... el héroe, se marchó con paso quieto, sin prisas, sin atropellos... sin bulla; sin escándalo. Seguro vivió y con paciencia de procer aguardó a la muerte.

Hombre de dos siglos, convertido en símbolo para su patria, encaró a la muerte tañías veces, que quizá ésta, acostumbrada a verlo frente al umbral de manera tan frecuente, se olvidó algunos años de su existencia.

Sangre de la Patria emulsionada con la pasta de dos héroes...

Azueta padre y Azueta hijo. Uno cae fulminado por las balas enemigas, cuando gallardo ofrece su vida en defensa del país... el otro, es quien hace suyo el reclamo nacional y organiza la defensa, templando el acero de vidas

juveniles decididas al martirio en aras de los más altos valores de la Patria y de su pueblo.

En el ejemplo heroico del Comodoro Manuel Azueta, fácilmente advertibles son los reflejos, que con cósmico ropaje, lo abrigan desde el cruento choque de caballeros tigres y caballeros águilas, contra guerreros montados, en la caída de Tenochtitlan; esquirlas del valor de Cuauhtémoc y Cuitláhuac, acompañan su espíritu.

El es el más cercano símbolo de fuerza redentora y defensora, que como torrente ha fluido y fluye en los cauces sociales de México en todas las épocas. No fácil, más bien amargo, no rápido, sino tortuoso, ha sido el camino de la Patria, con toda su carga de infortunios, de luchas y de sueños.

Y en ese devenir, socialmente formidable, ha sido el propio pueblo, en conjunto anónimo, o a través de sus distinguidos vástagos, como Manuel Azueta, el que ha salido finalmente triunfador avasallando a sus contrarios. Por ello, el Comodoro Manuel Azueta, es el cabo que nos une con la gloriosa nave de la Patria, navegante indómita, que con fuerza irreducible, taja las aguas de la historia.

El Comodoro Manuel Azueta... ¡símbolo de Independencia y soberanía!

BIBLIOGRAFÍA

Miguel Bustos Cerecedo, *La Creación Literaria en Veracruz*, Editorial del Gobierno de Veracruz.

Ángel J. Hermida Ruiz, *La Fundación de la Escuela Normal Veracruzana*, Ediciones Normal Veracruzana.

Ing. Jesús Bracamontes A. *Tradición Marítima de México*, Asociación Mexicana de Modelismo Naval.

Jorge Vera Estañol, *La Revolución Mexicana*, Editorial Porrúa, S.A.

Enrique Cárdenas de la Peña, *Semblanza Marítima del México Independiente y Revolucionarlo*, Secretaría de Marina.

Secretaría de Gobernación *Cincuentenario de la Ley de 6 de Enero de 1915*, Biblioteca del Instituto Nacional de Estudios Históricos.

Lic. Carlos J. Sierra, *La Navegación en la Ciudad de México*, Edición Privada.

Enrique Cárdenas de la Peña, *Educación Naval en México*, Secretaría de Marina.

María Luisa Meló de Remes, *Veracruz Mártir*, Ruiz, Bolívar.

Biblioteca del Estudiante Universitario, *Visión de los Vencidos*, Universidad Nacional Autónoma de México.

Justino N. Palomares, *La Invasión Yanqui en 1914*, Departamento de la Marina Nacional.

José Ma. Martínez Hidalgo Terán, Capitán de Corbeta, R.N.A., *Enciclopedia General del Mar*. Ediciones Garriga.

50 Años de la Revolución Mexicana, Oficina de Prensa de la Presidencia.

Lic. José López Portillo, *Ideario Marítimo*, Secretaría de Marina.

Vicealmirante ingeniero naval Oliverio F. Orozco Vela, *La Marina en la Historia del Comercio*.

Mario Lavallo Argudin, *Biografía del contralmirante Manuel Azueta Perillos, 1976*, Asociación de la Heroica Escuela Naval.

Eugenio Martínez Núñez, *Mártires de San Juan de Ulúa*, Biblioteca del Instituto Nacional de Estudios Históricos.

Heroica Escuela Naval, Oficina de Prensa Divulgación y Relaciones Públicas, Secretaría de Marina.

Discurso *Don Adolfo Manero*, Instituto de Historia Militar y Naval de América.

Jesús Silva Herzog, *Breve Historia de la Revolución Mexicana*, Fondo de Cultura Económica.

Escuela Naval 1897-1947, Cincuentenario, Secretaría de Marina.

Lic. Antonio Islas Bravo, *Carranza y su séquito de leales*.

Leonardo Pasquel, *Manuel y José Azueta*, Editorial Citlaltépetl.

Adolfo Manero, *Carranza Presidente*, México, 1963.

Juan Barragán, *Historia del Ejército y de la Revolución Constitucionalista*, Antigua Librería Robredo.

Enrique Cárdenas de la Peña, *Gesta en el Golfo*, Editorial Primicias, S.A.

J. K. Turner, *Precursores de la Revolución Mexicana*, Edición del autor.

Vicealmirante Mario Lavalle Argudin, *Biografía del Vicealmirante Othón P. Blanco*, Asociación de la Heroica Escuela Naval.

Jack Sweetman, *The Landing at Veracruz: 1914*,

CONTENIDO

Capítulo I

EL NIÑO 1862

Capítulo II

EL CADETE AZUETA 1878

Capítulo III

EL MODERNO ARGONAUTA 1883

Capítulo IV

EL BRILLANTE MARINO DE GUERRA 1888

Capítulo V

DIRECTOR DE LA ESCUELA NAVAL MILITAR 1904

Capítulo VI

LA CIRCUNSTANCIA Y SUS CONTEMPORÁNEOS 1897 – 1910

Capítulo VII

CRIMEN EN EL PALACIO 1913

Capítulo VIII

LA REVOLUCIÓN CONSTITUCIONALISTA Y LOS MARINOS

Capítulo IX

VEINTE TEMPESTUOSOS CERCAN MÉXICO

Capítulo X

LA HEROICA DEFENSA

...LA PATRIA ESTA EN PELIGRO ¡A LAS ARMAS!

Capítulo XI

EL OCASO DEL HÉROE

Impreso en México

Octubre 2002

Secretaría de Marina-Armada de México
Dirección General de Investigación y Desarrollo
Dirección General Adjunta de Hidrografía y Cartografía
digadhicar@semar.gob.mx
www.semar.gob.mx





Mr. William Canada.
Ocupaba el cargo de Consul de los Estados Unidos en Veracruz, al estallar el conflicto entre Victoriano Huerta y Woodrow Wilson.



El General de División en el arma de Caballería Ignacio Morales Zaragoza, que era el Comandante Militar y Jefe de Operaciones en Tampico al ocurrir el incidente que precipitó el rompimiento definitivo entre los gobiernos de México y Washington.



Mr. John Lind
Agente confidencial del Presidente de los Estados Unidos Mr. Woodrow Wilson, que permaneció varios meses en Veracruz preparando el desembarco y la invasión.



El Almirante Mayo, a cuya flota anclada en Tampico, pertenecía el cañonero "Dolphin" del que desembarcaron algunos marinos armados en los momentos del ataque al referido puerto por las fuerzas constitucionnalistas, originándose de aquí el conflicto internacional.



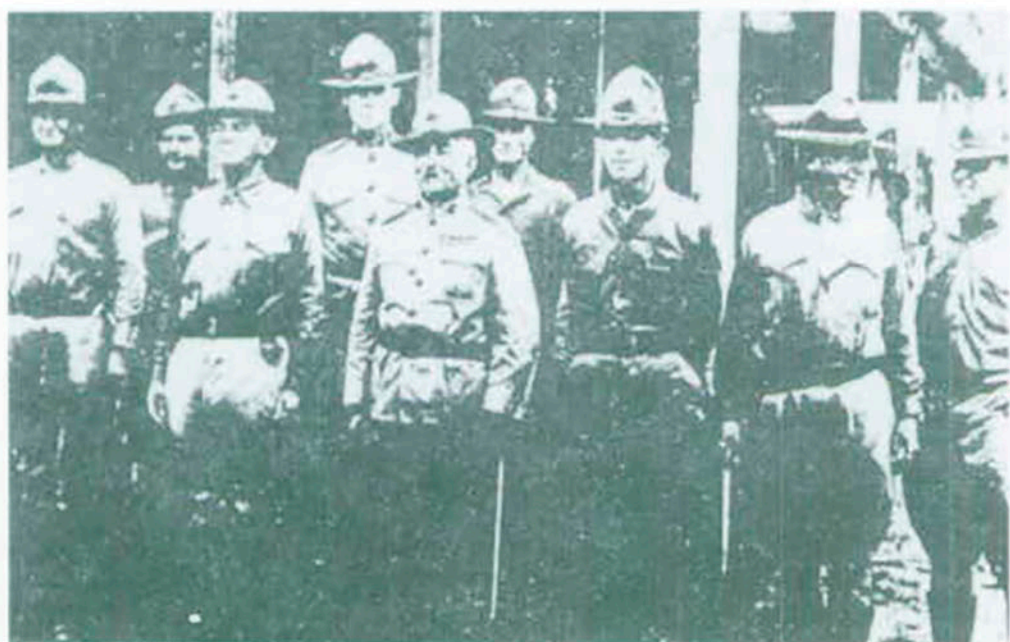
Contralmirante William A. Moffet,
Quien dirigió el bombardeo sobre
Veracruz en 1914



General de División Gustavo A. Mass
Comandante de la Guarnición de la
Plaza en Veracruz en el momento de
iniciarse el desembarco, americano
abandonó la plaza dejándola a su
suerte.



Brigadier General F. Funston,
Gobernador y Comandante de las fuerzas
de mar y tierra del Ejército de ocupación
en Veracruz.



Oficiales de la Marina Americana en Veracruz



General Ignacio Morelos Zaragoza
Gobernador Militar de Tamaulipas, con algunos miembros de
su Estado Mayor.



Viaducto de la Aduana y Plaza principal de Tampico,
Tamaulipas., en el año de 1914



Extranjeros de varias nacionalidades,
buscaron refugio en los barcos surtos
junto al muelle del río Pánuco, en
Tampico, especialmente en el
"Monterrey", siendo luego conducidos
a Galveston donde desembarcaron
sanos y salvos

Lancha del Cañonero "Dolphin"
Conduciendo el muelle de Tampico -en el
que desembarcaron- a unos marinos
norteamericanos, que por ir armados,
fueron arrestados por el Jefe de las
Operaciones en el puerto, General
Ignacio Morelos Zaragoza, quien
considero contrario a las leyes de guerra
Este incidente precipitó el conflicto
entre los gobiernos de Wilson y Huerta.



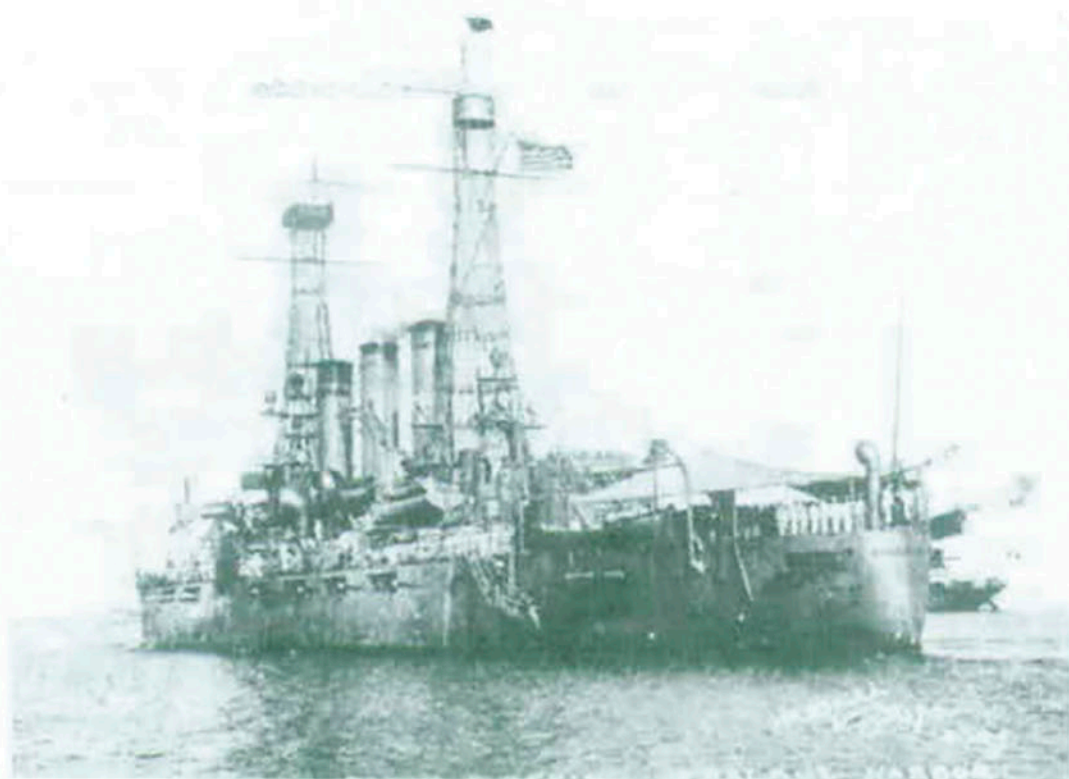


Familias de residentes americanos abandonando apresuradamente el suelo mexicano y embarcándose en lanchas que los llevaron a los barcos traídos ex profeso para trasladarlos a los Estados Unidos.

Pánoramica de Veracruz
Tomada desde una avión
americano durante la
invasión de 1914.



Alertados de que iba a ocurrir, infinidad de ciudadanos norteamericanos, residentes en México y otras poblaciones del país, se concentraron en Veracruz y se refugiaron a bordo de varios barcos que los trasladaron a los Estados Unidos.



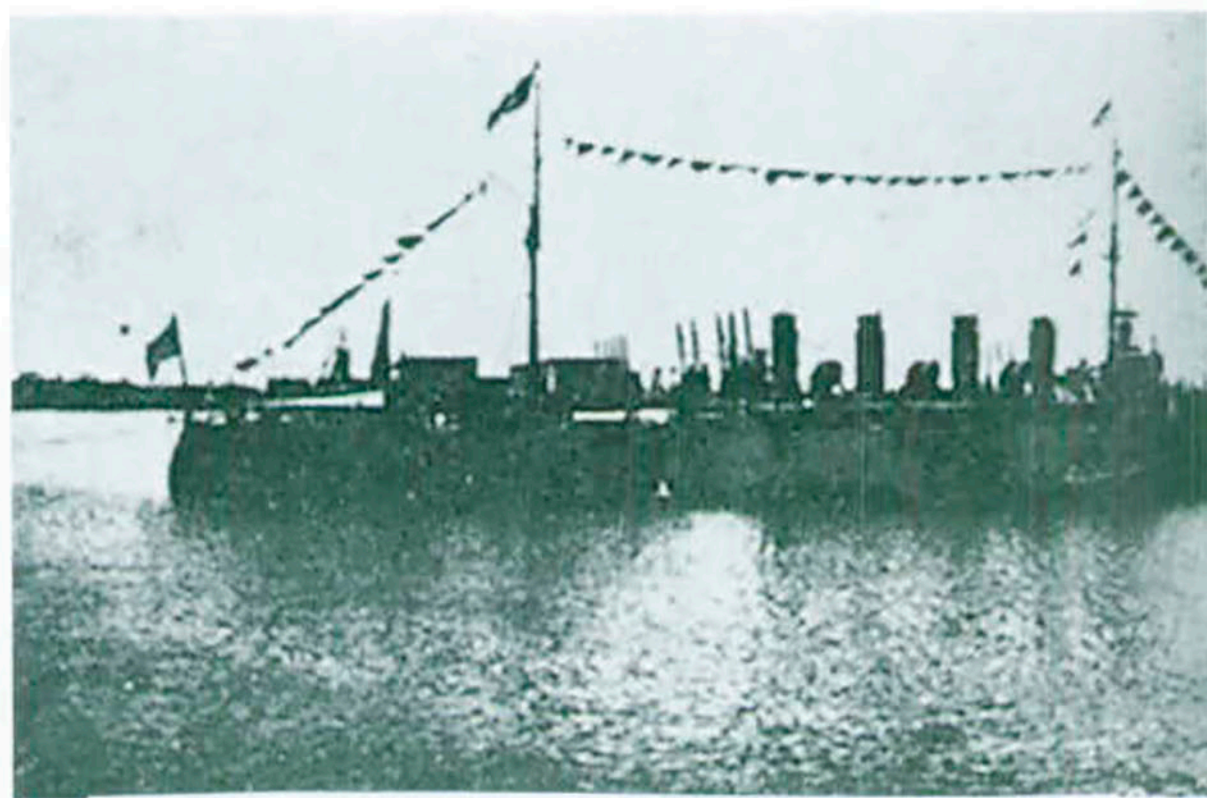
El U.S.S. "Rhode Island" anclado en la bahía frente al Malecón.



Marina de Guerra Norteamérica
El "Maryflower" barco destinado al servicio de aprovisionamiento de
la flota invasora.

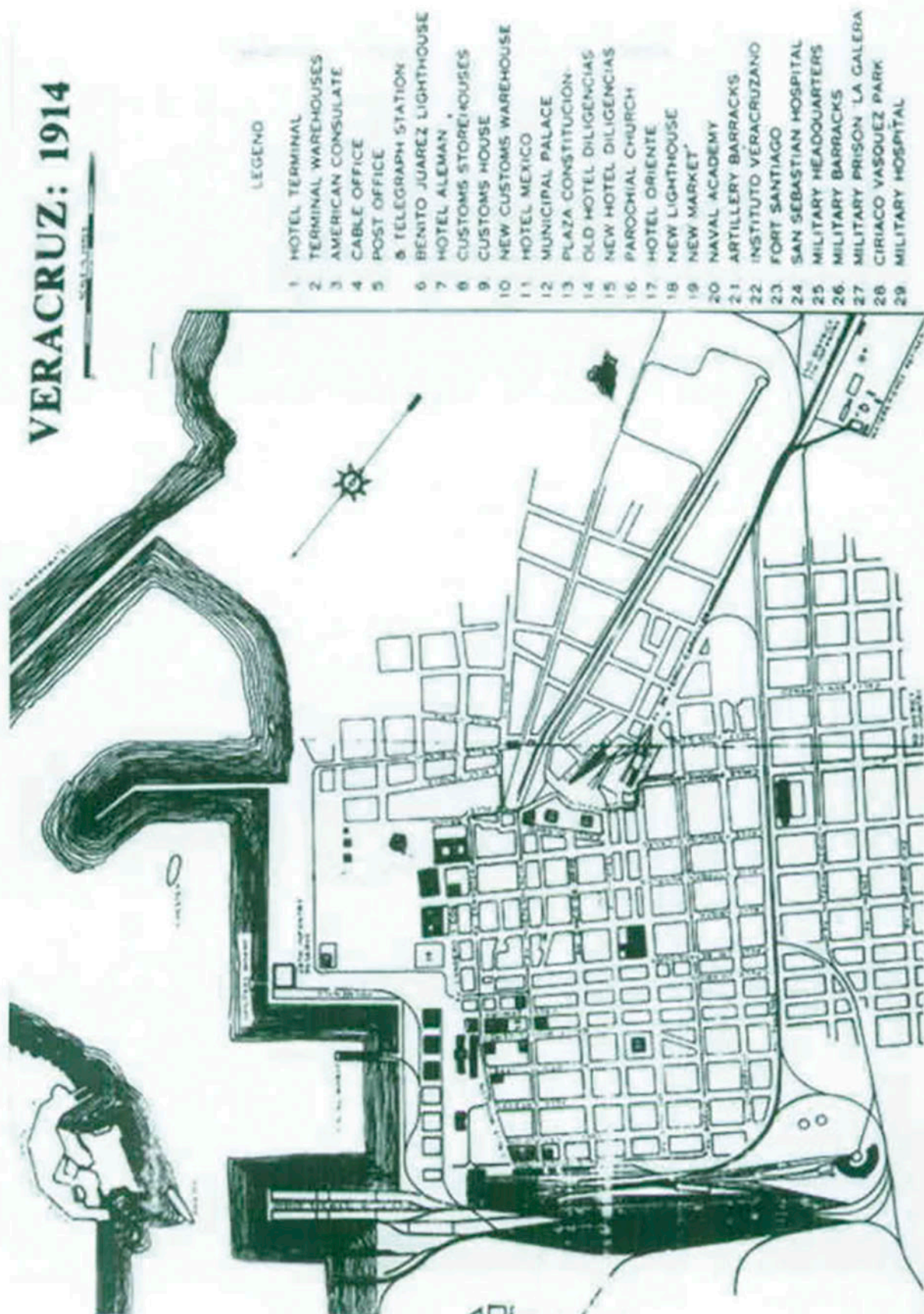


Vapor Ipiranga, perteneciente a la línea Hamburg-American Line. El desembarco americano fue ordenado para evitar que el enorme cargamento de armas y municiones que transportaba este barco, cayera en manos de Victoriano Huerta.



Este es el crucero Chester con cuyos poderosos cañones lograron los invasores silenciar el fuego que partía de la Escuela Naval.

VERACRUZ: 1914



Plano de la Ciudad y puerto de Veracruz, levantado por los americanos y en el que se señalan las posiciones de los barcos de guerra Pariré y Chester.



Barco español "Carlos V" surto en la bahía de Veracruz al iniciarse el desembarco norteamericano. Su Capitán intervino para que cesara el fuego sobre la inerme población.



"Crucero Dolphin" Procedentes de este barco bajaron a tierra en Tampico algunos marinos norteamericanos que fueron detenidos por el Comandante Militar de la Plaza suscitándose de aquí el conflicto entre los gobiernos de Huerta y Wilson.



...Algunos de los barcos americanos que quedaron anclados afuera de la bahía.



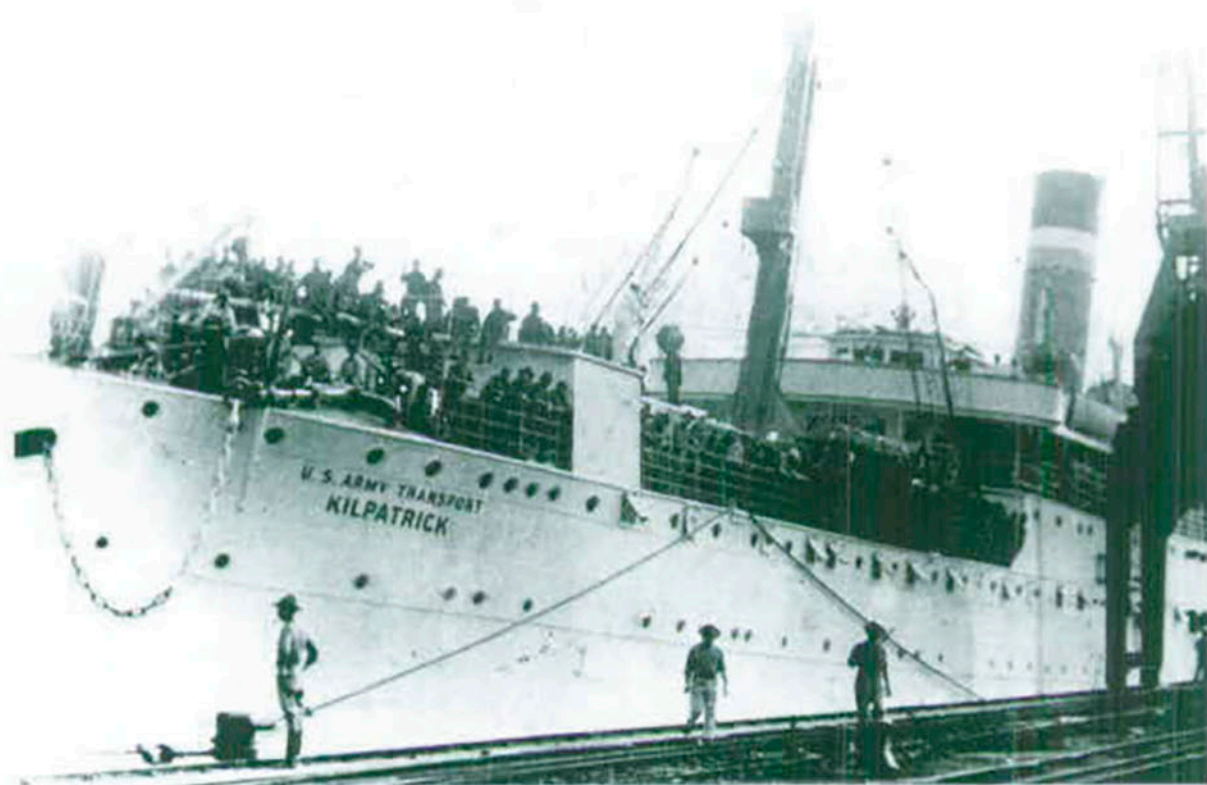
Este fue el primer contingente de las fuerzas americanas que desembarcaban en Veracruz. Las lanchas partieron del U.S.S Prairie.



Tripulantes de la flota del almirante Badger dejando sus buques para desembarcar en Veracruz, con uniformes blancos, hechos menos visibles por medio de una tinta especial para disimularlos ante el enemigo.



Primer desembarco de fuerzas americanos en Veracruz



Atracando junto a la banda Norte del muelle de la terminal, el transporte de guerra Kilpatrick se apresta a desembarcar a varios cientos de soldados americanos.



Fotografía panorámica de San Juan de Ulúa y de algunos barcos de la Escuadra Americana, tomada desde un aeroplano.



Parte de una batería norteamericana situada delante del Edificio de la Dirección General de Faros, para defender esa posición



Fuerzas de Infantería embarcando en Philadelphia, a bordo del transporte de guerra "Praire" con destino a Veracruz.



Marinos Americanos apoderándose del edificio de Correos, la mañana del 21 de Abril de 1914. Ni el señor que va pasando ni el chamaco que curioseaba junto a los invasores se habían percatado del tremendo peligro que les acechaba ya que unos minutos después se iniciaba el combate en el que murieron muchas gentes inocentes.



En el interior de una casa de la calle Morelos, los soldados americanos encontraron tenaz resistencia de parte de unos ciudadanos españoles que ayudaron a la defensa de Veracruz.



Hombres del Pueblo, como un Andrés Montes o un Aurelio Monffort, dieron ejemplo de valor y patriotismo al empuñar las armas en defensa del suelo patrio que estaba siendo profanado por el invasor norteamericano. Lucha desigual en cuanto a armamento, pero muy superior por parte de los mexicanos, por cuanto hace al heroísmo.



Un reducido grupo de patriotas, mal armados, realizó la heroica defensa de la ciudad de Veracruz.



Parapetados en una esquina, los soldados americanos hacen fuego de fusilería sobre los defensores de Veracruz.

La lucha fue encarnizada: los soldados Yanquis mejor armados, causaron numerosas bajas entre la población civil y el reducido grupo de defensores.



Tiradores americanos, parapetados en un socavón, atacando la estación Terminal.



Numerosos fueron los héroes anónimos que ofrendaron su vida defendiendo el suelo patrio desde los terrenos de la Aduana. Ante los soldados americanos, algunas personas trataron de identificar a sus familiares.



Héroes Anónimos, caídos frente al hotel Diligencias el 21 de Abril de 1914.



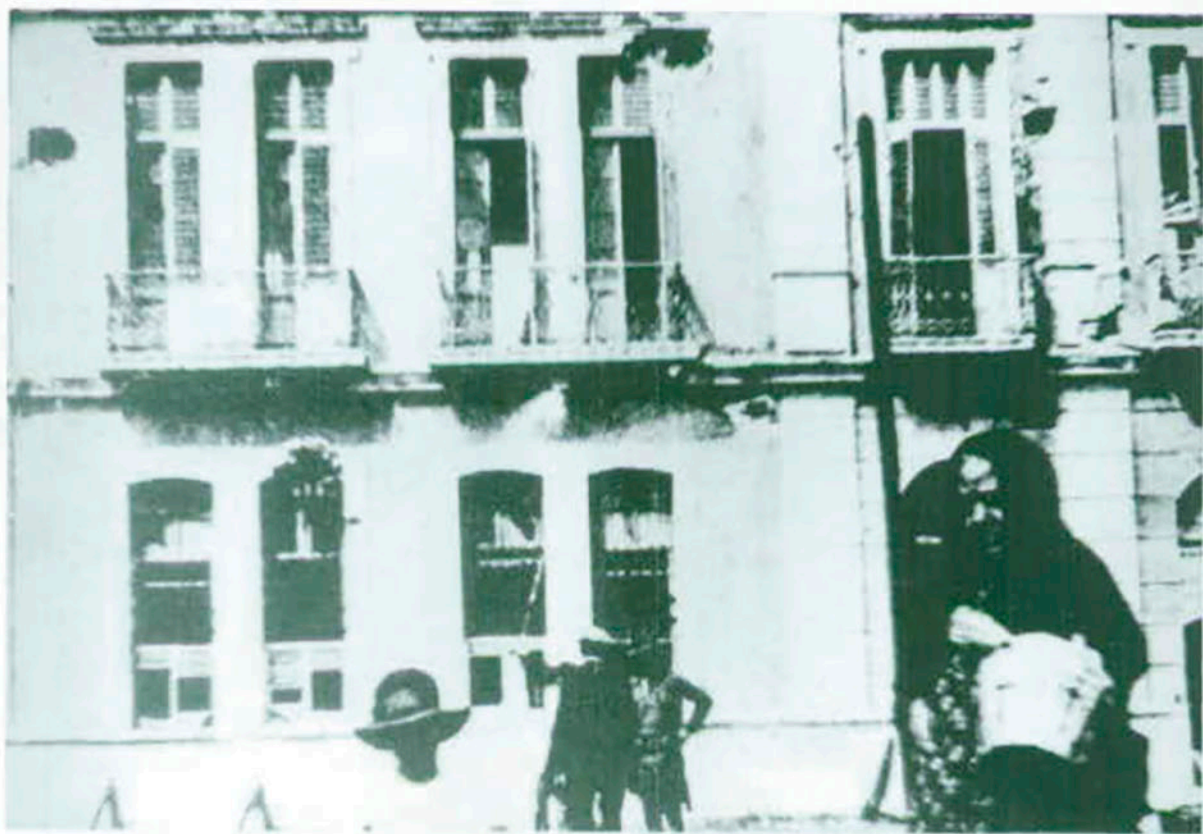
En el Hospital de la Cruz Blanca, improvisado en los altos del cuartel de Bomberos, médicos practicantes y monjas prodigaron sus atenciones a los numerosos heridos en la desigual lucha.



Numerosos voluntarios, mal armados y casi sin municiones opusieron tenaz resistencia a un enemigo que era superior en todo, menos en el valor y el patriotismo.



Interior de la Escuela Naval
Así quedaron las oficinas del Comodoro Manuel Azueta tras los efectos del bombardeo
del Crucero Chester.



Documentos americanos corroboran los destrozos causados a la Escuela Naval de
Veracruz durante la invasión, nótese atrás del niño, las armas de los invasores listas
para ser utilizadas.



Soldados Americanos desembarcando frente al edificio de Faros, para relevar a los que invadieron Veracruz el 21 de Abril de 1914



Edificios Públicos y casas particulares fueron tomados para alojamiento de las tropas invasoras. Aquí vemos a un pelotón de infantería alistando sus armas para pasar revista. Atrás la antigua tienda de El Importador, en la avenida Independencia.



Imponente cortejo fue el que acompañó los restos del Teniente *José Azueta* hasta su última morada en el Cementerio Particular Veracruzano donde recibió cristiana sepultura.



Cámara ardiente y féretro que contenía el cuerpo del valiente joven *Azueta*, muerto en defensa de la patria. Las numerosas y ricas ofrendas florales que aquí se ven, fueron ofrecidas por la sociedad veracruzana como tributo de admiración al héroe.



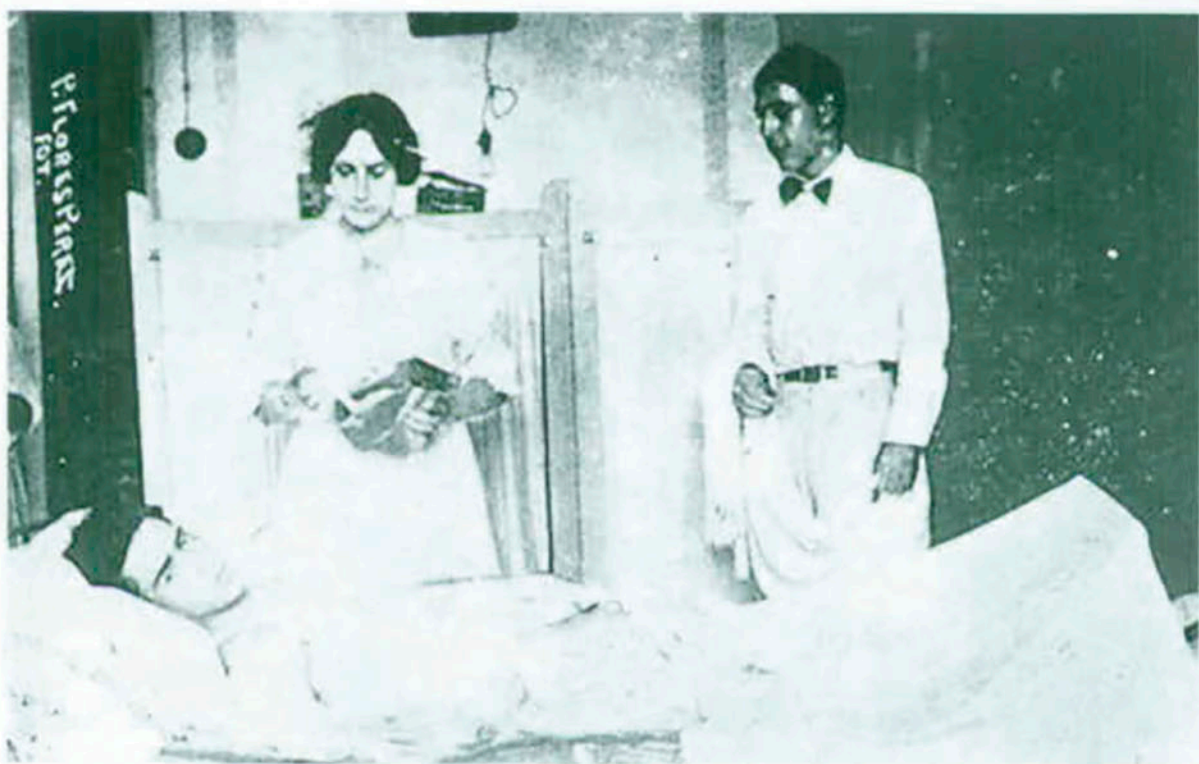
El salón de Banderas de la Escuela Naval, convertido en gabinete de aseo y peluquería de los soldados americanos.



La Escuela Naval presentaba un blanco perfecto a los cañones de la Escuadra americana surta en la bahía. Sobre este plantel concentraron el fuego los invasores, por ser ahí donde encontraron tenaz resistencia.



El Cadete José Azueta vistiendo el uniforme de la Escuela Naval que con tanta gloria supo honrar.



Quizá esta haya sido la última fotografía que se le tomó en vida al insigne patriota el teniente de artillería José Azueta, ascendiendo a Capitán-postmortem. El brazo derecho y las dos piernas presentaban dolorisimas heridas que días más tarde le produjeron mortal septicemia. A su lado puede verse a la señora Rosario Azueta de Aladro, acompañada de un enfermero de la Cruz Roja que le ayudaba en la atención del herido.



Casi en ruinas quedó la dirección de la Escuela Naval
y muchos salones del frente.



Esta es una vista de la Escuela Naval con los campamentos de los americanos en su
explanada del frente, luego de haber sido tomada la ciudad.



No obstante la prohibición del Preboste americano, los funerales del héroe José Azueta, congregaron a más de cinco mil personas que formaron el cortejo partiendo desde la calle Emparan hasta el Cementerio Particular Veracruzano.



22 de Abridle 1914

Armones de artillería cubiertos con la bandera de las barras y estrellas, conducen los cadáveres de algunos oficiales y soldados del Ejército de ocupación que perecieron en los combates.



Los oficiales norteamericanos muertos en la ocupación de Veracruz. Los 17 cadáveres llegaron a Nueva York el 11 de mayo. Los 17 ataúdes cruzando las calles de Nueva York. Asistieron a los funerales el presidente Wilson y los Ministros de Guerra y Marina. Cargando los ataúdes en arcones de artillería. Cada uno de los ataúdes fue envuelto en su bandera y cubierto de flores.



Fotografía tomada durante la parada militar y cívica en Brooklin, N.Y., durante los funerales de los oficiales norteamericanos muertos en el ataque y toma de Veracruz.



El subteniente Mc. Clure y el Capitán J.B.Taylor fueron los dos primeros oficiales americanos que desembarcaron en Veracruz.



Uno de los tremendos cañonazos del invasor, destruyó parcialmente el monumento a Benito Juárez, pero el águila que descansaba sobre el lugar del impacto, cayó a varios metros de distancia. ¡parada!



La Escuela Naval presentaba un blanco perfecto a los cañones de la Escuadra americana surta en la bahía. Sobre este plantel concentraron el fuego los invasores, por ser ahí donde encontraron tenaz resistencia.



Esta fotografía nos podrá dar una idea de la intensidad con que fue cañoneada la Escuela Naval durante todo el día 21 y parte del 22 hasta que los americanos se cercioraron de que ya estaba evacuada.



Desde el interior de la Escuela Naval, los soldados Yanquis disparan contra los cadetes que ya habían abandonado el edificio escapando por las horadaciones que causaron los obuses de los barcos americanos.



Disputándose el honor de llevar en hombros el féretro conteniendo el cadáver del héroe José Azueta, hombres del pueblo veracruzano, de todas las clases sociales, se congregaron a las puertas de la casa donde falleció y lo acompañaron hasta el humilde sepulcro en el que aún reposan sus restos.

Proclama al Pueblo de Veracruz

LA FUERZA NAVAL DE LOS ESTADOS UNIDOS QUE ESTAN BAJO MI MANDO HAN OCUPADO TEMPORALMENTE LA CIUDAD DE VERACRUZ PARA INSPECCIONAR LA ADMINISTRACION PUBLICA A CAUSA DE LOS DISTURBOS QUE ACTUALMENTE REFINAN EN MEXICO.

TODOS LOS EMPLEADOS QUE SIRVEN A LA MUNICIPALIDAD DE ESTE PUERTO QUEDAN INVITADOS PARA CONTINUAR EN EL DESSEMPEÑO DE SUS FUNCIONES COMO LO HAN HECHO HASTA AHORA.

LAS AUTORIDADES MILITARES NO INTERVENDRAN EN LOS ASUNTOS DE LAS CIVILES Y ADMINISTRATIVAS MIENTRAS EL BUEN ORDEN Y LA PAZ NO SE ALTEREN EN LA POBLACION.

TODOS LOS CIUDADANOS PACIFICOS PUEDEN CONFIANZAMENTE PERMANECER DEDICADOS A SUS USUALES OCUPACIONES SEGUROS DE QUE SERAN PROTEGIDOS EN SUS PERSONAS Y PROPIEDADES, ASI COMO EN SUS CORRECTAS RELACIONES SOCIALES.

EL COMANDANTE SUSCRITO DA SEGURIDADES DE QUE NO TENDRA INTERVENCION CON LAS AUTORIDADES CIVILES, SINO EN CASOS DE ABSOLUTA NECESIDAD Y LLEVANDO SIEMPRE POR MIRA LA OBSERVANCIA DE LA LEY Y EL ORDEN.

EL RECAUDO DE CONTRIBUCIONES Y DE INVERSION DE ELLAS SE CONTINUARA HACIENDO EN LA MISMA FORMA QUE HASTA EL PRESENTE Y CONFORME A LA LEY.

**EL CONTRA-ALMIRANTE
F. F. FLETCHER.**

